

FERNANDO

JIMÉNEZ

DEL OSSO

BEN BUSCA.

DEL

MISTERO

FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

EN BUSCA DEL MISTERIO

Memorias de un viaje por la senda
de lo desconocido



Serie: Nowtilus Frontera Colección:
La puerta del misterio www.nowtilus.com
www.lapuertadelmisterio.com

Título de la obra: En busca del misterio
Autor: Fernando Jiménez del Oso

Editor: Santos Rodríguez
Director de la colección: Fernando Jiménez
del Oso Coordinación: Lorenzo Fernández Bueno
Responsable editorial: Gilberto Sánchez

Diseño y realización de cubiertas: Rodil & Herraiz
(www.rodilherraiz.com)

Preimpresión: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la perceptiva autorización.

Editado por Ediciones Nowtilus S.L.
www.nowtilus.com

Copyright de la presente edición: © 2003 Ediciones Nowtilus S.L
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid

Depósito legal: BA-472-03
ISBN: 84-9763-020-3
EAN: 978 849763020-7
Código Nowtilus: 0301017031

Printed in Spain
Imprime: Artes gráficas Guemo (Madrid).

ÍNDICE

Prólogo de Juan Antonio Cebrián	
1 La isla perdida	
Los muros «incas»	
Un enigma resuelto	
La función de los ahu	
Los demonios de Pascua	
Iban solos	
2 Del Pacífico a Pakistán	
Acariciando el misterio	
La escritura que viajó en el tiempo	
El asno indio	
Karachi	
Mohenjo Daro	
Los sellos del Valle del Indo	
3 Soñadores de prodigios	
El señor de Tepoztlán	
El valle sagrado de Daniel Ruzo	
Marcahuasi	
El sueño de Waldemar Julsrud	
Las figuras de Acámbaro	
¿Por qué tanto misterio?	
4 El maya que no viajó a las estrellas ¿o sí?	
La ciudad del estuco	
Detrás de lo aparente	
Destino: Venus	
El auténtico misterio está debajo de la losa	
5 Erks, la ciudad que nunca vi	
Una sierra cargada de enigmas	
El bastón de mando	
6 Memorias del mar muerto	
Un feo dios de hermosas obras	
Un misterio cubierto por la sal	
Masada	
Índice de términos	

PRÓLOGO

Sensatez, honestidad, templanza esas son las primeras palabras que acuden a mi mente cuando invoco la figura de mi querido amigo Fernando. Todo un icono del misterio, un divulgador de raza, de esos que aparecen cada cierto siglo para deleite de sus coetáneos. Aunque debo confesar, y lo haré en estas líneas, que mantengo algunas sospechas sobre el verdadero yo de Jiménez del Oso, me explicaré querido lector: usted no se ha fijado en la imagen de Fernando, tan atractivo, tan asentado, con esas ojeras características, esa mirada profunda, verdad que lo está visualizando en estos momentos. En efecto, no ha variado ni un ápice en los últimos decenios, y, es más, desde aquí me atrevo a decir que no ha cambiado nada en las últimas centurias. Porque Fernando, hora es de decirlo, es el conde de Saint Germain, sí amigos, ésta es la única verdad, si no fuera así no se podría explicar la cantidad de conocimientos albergados por esta lúcida mente.

Lo descubrí un buen día en el que fui invitado a pasar una magnífica velada en casa de Pilar y Fernando. En un descuido de esta entrañable pareja, me deslice entre las sombras góticas de los pasillos hasta llegar al despacho del doctor, un espléndido santuario de la sabiduría. En la estancia de estilo indefinible me topé con libros polvorientos, objetos de toda índole y procedencia y un retrato extrañísimo donde aparecía Fernando vestido a la usanza medieval.

En medio del éxtasis apareció él situando su mano sobre mi hombro, el susto fue tremendo, pero su sonrisa cómplice consiguió calmarme, me explicó que ese era su reducto secreto y que lo del cuadro no tenía importancia dado que se había pintado en un momento de diversión utilizando un traje que había pertenecido a no se sabía quién, asentí con mirada complaciente y callé, pensando que su secretillo quedaría bien custodiado. Terminamos la fiesta y no se volvió a hablar más de aquel asunto.

Recuerdo con emoción mis largos años de amistad con Fernando, la primera vez que nos estrechamos la mano fue en la madrileña calle Velázquez cuando yo realizaba mi programa Turno de noche.

En aquella madrugada propia de vampiros y hombres lobo, apareció entre las brumas originadas por el tabaco y el café humeante, yo estaba muy nervioso puesto que admiraba profundamente al personaje con el que iba a mantener una amigable conversación radiofónica. Como a todos los ídolos, también había mitificado a Jiménez del Oso, su larga y dilatada trayectoria profesional no dejaba lugar a la duda, más de ochocientos documentales televisivos, otros cientos de programas radiofónicos, la fundación y dirección de revistas como Espacio y tiempo o Más allá de la ciencia, libros, reconocimientos, en fin que tenía ante mí a todo un héroe de la comunicación española.

La entrevista se convirtió en amigable conversación, y, como siempre, terminó por cautivarnos a todos. Esa noche los teléfonos ardieron, los oyentes, tan entusiasmados como yo, pidieron más y más, ya que los sesenta minutos ofrecidos supieron a poco. Ese es Fernando, un inmenso contador de historias, alguien del que te puedes fiar, uno de los mejores psiquiatras de nuestro país, porque además de contar sabe escuchar y esa cualidad muy pocos la tienen.

Él sabe perfectamente que lo queremos y admiramos, lo sabe, créanme, pero nunca lo verán subido al pedestal, no, Fernando no es así.

Esa noche me demostró que seríamos amigos para siempre, tenemos una forma de ver la vida muy parecida, salvo algunas excepciones como las de pasear por los cementerios o coleccionar algún hueso que otro.

Hace tres temporadas que me concedió el honor de su colaboración en La Rosa de los Vientos, mi actual programa de radio, obviamente el espacio de Fernando es uno de los más aplaudidos por parte de la audiencia, y, es que, todo lo que hace este hombre tiene tanta magia y tal poder de seducción que es muy difícil sustraerse a lo que analiza, comenta u opina. Su editorial en la revista Enigmas es toda una referencia para los que seguimos con pasión los asuntos del misterio, lo que escribe Fernando va a misa, aunque como él mismo dice «todo es cuestionable», incluido su editorial. Pero, y digo yo, que pasará cuando dentro de cien años Fernando Jiménez del Oso siga ahí, seguramente nada puesto que habrá cambiado de nombre.

Por eso tenemos una oportunidad única de descubrir la verdadera personalidad de Fernando Jiménez del Oso y es con este libro que usted tiene entre las manos. En busca del misterio, tiene algo más que texto y magníficas fotografías, esta obra refleja la vida de uno de los personajes más apasionantes de la historia contemporánea española. En efecto, estas páginas le van a trasladar a los países y lugares más enigmáticos del planeta Tierra. Jiménez del Oso descubre para usted, no sólo grandes centros de misterio, sino también sus intuiciones, opiniones e investigación de tantos años al filo de lo inexplicado.

Fernando, con prosa propia de la Generación del 98, nos explica cómo entrar en los recóndito, lo oscuro, lo aislado; se convierte, sin pretenderlo, en el mejor cicerone que nadie pudo soñar y es importante que en estos tiempos de papanatismos ilustrados nos dejemos llevar por alguien que aplica la racionalidad en grado extremo, porque si Voltaire resucitara, seguramente pediría a Jiménez del Oso su colaboración para la nueva enciclopedia del raciocinio.

Fernando es un médico especializado en la mente humana, con más de treinta años de carrera, sus pacientes lo adoran, seguro que si tratara a Woody Allen lo curaría en pocas sesiones. Pero ante todo mi amigo es un humanista, un amante del planeta Tierra y de sus misterios.

¿Verdad querido lector que Fernando parece saber más de lo que cuenta?, pues sí, yo lo ratifico, sabe mucho más de lo que dice y si usted lee con detenimiento este libro, se dará cuenta que mis palabras no son vanas.

Busque cual mente renacentista entre las páginas de esta obra, descubrirá hoteles de extraño encanto donde se combinan enigmas y bichos criptozoológicos, sitios remotos llenos de construcciones imposibles para la mente humana de nuestros días. Pero lo principal es que van a conocer la verdadera esencia filosófica de Fernando, aquí están sus mejores aventuras, sus pasiones, su contacto con la vida, y algo muy peculiar que para mí no ha pasado desapercibido, fíjense que después de tantos años, de tantos viajes y de tantas gastronomías inauditas, a Fernando nunca le ha pasado nada ¡Se dan cuenta!, reiteró mi tesis, ¡es el conde de Saint Germain!, bueno vale, si no es el conde por lo menos un primo carnal, pero lo que sí sé es que mi amigo tiene el secreto de la piedra filosofal y estoy

convencido que gracias a este libro lo va a compartir con todos
ustedes, imaginen y disfruten.

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

CAPÍTULO I

LA ISLA PERDIDA.



*H*abía visto acondicionadores de aire como aquél en las películas norteamericanas de los años cincuenta. No dejé de sentir cierta emoción; un aparato así sólo puede contemplarse ya en un museo. Era tan grande que ocupaba media ventana, una vez puesto en marcha, su ruido podía competir con el de un reactor a plena potencia. El efecto, aunque impresionante, duraba poco, porque en uno o dos minutos saltaban los plomos. No sé bien por qué razón, pero durante la noche el problema se solucionaba en parte y el padre de todos los acondicionadores funcionaba sin interrupción.

A cambio, el tubo fluorescente del techo no llegaba a encenderse por completo e iluminaba intermitentemente la habitación con una luz espectral que apenas permitía ver el mobiliario, lo que, salvo por la irritación de los ojos, no dejaba de ser un consuelo. Fue durante la primera noche, cuando, a la luz de ese indeciso fuego fatuo, vi al que iba a ser mi compañero de cuarto durante una larga semana. No puedo precisar su especie, porque la visión duró lo que uno de esos fugaces parpadeos de neón, pero resultó suficiente para apreciar que se trataba de un bicho blanco parecido a una salamandrina de no menos de cincuenta centímetros; es decir, tan grande como para que, dadas las circunstancias, me pareciera gigantesco. Tuve tiempo de verlo correr por la pared y esconderse detrás de un sillón. Cuando se ha viajado lo suficiente, uno aprende cuán importantes son la tolerancia y la discreción para una correcta convivencia, así que trasladé el camastro al centro de la estancia y no moví el sillón ni su pareja, tanto por no importunar a mi anfitrión como por no saber qué otros ejemplares de la fauna local me hacían compañía. Satisfecho sin duda con el arreglo, no volvió a dejarse ver, lo que desde aquí le agradezco, y de paso le envío un emocionado recuerdo.

Pese a todo, según el productor, se trataba del mejor hotel de Larkana. Y debía serlo por su pretencioso nombre, Green Palace, aunque no estaba pintado de verde y, desde luego, no era un palacio. Me he alojado en sitios peores, y éste, aparte de lo ya comentado, ofrecía a huéspedes y visitantes el singular atractivo de estar siempre en tinieblas.

La razón, me dijeron, era el calor. Por mitigarlo, el salón-bar-comedor tenía las pesadas cortinas continuamente echadas y las bombillas daban una luz tan mortecina, que todos parecíamos asesinos en serie planeando nuevos crímenes, además de no saber en ningún momento qué

estábamos comiendo exactamente, lo que quizá era una suerte...

A estas alturas, es probable que el lector se pregunte qué hada yo en aquél rincón de Pakistán, pero si quiere saberlo, como yo espero, deberá tener paciencia, porque la razón estaba en el otro lado del mundo y a unos diez años de distancia, en la Isla de Pascua, así que comencemos por el principio y vayámonos allí.

En los 109° 25' 54" de longitud oeste y los 27° 08' de latitud sur, y una isla célebre a la que el almirante holandés Roggeween bautizó el 6 de abril de 1722 con el nombre de Isla de Pascua, por ser ese el día en que se celebra la Pascua de Resurrección. Los aborígenes, a quienes mi conmemoración ni les iba ni les venía, siguieron llamándola Te-pito-o-te-henua, que quiere decir «el ombligo del mundo». Aunque pueda parecerlo, tal nombre nada tiene de pretencioso; si he dado las coordenadas de la isla es para que, en caso de que le apetezca, el lector vea en un mapamundi su situación: está en medio de la nada, a 3.518 Km. de la costa americana y a 2.037 de la isla Picairn, su vecina inmediata. Aunque se situasen en la cima más alta de su isla, el volcán Maunga-tere-vaka, los habitantes de Pascua no disponían de otro panorama que el cielo por arriba y el océano alrededor. Solos, en el centro de una inmensidad azul, no es extraño que se consideraran el ombligo de lo creado.

Desde la isla de Pascua la única tierra visible son los islotes Motu-kao-kao, Motu-iti y Motu-nuzz. Anualmente, nadadores de cada uno de los clanes competían para llegar a los nidos y hacerse con el primer huevo del pájaro manutara (ave marina conocida como «pájaro fragata»).



Su incorporación al acervo de tierras conocidas y, con ella, la pérdida de su mísero aislamiento, dejó en los pascuenses un amargo sabor de boca y el sentimiento de que mejor hubiera sido que nadie los descubriera, porque aquella visita se saldó con la muerte de una docena de ellos. Afortunadamente, y no es por hacer patria, el siguiente desembarco, el 20 de noviembre de 1770, protagonizado por dos barcos españoles, el navío San

Lorenzo y la fragata Santa Rosalía, bajo el mando de Felipe González de Haedo, resultó mucho más satisfactorio y productivo. Levantaron mapas de la costa y del interior, se estableció contacto amistoso con los isleños y quedó constancia por escrito de todo ello (documentos que quien esté interesado puede encontrar recogidos en un magnífico libro de Francisco Mellén Blanco: Manuscritos y documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua, Biblioteca CEHOPU, 1986).



Mapa de la isla levantado por la expedición de Felipe González de Haedo.

Cómo era inevitable, los recién llegados tomaron posesión de la isla en nombre de Carlos III, llamándola isla San Carlos en su honor. La historia está llena de atropellos similares. Sin otra razón que la fuerza y con el arrogante convencimiento de que, por diferentes y técnicamente pobres, los recién descubiertos son unos desgraciados de inferior categoría, los países «desarrollados» se han apropiado de las tierras que les ha venido en gana, convirtiendo a sus habitantes en súbditos forzosos, explotándolos como mano de obra barata, imponiéndoles costumbres para ellos ajenas y tanto o más estúpidas que las que tenían, y sustituyendo su vieja religión por otra nueva no menos disparatada y humillante.

Los pascuenses, sancarlenses o, si se quiere ser purista, tepitotehenuenses, no tuvieron mejor suerte que otros pueblos. Se libraron, eso sí, de que, en 1687, su primer descubridor, el pirata Edward Davis, llegase a desembarcar. Aunque su barco se llamaba «La delicia de los solteros», nombre que sugiere una tripulación de talante cordial y dicharachero, lo más probable es que, de haber puesto pie en la isla, su estancia se hubiera saldado con abundantes muertes y violaciones, pero, por alguna razón, se conformó con contemplarla desde un cuarto de milla de distancia. Sin embargo, el mal ya estaba hecho; el filibustero tomó nota de la situación aproximada de la

isla en su cuaderno de bitácora y, fiándose del dato, Roggeween desembarcó en ella treinta y cinco años después.

No hace al caso extenderse mucho en la historia conocida de Pascua, porque lo que nos interesa es precisamente la desconocida, la no escrita, pero sería injusto pasar por alto la fructífera expedición de James Cook, el afamado navegante inglés, en 1774. Le acompañaron dos científicos alemanes, Reinhold y Georg Forster, que realizaron un estudio bastante completo de la isla y de sus habitantes, y un dibujante llamado Hodges -no confundir con el magnífico pintor y grabador inglés Charles H. Hodges; en esa fecha sólo tenía diez años de edad-, que fue el primero en dar a conocer al mundo el aspecto de los moai, las célebres esculturas pascuenses de las que luego me ocuparé con detenimiento.

Descubierta, redescubierta y vuelta a descubrir por holandeses, españoles, ingleses y franceses, Rapa Nui, «la isla grande», cómo la llamaban los polinesios, se vio ya inmersa sin remedio en los acontecimientos que durante el siglo siguiente sacudirían al continente americano. El que en 1805 una veintena de ellos fueran embarcados por la fuerza en la goleta norteamericana «Nancy» para ser utilizados como pescadores en el archipiélago de Juan Fernández, no contribuyó precisamente a endulzar el carácter de los isleños, que, a partir de entonces, dispararon con cuanto tenían a mano contra cualquier embarcación que se acercara a sus costas.

No les sirvió de mucho... la abolición de la esclavitud en Estados Unidos y la creciente industrialización del continente americano crearon la necesidad de buscar nuevos trabajadores que sustituyeran a los recién manumitidos negros sin incrementar excesivamente los costes. La Isla de Pascua, que entonces contaba con unos cuatro mil habitantes, no escapó a ese «reclutamiento»; engañados o a punta de pistola, centenares de ellos fueron llevados a las explotaciones de guano en la costa del Pacífico, donde trabajaron en condiciones infrahumanas, hasta que, por intercesión de los misioneros, los que aún quedaban con vida fueron repatriados. Lamentablemente, en el barco de vuelta viajaban también la sífilis y otras enfermedades para las que los aborígenes carecían de defensas, como la tuberculosis o la gripe. Las consecuencias fueron estremecedoras. En su libro *La cultura de la Isla de Pascua, mito y realidad*, el doctor Ramón Campbell cita varios censos elocuentes de lo que supuso para esa tierra perdida en el océano su descubrimiento y colonización:



Aspecto de los aborígenes pascoenses en los siglos ^{VI} VII y ^{XIX} XIX. Pese a sus tatuajes y orejas deformadas, como señaló González de Hoyo, habrían podido pasar por europeos.

«... en 1864, fecha de la llegada del hermano Eyraud, los habitantes eran 1.800. Cuatro años después se habían reducido a 930, sólo la mitad. Al año siguiente, según el padre Roussel, eran alrededor de 600. Cuando estuvo allí Pierre Loti en 1872, el número había descendido a 275, y en 1877 el capitán Alphonse Pinart, a su paso en el navío Le Seignelay, encontró el ínfimo número de 111».

Si me he entretenido en estos datos, es para que se considere lo difícil que resulta reconstruir, aunque sea remotamente, la historia de la isla anterior a la llegada de los europeos. Y es una pena, porque Pascua alberga en

sus escasos ciento setenta kilómetros cuadrados tantos y tan sugerentes enigmas, que cerca de tres mil autores han caído en la tentación de escribir sobre ellos. Entre tal abundancia, me será disculpado que dedique un capítulo o dos a hablar de la isla, centrándome, eso sí, en sólo un par de sus misterios: los moai y las tablillas rongorongo. Aunque no los resuelva, aportaré algunas reflexiones que considero sensatas, pese a que, en parte, discrepen de las hipótesis mantenidas por los más reconocidos antropólogos y asumidas como propias por la mayoría de los sucesivos escritores.

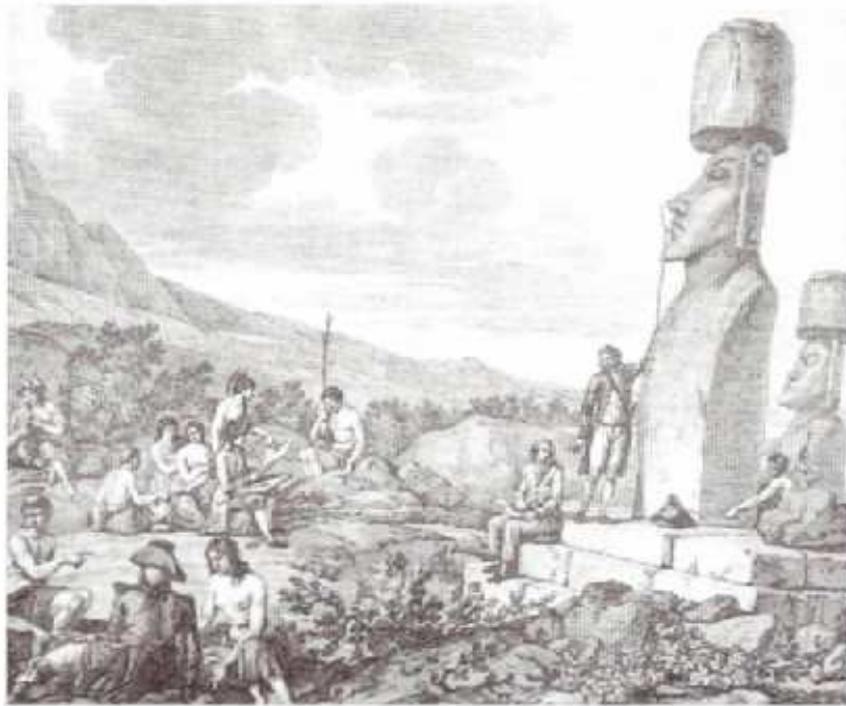
Cuando estuve en la Isla de Pascua comprobé dos cosas: que hacía viento y que lo escrito en su día por Englert, Mulloy, Campbell y Heyerdahl, los investigadores considerados más respetables, seguía yendo a misa. Mantenerse peinado era una pretensión imposible y no asumir como dogma lo que esos autores dijeron era una herejía.

Consecuentemente, gasté enormes cantidades de laca y me leí a conciencia la obra de los ya citados para ver hasta que punto era merecedora de un crédito sin restricciones. Este último empeño no debe considerarse como menosprecio a su trabajo, que fue enorme y digno de los mayores elogios, sino el fruto de amargas decepciones acumuladas a lo largo de los años.

De adolescente, tenía la ingenua idea de que lo escrito por quienes investigan en cualquier rama de la ciencia podía asumirse sin reservas, y que si en sus textos escaseaban los «tal vez», los «es posible que» o, sencillamente, los «no se sabe», era porque las piezas encajaban a la perfección y no había resquicio para la duda. Creía -bendita inocencia- que sus rotundas afirmaciones se basaban en hechos incontrovertibles y no en opiniones personales. Luego, al conocer más profundamente los temas y, sobre todo, al visitar, sin prisa y con los ojos bien abiertos, los lugares por ellos descritos, comprobé que me habían engañado: buena parte de sus asertos eran pura especulación y algunas de sus conclusiones un mero disparate. Por eso, y ya que estamos en ello, recomiendo al lector que no confíe ciegamente en lo que dictaminan sin titubeos las «voces autorizadas» de la ciencia, por muy encumbradas que estén; seguro que en algo de lo que afirman o niegan le están dando gato por liebre. Y si esto se refiere a los autores considerados ortodoxos, imagínese la desconfianza que deben inspirarle los que, dejándose llevar por lo aparente, encuentran aeropuertos prehistóricos en el desierto, atlantes con pistolas desintegradoras en un templo tolteca o pilotos espaciales en una tumba maya...

No soy de los que niegan la posible presencia de visitantes extraterrestres en el pasado, muy al contrario; el, a mi juicio, incuestionable fenómeno ovni, plantea esta y otras muchas desconcertantes posibilidades que escapan a la comprensión de nuestra aún rudimentaria ciencia. Pero a ese tipo de «investigadores», tanto a los pioneros de los años setenta como los más recientes, los he sorprendido en tales y tan gruesos errores, he comprobado tantas veces su absoluto desconocimiento de las culturas en las que meten con calzador a sus antiguos astronautas, que no doy por bueno nada, insisto, nada de lo que escriben, sin haberlo antes verificado. Por supuesto, aunque la mía no sea una «voz autorizada» ni se me pueda encuadrar en el otro grupo, esa misma recomendación se extiende a este libro.

También en esa isla, comprobé una vez más que viajando se conoce gente interesante. Edmundo Edwards lo era y seguro que lo seguirá siendo. Tenía a su cargo la dirección del patrimonio arqueológico de la Polinesia Francesa, pero llevaba años estudiando Pascua, más rica en misterios ella sola que todas las islas bajo su jurisdicción. Mantuvimos largas y, para mí, fructíferas conversaciones. Sabía cuanto puede saberse del asunto y estaba al tanto de las últimas investigaciones, pero, a diferencia de la mayoría de los presuntos eruditos sobre el pasado pascuense, no tenía embargo en confesar su ignorancia si llegaba el caso. Él fue quien me proporcionó el entonces más reciente «censo» de moai: mil seis. Una cifra sorprendente, si se tiene en cuenta que la isla no debió sobrepasar en sus momentos de mayor población los cinco mil habitantes.



A partir de la expedición de James Cook, empezaron a llegar a Europa las primeras imágenes de los moai.

Esas esculturas, auténtica seña de identidad de la Isla de Pascua, son tan conocidas que parece superfluo describirlas, pero resulta imprescindible hacerla, y con cierto detalle, para luego evaluar cuál es su dosis de misterio. Se distribuyen en dos tipos: los moai (en su idioma original el plural se expresa antes de la palabra) «clásicos» y otros de apariencia más tosca a los que Campbell denominó «rústicos». Ambos representan a individuos de rasgos peculiares: cráneo aplanado por arriba, arcos superciliares prominentes y unidos, nariz larga y respingona, con punta afilada y aletas bien marcadas, boca recta de labios muy finos, que se proyectan

hacia delante en un mohín despectivo, y mandíbula desproporcionadamente grande, con bordes afilados que la separan nítidamente del cuello, grueso y corto. No puede hablarse propiamente de cabeza, puesto que, vista de perfil, termina en las largas orejas, sin vestigio alguno de cráneo, y que, unido a la estrechez de la frente, sugiere más una máscara que una auténtica cabeza. Por su parte, el cuerpo, de pequeño tamaño en relación con la cabeza, es rechoncho, de pectorales marcados y vientre voluminoso. Lo que más llama la atención en él son las manos, dotadas de larguísimos dedos que parecen sostener el peso del abdomen. Ahí terminan, porque no hay piernas ni indicio de ellas. Fueron hechos para ser colocados sobre un pedestal e integrados en un monumento. Los otros moai, los «rústicos», considerados posteriores, son similares, aunque de menor tamaño y más tosca factura. Su nariz es ancha, de tipo negroide, y la mandíbula carece de esa firmeza que caracteriza a los «clásicos».

Los moai son la auténtica seña de identidad de la isla de Pascua, sin embargo, son muchos los enigmas que aún conservan.

Además de los ya ejemplares aislados diferente, como el la expedición de en los años escultura femenina, de cuatro metros de arrodillado, con descansando sobre una postura que expresa veneración, natural de sentarse que, como aquél, mobiliario. No es antes habían sido ejemplares el arqueólogo restos de algunos aunque existan excepciones, no son frente al enorme moai típicos.



descritos, hay de aspecto que desenterró Thor Heyerdahl cincuenta: una un moai tuturi, altura. Está los glúteos los talones, en seguramente no sino la forma en los pueblos carecían de el único; ya hallados dos similares por Mulloy y hay más. Pero, estas y otras significativas número de los

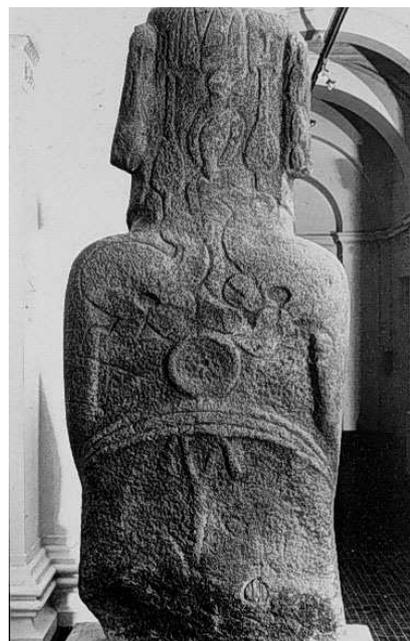
El que sí merece tratamiento aparte, tanto por lo curioso como por haber dado pie a fantásticas especulaciones, es un moai inacabado de la cantera del Rano Raraku, el volcán de cuya ladera proceden casi la

totalidad de las esculturas. Aún permanece unido a la piedra madre, pero cuando el trabajo se interrumpió ya estaba en una fase muy avanzada de ejecución. Pasaría por uno de tantos, si no fuese porque su mentón se adorna con una perilla parecida a las que ostentaban reyes y deidades en el Antiguo Egipto. Un apéndice cilíndrico que, corno era de esperar, ha llevado a algunos a deducir que una expedición faraónica visitó la isla en época lejana. En realidad, no es el único, otros muchos moai de Pascua ostentan perillas semejantes; se trata de los moai kava-kava, tallados en madera, caracterizados por su torso esquelético -kava-kava significa costillas- y por tener una barbita que, en efecto, recuerda a las que aparecen representadas en el Antiguo Egipto... y en la antigua China, en el antiguo México, en la antigua Suramérica y en tantos otros pueblos antiguos del mundo caracterizados por la escasez de pelo en el rostro. Una modesta perilla, que entre esas poblaciones, casi barbilampiñas, expresaba senectud y sabiduría. No es que sea necesariamente esa la explicación de la perilla «faraónica» del citado moai, pero la expongo como mucho más probable que la prácticamente imposible tesis de la influencia egipcia.

Para ser justos, hay otras coincidencias que aparentemente apoyarían la idea de un Contacto entre ambas culturas. Una, es la similitud fonética de la palabra raa, que los pascuenses utilizaban para referirse al sol, con el nombre del dios solar en el Antiguo Egipto: Ra. La otra, es un relieve que tienen en la espalda los moai del ahu Nau-nau en Anakena (como veremos después, ahu es el monumento en el que se incluyen los moai, mientras que Anakena es, simplemente, el nombre con el que se conoce a una zona de la isla), parecido a la cruz ansada egipcia, el Ank, símbolo de la eternidad. Si a esto unimos que Anakena contiene las letras de Ank y en el mismo orden, podríamos argüir que son demasiadas coincidencias como para atribuirse a la simple casualidad. Sin embargo, si analizamos por separado cada una de esas aparentes conexiones entre ambas culturas, veremos que, en efecto, son pura apariencia.

Entre los símbolos que muchos moai tienen grabados en la espalda, uno de ellos se asemeja al ank, la cruz egipcia, pero se trata de la lacada del ceñidor o de una representación de la luna sobre el arco iris.

El citado relieve en el dorso de algunos moai, cuyo parecido con la



cruz egipcia es sólo relativo, puede representar una lazada del ceñidor que la escultura lleva en su cintura o, lo que es más probable, el símbolo de la luna sobre el arco iris, diseño propio de la isla y que en el moai hoahaka-mana-ia, que se conserva en el Museo Británico, se aprecia con toda claridad. Por lo que se refiere a la palabra Anakena, nada tiene que ver con el ank: kena es el nombre en pascuense de un pájaro y ana significa «cuidado» o «refugio» en este Idioma. De hecho, en ese lugar de Pascua hay representaciones del mencionado pájaro. Queda la cuestión de Ra y raa, el Sol. Aunque aisladamente, como las otras coincidencias, nada significa, conviene tener en cuenta que ese nombre en egipcio es convencional, sabemos cómo lo escribían, pero no cómo lo pronunciaban, y en el caso de Pascua, sabemos cómo lo pronuncian, pero no cómo lo escribían, porque su escritura aún no ha sido descifrada.

De todas formas, y pese haberme extendido en ello por ser una hipótesis defendida por algunos autores, la historia hace imposible que esa pretendida conexión entre ambas culturas se haya producido. El Egipto faraónico terminó definitivamente a principios del siglo IV a.C, cuando la flota de Cleopatra fue derrotada por la del romano Octavio en la batalla naval de Accio, en tanto que los restos humanos más antiguos datados por el carbono 14 en la Isla de Pascua corresponden al 386 de nuestra era, siendo consenso, además, que los moai fueron tallados en fechas muy posteriores, nunca antes del siglo XIII. Un, más que improbable, viaje «geográfico» de navegantes egipcios por el Pacífico, tendría que haber sido también un viaje «temporal», diecisiete siglos hacia el futuro.

Para hallar misterios en el pasado no es preciso deformar la historia, basta con estar atentos y no dejarse enredar por esas «voces autorizadas» a las que me refería al principio. Los moai, en su sitio y sin influencias egipcias o extraterrestres, son en sí mismos suficientemente misteriosos. Responden a una forma de expresión artística peculiar, exclusiva de la isla, y representan a seres de aspecto más o menos humano, de quienes no es posible deducir su raza o edad, como tampoco su función o rango social.

Repuesto de su sorpresa inicial, el observador que ve uno de ellos por vez primera deduce que se trata de una esquematización, de un «retrato» idealizado de personas reales o imaginarias, en el que, prescindiendo de las adecuadas proporciones anatómicas, se enfatizan unos detalles corporales en detrimento de otros. Si, continuando su paseo, ese mismo observador tropieza con

otro moai, lo relacionará inmediatamente con el primero. Sus rasgos fundamentales, los que caracterizan a cualquier individuo, son iguales: el mismo arco superciliar exagerado, la misma nariz, las mismas orejas, los mismos labios, el mismo mentón... Claro está que no son idénticos, pero, salvo pequeñas diferencias, parecen representar al mismo personaje, con actitud y gesto similares.

Buscando un parangón en nuestra propia cultura, el caso de Jesús podría servir perfectamente. No hay una descripción precisa de él, sin embargo los artistas se adaptan a un modelo convencional: cabello largo y ondulado, generalmente oscuro -aunque en ocasiones e inapropiadamente, se le representa con el pelo rubio-, peinado con raya en medio, barba no muy larga y un gesto que, definido esencialmente por los ojos y la boca, denota nobleza y bondad. Si añadimos una túnica blanca o de color claro, la imagen se identifica inmediatamente con Jesús. Todos esos retratos idealizados -su auténtico rostro, a no ser que demos por bueno el que aparece en la Sábana Santa, lo desconocemos- son distintos, pero la permanencia de las características descritas señalan al mismo personaje.

En el caso de Pascua, probablemente no se haga referencia a uno en concreto, sino a un género de entidades con características comunes, puesto que solían representarlas en grupos. Algo similar a lo que en la iconografía cristiana se hace con ángeles y demonios. Es una especulación, pero razonable. Otros, entre los que se incluyen algunos de los más señalados antropólogos que han escrito sobre la isla, sostienen que, si bien el estilo artístico es el mismo, las diferencias entre los moai se deben a que cada uno representa a una persona distinta. Se trataría, pues, de retratos individuales. A pesar del prestigio de quienes sustentan tal hipótesis, ésta se enfrenta con una severa objeción: los rasgos que señalan el carácter e identifican a una persona distinguiéndola de otra, son precisamente los que apenas difieren entre los moai. Siendo así, uno se pregunta cuáles son las razones para insistir en que se trata de personajes diferentes.

Cuando faltan datos objetivos o documentos escritos, es fácil caer en la tentación de encajar los hallazgos arqueológicos en un esquema que resulte «sensato». Para ello se recurre habitualmente a incrustar en esa cultura desconocida patrones de conducta válidos cu otras que se conocen bien. En el caso de los moai, el que éstos estén incluidos en monumentos en los que, como enseguida veremos, se han encontrado restos humanos enterrados, ha llevado a la conclusión de que se trata de estatuas que representan a caciques muertos. No importa que sean cinco

o seis los moai que, perfectamente alineados, presidan el «mausoleo», puesto que a sus pies hay varios enterramientos. No importa que el número de esqueletos no coincida nunca con el número de moai; si hay menos, es porque, al tratarse de inhumaciones entre cantos rodados, algunos se habrán perdido con el paso del tiempo y el deterioro consiguiente del frágil monumento; si hay más, es porque, junto a los caciques, fueron enterrados algunos de sus parientes. Para todo hay solución si se pone buena voluntad. Visto de esa manera, los moai son retratos de los enterrados, y las pequeñas diferencias entre ellos bastaban para que los agudos pascuenses del pasado reconociesen de quien se trataba.

A mí, visitante asiduo de cementerios —cada uno tiene sus gustos—, esa interpretación me parece un tanto tendenciosa. Es cierto que unas pocas tumbas están coronadas con la efigie del finado, pero lo habitual es que sobre ellas haya representaciones piadosas o simbólicas que nada tienen que ver con la persona enterrada: cruces, ángeles, imágenes de la Virgen o de Jesús... Pese a todo, y por respeto a la memoria del padre Sebastián Englert y del doctor Ramón

Campbell, dos de los más reputados investigadores de la Isla de Pascua UNÍ y ambos defensores de la tesis moai = retrato de cacique, admitamos que en ese rincón del Pacífico los criterios eran distintos y las esculturas representaban a los reyezuelos o jefes de clan. Llenos de buena voluntad, tal vez no nos cueste admitirlo si contemplamos estos rústicos monumentos supuestamente funerarios fuera de contexto, sin entrar a considerar otros factores, pero si visitamos la cantera donde se tallaban los moai, en la ladera del volcán Rano Raraku, hará falta mucho más que buena voluntad para seguir admitiéndolo. Allí, en diferentes fases de fabricación, hay cerca de cuatrocientas esculturas, algunas de ellas prácticamente terminadas, esperando en la parte baja de la ladera a ser trasladadas a su emplazamiento definitivo. ¿Acababan de morirse cuatrocientos caciques? No parece lógico. Empeñados en sustentar la teoría de Englert y Campbell, defendida todavía por otros muchos, imaginemos que esos cuatrocientos caciques no hubiesen muerto víctimas de una extraña epidemia a la que los escultores eran inmunes y que se hubieran limitado a encargarse su estatua para cuando llegase el momento de su óbito; la deducción inmediata es que, habida cuenta de la capacidad demográfica de la isla, a cada cacique le correspondían como mucho diez o doce súbditos, lo que, por mucha imaginación que le echemos al asunto, resulta un disparate.

Cuando el lector vaya a Pascua, si es que no ha ido ya, y visite la cantera, se dará cuenta de que aquello no es el taller de un escultor, sino una fábrica de moai en toda la extensión de la palabra. El hecho mismo de que haya varios centenares en diferentes fases de tallado, induce a pensar en una industria, que no se justificaría por la defunción de un cacique de vez en cuando: con un solo artesano esculpiendo una sola estatua habría sido suficiente. Por más vueltas que le demos, la idea, férreamente mantenida en la mayoría de los textos, de que los moai eran retratos de cacique no se sostiene en pie. Habrá que buscar otra explicación. Pero será después, antes veamos qué hacían los viejos pascuenses con tanta escultura.

Los Muros «Incas»

Aunque no esté resuelta su función, lo innegable es que el destino de los moai era integrarse en un sencillo monumento. Como ya se ha dicho, carecen de piernas y terminan a la altura de la cadera, con la superficie inferior lisa, adecuada para mantenerse erguidos sobre un pedestal. En efecto, una vez terminado, el moai era trasladado al lugar previsto y se le colocaba encima de un muro, pero no directamente, sino sobre una piedra cilíndrica y aplastada, la papa-ebe, o «piedra de asiento», que era la que estaba en contacto con el muro, como una especie de aislante entre éste y el moai.

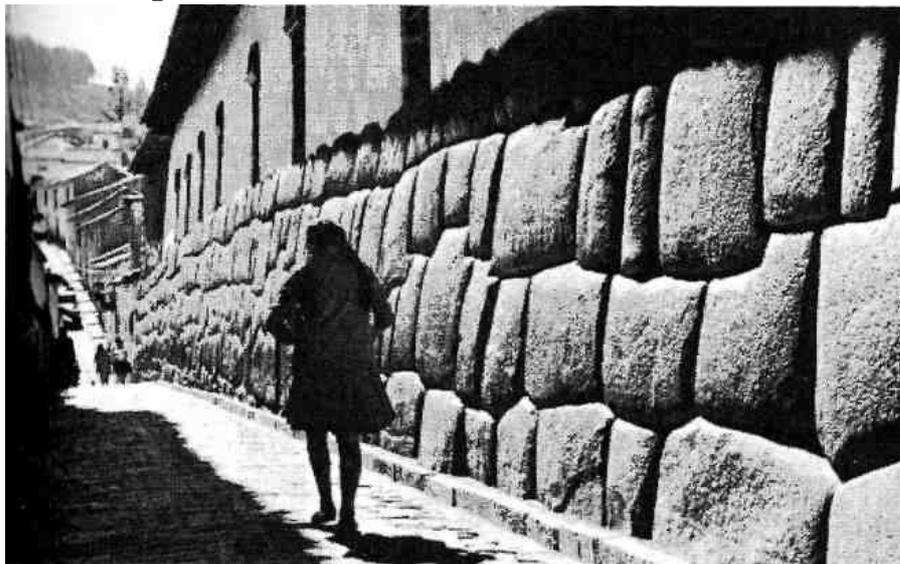
Por lo que se refiere al muro, era de dimensiones variables, de uno a tres metros de altura, dos o tres de ancho, y hasta varias decenas de metros de longitud. La realidad es que los que se conservan o han sido restaurados son tan diversos, que el único denominador común es que se trata de muros de piedra rectos y más largos que altos, que, a su vez, han dado pie a muchos autores para establecer misteriosas conexiones entre la isla y el antiguo Perú. Veamos por qué.

Aunque su función fuese aparentemente la misma, algunos de los muros están realizados de forma especial y con no poco trabajo. Sus piedras, de buen tamaño, que fueron perfectamente labradas y ensambladas, ofrecen la particularidad de tener la superficie externa ligeramente convexa y sus caras laterales no siempre en un solo plano, sino formando varios ángulos y diferentes niveles, sin que ello sea inconveniente para que se ajusten perfectamente con las demás. La misma técnica que utilizaron algunos otros pueblos antiguos, entre ellos los incas -soy consciente de que la palabra inca debiera ir en singular y con mayúscula, puesto que no se trata de un pueblo y sí de una dinastía gobernante, como lo fueron en Europa los Estuardo o los Austria, pero el término ya se usa por todo el mundo como genérico y no es cuestión de ir contra corriente-, que fueron quienes más se sirvieron de ella y con mayor virtuosismo. No se trata de una relativa semejanza; esos muros son de idéntica factura que los de Cuzco o los de Machu Picchu.

También puede comparárselos con otros pertenecientes a culturas más antiguas que desarrollaron igual procedimiento, como la de Tiahuanaco o la de las primeras dinastías egipcias. Pero, como en el caso inca, se trata de pueblos caracterizados por su alto nivel en otras muchas ramas del conocimiento. En ellos, esa técnica constructiva tan depurada resulta congruente; en Pascua

está fuera de lugar, da la impresión de ser algo espurio, incrustado allí por alguien procedente de una de las culturas citadas. Por razones de «proximidad» -y entrecomillo la palabra porque estamos refiriéndonos a tres mil quinientos kilómetros de distancia-, lo aparentemente lógico es que hubiesen sido los incas quienes levantaron esos muros o enseñaron a los isleños a hacerlo. Al menos, eso es lo que piensan algunos autores.

Uno de los elementos desconcertantes de la isla de Pascua son los muros de factura «inca», integrados en los ahu sobre los que se colocaban los moai.



En el muro inca de la calle Hatunrrumiyoc, en Cuzco, donde está incluida una piedra con doce ángulos en el perímetro. Ese insólito modo de labrar y ajustar las piedras, característico de la cultura inca y sin explicación hasta ahora, ha sido resuelto por el autor de manera tan simple como satisfactoria. Obsérvese con detalle la extraordinaria exactitud con que encajan las piedras, muchas de ellas con más de cuatro caras en su perímetro, y la convexidad de su superficie visible. Su innegable semejanza, con la técnica usada por los incas, ha dado también pie a la hipótesis de una conexión entre ambas culturas.

Tendemos a pensar que, mientras los pueblos antiguos del Mediterráneo y, más posteriormente, los europeos del Atlántico, fueron excelentes navegantes, capaces de llevar a cabo largas singladuras, hasta llegar, incluso, a la costa oriental de América, los pueblos de ese continente reducían sus viajes marítimos a la navegación costera, lo indiscutible que no hay evidencia alguna entre las culturas meso y suramericanas de barcos equiparables a los fenicios o a los vikingos, ni siquiera de barcos propiamente dichos, pero sobran referencias al uso de balsas con fines pesqueros y comerciales. Embarcaciones simples en su concepto, pero dotadas de una vela, orzas de

deriva y un timón, en las que podían llevar más de dos toneladas de carga:

«Para su construcción se utilizaban enormes troncos del árbol llamado balsa, que crece en territorios que antaño fueron parte del Incanato y que hoy pertenecen a Ecuador. La disponibilidad de la madera hizo que los pueblos del norte del imperio fueran los únicos en desarrollar una pesca que podríamos llamar «de altura». Se adentraban con sus balsas unas cincuenta o sesenta millas náuticas de la costa hasta la corriente de Humboldt, donde pescaban atunes y delfines. Pero no sólo las usaban para la pesca, sino también para el transporte. Los primeros incas que vieron los hombres de Pizarro -en concreto el piloto y explorador B. Ruiz- fueron unos comerciantes de Tumbes que navegaban en una gran balsa hacia el norte, cargados de mercancías y con casi veinte personas a bordo, como queda recogido en la 'Relación de Xamano-Xerez (1528). Incluso a principios del siglo XX, indios del norte de Perú remontaban la costa en balsas para vender toneladas de su pescado en Guayaquil, Ecuador».

F. Jiménez López, La gran travesía inca.

Enigmas del hombre y del universo.

La falta de documentos escritos deja muchas lagunas, por no decir inmensos océanos, en el conocimiento de lo que sucedió en América antes de que llegaran los europeos. Los cronistas realizaron una extraordinaria tarea, recogiendo prolija y extensamente los relatos orales que, acerca de su historia, conservaban aquellos pueblos, pero, por estar mezclados con leyendas y ser difíciles de situar en el tiempo, no se consideran fuentes fiables. Aun así, y pese a su ambigüedad, muchos de esos relatos incluyen acontecimientos que confirman la existencia de expediciones marítimas en época inca a lugares lejanos y desconocidos. El autor citado incluye en ese mismo artículo una de ellas, capitaneada por Tupac Yupanqui, hijo del gran Inca Pachacutec, que, según el texto de Sarmiento de Gamboa, supera con mucho el pobre concepto que generalmente se tiene de los incas como navegantes:

«...hizo una numerosísima cantidad de balsas, en las que embarcó más de veinte mil soldados escogidos... Navegó Topa Inga y fue y descubrió las Islas Auachumpi y Niñachumbi y volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza de Cuzco hasta el tiempo de los españoles. Este pellejo y quijada de caballo guardaba un Inga principal, que hoy vive y dio esta relación, y llámase Urco Guaranga. Hago instancia de esto porque a los que supieren algo de

Indias les parecerá un caso extraño y difícil de creer... Tardó en ese viaje Topa Inga Yupanqui más de nueve meses, y como tardaba tanto tiempo, muchos le tenían por muerto».

Nueve meses de viaje y tan exóticos trofeos hacen pensar que la expedición se adentró mucho en el Pacífico y visitó algunas islas probablemente del archipiélago de las Marquesas, porque en una de ellas, Nuku-Hiva, existe una tradición que se refiere a un caudillo llamado Tupa, que llegó por el este y, tras un tiempo de estancia se marchó por donde había venido. Lo que resulta de más difícil explicación es lo del pellejo y la quijada de un caballo, animal entonces desconocido por aquellas latitudes, así como lo de la «gente negra», aunque, como sugiere F. Jiménez López, podría tratarse de individuos de la vecina Melanesia, de piel muy oscura, que, por alguna razón, estuviesen en las islas que visitó Tupac Yupanqui.

A los argumentos expuestos se pueden añadir otros, como similitud, difícilmente atribuible a la casualidad, entre muchas palabras del mahorí y del quechua, los idiomas respectivos de Polinesia y Perú, que abren la posibilidad de que los incas visitasen Pascua. Sin embargo, esto no quiere decir que fueran ellos quienes enseñaron los pascuenses a construir muros de esa peculiar manera, porque, hemos de dar crédito a los arqueólogos, los monumentos presuntamente funerarios (ahu) de Pascua en los que se incluyen dichos muros son anteriores al Incanato. Descartando, por inverosímil, la idea contraria, esto es, que fuesen los antiguos pascuenses los que viajaron al continente para enseñar esa técnica a los incas, habremos de considerar que los tan traídos y llevados «muros incas» son producto del buen hacer de los canteros de Rapa Nui, que descubrieron por su propia cuenta un procedimiento para conseguir el perfecto ajuste entre piedras de ocho o más caras sin excesivo esfuerzo. No se trata de un tema baladí, porque, sea en la Isla de Pascua o en el Imperio Inca, esa forma de construir implica, aparentemente, tantas dificultades prácticas, tan colosal esfuerzo, que más parece obra de locos que de gente sensata. Merece la pena hablar de ello con detalle.

Un Enigma Resuelto

Pese a proceder de un continente en el que la mayoría de las casas se construían en piedra y cuyos mamposteros venían levantando desde tiempo inmemorial acueductos, murallas, castillos y catedrales que resistían el paso de los siglos y aun el de los milenios, los cronistas españoles no pudieron evitar su asombro ante los muros incas. Se sentían incapaces de entender tal perfección, tan íntimo contacto entre unas y otras piedras, teniendo muchas de ellas, como tienen, formas irregulares:

«...y hay piedras de estas que tienen muchas puntas y altibajos por toda la redonda y con las que se ajustan están labradas de modo que encajan muy al justo; la cual obra no dejaría de ser muy pesada y prolija, porque para encajar unas piedras con otras era necesario quitarlas y ponerlas muchas veces para probarlas, y siendo tan grandes como vemos, bien se echa de ver la gente y sufrimiento que sería menester».

Un sufrimiento y un trabajo desmesurado, que no casan bien con una sociedad que se caracterizó por su pragmatismo. Si resolviéramos el problema dejando a salvo la cordura de los constructores, no habría inconveniente en trasladar esa solución a los muros de Pascua.

Tanto en un sitio como en otro, uno se pregunta si tal perfección en el ajuste de las piedras es puro virtuosismo, un alarde para impresionar al profano, o responde a razones prácticas. Además de esa técnica constructiva, pascuenses e incas compartían la angustia de vivir sobre un suelo que, de cuando en cuando, se agitaba con violentos movimientos sísmicos. Algo sin demasiada importancia para sus propias viviendas –los unos las hacían de ramas y los otros de adobe–, pero preocupante cuando se trataba de edificios de piedra, ya fuesen religiosos o civiles, hechos para perdurar. Una de las soluciones para mantener en pie lo construido es, precisamente, que la superficie de contacto entre unas y otras piedras sea lo más extensa punible y así ofrezcan mayor resistencia al deslizamiento. Si, adenitis, las hiladas son discontinuas, con bloques que las interrumpen y transmiten con sus pequeños escalones la tensión a las hiladas superior e inferior, el deslizamiento se hace aún más difícil.

En Pascua no había demasiado problema, ya que ese tipo de construcción estaba limitado a los muros del ahu, probablemente el único monumento con pretensiones de perennidad. Las tupas (torres), los hare-moa (gallineros)

y el resto de edificaciones de piedra, no tenían carácter sagrado y su duración era menos importante. Por contra, en el Perú incaico, donde la construcción de templos, palacios y fortalezas alcanzó un enorme desarrollo, era tan precisa la resistencia como la ostentación, lo que implicaba levantar altos muros, capaces de soportar varios pisos y una pesada techumbre. Ello se conseguía, aparte de con el ajuste de las piedras, dando a las paredes una sección trapezoidal, con la base más ancha, lo que favorecía considerablemente la estabilidad, como demuestra el hecho de que la mayoría de los edificios incaicos de Cuzco se mantienen en pie, en tanto que otros más recientes han caído o sufrido grave deterioro, víctimas de los dos grandes terremotos que sacudieron la ciudad en 1650 y en 1950. Sin embargo, en contra de lo que se piensa, su sentido estético no incluía necesariamente el escalonamiento y la irregularidad de las piedras, sin duda eficaces desde un punto de vista funcional, pero no deseables en una arquitectura que buscaba el equilibrio y la armonía en sus construcciones. De hecho, cuando se trataba de un edificio especialmente importante y solemnidad, —el Qoricancha o Templo del Sol de Cuzco podría servir de ejemplo, aunque hay muchos más—, las piedras, trabajadas con singular esmero, no eran de formas caprichosas e irregulares, sino perfectos paralelepípedos, confiando la estabilidad del conjunto a un complejo sistema de espigas interiores que unían unos bloques con otros sin que desde fuera se notase. Así pues, esa técnica de construcción que tanto sorprendió a los cronistas y sigue sorprendiendo a los viajeros —a cualquiera de ellos que visite Cuzco, le llevarán inevitablemente a la calle Hatún Rumiyoq para que vea «la piedra de los doce ángulos»— no responde a criterios estéticos, sino a razones prácticas... y económicas. Dejando aparte la posible dificultad que entraña esa forma de levantar muros, un recorrido por las calles de la que fue capital del Tahuantinsuyo, el imperio Inca, da a entender que la aplicaron indiscriminadamente, excepto, como ya se ha dicho, cuando el edificio tenía singular importancia, y eso sugiere que lo hacían así porque era más barata.

Enjuiciar un tema tan debatido por los arqueólogos y peruanistas desde lo puramente económico no es demérito para los incas, al contrario, es reconocimiento a su sentido práctico, tan ensalzado por los cronistas y por los actuales peruanos, que vuelven sus ojos con nostalgia hacia un pasado que, sin mucha objetividad, consideran poco menos que una edad dorada. Para justificar las grandes empresas urbanísticas acometidas durante el Imperio, especialmente bajo el reinado del Inca

Pachacutec, se alude a la abundante y casi gratuita mano de obra, lo que sólo parcialmente es cierto, ya que esa leva forzosa de obreros no excluía su mantenimiento y el de su familia. Había mucho que hacer y había que hacerlo en el menor plazo posible, como dicta la lógica más elemental y requiere el prestigio de un gobernante. Tenían a su alcance cuanta piedra quisiesen y se trataba de hábiles canteros, pero no era cuestión de perder el tiempo haciendo fiorituras innecesarias; si utilizaban bloques de forma irregular era porque les daba menos trabajo que transformarlos en bloques regulares, para evitar el deslizamiento bastaba con hacer hiladas discontinuas. Eso pensaba la primera vez que visité Cuzco.

Cabía la posibilidad de que todo fuese un truco, y esa apariencia de ajuste perfecto con piedras disformes fuera sólo una ilusión. Ahí lo había visto años atrás en un documental de la BBC, dedicado a desmontar las alocadas tesis de von Däniken, en el que mostraban piedras que en su superficie externa encajaban a la perfección, pero cuyas caras no visibles distaban mucho de estar en íntimo contacto con las piedras vecinas. Un ajuste de aristas, pero no de superficies. Entre las decepciones que citaba al principio, esta es una de ellas, pero no causada por los incas, sino por la BBC. No sé de dónde sacarían las piedras que enseñaron, pero en Machu Picchu y en otros lugares en los que hay muros con anchas grietas causadas por lo terremotos, comprobé hasta hartarme que el ajuste era igualmente perfecto en toda la superficie de las caras no visibles de las piedras. Descartada esa «explicación» y perdido mi respeto hacia los «serios» documentales de la televisión estatal inglesa, me vi en trance de seguir buscando una solución que justificase mi fe en el hombre antiguo, al que siempre he considerado inteligente y práctico, capaz, como está ampliamente demostrado, de encontrar ingeniosas formas de resolver grandes problemas sin apenas recursos técnicos.

Le di muchas vueltas a la cuestión. En cada visita a Perú, los muros incas me volvían a atrapar: tuvieron que disponer de algún método sencillo que no implicase tan descomunal esfuerzo como a primera vista parece. Creí encontrarlo cuando conocí al padre Lira, un anciano jesuita que por entonces vivía -hace años que ha muerto- en un pequeño pueblo cerca de Cuzco. Tenía referencias de él y de su trabajo, no en vano era un antropólogo respetado que, entre otras cosas, había escrito el primer diccionario bilingüe quechua-español. Entrar en contacto con él se debió a una serie de coincidencias escalonadas, de esas en las que uno intuye la mano del destino, que me rodearon durante todo aquél viaje y en las que aún hoy

sigo pensando. Me ha sucedido otras veces, pero en esa ocasión las «casualidades» debían encerrar un mensaje profundo, porque, en tres lugares diferentes, todos ellos en Cuzco o en sus inmediaciones, me encontré en el suelo sendos manojos de llaves, el último, a los pies mismos del padre Lira, en la plazuela donde nos habíamos citado. Las llaves abren puertas, pero encontradas así, sin más, y en el espacio de pocos días, debían aludir a umbrales más simbólicos que materiales. Supongo que algún día encajarán las piezas...

Sorprendido de que yo lo supiese, me confirmó que, en efecto, tiempo atrás había estado investigando sobre la «masificación» de la piedra. Según una tradición quechua, los dioses habían regalado al indio tres plantas; dos de ellas bien conocidas: la coca, que alivia el hambre y el cansancio, y el maíz, la base de su alimentación. La tercera, considerada un simple mito, era la hoschka, que servía para ablandar las piedras. Sospechando que, como en tantas otras ocasiones, detrás de la leyenda podía haber algo de verdad, decidió probar. No le fue difícil identificar la planta, pero ignoraba el modo de prepararla. Sin entrar en muchos detalles, me dijo que le costó varios años encontrar con qué jugo de otras plantas había que combinarla, pero que, finalmente, consiguió que la piedra adquiriese la consistencia del barro. Lo que no consiguió es que recuperase después su dureza.

Mientras escribo, estoy rememorando su rostro y sus palabras. Sonríe sin poder evitarlo, como el sonreía ante mi estupefacción. Le divertía que alguien venido de tan lejos se interesara de esa manera por algo que para él ya carecía de importancia. «Me cansé», respondió sencillamente cuando, casi indignado, le pregunté por qué había abandonado esa investigación. «Estuve con eso catorce años y me cansé. Había otras cosas que me interesaban». Podía entenderlo, pero no alcanzaba a comprender que otros no hubiesen continuado a partir de dónde él había abandonado. «Nadie se interesó», me dijo. Y tristemente era verdad. Me dejó solo un par de minutos. Una mosca merodeaba en torno a los vasos, atraída por el aroma dulzón del anisete que habíamos estado bebiendo. Recuerdo también que corría un vientecillo fresco y que al otro lado de la tapia se oían voces de niños jugando a la pelota. Son imágenes y sonidos de una mañana cualquiera en un lugar cualquiera, pero, por alguna razón, quedaron vivos en mi memoria. Cuando volvió, traía en su mano una revista de antropología. Me la tendió abierta, mostrándome un artículo suyo en el que daba cuenta al mundo de su descubrimiento. Y el mundo ni se enteró.

Este tipo de cosas suceden; no debieran suceder, pero suceden, y en cualquier campo de la actividad humana. Los que están Instalados allá arriba, en el Olimpo de lo académico, al que han accedido con esfuerzo, ya sea por lo mucho que han tenido que estudiar o por lo mucho que han tenido que medrar, tienden, salvo honrosas excepciones, a silenciar el trabajo ajeno si invalida o supera los conocimientos que a ellos les han llevado al podio. El que investiga en solitario, sin engranarse en el sistema, suele llevarse a la tumba sus descubrimientos, no importa la importancia que estos tengan. El padre Lira era consciente de ello, pero, tal vez porque ya estaba de vuelta, le importaba muy poco. «No saben nada», me decía sonriendo, sin siquiera con desprecio, simplemente divertido, cuando se refería a sus colegas peruanos. Por supuesto que seguía trabajando, no con la «masificación» de la piedra, que, como me había dicho, abandonó cansado de intentar que volviera a tener su anterior consistencia, pero si en otros temas igualmente desestabilizadores, destinados –por lo que me contó de algunos– a cambiar el concepto que se tiene sobre el pasado de Suramérica. Lo que no hacía era dar cuenta de ello a sus compatriotas; lo compartía directamente con varias universidades norteamericanas. Ellas sabrán hasta qué punto llegó en sus investigaciones.

Por lo que hace al caso, el hallazgo del padre Lira trajo al terreno de lo real, aunque fuese parcialmente, lo que hasta entonces era especulación sin otro fundamento que el de la leyenda. Esa podía ser la solución al problema de los muros incas... Pero no lo era: las construcciones de Cuzco, como la mayoría de las llevadas a cabo durante el Incanato, eran muy recientes y demasiadas las personas implicadas en ellas como para que una técnica así se mantuviera en secreto, sin llegar a conocimiento de los cronistas de los españoles, menos aún, cuando muchos de los pueblos sojuzgados por el Inca se pasaron al bando de los conquistadores, hartos de soportar un sistema dictatorial y tiránico que los peruanos de hoy, llevados por la nostalgia de tiempos mejores y con absoluto desconocimiento de su propia historia, consideran poco menos que idílico –he oído a más de un «intelectual» de ese país sostener sin rubor que el gobierno del Inca era de carácter socialista-. Muchos de los que se aliaron con los españoles habían sido mano de obra en las tareas de construcción y, aunque no conociesen la «fórmula» para ablandar la piedra, sabrían de su existencia. Puesto que la tradición hablaba de ello y el padre Lira lo consiguió, el método debió utilizarse en algún momento, pero todo induce a pensar que en época anterior a la de los incas y

sin que a estos les fuese transmitido, como sucedió con tantas otras técnicas originales de los pueblos conquistados por ellos. Pueblos que, en contra de lo que muchos siguen pensando, alcanzaron en algunos casos un nivel científico, artístico y espiritual muy superior al de los descendientes de Manco Cápac I y Mama Ocllo, la pareja que dio origen a la dinastía Inca.

Llegados a este punto, no puedo dejar de expresar mi desconcierto ante la ignorancia manifiesta de los cronistas sobre el método constructivo de los incas. Siendo algo que causó su asombro, no he encontrado un sólo párrafo en el que se recoja de qué medio se sirvieron los antiguos peruanos para ajustar las piedras irregulares de los muros. Lo curioso es que en la literatura posterior tampoco se insista en ello y los autores, incluidos los propios arqueólogos, se limiten a expresar la misma perplejidad por el esfuerzo que debió suponer «quitarlas y ponerlas muchas veces para probarlas». No debo ocultar que alguno de esos arqueólogos me confió la solución del enigma, para él evidente, y que transcribo ahora por si al lector le convence. Dicha solución no es otra que un «don» -no me atrevería a calificarlo de otra forma- que poseían los canteros incas, consistente en la capacidad de ver mentalmente la forma definitiva de la piedra en todos sus detalles y, así, tallar con exactitud sus entrantes y salientes al primer intento. Sin desdeñar tan ingeniosa explicación, busquemos otra menos sofisticada y al alcance de cualquier cantero hábil carente de capacidades paranormales.

Aun cayendo en el defecto de extrapolar lo que se sabe de una cultura para entender lo que se ignora de otra, fijémonos en cómo se vienen construyendo desde hace siglos los edificios que hay en nuestros pueblos y ciudades. Puede que haya excepciones, pero habitual ha sido y sigue siendo que los ladrillos lleguen al solar ya cocidos y las piedras ya labradas, aunque en este último caso se necesite a veces la presencia de algún cantero para ajustes puntuales no previstos, pero, en modo alguno, para tallar las piedras a partir de los bloques en bruto. No hay razón para pensar que no lo hicieron así en Cuzco y otros lugares de Perú; es más, lo absurdo es que lo hubieran hecho de otra manera. Lo que es tan evidente para las piedras de forma regular, puede parecerlo no tanto para piedras de formas caprichosas, pero no existe obstáculo alguno para que las llevaran igualmente ya talladas, bastaba con numerarlas como se hace cuando se traslada un edificio histórico de un lugar a otro. Además, no se trata de conjeturas, sino de un hecho comprobado.

A finales de los ochenta, en uno de mis viajes por aquél país, el antropólogo Rubén Orellana Neira, obsesionado como yo con el tema, me llevó a la cantera de Pinipampa, muy cerca de Cuzco, de donde procedían buena parte de las piedras que sirvieron para construir la capital del imperio Inca. De aquella visita conservo un toki, una de las piedras ovoides de basalto con las que los canteros incas, a fuerza de percutir con ellas, daban el típico acabado a la superficie visible de las que forman los muros. Pero el objeto de la pequeña excursión no era recoger piezas arqueológicas, sino mostrarme un descubrimiento suyo sumamente revelador: dos piedras de mediano tamaño —con toda seguridad habría más si las hubiésemos buscado—, de las que quedaron en el suelo de la cantera sin llevar a su emplazamiento definitivo, ambas con forma irregular, labradas de tal manera que, como pudimos comprobar, encajaban la una con la otra a la perfección, sin dejar espacio entre sus superficies en contacto en el que cupiese un papel de fumar. Con esto, una parte del problema quedaba resuelta, sin embargo, el que tallasen las piedras en la cantera y no en la calle, al pie del edificio, seguía dejando pendiente la cuestión más peliaguda, la que tanto desconcertó a los cronistas y continúa desconcertando a especialistas y profanos, la misma que, de nuevo, reproduzco por si el lector la ha olvidado:

«.. .y hay piedras de estas que tienen muchas puntas y altibajos por toda la redonda y con las que se ajustan están labradas de modo que encajan muy al justo; la cual obra no dejaría de ser muy pesada y prolija, porque para encajar unas piedras con otras era necesario quitarlas y ponerlas muchas veces para probarlas, y siendo tan grandes como vemos, bien se echa de ver la gente y sufrimiento que serían menester».

He resaltado intencionadamente ese párrafo, porque constituye el quid del problema: «quitarlas y ponerlas», implica levantarlas y bajarlas, ya fuese del suelo o de un andamio, tantas veces como fuera necesario para ajustarías de la manera en que lo están. Pero eso es tal como las vemos, ¡formando parte de un muro vertical!

La solución es tan simple, que resulta extraño que nadie la haya encontrado antes que yo, porque no requiere de grandes conocimientos, tan sólo se basa en el sentido común: el ajuste de las piedras se conseguía en la cantera, pero no poniéndolas unas encima de otras, sino unas al lado de otras, es decir, no en vertical y sí en horizontal, sobre rodillos, lo que implica un esfuerzo

infinitamente menor. Si se piensa en ello, no es sólo el método mejor, es el único método posible.

Esta hipótesis —aunque debiera dejarme de modestia y llamarle descubrimiento— la di a conocer en uno de los documentales de la serie El Imperio del Sol, dedicada a las culturas andinas y de la costa peruana, allá por 1988, y la he recogido después en un par de artículos y en una monografía. Si vuelvo sobre ella es porque así lo requiere el contenido de este capítulo y para que quede constancia una vez más. Tristemente, empiezo a acostumbrarme a que mi trabajo sea utilizado por otros autores más jóvenes, algunos de ellos ya con cierta fama, como propio o sin citar la fuente. Asumo que al lector le pueda parecer fuera de tono y un tanto narcisista esta reivindicación, al fin y al cabo no se trata del hallazgo de la tumba de Tutank-Amón, pero, por lo mucho que ha sido debatido el problema de los muros incas, no quiero que ésta, su más que probable resolución, pase desapercibida.

La Función De Los Ahu

Volvamos ahora a la Isla de Pascua y demos a los muros donde le asientan los moai la misma interpretación hasta que a alguien se le ocurra otra mejor. Estábamos describiendo los ahu, presuntos monumentos funerarios presididos por grupos de estas misteriosas estatuas. Ellas y el muro no son los únicos elementos que los integran; por delante de este último se extiende en el suelo la tahua, una plataforma ligeramente inclinada. Se construía apisonando la tierra y colocando encima cantos rodados distribuidos en hueras paralelas. Estos cantos eran de dos tipos: unos grandes, los poro-nui, y otros más pequeños, los poro-iti, que ocupaban los huecos que quedaban entre los anteriores. Por tanto, visto de frente, el monumento constaba de una plataforma rectangular hecha con piedras, de considerable tamaño y en suave pendiente, que terminaba ante un muro estrecho y largo sobre el que estaban dispuestos los moai. Con frecuencia, a ambos extremos del muro había otras plataformas laterales, más pequeñas que la principal e igualmente inclinadas. Esta descripción corresponde al tipo de ahu más abundante, pero no vale para todos, ya que la forma, número y extensión de las plataformas varía y algunos carecen de moai, ya fuese porque no estaba prevista su colocación o porque no dio tiempo a ella.



En estas fotografías se puede apreciar claramente la estructura de un ahu: los moai descansan sobre piedras papa-ebe («piedra de asiento») y éstas, a su vez, sobre

el muro. Por delante de éste se extiende la tahua, formada por dos tipos de cantos rodados, en la que suele haber incluidos restos humanos.



El carácter de monumento funerario les viene dado a los ahu porque en ellos están incluidos restos humanos. Integrados en la plataforma empedrada, inmediatamente por debajo de ella, se han hallado receptáculos, hechos con lajas, conteniendo huesos. La ausencia de rastros de piel y de músculos sugiere rituales de descarnación, como los que otros muchos pueblos practicaron, y que consiste en colocar al cadáver sobre una plataforma de madera o de piedra, abandonándolo a la acción de las aves carroñeras y de los elementos, hasta que lo putrescible desaparece y sólo quedan los huesos. Algunos argumentan que ese rito obedecía a motivos higiénicos -aunque no entiendo la razón-, pero lo más probable es que en Pascua se practicase con el mismo criterio que en otras culturas: para favorecer simbólicamente el ascenso del espíritu al cielo a través de las aves. Sin embargo, los antiguos habitantes de la isla no se limitaron a estos enterramientos de huesos en las tahua, también sepultaron a sus muertos enteros en decúbito supino, los agruparon en cuevas familiares, los quemaron e, incluso, se los comieron. Cabe, pues, la posibilidad parece, y que, en lugar de ser esos muertos los que se beneficiasen del carácter sagrado del monumento, fuese éste el que adquiriese fuerza espiritual gracias a ellos y que los despojos humanos contenidos en los ahu respondiesen a una finalidad totalmente opuesta a la que a primera vista

Hace años, rodando en México una serie en coproducción con el Instituto Mexicano de Cinematografía, tuve acceso a las excavaciones que entonces se estaban realizando en las entrañas de la mal llamada pirámide de Quetzalcoatl, en el complejo arqueológico de Teotihuacán. El equipo, formado por arqueólogos nacionales y de la Universidad de Harvard, había excavado profundas galerías a la altura de los cimientos en aquella gran plataforma ceremonial, que eso es en realidad, y se me concedió permiso para filmar su trabajo y lo que hasta ese momento habían descubierto. Llevaban muchos meses en esa tarea y, en contra de lo que podía esperarse, lo horadado no eran estrechos pasadizos, sino amplios túneles por los que podíamos movernos con facilidad, lo que no deja de tener su importancia en un rodaje. Mucho de lo hallado permanecía en su lugar, incluidos varios esqueletos –si no recuerdo mal, habían encontrado ya nueve– distribuidos por diferentes lugares y todos ellos integrados en el basamento del edificio, formando parte de los cimientos. Conservaban la postura en que la muerte les había sorprendido: sentados y con las manos a la espalda. Un examen superficial permitió comprobar que habían muerto por un brutal golpe que les fracturó el cráneo. Se trataba de las víctimas de un sacrificio, probablemente prisioneros que demostraron especial valor en el campo de batalla, con el objeto de que su alma quedara vinculada al sitio e «impregnase» de fuerza espiritual al templo que se estaba construyendo. Aunque importante desde un punto de vista cinematográfico, ya que uno no tiene oportunidad todos los días de filmar un hallazgo así, no se trataba de algo excepcional; descubrimientos similares en otras ruinas precolombinas, tanto en México como en Suramérica, dan a entender que era una práctica común y con la misma finalidad. Ni más ni menos que como se hizo en tiempos pasados en la vieja Europa y en otros continentes. Extrapolar –ya se está convirtiendo en una costumbre– esa función espiritualizadora a los muertos de las taha pascuenses no sería un disparate.

Por lo que llevamos visto, los ahu, con sus moai incluidos, pudieron ser cualquier cosa. Lo mejor será dejarlos donde están, a la espera de que alguien con más ingenio descubra para qué sirvieron en realidad, pero antes es preciso hacer referencia a las, últimas atenciones que recibía el moai cuando era instalado en el monumento. Se supone que con palancas y colocando piedras debajo a cada movimiento de balanceo, tal como lo hizo Thor Heyerdahl con uno de modesto tamaño, la estatua era levantada hasta la posición vertical y asentada sobre su papa-ebe. una vez conseguido, el escultor procedía a

«abrirle» los ojos, terminando la tarea, hasta ese instante inconclusa, de labrar con detalle sus cuencas oculares. El por qué no se hacía en la cantera es algo que nadie sabe; quizá fuera la forma de darle «vida» o de centrar su poder en la zona de la isla que quedaba al alcance de su vista y no en otra. Quien sabe..., en cualquier caso, parece probable que el órgano visual del moai no se limitase a unas cuencas vacías, porque, aunque escasos, se han encontrado fragmentos de ojos de piedra que muy bien podrían haberse desprendido de ellas. Como el lector ya habrá imaginado, tampoco es un tema resuelto: de una parte está el reducido número de fragmentos hallados en relación con la enorme cantidad de moai, por otra, la fragilidad de la piedra utilizada para tallar esos ojos, que justificaría su desintegración por el paso del tiempo. Lo que no está justificado es que se hayan colocado en algunos de los moai más visitados por los turistas sendos ojos de guardarrope, tan bizarros y ostentosos, que el visitante, no sé si perplejo ante tal horterada o realmente hipnotizado, no puede apartar la vista de ellos.

Fuesen como esas horribles prótesis citadas o más acordes con la dignidad del moai, ya tenemos a éste con sus ojos y puesto en pie; sólo le falta un detalle: el **pukao**. También está por aclarar cuál era su función. Se trata de un voluminoso sombrero, al menos eso es lo que parece, hecho de toba volcánica roja procedente de otra cantera, la del volcán Punapau. Cargados de razón, son mayoría los que piensan que no se trata de un sombrero, como sugiere su forma (un cilindro aplastado, que equivaldría a las alas, y, sobre él, otro de menor diámetro, que vendría a ser la copa), sino de un «peinado papúa», similar al que todavía se usa en Melanesia, y que su color rojo es el que, natural o teñido, tenía el pelo de los antiguos habitantes de Pascua. Sea una cosa u otra, aunque me inclino por el menos incongruente tocado al estilo melanesio, queda justificado que la cara del moai termine bruscamente con un corte horizontal a la altura de la frente, ya que de esa manera queda una pequeña superficie plana sobre la que asentar el enorme pukao. Pese a lo aparentemente precario del equilibrio, las expediciones europeas del siglo XVIII encontraron varias estatuas con su tocado aún puesto, como atestiguan los grabados realizados por los artistas que acompañaron a los expedicionarios, entre ellos, Julien Viaud, nombre auténtico del célebre escritor Pierre Loti. Lo que no está resuelto es como se las arreglaron los isleños para colocarlos allá arriba, a diez o doce metros por encima del suelo, si se tiene en cuenta que cada uno de ellos pesa entre tres y cinco toneladas.

Bien, ya podemos ver al moai completo, ojos y pukao incluidos, presidiendo, solo o en grupo, el ahu, ese monumento que las «voces autorizadas» consideran funerario. Contemplémosle, merece la pena, porque su aspecto es ciertamente impresionante: está ahí, silencioso y solemne, tan desafiante como indolente, tan circunspecto como sardónico, tan ajeno, en fin, a cualquier canon al uso, que los más fantasiosos los consideran retratos de criaturas llegadas de otro mundo. La pregunta sigue siendo, ¿a quién o a qué representan? y, por ende, ¿cuál era su función? Para intentar responder, vayamos primero a la hipótesis clásica, que sigue siendo la más aceptada.



Los pukao están tallados en piedra volcánica de color rojo procedente del volcán Punapau. Su peso oscila entre las tres y las cinco toneladas. Se colocaban sobre la cabeza del moai cuando éste ya se encontraba sobre el muro, lo que suponía elevarlo hasta una altura de doce o más metros.

La idea de que los moai son retratos de personajes ilustres, a la que ya he aludido páginas atrás, obligaría a retrasar la historia de Pascua varios siglos para dar tiempo a que más de un millar de ellos, tantos como moai se han encontrado, naciesen, viviesen y muriesen. El mismo Campbell, uno de los propulsores de esa hipótesis, tuvo que hacer poco menos que juegos malabares para encontrar méritos que hiciesen a tantos pascuenses merecedores de una efigie en piedra. No puedo resistirme a transcribir un fragmento de su libro *La cultura de Pascua, mito y realidad*, al que también me he referido, y cuya lectura, pese a lo que pueda parecer por mis críticas, recomiendo al lector que esté interesado en el pasado de la isla y sus tradiciones:

«¿Quiénes serían estos importantes personajes dignos de ser inmortalizados en la piedra? Desde luego los ariki, monarcas que reinaban en la isla y que pertenecían a la casta real de los Miru. También era digno de ser representado el atariki, primogénito que recibía el mando a la muerte de su padre. Luego había los jefes de los clanes o grupos tribales; los

vencedores en los torneos de los hombres-pájaro de Orongo, que devenían seres respetados y temidos; los ganadores de los concursos del ngaru, juego deportivo que corresponde al moderno surfing; de los juegos bélicos llamados tautanga, o de las faenas de pesca y de las demostraciones de arte y sabiduría, como el tallado de inscripciones jeroglíficas rongo-rongo, que era un culto casi sagrado de los sacerdotes llamados maori. Por último, había asimismo los artistas del canto y del baile; y los vencedores de los juegos de recitaciones y figuras de cuerdas, llamados kaikai, cuya escuela parece tuvo su asiento en el poblado de Hangaroa, y también de los cultores de los cantos satíricos de burlas, que llamaban ei».

El eminente antropólogo no pudo enumerar más méritos para hacerse acreedor a un moai porque no se le ocurrieron. No obstante, se echan a faltar en su lista los que mejor saltaban a la pata coja, los que escupían más lejos y aquellos especialmente diestros en el uso del mondadientes.

Podrían hacerse numerosas objeciones, pero basta con una:

¿En qué cabeza cabe que un rey considerase digno de su memoria un privilegio que era compartido casi por cualquiera? En una sociedad cerrada como aquella y, según Campbell y el resto de los antropólogos, fuertemente jerarquizada, es absurdo suponer que una tumba real tenga los mismos atributos que la de un hábil pescador o la de un buen surfista.

La, a mi juicio, descabellada idea de que los moai son retratos de personas distintas, se fundamenta en el hecho de que estén presidiendo los ahu. Al considerarse a estos una especie de mausoleos por haberse encontrado en ellos restos humanos, es «lógico» deducir que las estatuas representan a los allí enterrados. Como ya hemos visto, los ahu no son necesariamente monumentos funerarios y, aunque lo fuesen, las imágenes que hay en ellos pueden, con más probabilidad, corresponder a poderosas entidades espirituales a cuya protección se encomienda a los finados, como también argumenté en su momento, basándome en las escasas diferencias -más fortuitas que intencionadas- que hay entre los rostros de unos y otros moai. Si vuelvo sobre ello es para aportar un dato más en apoyo de mi hipótesis; el que proporcionan otras siniestras esculturas de Pascua: los moai kava-kava.

Los Demonios De Pascua

Los actuales habitantes de la Isla de Pascua son hábiles artesanos, y el que no se dedica a fabricar souvenirs, se dedica a cuando no a ambas cosas. industria, el siempre ávido con tallas de madera o de volcánica representando a moai en los más variados conviene ya decir que su es moai maea, ya que moai escultura-, llaveros, rongo-rongo, reimiros, Pero, lo que más llamará su unas estatuillas de extraño aspecto: los moai kava-kava. seres humanos en estado



las costillas salientes, abdomen hundido y grandes ojos redondos que miran burlescamente, como corresponde a demonios socarrones que son. Los vienen tallando así desde tiempo inmemorial, copiando con toda la fidelidad posible las figuras que, según la leyenda, esculpió en madera de toromiro (árbol autóctono de pequeño tamaño, cuya madera, de color rojo, endurece con el paso del tiempo, volviéndose más oscura) Tu'u-Ko-Iho, un sabio escultor que llegó con los primeros polinésicos a la isla.

venderlos,
Gracias a esa turista cargará piedra los célebres tamaños - nombre completo sólo significa tablillas tahonga... atención son y repulsivo Representan a caquéctico, con

Es una de esas historias que pasan de generación a generación, enriqueciéndose con nuevos y asombrosos detalles hasta convertirse en leyenda, si es que no lo fue desde el principio. Según ella, Tu'u-Ko-Iho tuvo la oportunidad de ver dormidos a dos aku-aku, Hitirau y Nuko te Mangó, quienes, confiando en que ninguna persona pasaría por aquél lugar a esas horas de la noche, habían prescindido de su envoltura humana y descansaban tranquilamente tal cual eran, sin intestinos y casi esquelético, El escultor, venciendo la repulsión y el temor que los durmientes le inspiraban, estuvo mirándolos detenidamente, aprendiéndose cada uno de sus detalles con la intención de retratarlos más adelante, y después continuó su camino.

Alertados por otro aku-aku, al que la leyenda da el nombre de Moaha, los demonios despertaron y, cubriéndose de carne, se adelantaron a Tu'u-Ko-Iho, haciéndose los contradizos, para preguntarle con toda naturalidad si había visto algo extraño en el camino. El ladino escultor, sospechando que, pese a su aspecto normal, aquellos dos

paisanos no eran otros que los durmientes, negó que hubiera visto cosa alguna fuera de lo habitual. Y aunque estos, bajo la forma de diferentes personas, le repitieron la misma pregunta en otros puntos del trayecto, él contestó siempre lo mismo, hasta que, asomando ya el sol por el horizonte, llegó a su casa. Incluso en los días siguientes fue interrogado en varias ocasiones por amigos y parientes que, como él supuso, seguían siendo los dos demonios disfrazados. A fuerza de negar con descaro, salvó su vida, pero sentía la necesidad de dar a conocer al mundo aquello que había visto. Pasado un tiempo prudencial, consideró que ya no existía peligro y tomando sendos trozos de madera de toromiro, talló en ellos las figuras descarnadas de los dos aku-aku. Al contemplar su obra, entendió que era eso precisamente lo que éstos habían querido evitar, porque, según las oscuras e inmutables leyes de la magia, al poseer sus efigies tenía dominio sobre ellos. Liberado del miedo y quizá por vengarse de los malos ratos que le hicieron pasar, sujetó las estatuillas con una cuerda, colocándolas a la puerta de su choza, de tal forma, que tirando de un extremo del cordel las hacía moverse como graciosos títeres.

No sé si la leyenda encierra enseñanza alguna o la casualidad ha hecho que los detalles conformen por accidente una moraleja, pero lo cierto es que el sabio escultor Tu'u-Ko-Iho nos sugiere que bajo la apariencia humana duerme un descarnado demonio, una sombra oscura, nuestra propia sombra, que se funde en las difusas tinieblas de lo inconsciente. Sólo aquél que es capaz de ver su auténtica imagen y contemplada sin miedo, podrá, tirando con su voluntad de la cuerda, dominarlo.

Acaso no importe que en la historia se esconda o no una intención, porque, sin quererlo, el hombre usa del símbolo al tejer sus leyendas, proyectándose a sí mismo en aquello que inventa, sea religión o simple mito. El ángel o el aku-aku, son proyecciones nuestras, aspectos deseados o temidos de la naturaleza humana, a los que damos forma y atributos para, con ellos como actores, representar nuestro propio drama.

Disquisiciones filosóficas aparte, lo que se desprende de la tradición es que los aku-aku son demonios menores, más próximos a los daimones griegos que a las huestes diabólicas del cristianismo. Están al otro lado de lo material, pero tan cerca del hombre, tan ocupados en atosigarle o en servirle, según lo que en cada caso convenga, que resultan más humanos que espirituales. Dicen que en Pascua siguen activos y vagan en la noche por los campos, vigilando para que nadie descubra los secretos que

aún conserva la isla, dispuestos a castigar, incluso con la muerte, al que revele el emplazamiento de una «cueva familiar», turbando el descanso de los muertos, o encuentre para su propio beneficio uno de los escondrijos dónde se ocultan tablillas rongo-rongo. También es posible que todo sea pura fábula, una expresión más del peculiar sentido del humor de los pascuenses actuales, tan dados a tomar el pelo a turistas y antropólogos, que no les importa quedar como ingenuos o supersticiosos si así disfrutaban mejor del juego.

Por si acaso, y ya que estábamos allí, instalamos un pequeño campamento junto al ahu de Atío, presidido por siete espléndidos moai, para pasar la noche. En ese tipo de extravagantes actividades, cuenta tanto, al menos para mí, el romanticismo de la situación como los posibles resultados. Un par de tiendas de campaña al pie de enigmáticas esculturas, una isla perdida en medio del océano en la que convergen todos los misterios, sin otra luz en muchos kilómetros a la redonda que la proporcionada por los rescoldos de una hoguera, son elementos más que suficientes para compensar una noche en vela. No me importó que los dos magnetofones instalados en el ahu no grabasen psicofonía alguna, ni siquiera lo esperaba. Años atrás, antes de que estuviera de moda hacerla, lo había intentado en la tumba de Palenque, con el micrófono colocado directamente encima de la célebre «losa del Astronauta» -llamada así por lo que parece, no por lo que realmente es, tal como veremos en otro capítulo- y en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide, esa vez con el micrófono dentro del sarcófago. En ambos casos, al igual que en Pascua, los que utilicé no eran los convencionales que se usan en un rodaje, sino otros «de ambiente» y especialmente sensibles. En lo grabado había tal cantidad de sonidos y en tan confusa mezcla, que, para hacerse oír entre aquél galimatías, las voces del «otro mundo» tendrían que haber gritado a pleno pulmón. Hoy en día, con un equipo informático adecuado, tal vez no costase mucho identificar los parafonemas, caso de que se hubiera grabado alguno, pero vaya usted a saber dónde están esas cintas...

Sea porque no los hubiese o porque nos despreciaran olímpicamente, el caso es que los aku-aku no hicieron aquella noche acto de presencia. Sin haberlos visto personalmente, no me queda otro remedio que confiar en el arte de Tu'u-Ko-Iho y dar por supuesto que son como él los representó y como los artesanos lo vienen haciendo desde entonces. Sin embargo, no es esa la cuestión, sino otra: puesto que los moai kava-kava retratan una y otra vez los mismos rostros y las mismas costillas descarnadas para

representar a esos demonios locales, ¿por qué no aceptar que los moai de piedra estén representando con igual machacona insistencia a otro tipo de entidades espirituales de signo opuesto?

Los ahu son lugares vinculados a lo trascendente, a lo espiritual, templos sin paredes para que el hombre ofrende o pida; para que se comunique, en fin, con el mundo de lo intangible. Son también tumbas para víctimas propiciatorias... o para algunos personajes ilustres, como lo son las iglesias y catedrales europeas, sin que por ello las imágenes de los altares representen a los difuntos. Asignar en esos lugares sacralizados una función protectora a los moai, no parece un disparate.

Aunque, por estar dictadas por el sentido común, me parezcan las más próximas a la verdad, no pretendo con estas consideraciones haber solucionado el problema, tan sólo alertar al lector para que no se deje embaucar por lo que, tan donosa como gratuitamente, afirman la mayoría de los autores acerca de la función e identidad de los moai; la «personalidad» de esas estatuas sigue siendo un enigma, como lo es el modo en que las transportaban.

Iban Solos...

Uno ya está acostumbrado a considerar al hombre antiguo un ser supersticioso y tenaz, poseedor de todo el tiempo del mundo y dado a acometer las empresas más disparatadas con espíritu deportivo, compensando su carencia técnica con un derroche de habilidad y esfuerzo. Es un concepto que comparto, porque a lo largo de los años he encontrado méritos suficientes en nuestros antepasados para admirarme tanto o más que de mis contemporáneos, pero allí, en la cantera del Rano Raraku, como cuando visité por primera vez Tiahuanaco o Asuán, pensé que ese admirado hombre antiguo estaba, además, totalmente loco.

La piedra volcánica engaña; su porosidad sugiere un material frangible, pero sólo lo es superficialmente, más allá de unos pocos centímetros de profundidad se torna duro, casi tan duro como el toki de basalto que el escultor tenía en su mano. A pesar de todo, realizaba con empeño su tarea, ahondando lentamente en la piedra para labrar el moai, al tiempo que hacía un pasillo en torno a él para trabajar sin necesidad de desprenderlo de la ladera del volcán. Aunque lo más lógico habría sido extraer un bloque de la cantera y luego labrado cómodamente, los pascuenses esculpían sus estatuas manteniéndolas unidas a la piedra madre por una estrecha quilla en el dorso, que rompían al final, cuando estaban prácticamente terminadas, igual que hicieron los antiguos egipcios con sus obeliscos.

Cuando el hombre antiguo, que era algo así como la esencia del pragmatismo, abandonaba esa sensata actitud en aras de otra absurda, lo hacía siempre por razones mágicas o religiosas. Ignoramos cuales fueron sus motivos concretos en este caso, pero es posible que tuvieran que ver con el volcán mismo y con el hecho de que esa piedra había sido antes líquido ardiente salido de la propia entraña de la tierra. La fuerza primigenia surgida del abismo maternal estaba ahí, ya fría y tangible, pero conservando sin duda su poder. Un poder del que el moai no debía separarse hasta el momento, cuando la quilla que le mantenía unido al resto del volcán se cortaba, como se corta el cordón umbilical.

«En cualquier lugar al que trepáramos, allí donde nos detuviésemos, nos veíamos rodeados por enormes caras dispuestas en círculo, caras que veíamos de

frente, de perfil y en todas las posiciones imaginables.

Todas ellas se parecían de un modo sorprendente. Todas mostraban la misma expresión estoica y las peculiares orejas alargadas. Las teníamos sobre nosotros, a nuestros pies y a ambos lados. Trepábamos sobre narices y mentones y hollábamos bocas y puños gigantescos, mientras enormes cuerpos se inclinaban sobre nosotros en las explanadas superiores. Cuando nuestros ojos se fueron acostumbrando a diferenciar entre arte y naturaleza, nos dimos cuenta de que toda la montaña, desde su base hasta el borde superior del precipicio, en la misma cumbre del volcán, era un enjambre de cabezas y cuerpos».

Thor Heyerdahl, *Aku-Aku*. Ed. Juventud, 1958.

El emocionado relato de Thor Heyerdahl es elocuente y veraz; parece que ni un solo gramo de la ladera del Rano Raraku debía ser desperdiciado y que un afán rayano en la locura empujó a los escultores de la isla a tallar tantos moai como les diera tiempo. ¿Retratos de difuntos! ¿De quiénes? ¿De los que estaban por morir? Quizá fuese así y se dieron prisa para anticiparse a un final previsto. Si era esa la razón, no les dio tiempo...

Cuando el visitante elude explicaciones tendenciosas, y vaga en solitario por la enorme cantera, experimenta inevitablemente la sensación de que algo inesperado y súbito interrumpió la tarea. Aquella industria en la que trabajaban centenares de personas fue de pronto abandonada. Estando allí, esa impresión es tan fuerte, que uno piensa si no fue ayer mismo cuando, presa del pánico, la gente abandonó sus herramientas y echó a correr ladera abajo. ¿Por qué?

La historia de Pascua no es historia, es un cúmulo de leyendas sazonadas con tantos ingredientes como generaciones se encargaron de transmitir. Servirse de ellas como base razonable para reconstruir lo sucedido en la isla siglos atrás, es una empresa de la que los más sensatos han desistido. Tan sólo un acontecimiento aparece claramente señalado, aunque en fecha imprecisa y adornado con ribetes mitológicos: la llegada de Hotu Matua.

Dicen que en algún lugar de poniente llamado Hiva se produjo un cataclismo y que el rey de aquellas tierras, Hotu Matua, necesitó encontrar otro alojamiento para su pueblo. No está claro si fue el propio monarca o su hechicero, Haumaka, quien vio en sueños que Pascua era el lugar indicado para empezar de nuevo, pero el presagio fue tomado en cuenta y una vaka-ama (barca de balancín) con siete hombres a bordo partió en busca de la isla. Guiados

por el destino, la encontraron sin dificultad y esperaron en ella la llegada del monarca con el resto de sus compatriotas, que, un tiempo después, arribaron a la bahía de Anakéna en dos grandes barcas. Con Hotu Matua y su gente, llegó a Pascua todo lo que tiene que ver con la cultura.

Al menos es lo único que permite deducir la tradición, puesto que en ella no se menciona la existencia de otras gentes en la isla ni lucha alguna para conquistarla. Tampoco se alude a construcciones u otros indicios de una ocupación previa. Sin embargo, pese a que el legendario desembarco se sitúa, como pronto, en torno al siglo XIII (el padre Englert afirma que fue en 1575), se han encontrado restos humanos carbonizados de época muy anterior (siglo IV), sin que existan otros datos que permitan deducir cuánto duró ese asentamiento y qué grado de desarrollo alcanzó. Así pues, en tanto no se produzcan nuevos hallazgos, la «historia» de la Isla de Pascua se inicia con la llegada de Hotu Matua y de quienes le acompañaban; entre ellos, sabios y artistas que trasplantaron a la nueva tierra los conocimientos y el arte de su lugar de origen, la mítica Hiva.

No deja de ser curioso que, estando más recientes, no haya sino vagas referencias a los acontecimientos que se produjeron después, en las que se incluyen luchas tribales, incluso étnicas, entre los «orejas cortas» y los «orejas largas», términos que resultaron ser una mala traducción hecha por algunos y que deben ser sustituidos por los equivalentes a «rechonchos» y «esbeltos». Ya he señalado el talante fabulador de los pascuenses, únicos «cronistas» que le sirvieron al padre Englert para bocetar la historia de la isla, descendientes en su mayoría de los polinesios con los que se ha ido repoblando la isla, y una fuente de información tan fiable como lo sea la credulidad del informado. No hace falta ser muy sagaz para darse cuenta de que esas luchas entre individuos de diferente anatomía están inspiradas en la existencia de dos tipos de moai que, ellos sí, responden a esa descripción.

También se afirma, con igual gratuidad, que la causa del brusco declive de la cultura pascuense fueron los propios moai: se necesitaron tantos hombres para tallarlos, que las tareas de pesca y de agricultura fueron abandonadas, dando paso al hambre, a la lucha por la supervivencia y a la antropofagia. No falta la versión ecologista, que atribuye el ocaso cultural a la tala indiscriminada de árboles para fabricar rodillos con los que transportar a los moai.

Uno de los problemas que debieron tener los antiguos pascuenses para el traslado de los moai fue la ausencia de

árboles aptos para fabricar rodillos; el poco grosor de la capa de tierra fértil no permite el crecimiento de árboles de regular tamaño.

Lo más probable es que, lo mismo que sucedió y sigue sucediendo en el resto del mundo, el fin de esa edad dorada se debiese a causas tan comunes como el desacuerdo por el reparto del poder, el enfrentamiento entre descendientes del cacique y la consiguiente desmembración del clan, la pérdida de un proyecto común por falta de una autoridad fuerte y cohesiva. .. o cualquiera otra de las muchas que al lector se le ocurran. Lo que no podrá evitar, si va por allí, es la sensación de que un episodio de ese final, el que tiene que ver directamente con los moai, se produjo de improviso.

A pesar del tiempo transcurrido, tengo fresco en mi memoria el recuerdo de aquella mañana, cuando, desde el borde del cráter del Rano Raraku, contemplé el escenario lleno de desolación que quedaba al alcance de mi vista. No había otras personas ni más signos de vida que la fina hierba ondulándose a impulsos del caprichoso viento; tan sólo el paisaje y ellos, los moai: unos, a medio hacer, cubriendo en las más absurdas posiciones toda la ladera del volcán, y otros, completamente terminados, allá abajo, abandonados durante su traslado. Me vino a la mente En los días del cometa, una novela de H. G. Wells que leí en la adolescencia. En el relato, un cometa pasaba cerca de la Tierra y los gases de su cabellera envolvían durante varias horas al planeta.

En el mismo instante, el aire emponzoñado dejó todo lo vivo en suspenso y el silencio cubrió campos y ciudades. Los pájaros interrumpieron su canto y cayeron de los árboles o desde el aire, fulminados en pleno vuelo, el ganado se derrumbó sobre el pasto, las personas se desplomaron como títeres a los que hubieran cortado las cuerdas, los perros, los gatos, las fieras en la selva, los insectos... todos los seres que respiran quedaron inertes, sorprendidos en medio de su actividad, cualquiera que fuese.

Esa fue la impresión que tuve entonces. No había personas caídas ni pájaros tirados por el suelo, pero, aunque sin personajes, el escenario era el mismo: los centenares de obreros que tallaban esculturas interrumpieron su tarea, abandonando las herramientas, y los que estaban trasladando los moai no dieron un paso más, dejándolos allí mismo, en mitad del camino. Nadie pudo terminar lo que estaba haciendo, como si el gas del cometa hubiera caído de repente sobre ellos.

El fin de aquella cultura no fue un lento ocaso, no se produjo en años, ni siquiera en semanas; todo sucedió en

un instante. Lo que pasó puede ser objeto de mil hipótesis diferentes, porque no hay otros datos en que basarse, salvo los que proporciona el propio decorado, mantenido como estaba, sin apenas cambios, desde aquél fatídico día. Y entre los testigos mudos de aquél suceso, los moai, derrumbados como juguetes a los que se le agotó la batería y que en sí mismos representan otro enigma, acaso más irritante, porque no se refiere a algo intangible, sino a una simple cuestión técnica, teóricamente fácil de resolver, pero que nadie ha resuelto: el método que utilizaban para llevarlos desde la cantera a los lugares de la isla donde iban a ser instalados.



El autor en el interior del cráter apagado del Rano Raraku, en el que se ha formado una laguna donde crece libremente la totora.

No es preciso un derroche de imaginación, basta con fijarse en los que estaban siendo trasladados para darse cuenta de que los llevaban boca abajo y con la cabeza por delante. Esa simple observación permite descartar el uso de rodillos, ya que, de utilizarlos, las estatuas habrían sido trasladadas necesariamente boca arriba, con el dorso, su parte más lisa, descansando sobre ellos. Además, la escasez de árboles, constatada por los primeros europeos que desembarcaron en la isla, obliga a descartar su uso, al menos, de forma generalizada. El sistema tuvo que ser otro, ¿pero cuál?

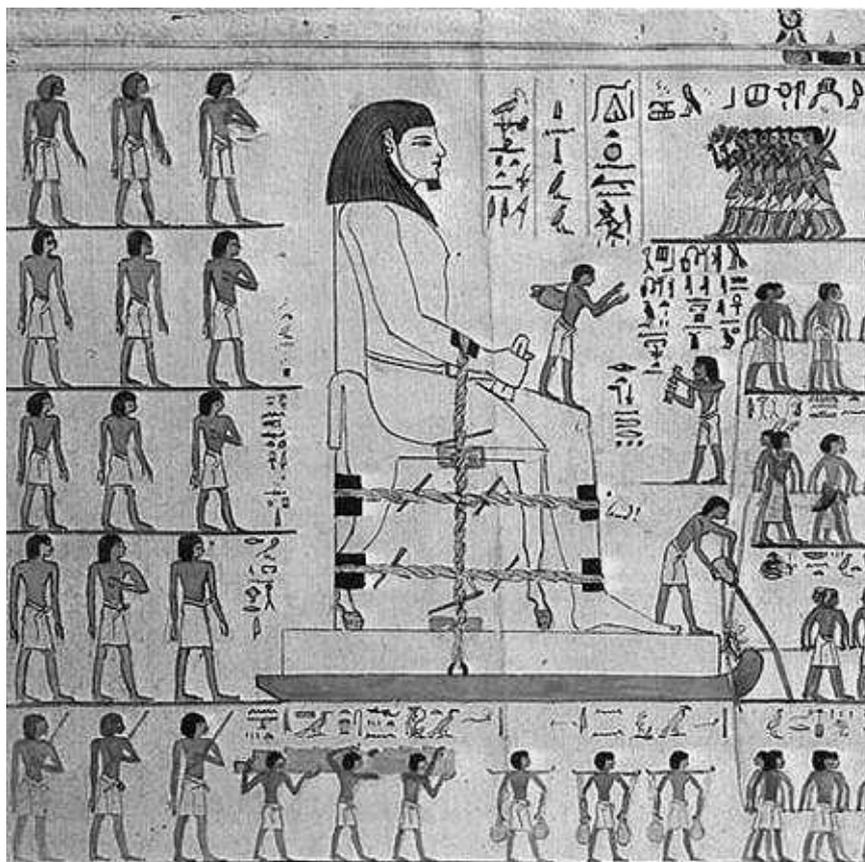
Campbell sugiere uno basado en la utilización de una madera con forma de «Y» u horquilla en el que encajaba el cuello del moai:

«En esta forma se podía ejercer la tracción de la figura sobre los troncos sin dañada». Sobre el papel suena bien, pero invito al lector a que trate de imaginar como resultaría en la práctica: supongamos al moai -uno

mediano, de doce toneladas- con su cuello apoyado en la horquilla. Tirando con cuerdas de las ramas superiores de ésta y dado que su extremo inferior encuentra resistencia al deslizamiento en el suelo, haríamos bascular la estatua hacia adelante, hasta que ese extremo inferior quede por detrás de la vertical... y la estatua dé con sus narices en tierra. Conseguido tan gracioso efecto, sería necesario levantar de nuevo el moai para volver a colocar la horquilla en posición y hacer la misma tontería otra vez. Aun así, la idea no es descabellada si se hacen algunas modificaciones, tales como sustituir la «Y» u horquilla por una «X» o aspa, para que no sea necesario hacer tantos equilibrios, y añadir un soporte o caballete en el que descansa la frente del moai mientras se cambia de posición el aspa. Podría funcionar, siempre que se tuviese la precaución de proteger la zona del cuello en contacto con los troncos, y el bajo vientre, que es la parte del moai que se arrastraría por el suelo en cada desplazamiento.

William Mulloy, el eminente arqueólogo muerto en 1978, imaginó un sistema parecido, con troncos unidos en forma de aspa soportando al moai, pero consiguiendo el desplazamiento a costa de dos movimientos de balanceo, uno lateral y otro de frente. Si el lector prueba a caminar con las piernas separadas y rígidas, se hará una perfecta idea.

En su momento, me tomé el trabajo de calcular los hombres necesarios y la distancia que podía recorrerse al día con cada uno de los dos sistemas, concluyendo en que ambos son factibles, pero tan engorrosos, que me resisto a creer que, por mucho espíritu deportivo que se les atribuya, los antiguos pascuenses se sirvieran de cualquiera de ellos. Otros pueblos del pasado enfrentados al mismo problema, esto es, desplazar grandes pesos sin tener mucha madera a su disposición, lo solucionaron a base de trineos. El relieve de la tumba de Djehutihotep, en Egipto, está tan deteriorado que casi resulta irreconocible; afortunadamente, en el siglo XIX se hizo una excelente copia que aparece reproducida en muchos libros y que el lector seguramente conocerá: representa una gran estatua sedente, colocada sobre un trineo de madera del que tiran ochenta y cuatro personas, mientras otra cantidad similar colabora desempeñando diferentes tareas. La estatua trasladada mide 6,75 metros de altura y su peso es de unas setenta toneladas. No hay, por tanto, que especular el relieve describe claramente cómo lo hicieron y cuántos hombres fueron necesarios. No se menciona el tiempo empleado ni la distancia recorrida, pero eso carece ahora de importancia.



Fragmento de una reproducción del conocido fresco de la tumba de Djehutihotep, con el traslado de una estatua de setenta toneladas mediante un trineo, posiblemente el mismo sistema que utilizaron en Pascua para transportar los moai.

Un trineo de madera, sobre él una estatua de setenta mil kilos, ochenta y cuatro operarios tirando por medio de cuatro sólidas maromas... y un hombre que, desde arriba, va arrojando agua por delante del trineo para favorecer el deslizamiento, para evitar un calentamiento excesivo o para ambas cosas. Madera, sogas, agua y varias decenas de trabajadores; todo ello al alcance de los antiguos habitantes de Pascua. Tampoco se trata de una máquina compleja, sino de un artefacto de lo más sencillo, cuyo concepto se desprende de un acto tan natural como es arrastrar aquello que no se puede llevar en vilo. Esa podría ser la solución del enigma.

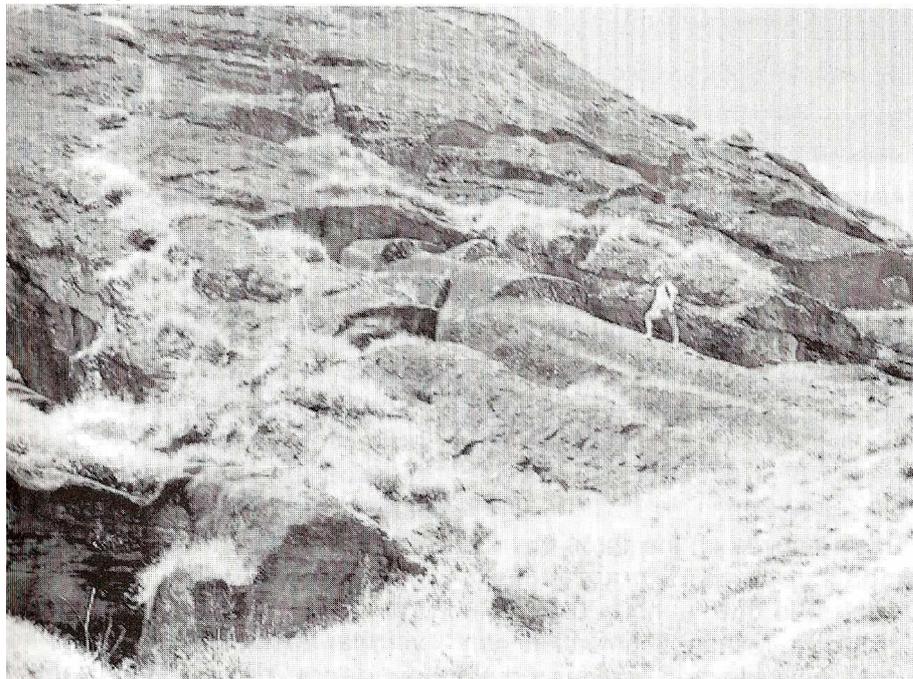
Lo evidente es que, ya fuese con aspás, horquillas o trineos, sabían como transportarlos: hay centenares de ellos repartidos por toda la isla. Quizá deberíamos dejar el tema en este punto, le hemos dado muchas vueltas y hasta hemos encontrado una posible solución..., pero no lo haremos, hay un moai que nos lo impide.

Está a media altura de la ladera, inacabado como tantos otros, aunque con dos o tres semanas de trabajo intenso estaría listo para su transporte. Y es ese el problema que

nos detiene, porque mide ¡veintidós metros de largo! Puesto en pie tendría la altura de un edificio de seis plantas y su peso no baja de las doscientas toneladas. Lo he rodeado por el incipiente pasillo abierto a su alrededor, he paseado sobre él-obviamente, descalzo- y lo he medido una y otra vez, igual que habrán hecho otros muchos antes que yo: es un gigante de colosal tamaño.

No es cuestión de considerar a aquellos artesanos unos brutos inconscientes, estaban hartos de llevar moai de un lado a otro y conocían sobradamente cuáles eran sus limitaciones. Pensar que estaban tallando esa monstruosa escultura sin saber cómo iban a transportarla, es una estupidez. Sin duda, lo tenían previsto, aunque a nosotros nos resulte imposible imaginar de qué manera.

El gigantesco moai inacabado en la cantera del Rano Raraku. Mide veintidós metros y su peso supera las doscientas toneladas. El cómo pensaban trasladarlo es un completo enigma.



El gigantesco moai inacabado en la cantera del Rano Raraku. Mide veintidós metros y su peso supera las doscientas toneladas. El cómo pensaban trasladarlo es un completo enigma.

«Iban solos», afirma una vieja tradición pascuense al referirse al traslado de los moai. Nadie los llevaba. Nada de artilugios de madera y cuerda más o menos complejos: iban solos. Así de simple. Ya he dicho que la historia de la isla no es historia, sino un conjunto de fábulas salpicado de realidades deformadas al gusto del narrador, cuando no del oyente, por lo que no sería justo dar a esa inverosímil afirmación otra categoría que la de leyenda, aunque nunca se sabe... Lo más probable es que, hartos de

preguntarse cómo lo hicieron, las generaciones siguientes al inexplicado desastre que acabó con la «edad dorada» de Pascua optaron por esa peregrina respuesta a falta de otra. Sin embargo, esa misma tradición recogida por el padre Englert y otros antropólogos, no se limita al «iban solos», la complica aún más al sostener que tal prodigio se debía al mana, una energía de índole espiritual asociada a los moai, que los brujos de la isla sabían liberar y dirigir. Tal afirmación, aunque inadmisibles desde lo convencional, confirma la idea de que las estatuas no representaban a gentes comunes, por muy caciques o buenos bailarines que fuesen, sino a seres vinculados a lo trascendente, llámense dioses, ángeles o devas. Situados en el ámbito sobrenatural, no puede esperarse que lo relacionado con estas esculturas y las entidades que representan discorra por cauces racionales.

Si era una energía «por encima de lo humano» la que hacía moverse a los moai, nos hallamos ante lo que, simple y llanamente, se llama un milagro. Cuestionar que en una isla perdida del Pacífico y entre gentes «paganas» se hayan producido milagros, obligaría a cuestionar igualmente los milagros habidos en el entorno del cristianismo o de cualquier otra religión. Habrá muchos que piensen así, convencidos de que sus creencias son las únicas verdaderas, capaces de negar el mana de Pascua mientras creen sin atisbo de duda en el maná bíblico, pero se trata de hechos de los que hay constancia en todas las épocas y latitudes. Hubo milagros entre quienes adoraban a Mitra, como los hubo entre los fieles de Amón o los de Viracocha, porque parece que la relación con el ultramundo propicia ese tipo de sucesos extraordinarios. El que la génesis del milagro se sitúe en otro plano distinto al de la realidad cotidiana o radique en capacidades meramente humanas, puestas en marcha por la fe o por un estado alterado de conciencia, queda a la elección de cada cual. La interpretación que se haga estará condicionada por lo cultural y, por tanto, no exenta de prejuicios. La ciencia institucionalizada, la que se expresa públicamente, no entra a considerar estos fenómenos o los rechaza sin paliativos, pero sus razones son igualmente arbitrarias: de acuerdo a las leyes físicas conocidas, tales hechos son imposibles y nada más hay que añadir. En contra de tan rigurosa negativa, la experiencia señala que, no sólo son posibles, sino bastante más frecuentes de lo que se cree.

¿Afirmo con todo lo anterior que los moai eran trasladados merced a un milagro o al poder mental de los sacerdotes? No; llegué varios siglos tarde a la isla y no pude ver cómo lo hacían, aunque para mover el ya citado de

veintidós metros no se me ocurre otro que alguno de los dos prodigiosos sistemas. Para lo que me sirve la tradición es para deducir, creo que sin mucha posibilidad de error, el carácter totémico de los moai.

La figura del tótem es tan antigua como universal; sin ir más lejos, la antaño habitual imagen del Sagrado Corazón que había en la puerta de muchos hogares españoles, con su leyenda «Dios bendiga cada rincón de esta casa», es un tótem. Se trata de la representación de un ser espiritual poderoso, colocado ahí para que, mágicamente, con su sola presencia, proteja el lugar y a sus habitantes. También es una seña de identidad que distingue al grupo -el mahometano pondrá una frase del Corán o el judío un terafim- y una advertencia para el intruso. En sociedades «primitivas», el tótem solía ser una escultura más o menos elaborada, a veces un simple poste pintado, colocada en lugar bien visible y con las funciones descritas. En cierto modo puede considerársele una antena que capta y transmite al entorno inmediato la energía de los dioses, pero sólo la de una frecuencia determinada: la que corresponde a ese que está representado.

Lo que preocupaba a aquella gente es imposible saberlo, puede que su fe fuera tan ciega que confiaban en condensar toda la fuerza del cielo en la isla o que, durante uno de sus éxtasis, el hierofante predijese las desgracias que el futuro deparaba para ellos y quisieron protegerse... El hecho es que casi todos los moai están de cara al interior de la isla, luego no la defienden, lo que permite suponer que la fuerza de aquellos a los que representan estaba destinada a la isla misma y a los que en ella vivían. Entre los que hay distribuidos junto a la costa y los casi cuatrocientos que aún permanecen en la cantera, podrían haber rodeado Pascua con cerca de doscientos ahu. Tal vez, sólo tal vez, fuera ese su objetivo y el gigantesco final, la más grande de las «antenas», estuviese destinado a ocupar el centro de esa especie de cinturón que formaban el resto. No es del todo inverosímil, los grandes complejos megalíticos están concebidos con criterios parecidos. En todo caso, estamos refiriéndonos a una cultura singular, desarrollada sin la influencia de otras y ajustada a patrones que apenas podemos intuir. Ese mismo aislamiento debió condicionar sus creencias religiosas, teñidas probablemente de una sensación angustiosa de indefensión: no existía más tierra firme que la que estaba bajo sus pies. Una firmeza que ni siquiera estaba asegurada, porque Pascua es una isla joven, de origen volcánico, que ha sufrido terremotos y erupciones en épocas no muy lejanas. Por si fuera poco, su población era

descendiente de Hotu Matu'a y de sus súbditos, llegados de una legendaria tierra, Hiva, que se había hundido en las aguas por un cataclismo. Bien visto, tenían motivos sobrados para no sentirse tranquilos y procurar llevarse bien a toda costa con los dioses, aunque para ello fuera necesario llenar la isla con representaciones suyas.

CAPÍTULO 2
DEL PACÍFICO A
PAKISTÁN



En la ladera del cerro Púa Katiki, al nordeste de la isla, hay tres pequeños promontorios que, como todo en Pascua, atienen nombre propio: Ma'unga Parehe, Ma'unga Vaitu Roa-roa y Ma'unga Tea-tea. En ellos se colocaron ceremoniosamente tres cruces de madera el día 20 de noviembre de 1770. Fue parte de los actos oficiales llevados a cabo por la expedición de Felipe González de Haedo, quien tomó posesión de la isla en nombre de Su Majestad el rey Carlos III, bautizándola con el nombre de San Carlos, por el que ya nadie la conoce. El capitán de fragata José Bustillo ordenó las tres descargas habituales en estos casos, y desde el navío San Lorenzo y la fragata Santa Rosalía, fondeados a escasa distancia de la costa, se dispararon veintiún cañonazos. Hubo un discurso, y los alborozados sancarlenses, súbditos desde ese momento de un monarca al que jamás verían y quien, a su vez, jamás tendría idea clara de dónde estaba situada su nueva posesión, prorrumpieron en gritos entusiastas. No era para menos.

Según relata F. Mellen Blanco, a quien ya he mencionado en el capítulo anterior a propósito de su magnífico libro *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua*, el contador de navío D. Antonio Romero «levantó acta de tan solemne acontecimiento, firmando a continuación los oficiales españoles designados al respecto y tres caciques o jefe indígenas, en representación de los pobladores de la isla, como certificación de dicho acto».

Pese a no haber dudas sobre su existencia, tal documento no pudo ser encontrado por Mellen Blanco en los archivos españoles ni en los de otros países que consultó, pero sí incluye en su libro un facsímil de las firmas realizadas por los caciques, reproducción del que figura en el *Journal of the Royal Anthropological Institute of London* (vol. 3, año 1874). Ciertamente, se trata de signos extraños, pero corresponden sin duda alguna a un tipo de escritura, lo que no deja de ser paradójico si se tiene en cuenta que la mayor parte de los habitantes del país civilizado que acababa de descubrirles no sabía leer ni escribir.

El citado manuscrito constituye la primera referencia a una escritura en la Isla de Pascua, aunque, dada su escasa divulgación, no es citada por la mayoría de los autores. Eso no implica que quienes poblaban la isla en el siglo XVIII supiesen escribir; solamente significa que

aquellos jefes tribales identificaban sus nombres o los de su grupo por medio de signos escritos, ya fuese con conocimiento de lo que tales signos expresaban o por tradición heredada, copiando la forma pero ignorando el contenido.

La segunda referencia es del siglo XIX, en una carta escrita por el fraile Eugenio Eyraud, llegado a Pascua en 1864, y dirigida al Superior General de su congregación, los Sagrados Corazones. En ella hay un párrafo en el que por primera vez se alude a las tablillas rongo-rongo:

«En todas las chozas se encuentran tabletas de madera o bastones cubiertos de jeroglíficos. Son figuras de animales desconocidos en la isla, que los indígenas dibujan con piedras cortantes. Cada figura tiene su nombre, más el poco caso que hacen de esas tabletas me inclina a pensar que estos caracteres, restos de una escritura primitiva, son ahora para ellos algo que conservan sin tratar de inquirir su sentido».

Otro fraile, el hermano Gaspar Zumbohn, envió en 1868 un regalo a monseñor Jaussen, Obispo de Tahití. El modesto obsequio consistía en un sedal de pesca trenzado con cabellos humanos. La situación de la isla en aquellos momentos era trágica; castigados por varias epidemias, apenas quedaban pascuenses, por eso el Obispo debió agradecer de corazón el humilde presente. Sin embargo, tenía más valor del que imaginaba: el largo cordón iba enrollado en torno a una tablilla de madera cubierta de signos jeroglíficos. Intrigado, el Obispo Jaussen reclamó la presencia de Metoro, uno de los pascuenses emigrados a Tahití y supuestamente versado en la historia y tradiciones de la isla. El intento de traducción fue infructuoso; Metoro, que mostró ante la tablilla la misma emoción y respeto que ante un objeto sagrado, se puso a salmodiar en su propio idioma como si estuviera leyendo lo que había escrito, pero, tras algunas pruebas, el agudo Obispo comprobó que no leía, sino que recitaba algo aprendido sin relación alguna con el contenido de la tablilla. En cualquier caso, se trataba de un hallazgo aparentemente importante, y Monseñor Jaussen, que, además de su grado eclesiástico, poseía una gran cultura, se apresuró a pedir a sus frailes destinados en Pascua que se hiciesen con todas las tablillas escritas que encontraran. La búsqueda no tuvo gran éxito, entre otras razones, porque alertó a los suspicaces

pascuenses, quienes, en vez de colaborar, escondieron las que tenían o las quemaron para que no fueran a manos de los frailes.

Hasta el presente, y siguiendo la lista publicada por el investigador Hoorebeeck en su libro *La verité d'ile de Vaques*, hay un total de veinticinco tablillas auténticas repartidas en museos, instituciones y colecciones privadas del mundo, y otras dieciséis dudosas o presuntamente falsas. En ese catálogo habría que añadir un reimiro (pieza de madera que presuntamente servía de pectoral) y una «piedra almohada», ambas con escritura rongo-rongo, referenciadas por Mellen Blanco.

Por ser la forma más frecuente y genuina, ya que los otros tipos de soportes y escritura están derivados de ellas, me referiré exclusivamente a las tablillas rongo-rongo. El nombre completo, recogido por el P. Englert en *La tierra de Hotu Matu'a*, es kohau tnotu mo rongo-rongo (las líneas de inscripciones para la recitación) y, según la tradición, fueron llevadas a la isla por Hotu Matu'a desde la legendaria tierra de Hiva. Esa misma fuente añade, además, que el número de tablillas era de sesenta y siete. A título personal, diré que tal precisión me desconcierta. La entendería si se tratase de una «biblioteca» formada por textos fundamentales, algo así como el irrepetible archivo religioso o histórico de Hiva, pero la misma tradición dice que entre los integrantes de aquella especie de éxodo iban varios maori koahu rongo-rongo, esto es, maestros en el arte de la escritura, que nada más llegar siguieron escribiendo y enseñando a otros la manera de hacerlo, de tal modo, que en poco tiempo había centenares de esas tablillas en la isla. Se calcula que cuando Jaussen encargó infructuosamente a sus frailes que las recogieran, quedaban no menos de dos mil, lo que concuerda con lo expresado por el hermano Eyraud en su carta de 1864 («En todas las chozas se encuentran tabletas de madera o bastones cubiertos de jeroglíficos. ...»). Tampoco el contenido parece justificar el secreto y aprecio que, según afirman algunos autores, tenían los pascuenses hacia todo lo que se refería a esas tablillas, puesto que, además de himnos religiosos y leyendas, lo que se escribía en ellas no era otra cosa que los sucesos más destacados del año. Ha sido después, al perderse el arte de escribirlas, cuando, ignorantes ya de la mayor parte de su contenido, hicieron de ellas el símbolo de un pasado

glorioso, ocultándolas celosamente y, si llegaba el caso, quemándolas antes de que cayeran en manos «impías». Para arqueólogos e historiadores, las razones de su interés son otras, aunque no menos apasionadas: las tablillas rongo-rongo constituyen un desconcertante enigma, pero no por lo que en ellas pueda estar escrito, sino por la escritura misma.

Acariciando El Misterio

Acaricié suavemente la madera, con la misma delicadeza que pondría al acariciar la piel de una amante virgen, y bajo la yema de mis dedos bailaron para mí... Fue un privilegio que no olvidaré.

Las sacaron de la caja fuerte, abrieron sus estuches de acero y durante un par de horas, bajo la atenta mirada de uno de los conservadores del museo, pudimos disponer de ellas para filmarlas. Cuando la atracción por el pasado acaba convirtiéndose en un sentimiento parecido al amor, los objetos de esa época lejana han de tocarse. Es el tacto lo que les devuelve la vida, el cálido y afectuoso contacto de otras manos como aquellas que en su día los tallaron, moldearon o pulieron. Esas piezas que atravesaron océanos de tiempo saben la intención de quien las acaricia y pueden ser mudas o elocuentes. Aquella mañana, la interminable procesión de diminutas figuras grabadas en las tablillas reconocieron en mi piel al amigo y quise imaginar que de nuevo se animaban. Conforman letras y palabras, es cierto, pero esos hombrecillos, animales, plantas y símbolos abstractos, más parecen ser parte de un extraño ballet que lo que en definitiva son: una escritura.

La escritura de la Isla de Pascua está construida a partir de unas ciento cincuenta figuras básicas y combinaciones de ellas; muchas son antropomorfas, representando personas en diferentes posturas o partes de su anatomía, pero abundan también animales, plantas, objetos y formas geométricas. No se trata de simples pictogramas, sino de una escritura compleja con valor fonético, aunque, como la mayoría de las escrituras antiguas, no distinga tiempos verbales ni responda a muchas de las reglas gramaticales que hoy nos parecen imprescindibles. Esas limitaciones la convierten en un

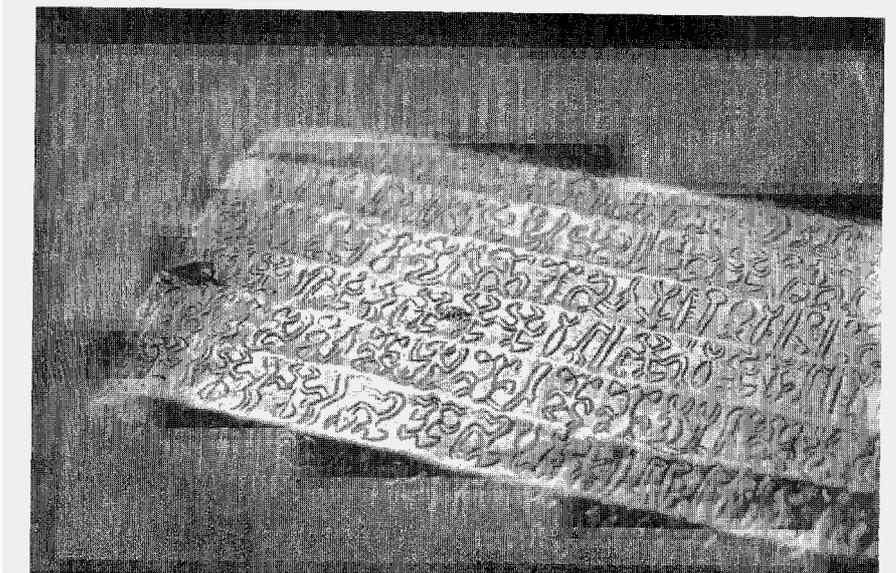
medio de expresión esquemático, ideográfico y, en cierto modo, mnemotécnico, ya que su lectura correcta requiere que se conozca previamente el contenido; de no ser así, el texto resulta preciso a medias, como pueda serlo el de un telegrama. Todo lo anterior no quiere decir que la escritura rongo-rongo deba ser considerada un proyecto de escritura; es auténtica escritura, tan eficaz como la egipcia o la hebrea antiguas, que, entre otras cosas, carecían de vocales, pese a que éstas se utilizaban en el lenguaje hablado.

También la forma de escribir enlaza la escritura pascuense con las de la cuenca mediterránea y las de Oriente Medio, porque se hacía en bustrofedon. Nosotros estamos acostumbrados a leer renglón a renglón, sin que veamos inconveniente en que al final de cada uno de ellos el texto se interrumpa y haya que retomarlo en el principio del renglón siguiente, pero, en los inicios de la escritura, la mayoría de los pueblos consideraron imprescindible que la lectura no se interrumpiera, por eso utilizaban el sistema que los paleógrafos denominan bustrofedon, del griego bus (buey) y trophedon (vuelta), ya que remeda el recorrido de los bueyes al arar un campo. De esa forma, al llegar al final de un renglón había que girar la tablilla de arcilla -en este caso de maderaciento ochenta grados para seguir leyendo sin interrupción el renglón siguiente. No sabiendo que esa es la forma correcta de lectura, a quien mire el texto le llamará la atención que los renglones estén escritos alternativamente en una dirección y boca arriba y en dirección contraria y boca abajo.

Sin embargo, pese a lo incómodo, es un sistema de lectura más natural que el que actualmente usamos.

El soporte habitual para la escritura rongo-rongo son tabletas rectangulares de madera de toromiro, lo que parece poco congruente con la pretendida importancia de los textos, merecedores de un substrato menos perecedero. Pero, una vez más, el hombre antiguo tenía sus motivos; las espinas de pescado o las agudas puntas de obsidiana sirven perfectamente para grabar las delicadas figuras en la madera, pero no en la piedra, además, el toromiro (sophora toromiro) es un arbolillo que proporciona una madera rojiza, relativamente blanda al poco de haber sido cortada, pero que con la humedad y el paso del tiempo se

endurece, igual que la «acacia del Japón», del mismo género (sphora japónica) y también muy apreciada por razones similares.



La escritura de las tablillas rongorongo está constituida por pequeñas figuras antropomorfas, peces y signos abstractos grabados con puntas de obsidiana o espinas de pescado sobre madera de toromiro, inicialmente blanda, pero que, con la humedad y el paso del tiempo, adquiere considerable dureza.

Tenemos, por tanto, una escritura compleja grabada sobre un soporte adecuado, cuyo origen se atribuye a los sabios que acompañaba a Hotu Matu'a. Lo que no tenemos es un argumento que justifique su existencia: la escritura no es algo que se improvise, requiere siglos de evolución y representa un conquista intelectual de primer orden que responde, por encima de cualquier otro argumento, a la necesidad de disponer de un medio de comunicación que trascienda el espacio y el tiempo. En una isla como la que nos ocupa, tan reducida y aislada, esa necesidad no existió jamás; bastaba, como así ha sido en los últimos siglos, con la transmisión oral.

De forma estricta, puede decirse que la existencia en Pascua de una escritura es absurda, a no ser que fuese importada de fuera. Pero, ¿de dónde? La tradición no deja lugar a dudas: la llevó Hotu Matu'a desde Hiva, la tierra que acababa de hundirse por un cataclismo. Ese lugar no podía estar muy lejos, probablemente en la misma Polinesia, y el legendario personaje debió llegar con su gente a la isla en torno al siglo XIII, por tanto no debiera resultar difícil seguirle la pista a la escritura. Y, en efecto, no es difícil: es imposible. En ninguno de los archipiélagos del

Pacífico, en ninguna parte del continente americano y, por abreviar, en ningún lugar del mundo existió en esa época una escritura parecida.

Especulando, pero sin apartarnos de la lógica, habríamos de convenir en que Hiva no era una simple isla, sino una muy grande o un archipiélago, asiento de una cultura lo suficientemente antigua y desarrollada como para haber gestado una escritura compleja. Nos encontraríamos así ante un caso similar al de la mítica Atlántida, sólo que mucho más reciente. Lamentablemente, en cuanto a Hiva tampoco hay evidencias geológicas que justifiquen la supuesta catástrofe, al menos en un radio de distancia razonable. El único recurso que nos queda es situar a Hiva mucho más lejos. Para fundamentar esa posibilidad vamos a recurrir a la etnología, lo que quizá requiera seguir el hilo de mis argumentos con un poco de atención. Pido disculpas por ello.

Los antropólogos consideran que, aunque diversificados por el paso del tiempo, los polinesios proceden de un tronco común euroasiático, con características raciales de tipo európedo, sin prognatismo, con el rostro ovalado y la nariz larga, pliegue epicántico apenas esbozado y, por tanto, con ojos grandes, estatura media por encima de 1,70, etc. Sintetizando, un aspecto bastante parecido al de los europeos; algo que a Felipe González de Haedo ya le llamó la atención. Respecto a la forma del cráneo, las medidas recogidas por los antropólogos no permiten hablar de uniformidad; en unos textos se considera a la mayor parte de los polinesios braquicéfalos (cráneo casi redondo), mientras que otros especialistas, entre ellos el neozelandés Peter Buck, uno de los mejores conocedores del tema, sostienen que es la dolicocefalia (cráneo alargado) la que predomina. Sin embargo, unos y otros coinciden en un dato en el que nadie ha reparado: pese a ser los puntos más alejados de lo que se considera el Triángulo Polinésico, los índices de dolicocefalia en Nueva Zelanda (77,7) y en la Isla de Pascua (74,0) son, además de muy parecidos, los dos más acusados de toda la Polinesia, como si, racialmente, ambos lugares estuviesen más directamente emparentados entre sí que con el resto de las islas que hay entre ellos.

De momento, con los datos anteriores en la mano, ya podemos desmontar la tesis, mantenida por la mayoría de los autores, de que Pascua fue poblada por grupos

migratorios procedentes de las islas Marquesas, porque sus habitantes son decididamente braquicéfalos, con un índice cercano a 80 (79,4). Sin embargo, lo verdaderamente interesante es que la señalada similitud craneana entre Nueva Zelanda y Pascua va en contra de la lógica, ya que en la Polinesia los movimientos migratorios se han producido de forma muy lenta y de Oeste a Este, lo que debiera haber traído como consecuencia que entre Pascua, en el extremo más oriental, y Nueva Zelanda, en el extremo más occidental, existiesen las mayores diferencias; justamente lo contrario de lo que sucede en realidad.

Se trata de una contradicción aparente, porque Nueva Zelanda no es el punto de partida de esa migración. Fue el último país al que llegaron los polinesios, que se asentaron allí tras exterminar a sus antiguos habitantes, los moriori, de raza negra. Podemos imaginar una isla a medio camino entre Pascua y Nueva Zelanda, de la que salieron expediciones en ambas direcciones. No sería difícil localizarla, porque sus habitantes tendrían un índice cefálico similar al de esos otros dos lugares. Como idea está bien, pero el hecho es que tal isla no existe. No existe, pero tal vez existió. Esa podría ser la clave...

Por lo que acabamos de ver, la medida de los cráneos nos conduce a Hiva, esa tierra hundida de la que procedía Hotu Matu'a. No es una pista endeble, porque en las islas de la Polinesia, merced al aislamiento y la consiguiente endogamia, la forma de las cabezas es un punto de apoyo sólido para los antropólogos. Así pues, aunque no haya evidencias geológicas de ese cataclismo, la tierra de Hiva haría encajar las piezas: acuciados por un peligro inminente, los hivanos habrían emigrado, pero en dos direcciones opuestas, hacia el Este y hacia el Oeste, dando finalmente con sus huesos en Pascua y en Nueva Zelanda, adonde habrían llevado su índice cefálico para transmitírselo a sus descendientes y, de paso, complicarnos la vida a los que tenemos el vicio de desentrañar -o de intentarlo, al menos- los enigmas de pasado.

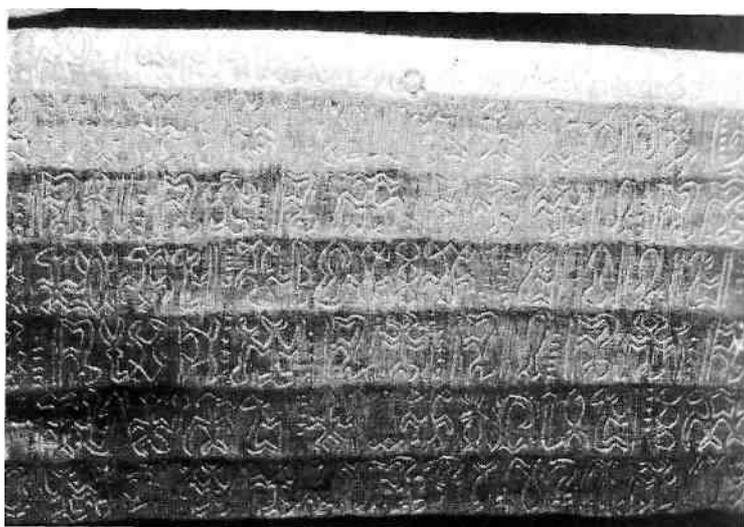
Con la hipótesis de la doble migración desde Hiva justificaríamos lo de los cráneos, pero nada más. Resulta inconcebible que llevasen sus cabezas, pero no lo que había dentro de ellas, es decir, sus creencias,

sus conocimientos y su arte. En Nueva Zelanda debiera haber, igual que en Pascua, moai y escritora rongo-rongo; puede que no exactamente iguales, pero, desde luego, reconocibles. Como el lector sabe, en Nueva Zelanda no hay ni una cosa ni otra, ni nada que remotamente se les parezca.

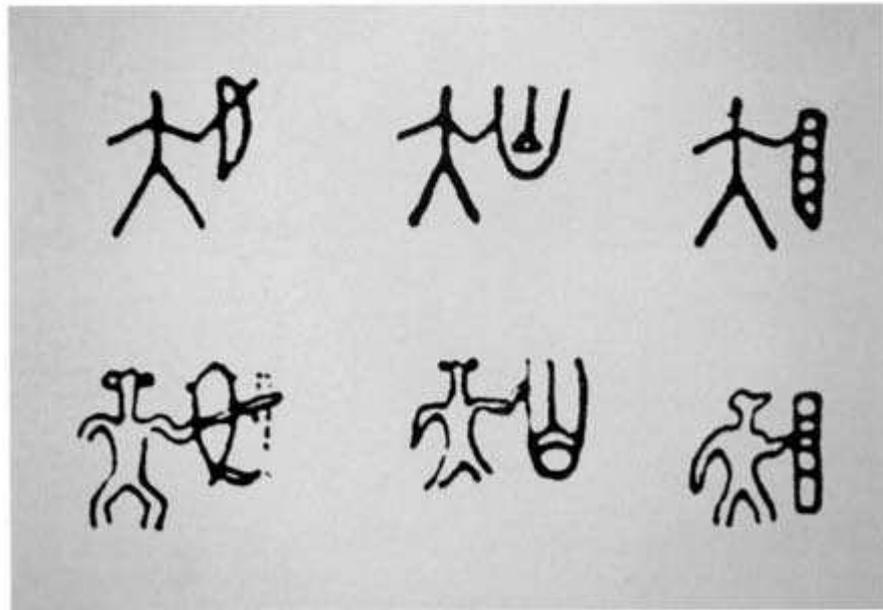
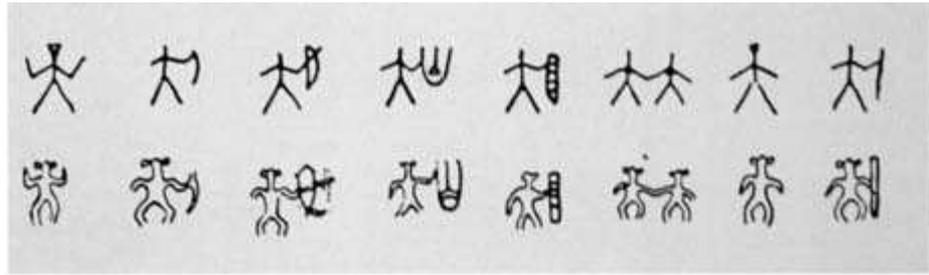
Es hora de asumir que, pese a nuestro esfuerzo, seguimos tan perdidos como al principio. Hemos aclarado algunos puntos oscuros y aportado nuevos puntos de vista al tema, pero el misterio subsiste, y no sólo eso, sino que a partir del siguiente punto y aparte se va a complicar mucho más.

La Escritura Que Viajó En El Tiempo

Fue en 1932, en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, durante una sesión que se prometía tan intrascendente y tediosa como muchas otras. El académico Paul Pelliot presentó un meticuloso trabajo del paleógrafo húngaro Guillermo de Hevesy sobre la escritura de las tablillas rongo-rongo comparándola con los signos inscrih isen sellos pertenecientes a una civilización del Valle del Indo, en el actual Pakistán, que desapareció en torno al año tres mil antes de Cristo, y cuyos restos estaban entonces aflorando en las excavaciones de diversas de sus más importante ciudades: Mohenjo-Daro y Harappa.



Pese su aspecto infantil, la escritura rongo-rongo es fruto de un largo proceso de evolución, equiparable a otras del Mediterráneo y de Oriente Próximo, y corresponde a una cultura que en modo alguno es la autóctona de Pascua.



El trabajo de investigación realizado por el paleógrafo Guillermo de Hevesy, leído por el académico Paul Peillot en 1932 en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, fue una auténtica conmoción: La escritura de las tablillas rongo-rongo y la de la antiquísima Cultura del Valle del Indo, eran coincidentes en un número apreciable de signos, más allá de lo que podría ser atribuido a la casualidad. En la reproducción de algunos de ellos puede observarse la extraordinaria similitud (tanto en la normal como en la ampliación, la línea superior corresponde a la escritura, del Valle del Indo y la

inferior a la de la Isla de Pascua). La enorme distancia geográfica y cronológica que separa a ambas culturas, abre un inquietante enigma arqueológico.

Establecer un nexo de unión entre dos culturas separadas cuatro mil años en el tiempo y veinte mil kilómetros en lo geográfico, parecía el más colosal de los disparates, sin

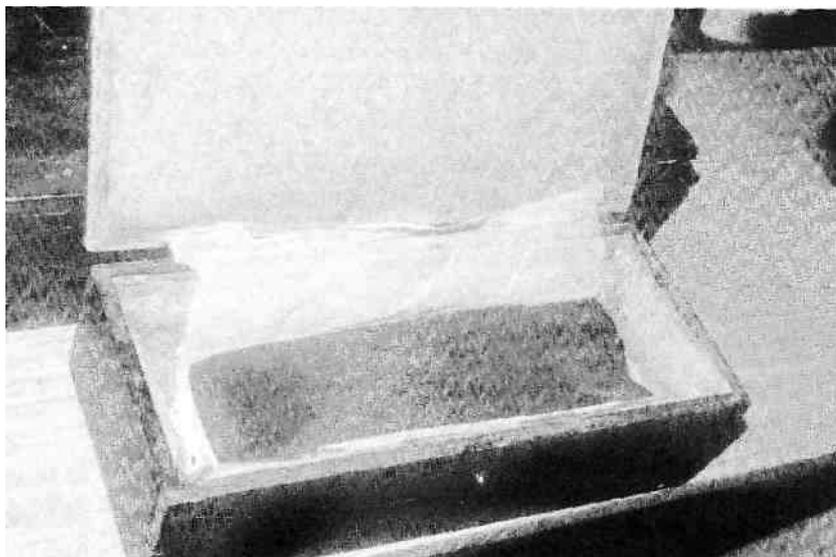
embargo, las pruebas estaban ahí: ambas escrituras tenían un evidente parecido en su conjunto y, lo que resultaba aún más extraordinario, muchos de sus signos eran idénticos. No cabía hablar de casualidad.

En esa época, ni Pascua ni la vieja cultura del Valle del Indo eran suficientemente conocidas, y los escépticos pudieron argumentar que las muestras de escritura de la antigua India aportadas por Hevesy eran probablemente falsas. En los años siguientes no faltaron «voces autorizadas» desacreditando el trabajo de Hevesy, entre ellas, la del afamado Alfred Metraux, que en 1934 dirigió una fructífera expedición a Pascua por encargo del Museo del Hombre de París, y que más tarde se despachó a gusto contra el húngaro y su tesis en Mohenjodaro and Easter Island again (volumen 4 de Man-mayo-junio, 1946-. Londres).

Ya comenté al principio de este libro que en ciencia no existe, aunque a algunos se les olvide, el llamado «principio de autoridad», lo que es tanto como decir que un científico destacado, de reconocida valía, puede resbalar y darse de narices contra el suelo si se deja llevar por la soberbia u opina sobre lo que desconoce, algo que, desgraciadamente, sucede con frecuencia. Al final, Hevesy tenía razón y Metraux, pese a sus indudables méritos, cometió una estupidez.

Estas cosas ya las sabía cuando en el Museo de Historia Natural de Santiago de Chile acariciaba las dos tablillas y el cetro, tres de las veinticinco piezas con escritura rongo-rongo repartidas por el mundo. Su incalculable precio no me importaba, ni siquiera su antigüedad, que no va más allá de unos pocos siglos; lo que verdaderamente me emocionaba era tener en mis manos uno de los misterios más desconcertantes de la Arqueología. En sí misma, aquella escritura era un absurdo histórico, sólo comprensible cuando se descubra algún resto de esa tierra, hoy por hoy mítica, de Hiva, sin sitio en la historia conocida, pero indudablemente real, que fue sede de una cultura desaparecida lo suficientemente importante como para haber desarrollado una escritura con la que poder dejar constancia de sus acontecimientos, de sus creencias y de su visión de la vida. Que, además, existiese la posibilidad de que esa civilización perdida hubiera tenido un lazo, por tenue que fuera, con la que floreció milenios atrás en el Valle del Indo, añadía a su propio misterio otro aún mayor. La casualidad gasta a veces bromas extrañas, y puede que, pese a todo, haya que atribuirle a ella la coincidencia de una treintena de signos, puede que más, entre ambas escrituras. De no ser así, habría que

retorcer de tal forma la historia, que más valdría olvidar todo lo sabido y escribirla de nuevo.



Una de las dos tablillas custodiadas en el Museo de Santiago de Chile, junto con un bastón de mando cubierto también con la misma escritura.

Me constaba que nada iba a añadir a lo que otros, con muchos más conocimientos, ya habían dicho sobre el tema, pero quizá fue ese día cuando decidí que, tarde o temprano, iría a Pakistán para ver con mis propios ojos lo que quedaba de la cultura del Valle del Indo. Tuviese o no algo que ver con Pascua, lo que había leído sobre ella merecía el viaje. Sólo necesitaba un motivo que, añadido al de la escritura, justificase el esfuerzo económico que para una productora de documentales supone desplazar hasta allí un equipo. La vida es como es y -a mí me gusta vivirla- suele poner en tus manos aquello que deseas, pero en su momento, nunca antes. Y así fue que, en su día, me salió al paso un unicornio.

El Asno Indio

Érase una vez un continente en el que todo, hasta lo más fantástico, podía suceder... Brujas y ogros se ocultaban en lo profundo del bosque acechando al viajero solitario, mientras que caballeros en busca de fama recorrían los páramos más desolados, las más escarpadas sierras, en pos de un dragón al que arrancar de su frente la piedra de la inmortalidad... Era una época en la que fábulas y leyendas rasgaban la pesada cortina de la razón para colarse en este lado de la realidad.

Es cierto que hoy tenemos una idea menos romántica de ese tiempo: había hambre, epidemias, injusticia,

fanatismo, la gente olía mal y el conocimiento estaba reservado a unos pocos, generalmente tapias adentro de un monasterio, porque, fuera de ellas era más urgente sobrevivir que cultivar el intelecto.

Sin embargo, en aquella Europa famélica y cerril, privados del freno de la ciencia, florecieron los mitos, esa otra riqueza cultural, como en ninguna otra etapa de la historia. Libre de trabas, el inconsciente colectivo se proyectó en mil criaturas arquetípicas, todas tan reales como pueda serlo esa fantasía de nuestro cerebro que llamamos «la realidad». Sí hubo ogros y dragones, sí hubo brujas y duendes, sí hubo ninfas y sirenas... Los hubo, porque nadie dudó de su existencia. Y, de entre todas aquellas fabulosas criaturas, una especialmente hermosa que encarnaba los dos más caros ideales: libertad y pureza. La llamaban unicornio.

En crónicas, grabados y pinturas está descrito como un caballo dotado de un largo, recto y único cuerno en mitad de su frente. Aunque los eruditos de entonces no sabían a ciencia cierta su origen, la creencia más extendida es que procedía de Oriente, por eso se le conocía también, Sobre todo en los círculos intelectuales, como «asno indio». Es posible que en esa época ya no existiese ninguno, caso de que haya existido en alguna, pero no por ello dejaba de ser buscado tenazmente por los cazadores, menos dados a sutilezas simbólicas, de las que luego hablaré, que al negocio, puesto que su cuerno alcanzaba un altísimo precio en el mercado farmacéutico. No era para menos, porque se le consideraba el más eficaz de los contravenenos, lo que entre la nobleza, donde era práctica común acelerar el proceso de sucesión con métodos expeditivos, tenía su importancia. También se apreciaban sus virtudes afrodisíacas, según parece, superiores a las del cuerno de rinoceronte.

De entre todas las criaturas fantásticas medievales, el unicornio fue la más apreciada y encarnaba los más altos

Tan firme era la creencia de que se trataba de un animal real, que, hasta bien entrada la Edad Moderna, el cuerno de unicornio (alicornio, en algunos tratados) seguía incluido en los libros de farmacia como uno más de los productos terapéuticos en uso. Para ilustración del lector, transcribiré unos párrafos referidos a los cuernos que no podían faltar en una farmacia bien surtida, nada menos que a principios del siglo XVIII. Corresponden a una edición facsímil de Palestra Pharmaceutica chimico-galénica que conservo en mi biblioteca. Se trata de una

«obra muy útil, y necesaria para todos los profesores de la Medicina, médicos, cirujanos, y en particular boticarios», publicada en 1706 por Don Félix Palacios, «socio de la regia Sociedad Médico Chymica de Sevilla, y boticario de esta Corte». Estamos, en suma, ante un libro riguroso y científico:

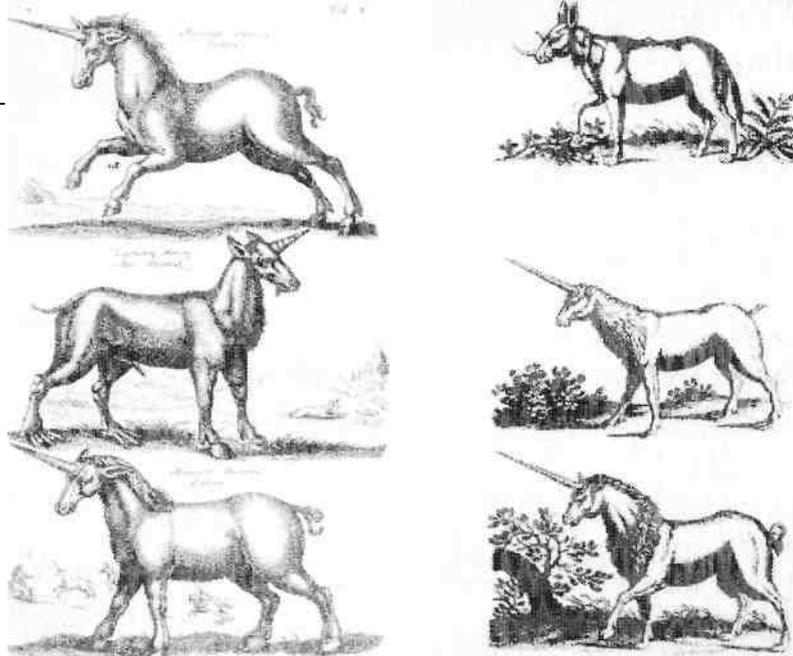
«De Cornibus. De los cuernos.
Cornu Alcis. Cuerno de la Gran Bestia.
Bovis. De Buey.
Bubali. De Búfalo.
Cerbi. De Ciervo.
Hirci. De Macho.
Rhinocerotis. De Rinoceronte.
Tauri. De Toro.
Unicornu. De Unicornio.

Los cuernos se tienen en las Oficinas en una parte en polvos, para darlos prontamente, que se llaman entonces Cuernos preparados; en otra parte enteros, para valerse de ellos para hazer otras especies de medicamentos, como Jaleas, Cocimientos, Destilaciones, etc. Los antiguos los quemavan para hazerlos polvos, pero esto no se haze ya, porque por la usti6n pierden su mayor virtud, si no es que se quiera que sean totalmente absorventes».

También entre las muchas cosas curiosas que he ido almacenando con los años, guardo un pequeño pote con una etiqueta en la que reza Cornu Unicornu. Lo que hay dentro de él es algo que no he averiguado por no romper su tapa de frágil pergamino, pero será asta de ciervo o cuerno de toro pulverizados, si es que no se trata de simple polvo de los caminos. Cualquier cosa menos auténtico cuerno de unicornio, porque, como de todos es sabido, el unicornio es mi animal fabuloso que no existió sino en la imaginación de las gentes incultas.

Es obvio que nunca fue cazado ninguno, sin embargo, su cuerno pulverizado se vendía a muy alto precio y formaba parte de muchas recetas magistrales. Además de potente afrodisíaco, era considerado el más eficaz contraveneno.

Y como nunca existió –aunque nadie dudara de su existencia–, cada cual pudo representarlo como más le apetecía sin que los demás osaran desmentirle. Así, en la variada iconografía unicorniana, el curioso encontrará ejemplares de todo tipo, con el único denominador común del solitario cuerno, porque el resto a veces se asemeja a un caballo, no pocas a un ciervo, otras a un asno y algunas a una cabra. Ni siquiera su identidad equina es



clara, ya que -con frecuencia, en vez de cascos, tiene pezuñas hendidas.

En lo que sí hubo acuerdo es en su naturaleza extraordinaria: no había animal más bello y más esquivo. Reacio al contacto con el hombre, como lo era hacia todo lo impuro, se sentía, en cambio, atraído por la castidad de las doncellas. Era su perdición, porque con el aroma de la leche virginal se quedaba adormecido y resultaba presa fácil para el cazador.

La bella y la bestia. La fuerza indómita rendida ante la inocencia... y mucho más, porque su ebúrneo cuerno es rico en simbolismo. Inevitablemente, su forma lo relaciona con el falo, por eso se le atribuyeron virtudes afrodisíacas y generatrices. Lo que puede parecer desconcertante es que, siendo asumida por todos esa característica tan poco piadosa, el unicornio aparezca junto a la Virgen María en algunas representaciones; entre ellas, y como más famosas, IRH que figuran en los tapices del siglo XV del Museo Cluny de París.

Aunque, en general, se describía como un hermoso caballo blanco de largas crines y un solitario cuerno en la frente, abundan representaciones diferentes, en las que, a veces, está más cerca del asno o del venado que del caballo, incluso con dos cuernos, como un extraño rinoceronte.

La razón tiene también que ver con la simbología, porque su situación en la frente lo convierte en flecha espiritual, en rayo divino que infunde vida, elevando la función generadora a su cota más sublime, en este caso, el Verbo que fecundó a la madre de Jesús. En espejo de los Misterios de la Iglesia, el influyente escritor eclesiástico del siglo XII Honorio Augustodunense, más conocido como Honorio de Autun -aunque no nació allí, sino en Ratisbona-, llega a decir que el unicornio es una representación de Cristo.

Lo curioso es que esta fantástica criatura esté presente en tan diversos pueblos y épocas, desde el extremo occidental de Europa

Atraído por el aroma a leche virginal del pecho de las doncellas, a cuyo influjo se dormía, mi entonces fáálpresa para el candor.

hasta la misma China, casi siempre con atributos que entrañan nobleza y altruismo. Para ser un animal inventado, sorprende esa universalidad. Es necesario admitir que tanta carga simbólica lo sitúa en el mismo ámbito imaginario que a las hadas o los gnomos, pero, ¿y si fue algo más que eso?, ¿y si se tratara de un animal auténtico al que la leyenda transformó en fabuloso?

En ese supuesto estaríamos refiriéndonos a una especie desaparecida; que yo sepa, nadie en estos últimos siglos ha dicho ver un unicornio. Tampoco es probable que cuando en Europa se creía en su existencia fuese algo más que un borroso recuerdo, el eco arrastrado por el tiempo de algo que en su origen, quien sabe cuándo y dónde, fue real. Los «cejas altas», como diría la autora de Guillermo Brown refiriéndose a los intelectuales de guardarropía, suelen decir, con una suficiencia que desarma a los «cejas bajas», que el unicornio no es otra cosa que el rinoceronte, descrito por alguno de los escasos viajeros que en aquella época habían visitado la India. Es posible, pero, aunque sólo sea por el placer de viajar y conocer sitios nuevos, vamos a ir en su busca.

No tenemos otro dato para ponernos en marcha que la leyenda... y una alusión, bastante ambigua, por cierto, al lugar dónde iniciar las pesquisas: la India. El que los eruditos medievales llamasen al unicornio «asno indio» no era por capricho, ya figuraba como tal en un tratado del siglo V antes de Cristo. El médico e historiador griego Ctesias, que estuvo consultando los archivos persas de Susa durante diecisiete años, menciona en uno de sus libros, el Indika, una especie de asno salvaje propio de la India, tan grande o más que el caballo y provisto de un largo cuerno en la frente. También hay una prometedora referencia en los Vedas, la literatura épico religiosa de la antigua India, donde se alude a una variedad de cuadrúpedo dotado de un solo cuerno. Así pues, iremos al subcontinente indio.

Para evitar posibles decepciones, advertiré antes al lector de que no encontraremos unicornios vivos; de haberlos, contaríamos con rumores locales de su existencia y algún explorador los habría visto, aunque fuera por casualidad, como ha sucedido con el Yeti.

Lo que buscaremos es una evidencia, un dato concreto, no importa su antigüedad, que nos permita afirmar que la leyenda tiene un origen real y que el unicornio, es decir, un animal de cuatro patas, lo suficientemente grande como para equipararse a un caballo, y con un solitario cuerno en la frente, vivió en el pasado. Ese dato concreto existe, está en el actual Pakistán, y guarda estrecha relación con el misterio de la escritura rongo-rongo.

Karachi

Hoy nada queda lejos, y el avión de la PÍA (Pakistán International Airlines) nos llevó en unas cuantas horas de Londres a Karachi. No es un país acostumbrado al turismo y, si no con desconfianza, el personal de su embajada en Madrid había estudiado mi proyecto con curiosidad. Fueron varios días de consultas, pero son una gente amable y terminaron por darme el apoyo que solicitaba y los necesarios documentos para movernos sin dificultad por todo el territorio. He de confesar que cuando los motores del Jumbo, rugiendo a plena potencia, levantaron a la pesada mole por encima del aeropuerto de Heathrow me palpé con complacencia el bolsillo donde guardaba los permisos de rodaje: llevaba muchos años esperando a que la vida me colocase en ese asiento del avión camino de Mohenjo-Daro.

La República Islámica de Pakistán nace allá arriba, al pie de la cordillera del Himalaya, y desciende hacia el Suroeste, entre Afganistán e Irán de un lado y la India del otro, hasta llegar al Mar de Omán, donde las aguas del Indo se juntan con las de otros dos míticos ríos: el Eúfrates y el Tigris.

Tal vez, sea Karachi el mejor punto de entrada en el país, la ciudad que fue su capital desde que se independizó de la India hasta 1960. Hace siglo y medio era una aldea de pescadores con unos pocos centenares de habitantes, hasta que, durante la dominación inglesa, se construyeron en ella un puerto comercial, el único verdaderamente importante de Pakistán, y un ferrocarril para conectarlo con los lugares lejanos del interior. La consecuencia fue un crecimiento explosivo de la población, y Karachi cuenta hoy con unos diez millones de habitantes.

Cuando se viaja, la cortesía es el mejor pasaporte, por lo que resulta casi obligado que la primera visita para unos recién llegados fuese a quien, en cierto sentido, era nuestro anfitrión: el fundador del país.

Al norte del casco antiguo se levanta un enorme mausoleo en homenaje a Muhammad Alí Yinná, el quaid-e-azam's, «el padre de la patria»; un hindú con formación inglesa y de religión musulmana, que, tras veinte años de agotadora gestión política, consiguió en 1947 la independencia de Pakistán. Una independencia de la que él apenas llegó a disfrutar, porque unos meses después, en 1948, murió de tuberculosis.

Equiparable, aunque se sirviese de otros modos, a su compatriota y contemporáneo Gandi, el prestigio internacional de Alí Yinná queda de algún modo reflejado en su colosal mausoleo. Sí, como a mí, la vida le lleva al lector a Karachi y visita ese lugar, no deje de levantar la vista hasta la araña de cristal que, muchos metros por encima de su cabeza, cuelga del techo; es un regalo de la República Popular China. La luz de esa lámpara arranca destellos de los hermosos azulejos que revisten la cúpula; valórelos, son una rica contribución del Japón al ornato del mausoleo. Si le llama la atención la balaustrada de plata maciza, sepa que fue un regalo de Irán. Y así podría seguir, porque fueron muchos los países que con su aportación quisieron rendir póstumo homenaje a este hombre, ni mejor ni peor que otros, al que las circunstancias y su tenacidad convirtieron en fundador de una nación. Su triunfo fue el triunfo del Islam y millones de musulmanes abandonaron el resto del continente para venirse a la recién nacida República Islámica de Pakistán, como si de una tierra de promisión se tratara. En contra, millones de hindúes dejaron esa tierra para irse a la Unión India, donde vivir más acordes con sus viejas tradiciones y sus legendarios dioses. No hubiera sido imprescindible, porque, aun tratándose de un país regido por la ley islámica, al punto que, como sucedió estando nosotros allí, un ciudadano puede ser condenado a muerte por blasfemia, en la abigarrada población pakistaní caben hinduistas, budistas, católicos, evangélicos y miembros de las religiones y sectas más variadas. Los que parecen no tener sitio son los turistas, a juzgar por los pocos que vimos en aquellas semanas.

Las principales ciudades, Karachi, Islamabad, Rawalpindi, Peshawar, Lahore... cuentan con magníficos hoteles, auténticas islas de confort y sosiego en medio del bullicio. Cadenas nacionales e internacionales, como Sheraton, Shali Mar, Pearl Continental o Avari, han ido abriendo lujosos establecimientos a lo largo de los últimos años; sin embargo sus clientes suelen serlo más en razón de los negocios que del turismo. A este respecto, Pakistán es todavía un país poco explotado y sumamente

atractivo para el viajero que busca lo auténtico. Es posible pasar toda una jornada recorriendo calles o bazares sin encontrarse con ningún otro europeo o perderse libre y anónimamente entre el tráfico ruidoso y caótico, en el que compiten como si optaran a la copa mundial de «yo el primero», los vehículos más diversos, desde pesados camiones, hasta carros tirados por pequeños borricos o desgarrados dromedarios, que hacen lo que pueden para no sucumbir a los embates de los imprevisibles motocarros, auténticos dueños de las calles.

Pero en esa babel de bocinas sobre ruedas y accidentes constantemente evitados por un par de milímetros, lo que sin duda fascinará al visitante son las carrocerías cubiertas de espejos, pinturas, banderines, metales bruñidos y cualquier tipo de adorno, que convierten a camiones y autobuses en abigarrados museos rodantes. Horrorizados sin duda por el espacio vacío, los conductores pakistaníes llenan cajas y cabinas con cenefas, guirnaldas de diminutas bombillas, escenas de películas, rostros de actores y actrices, paisajes urbanos o campestres, frases del Corán... Todo aquello que dé brillo y colorido a sus vehículos les vale, sea lo que sea. Es, en definitiva, una explosión de vida; la misma que anima las polvorientas calles de cualquier ciudad, auténticos mercados en los que puede encontrarse de todo y a todos: gentes del Sind, de Beluchistán, del Punjab, de los lejanos valles del Norte, afganos, iraníes, indios... Una población heterogénea y en constante crecimiento, pese a las campañas del gobierno para fomentar el control de la natalidad.

Karachi cambiará, todas las ciudades lo hacen, pero hoy por hoy se vive en la calle; todo está puertas afuera: mesas en torno a las que, sin prisa, que allí no la hay, tomar té o café, miles de puestos de comida con hornillos siempre encendidos, pequeñas tiendas de comestibles y especias con los mostradores en la acera, disputando el espacio a estanterías y expositores que interrumpen el paso del viandante con las mercancías más diversas, desde repuestos de automóvil hasta sortijas de oro, pasando por cacerolas, zapatos, muebles, trajes de novia, calendarios y una enorme variedad de telas de todas las texturas y colores imaginables. Por supuesto, el extranjero encontrará tantas cuantas alfombras quiera, ya sean traídas de Afganistán, de Irán y de la misma China, a través de la carretera que atraviesa el Karakorum, o fabricadas en el propio Pakistán, que en apenas cincuenta años se ha convertido en uno de los cuatro países principales productores del mundo.

De nada servirían esa industria y otras si no existiera un puerto por el que distribuir al resto del mundo su producción. Y de nada serviría ese puerto si hasta él no llegaran las mercancías procedentes del resto del país. En la actualidad, las carreteras constituyen una alternativa que muchos utilizan, pero hasta hace pocos años Las únicas arterias que daban vida al comercio en Pakistán eran los raíles del ferrocarril. Medio de transporte que, en este caso, valió también para arrancar del olvido a una civilización desconocida, motivo de nuestro viaje.

Hasta bien entrado el siglo XX, Londres era el corazón de un vasto imperio. Con criterios más prácticos que éticos, organizó, controló y supo explotar en su propio beneficio la riqueza mineral y agrícola de los lejanos países que estaban bajo su influencia, como el subcontinente indio, donde dispuso de una inmensa fuente de materias primas y de una baratísima mano de obra para extraerlas. El único inconveniente para aprovecharse de esa riqueza eran las enormes distancias a recorrer hasta llegar al puerto. Por eso, una de las empresas más ambiciosas que acometieron los ingleses en esta parte del mundo fue construir largas líneas férreas que uniesen los centros productores con la costa.

Base de ladrillos de los gigantescos almacenes de grano de la ciudad, los únicos grandes edificios encontrados por los arqueólogos. La ausencia de templos y palacios es otra de las insólitas características de esa cultura.



En 1856, el gobierno de Su Graciosa Majestad encargó a dos ingenieros, los hermanos John y William Brunton, la construcción de un ferrocarril que uniera Karachi con la ciudad de Lahore. John se encargó de la parte Sur del trazado y William inició el tendido desde Lahore, en el Noreste. Como en su zona escaseaba la piedra, el bueno de John tuvo la feliz idea de desmantelar una ciudad medieval en ruinas, Brahminabad, y utilizar sus escombros como firme para las vías. Satisfecho de su ingenio, escribió a William, que se enfrentaba al mismo problema, para que buscara algunas ruinas en la zona y usara sus piedras como había hecho él. Con el mismo celo que su hermano —está claro que a ambos les sobraban las enes del apellido—, indagó hasta encontrar en el Punjab, la región donde estaba trabajando, los restos de una vieja ciudad» En pocas semanas dejó reducidas a poco menos que nada las ruinas de Harappa. De

esa forma, y gracias a aquellos dos bárbaros, la vía férrea Karachi-Lahore tiene el raro privilegio de estar cimentada a lo largo de doscientos kilómetros con las piedras y ladrillos de una prodigiosa ciudad con cinco mil quinientos años de antigüedad.

Atrocidades semejantes se han cometido en otros muchos lugares, pero de esa envergadura sólo me viene a la memoria la que, por idénticos motivos, se llevó a cabo en Bolivia con las ruinas de Tiahuanaco. El lector habrá oído hablar de ellas, pero, por si acaso, luego me ocuparé del tema; ahora continuemos el camino hacia Mohenjo Daro.

Mohenjo Daro

Aunque puedan suceder de mil maneras diferentes, las cosas sólo suceden de una, y no por imponderables, sino porque en ella convergen casi infinitas circunstancias, hechos encadenados los unos a los otros en una red tan sutil como inamovible. Hablar de casualidad es una pura argucia dialéctica, una falacia que encubre nuestra incapacidad para valorar todos los acontecimientos que confluirán indefectiblemente en ese suceso. Hasta lo aparentemente más imprevisible es consecuencia de una serie de actos que, analizados posteriormente, se ven como piezas de un puzzle que únicamente podían encajar de esa manera: la diferencia de un segundo o de un milímetro «habría» sido suficiente para que tal hecho no se produjese, pero lo cierto es que esa diferencia no era posible, puesto que el hecho se ha producido. Justificar la leve diferencia que, por servirnos de un ejemplo cualquiera, hubiera evitado un accidente de tráfico, nos obligaría, yendo hacia atrás, a modificar la historia entera del mundo. Lo que usted está leyendo en este momento lo he escrito yo hace varios meses, tal vez varios años, pero el camino seguido entre uno y otro hecho podría ser recorrido paso a paso. En la práctica y con nuestros medios es imposible: si lo vio en el escaparate de una librería y decidió comprarlo, en ese momento coincidieron tantos acontecimientos previos relacionados con usted mismo, conmigo, con mi editor, con el librero..., que ni el más gigantesco ordenador tendría recursos para analizarlos uno a uno. A la postre, ese hecho no es independiente ni casual,

está incrustado en la historia del género humano y era inevitable que se produjese.

Desde lo afectivo, es una incómoda evidencia, porque da paso a conceptos tan poco gratos como fatalidad o determinismo, pero en realidad se trata tan sólo de la manifestación de una ley universal, aquella que sostiene que no hay causa sin efecto y viceversa.

Pese a todo, dejemos el tema y sigamos por donde íbamos, sin darle a la palabra casualidad otro sentido que el convencional, por ilógico que sea. Gracias a ella, estamos ahora hablando de la Cultura del Valle del Indo; porque fue una casualidad la que llevó a su descubrimiento. No aludo a la hazaña de los impresentables hermanos Brunton, aunque ellos dieron el primer paso, aludo a la presencia del general Alexander Cunningham en un concurso de tiro con arco celebrado entre los oficiales británicos que dirigían las obras del ferrocarril. De haber sido otro el que presidió ese deportivo evento, igual la extraordinaria civilización que nos ocupa seguiría en el olvido, pero Sir Alexander era, además de militar, un entusiasta arqueólogo que conocía bien el pasado de la India. Por eso, cuando le mostraron algunos sellos encontrados entre las ruinas de Harappa intuyó su posible importancia y se hizo conducir a lo que quedaba de la vieja ciudad. El mal ya estaba hecho y sólo unos pocos muros eran reconocibles, pero fue suficiente para que el general se diera cuenta de que estaba ante los restos de una cultura desconocida y presuntamente muy antigua. Esa visita supuso el fin del vandálico expolio y el inicio de una investigación arqueológica que todavía continúa. Hubo que vencer innumerables trabas políticas, administrativas y financieras, pero el hecho es que aquella civilización ignorada volvió a la luz tras incontables siglos de oscuridad y olvido.

Indolente y generoso, el Indo serpenteaba por la enorme llanura del Sind repartiendo vida a su paso. A veces el sol se reflejaba en sus aguas y se volvía brillante como un río de mercurio, otras, según maniobraba el avión, se le veía oscuro, convertido en sangre de la tierra, sangre nutriente y fecundadora. No era época de lluvias, y entre los campos cultivados y sus orillas quedaban anchas fajas de arena por las que discurrían rebaños de búfalos camino de sus abrevaderos y en las que, junto al agua, se alineaban extrañas criaturas

inmóviles que, vistas de cerca en los días siguientes, resultaron ser enormes tortugas, con las patas estiradas y sus largos, larguísimos cuellos totalmente fuera del caparazón, arqueados para que la cabeza, en lo alto, tuviese al alcance de los ojos cualquier posible peligro, al punto que parecían dromedarios acorazados más que tortugas.

Nacido allá arriba, en los montes de Kailash, cruza mansamente las planicies del Tíbet para hacerse tumultuoso en las profundas gargantas del Karakorum, en su paso hacia Cachemira, y desparramarse luego en sinuosos meandros por las fértiles tierras del Punjab. Sus aguas, alimentadas por los glaciares del Karakorum y las nieves del Hindu-Kush, se desbordan con el monzón anual, inundando labrantíos y pastos. Lo mismo que el Nilo en Egipto o el Tigris y el Eúfrates en Mesopotamia, el Indo permitió al hombre de esta parte del Asia meridional establecerse sin miedo a la hambruna, sembrar sus campos, alimentar a su ganado y levantar ciudades. Fue también ancha vía por la que discurrieron barcos cargados de mercancías, el vehículo que hizo prosperar la industria y el comercio, la arteria que alimentó y mantuvo unidas las provincias de un imperio. Fue... lo que tantos ríos legendarios fueron para el hombre del pasado: el medio que le ayudó a civilizarse y gestar espléndidas culturas.

El bimotor enfiló la pista y pocos minutos después aterrizamos sin problemas en el pequeño aeródromo de Larkana. Todo iba bien, apenas llevábamos una semana en Pakistán y habíamos grabado buenas y abundantes imágenes en Karachi, de donde veníamos, incluido su museo y lo que en él se guarda de la Cultura del Valle del Indo. Todo iba bien, decía, hasta que empezamos a sacar el equipaje del departamento de carga. Maletas, bolsas y pequeñas cajas de material estaban allí, pero faltaba un gran baúl de aluminio con los focos y, lo que era peor, con la provisión de cintas para las cámaras grandes.

David, el ayudante de producción, exhibió el ticket de facturación a la azafata, a los mozos, a los policías y a todo el que se le ponía por delante: parecía que le hubiese tocado un premio en una tómbola y se negaran a entregárselo. Después de comprobar que los pakistaníes saben encogerse de hombros con tanta soltura como los ciudadanos de cualquier otro país, recurrió a las llamadas telefónicas y al fax. Nadie sabía nada. Sin

haberlo pretendido, el destino, confundiéndonos sin duda con Sherlock Holmes, nos colocaba ante «el misterio del baúl perdido». Abrumados por lo que su desaparición significaba, optamos por dejar la solución del enigma para la mañana siguiente, como amablemente nos aconsejaron -más por quitársenos de encima que porque confiaran en solución alguna-, y pusimos rumbo a la ciudad en una furgoneta contratada previamente.

Las sombras de la noche ya se cernían sobre la población cuando enfilamos sus primeras calles, sólo faltaba la niebla del Támesis para darle un aspecto decididamente siniestro. Tal vez en otras circunstancias me habría parecido atractiva o, cuando menos, pintoresca, pero el desvaído recuerdo que tengo de Larkana es gris oscuro, como el del polvo que en los días que estuve allí me impidió ver de que color eran las aceras, si es que las había. Nada puedo objetar a sus habitantes, que son amables y acogedores como los del resto del país, es más, admiro su entereza: pudiendo irse, viven en esa ciudad como si tal cosa. A veces resultaba un tanto incómodo el interés que despertábamos entre la chiquillería, poco acostumbrada a ver europeos por la calle; los escasísimos turistas que visitan las ruinas, lo hacen en unas horas: llegan en el vuelo de la mañana y se vuelven en el mismo avión por la tarde, sin acercarse siquiera a Larkana.

Respecto al alojamiento, ya he sido bastante explícito al comienzo de este libro. Hace unos días, rememorando con Antonio Crevillén, el realizador de la serie, nuestra estancia en el inefable hotel Green Palace, insistía él en que aquella célebre noche aparecí en el pasillo en paños menores y con un machete en la mano. No lo recuerdo: o mi memoria es en exceso piadosa o miente como un bellaco. Tampoco acepto la sugerencia de que el fantasmal bicho fuera un gecko (especie de salamanguesa propia de Asia), a no ser que se tratara de un ejemplar albino monstruosamente grande por efecto de las radiaciones atómicas, como en las películas de la «serie B» de los años cincuenta. Más, dejemos tan enojoso asunto y vayamos al día siguiente, que la luz del sol disipa las tinieblas y hace verlo todo de manera más alegre.

David quedó en el hotel, aferrado al teléfono, intentando resolver el inquietante enigma del baúl perdido, y el resto, con las cámaras y unas pocas

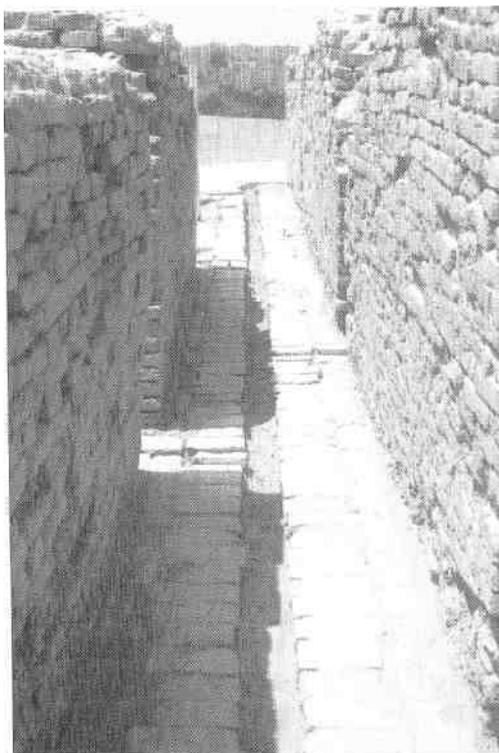
cintas que, por el «nunca se sabe», llevábamos en la mochila, nos fuimos a Mohenjo Daro.

Cincuenta grados de temperatura ambiente no son cualquier cosa; invitan a la quietud bajo una sombra y a beber ingentes cantidades de líquido que compensen el que, en aquella sequedad extrema, se evapora de tu cuerpo hasta dejarte como un higo seco antes de que te des cuenta, pero el avión no había llegado aún con su docena de turistas y teníamos las ruinas para nosotros solos, así que, sin más dilación, iniciamos nuestro trabajo.

Los restos de calles y edificios se extendían hasta donde alcanzaba la vista, pero era la «ciudadela», construida sobre un montículo que domina la ciudad, lo que primero llamaba la atención. Está rematada por una gran stupa budista (monumento semiesférico de estructura maciza) muy posterior, aunque también ya ruinosa. Sus constructores, hace de esto unos dos mil años, no sabían que la estaban levantando encima de lo que había sido la zona residencial de una antigua urbe; para ellos se trataba tan sólo de un pequeño cerro. De hecho, poco o nada quedaba al descubierto que permitiera imaginar lo que había bajo el suelo. Fueron algunos ladrillos y huesos que asomaban precisamente en ese montículo los que alertaron a los arqueólogos y de dónde le viene el nombre de Mohenjo Daro, que quiere decir «la colina de los muertos».

El enorme trabajo de excavación realizado a lo largo de las décadas ha dejado al descubierto una ciudad sorprendente. Contemporánea de las primeras dinastías del Antiguo Egipto y de la cultura sumeria, es, sin embargo, de una modernidad desconcertante; responde a criterios urbanísticos y sanitarios tan racionales, que hoy no podrían mejorarse. Ordenada en barrios y sectores, se planificó en todos sus detalles antes de ser construida. Las calles discurren paralelas, cruzándose con las otras en ángulo recto y sin olvidar las condiciones climáticas, de tal forma que, salvo las avenidas principales, el resto está constituido por calles largas y estrechas que favorecían la formación de corrientes de aire y proporcionaban la necesaria sombra. Ese mismo calor que aquella mañana nos achicharraba, aconsejó también a los constructores de Mohenjo Daro hacer las casas sin ventanas al exterior. Estas respondían a un modelo básico, de

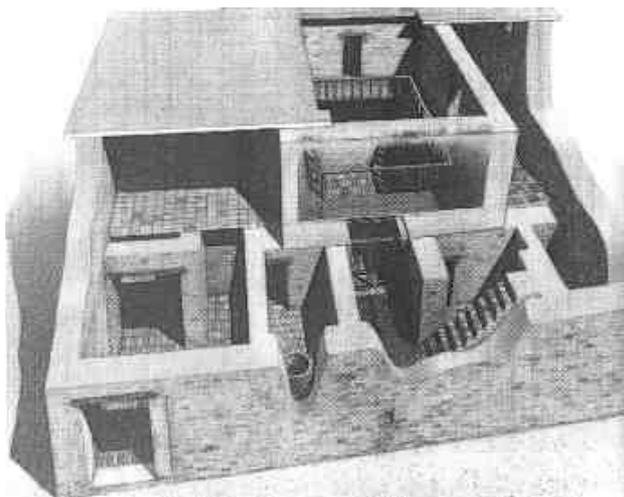
cincuenta a ciento cincuenta metros cuadrados, repartidos en dos plantas que se abrían a un fresco patio interior. El piso de arriba estaba destinado a los dormitorios y la sala de estar, mientras que la planta baja se distribuía en una cocina-comedor, una estancia pavimentada de ladrillos que hacía la función de lavadero o baño y, aparte, un retrete. Las aguas residuales de la cocina y de los servicios sanitarios eran conducidas por una canaleta bajo el piso hasta la calle, donde otro colector subterráneo las llevaba hasta la alcantarilla principal. Como es lógico, a distancias regulares había fosas de obra para que se depositaran los residuos sólidos y no se produjesen atascos. Ninguna ciudad del antiguo Oriente tuvo instalaciones higiénicas públicas o privadas comparables.



Rectas y estrechas calles formación de sombra y de que aliviaran el intenso Daro.

lógico, a regulares para que se produjesen ciudades del tuvo higiénicas privadas

favorecían la corrientes de aire calor de Mohenjo



La «modernidad» de la antigua capital del Valle del Indo queda reflejada también en sus viviendas. Sin ventanas a la calle y abiertas a un fresco patio interior, constaban de dos plantas; en la superior estaba el cuarto de estar y los dormitorios, mientras que la inferior, además de la cocina, contaba con baño y sanitario.

Detrás de aquella ciudad en uno de cuyos barrios estábamos, habitada en otro tiempo por cincuenta o sesenta mil personas, detrás de su perfecta planificación y de su asombrosa red de alcantarillado, hubo necesariamente gobiernos estables, orden social, riqueza, cultura,

profesionales especializados y una industria que, entre otras cosas, abasteció con millones de ladrillos de barro cocido a los constructores. Todo ello sustentado en la agricultura y en la ganadería, sin olvidar la pesca y el comercio brindados por el río Indo, que tanto fue para ellos despensa como autopista fluvial

Una evidencia de aquella prosperidad son los graneros construidos en la ciudadela, probable sede de los gobernantes y administradores de la ciudad Sólo quedan las macizas plataformas de ladrillo que les servían de base, pero es posible deducir que en Mohenjo Daro se guardaban no menos de cinco mil toneladas de cereal Son la única muestra de grandes edificaciones; no se han encontrado ruinas que hagan pensar en templos, lo mismo que no han aparéele lo estatuas de dioses o representaciones suyas que sugieran un culto establecido, ¿No han tenido suerte los arqueólogos? ¿O acaso esa cultura estaba tan evolucionada que carecía de religión oficial?

Quizá lo más desconcertante de la planificación urbanística de Mohenjo Daro sea su red de alcantarillado, totalmente cubierta, que llevaba las aguas residuales desde las viviendas hasta grandes colectores generales por los que aún se puede caminar sin dificultad.

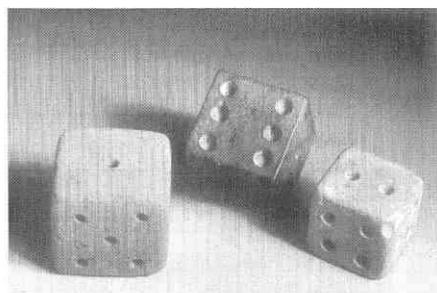


Otro aspecto sorprendente de aquella cultura es la ausencia de representen a dioses o gobernantes. La más conocida, etiquetada de un sacerdote o un rey, no llega a los veinte centímetros de altura.

Sentado en los escalones de lo que había sido un gran baño ceremonial o una piscina pública, traté de imaginar cómo eran las gentes que recorrieron esas calles, cómo se divertían, de qué hablaban en sus confortables viviendas, qué inquietudes y anhelos ocupaban cada noche su mente mientras les llegaba el sueño... Es algo que, quizá para olvidarme de mi condición de intruso, hago siempre que visito unas viejas ruinas. En esa ocasión, me separaban nada menos

que cinco mil años de quienes, como yo entonces, se habían sentado en esos mismos escalones, refrescándose en un agua que ya no estaba. Sabía de ellos por lo que se exhibe en las vitrinas del museo de Karachi. Una información que complementarían días después en el museo de Lahore, ese hermoso edificio gótico-mogol de la avenida Shahah-e-Quaid-e-Azam, que tuvo como primer conservador al padre de Rudyard Kipling, el célebre autor de novelas tan identificadas con el país como Kim de la India. Sabía que fueron hábiles metalúrgicos, quizá los mejores de Oriente, porque sus hachas eran afiladas y ligeras, lo mismo que las hojas de sus espadas y puñales, sorprendentemente flexibles. Sabía, por la abundancia de pulseras,

y todo tipo de encontrados, que ellos hubo extraordinarios que tallaban y piedras semipreciosas, perforándolas taladros inverosímilmente para



Dados exactamente iguales a los actuales y muñecas de barro que muestran la atrevida moda femenina de entonces: especulaculares peinados, grandes collares, pechos al aire y cortas minifaldas.

collares
adornos
entre

joyeros
pulían

con

finos

engarzarlas. Un arte que sin duda exportaban, porque se han encontrado joyas idénticas en tumbas de Mesopotamia y de otros pueblos contemporáneos suyos. Sabía que tuvieron un sistema de pesas y medidas común para todo el imperio, que utilizaban dados exactamente iguales a los actuales y que practicaban juegos de mesa parecidos al ajedrez.

Pero todas esas piezas arqueológicas me dijeron mucho menos de ellos que unas pocas y modestas figuras de terracota, quizá simples juguetes, que se conservan en otras vitrinas: un perro que se estremece lleno de vida bajo el barro, vasijas de uso diario, un semental adornado como si hubiera sido el ganador en un concurso de ganadería, una rudimentaria madre amamantando a su hijo, pequeños recipientes para cosméticos, adornos que presidieron desde algún mueble la sala de estar, dos bueyes tirando de un carro... y figuras femeninas, muñecas toscamente modeladas que nada tienen que ver con la maternidad o el culto, ricas en detalles pese su simpleza y magníficos exponentes de cual era entonces el ideal de belleza y qué moda imperaba en

las reuniones sociales de Mohenjo Daro y Harappa. Son las estilizadas Barbie del Valle del Indo, asombrosamente antiguas y, porque nada hay nuevo bajo el sol, asombrosamente actuales; con peinados a veces complejos y otras sencillos, pero siempre primorosamente elaborados, ostentosos sombreros, collares, pendientes y pulseras, pechos al aire, anchos cinturones de gran hebilla y atrevidas minifaldas.

Organizados, industriales, amantes del lujo y del confort... Lo extraño es que, siendo excelentes artistas, capaces de conciliar el realismo con la sobriedad como los escultores egipcios o sumerios, no esculpieran o modelaran grandes figuras de sus monarcas y de sus dioses. Podrían haberlas hecho en bronce y colosales, porque dominaban la técnica de fundición a la cera perdida, pero ni siquiera se ha encontrado un fragmento corroído que nos permita suponer que lo hicieron. La más «imponente» de las estatuas halladas entre las ruinas, reproducida en todos los libros que hacen referencia a esta cultura, mide apenas diecinueve centímetros de altura. En el pie que acompaña a su fotografía suele decirse que es la efigie de un rey o de un sacerdote, pero lo cierto es que, con la misma probabilidad de acertar, puede afirmarse que se trata del alcalde de Mohenjo Daro, de un rico comerciante o del actor con más éxito en los escenarios de entonces. Debieron tener reyes y algún dios al que dirigir sus plegarias, pero, salvo una pequeña imagen que ya describiré, la ausencia de iconografía religiosa y de restos que sugieran la existencia de templos es tan innegable como desconcertante. Tal vez fue una sociedad laica y democrática, por insólito que eso resulte en nuestra concepción del pasado. Quizá entre sus creencias figurase la prohibición de representar al dios que fuese, igual que hacen o, mejor dicho, que dejan de hacer los mahometanos con su Yahvé-Alá. Aunque puede que todo se reduzca sencillamente a que, como dije más atrás, los arqueólogos no han tenido suerte. No hay forma ya de saberlo, la Cultura del Valle del Indo fue destruida a sangre y fuego hace treinta y ocho siglos.



La única posible deidad del Valle del Indo encontrada hasta ahora es el llamado por los arqueólogos «Señor de las bestias». Su carácter intifálico parece relacionarlo con la fertilidad, su postura es un claro precedente del yoga y su triple rostro se anticipa en muchos siglos al concepto hindú de la trinidad, recogido después por otras religiones, entre ellas el cristianismo.

Aquella mañana no pude inventarme los ruidos que animaron esas calles, no supe imaginar que olores flotaban en el aire o en qué pensaban las gentes que habitaron la ciudad. Afortunadamente, no soy un sensitivo. Lo que allí sucedió fue tan atroz, que, si la hipótesis de la impregnación psíquica es cierta, aún debe quedar en el ambiente parte del horror que experimentaron sus habitantes cuando una horda de bárbaros sanguinarios acabó con ellos.

Empujados por el frío y por el hambre, el pueblo indoario, hasta ese momento repartido en torno al mar de Aral, se puso en marcha hacia el Sur, en un camino de conquista y supervivencia. En su improvisada ruta atravesaron los pasos del Hindú Kush y llegaron al Punjab, la fértil tierra de los cinco ríos, en lo que hoy es Pakistán.

Esas tribus indoarias, de las que procede en su mayoría el actual pueblo hindú, fueron las que, mil ochocientos años antes de Cristo, dieron fin a la extraordinaria cultura que, repartida en unas cuatrocientas ciudades, había crecido y fructificado a lo largo de muchos siglos en ambas orillas del Indo. La naturaleza brutal y despiadada de aquel exterminio, quedó fielmente

retratada en Mohenjo Daro, la probable capital. Enterrada piadosamente bajo varios metros de tierra, la ciudad convertida en tumba terminó revelando su secreto a los arqueólogos cuando la piqueta dejó al descubierto las casas del barrio artesano: allí, mezclados en revuelta confusión, se hallaron innumerables esqueletos de hombres, mujeres y niños, muertos a sablazos.

Durante la segunda mitad del siglo xx se han localizado casi un millar de yacimientos arqueológicos pertenecientes a esa cultura o bajo su influencia, desde el Beluchistán hasta las inmediaciones de Delhi; la mayor parte corresponden a pequeños núcleos urbanos, pero su número y la enorme extensión por la que están repartidos, dejan claro que se trató de un gran imperio. Es muy posible que sólo las grandes ciudades, sede de los centros administrativos y políticos, fueran objeto de tan implacable destrucción, pero, desaparecidas éstas, el resto no tardó en seguir el mismo camino.

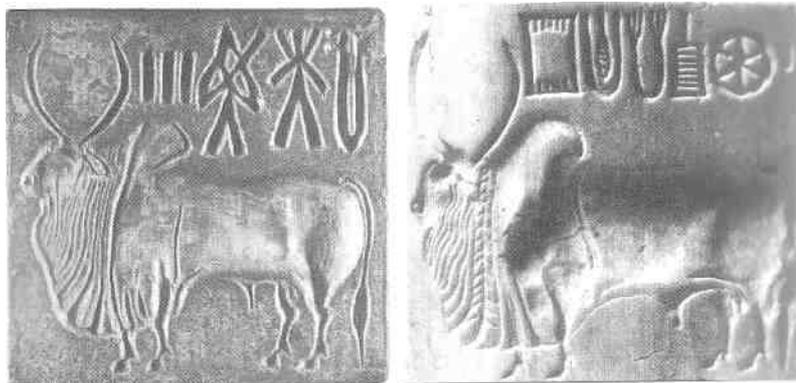
La historia se escribe así, con las mismas reglas que rigen la biología: unas culturas mueren y sobre sus cadáveres nacen otras nuevas. Aquella horda de bárbaros sanguinarios venida del norte terminaría también por asentarse y madurar. Con el transcurso de los siglos, su éxodo de conquista y saqueo se transformaría en epopeya vedica, en una mitología sembrada de dioses emergentes con la que dar dimensión trascendente a lo que sólo fue una etapa primitiva y oscura de su pasado.

La Cultura del Valle del Indo desapareció para dejar sitio a otra en lo que parece ser un inevitable proceso, llevándose con ella muchos secretos que ahora, quizá inútilmente, tratamos de desvelar. Algunos como el de su religión y su política, son materia para la especulación hasta que se disponga de nuevos hallazgos, pero el más apasionante de todos ellos, el más desconcertante, está ahí mismo, es tangible podemos cogerlo, pesarlo, medirlo... y sin embargo, se resiste igualmente a ser descifrada. Lo constituyen más de cuatro mil pequeños sellos encontrados entre las rumas de Harappa y Mohenjo Daro que se exhiben en vanos museos de Pakistán.

Los Sellos Del Valle Del Indo

Están realizados en esteatita, una variedad de talco compacto que al lector le resultará familiar si le digo que se trata del popular «jaboncillo» que utilizan los sastres para marcar la tela. Es muy fácil de grabar y poco resistente, pero los artesanos de aquella civilización solventaron el problema dándoles a los sellos una capa de sosa y metiéndolos luego al horno, con lo que adquirirían gran dureza y un atractivo brillo.

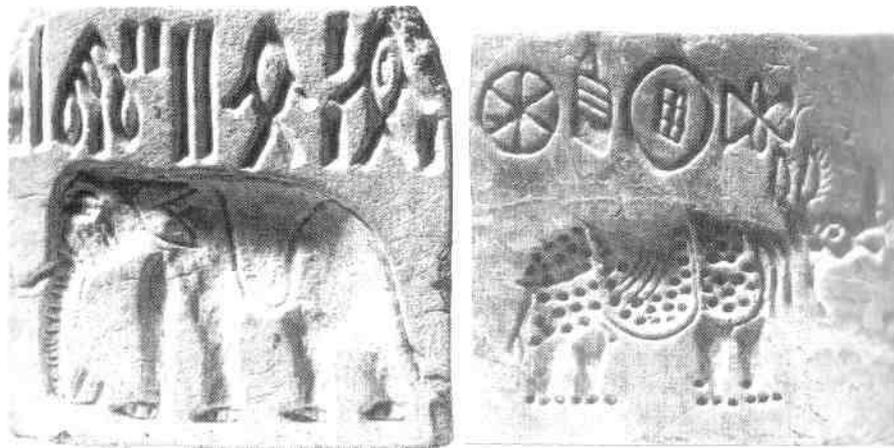
La inmensa mayoría son cuadrados o rectangulares, aunque también se han hallado algunos prismáticos y cilíndricos, y parece obvio que estaban destinados a imprimir sobre la arcilla u otra materia blanda para marcar propiedad o procedencia. La variedad de diseños, hasta dos mil doscientos diferentes, hace pensar que no se trata de sellos estatales o gremiales, sino identificadores de pequeños grupos, probablemente clanes o familias. Tal vez por ello, los motivos representados en la mayoría de los sellos son de carácter cotidiano, casi doméstico, con realistas imágenes de animales, todos ellos de la fauna autóctona, desde cebúes a elefantes, pasando por bueyes o tigres. Figuras de animales... y escritura, una extraña y aún indescifrada escritura.



En los pequeños sellos de esteatita, encontrados a millares, es dónde aparece grabada la escritura del Valle del Indo, incomprensiblemente relacionada con la de las tablillas rongo-rongo pascuenses. En contra de lo aparente, el texto escrito en estos sellos nada tiene que ver con la figura, como puede apreciarse en los dos fotografiados, con el mismo animal y distinto texto sobre él.

El texto más largo encontrado consta de veintiún signos, pero es una excepción; en el noventa por ciento de los casos, la inscripción se reduce a cinco o seis signos escritos en línea sobre el motivo principal, que, como se

ha dicho, suele ser un animal. Se pueden reconocer cuatrocientos diecinueve signos diferentes, de los cuales, tras un estudio sobre dos mil doscientos noventa textos, ciento trece aparecen una sola vez, cuarenta y siete dos veces y cincuenta y nueve menos de cinco veces, por lo que puede afirmarse que la escritura del Valle del Indo constaba de doscientos signos fundamentales. Estos datos los extraje en su día de un documentado trabajo del antropólogo Walter A. Faiservis, Jr., publicado en mayo de 1983 en la edición española de *Scientific American*, y a él me remito. Supongo que en estos veinte años se habrán realizado nuevos estudios, pero, pese a buscar mayor y más reciente información cuando preparaba mi viaje a Pakistán, no he tenido conocimiento de que desde entonces se haya avanzado gran cosa en el desciframiento de esa escritura. Las razones son tan comprensibles como frustrantes, puesto que estamos refiriéndonos a escritura desconocida en un idioma desconocido. De no aparecer un providencial Champollión que encuentre otra piedra Rosetta con textos bilingües, me temo que lo que aquellas gentes dejaron escrito quedará sin descifrar para siempre. Faiservis no es más optimista, aun así, hace un encomiable intento de traducción. Basándose en que parte de ese viejo idioma tuvo que sobrevivir hasta hoy a través de alguna de las lenguas de la zona, llega a la conclusión, tras descartar el munda y el indoario, de que el único vínculo posible es con el dravídico, un idioma de antiguas raíces que hoy se habla de unas veinticinco formas diferentes por más de cien millones de personas. Consciente de que su punto de partida es meramente hipotético, trata de mantenerse en una postura discreta, sin afirmar rotundamente, pero no lo consigue y termina «traduciendo» varios sellos con resultados tan grandilocuentes como: «Patukaran, caudillo poderoso de los asentamientos de los alrededores» o «Arasamban, Alto Caudillo de Caudillos del Sudoeste, linaje de la Luna», lo que no está nada mal para textos que sólo tienen seis o siete signos. Encomiable o no, el intento de Faiservis, por muy doctorado en Harvard que sea, tiene más parecido con la descripción del paisaje hecha por un ciego de nacimiento, que con la realidad.



El tema principal representado en los sellos son animales propios de esa región; en este caso, un elefante y un rinoceronte. Este último, invalida la tesis, sostenida por algunos, de que las alusiones al unicornio se referían en realidad al rinoceronte.

La escritura del Valle del Indo sigue constituyendo un enigma, como lo es la similitud de una treintena de sus signos con los utilizados en la escritura rongo-rongo. Establecer un puente entre ambas culturas es imposible. No digo que los antiguos habitantes de esa parte de Asia no fuesen expertos navegantes capaces de afrontar los riesgos del océano, de hecho, el camino por el índico pudieron hacerlo sin grandes dificultades hasta tener delante el inmenso Pacífico, pero el impulso de sus velas debería haberles trasladado también no menos de tres mil años hacia el futuro. La legendaria tierra de Hiva a la que alude la tradición pascuense no pudo ser la India, sino alguna isla cercana a la Polinesia, y suponer que en ella se Establecieron las gentes del Valle del Indo, llevadas hasta allí quien sabe por qué azarosa circunstancia, para permanecer durante treinta siglos sin dar señales de vida, es mucho suponer. De otra parte, salvo esa coincidencia en un doce o un quince por ciento de sus Signos escritos, no hay nada, absolutamente nada que una culturalmente a ambos pueblos, ni en su forma de vida, ni en su técnica, ni en su arte. Cedo, pues, el testigo al lector y que sea él quien continúe buscando la solución al enigma. Si se fía de mí, en sus indagaciones puede ahorrarse el viaje a Pakistán, porque en las ruinas y en los museos no vi cosa alguna que me recordase remotamente a la Isla de Pascua.

Es de lamentar que esa escritura no haya sido descifrada; dada la brevedad de los textos que figuran en los sellos, no sabríamos gran cosa sobre su historia, pero, al menos, saldríamos de dudas sobre si las

inscripciones tienen o no que ver con la figura representada debajo y, de ser cierto lo primero, conoceríamos la identidad de un misterioso personaje que aparece en algunos de ellos y al que todos los libros sobre esa cultura hacen referencia. Lo llaman «El Señor de las Bestias», y tiene especial interés porque podría tratarse de la imagen del dios venerado en el Valle del Indo. Es sólo una suposición, pero no carece de fundamento. Se trata de un «hombre» sentado sobre una especie de tarima con patas: está en una extraña posición, similar a la del «loto», común entre los que practican yoga, y sus brazos, enteramente cubiertos por lo que parecen ser brazaletes, están extendidos, de manera que las manos quedan sobre las rodillas. En esa postura, con las piernas totalmente abiertas, es bien visible su pene erecto, lo que sugiere una función fecundadora y le asimila a otros muchos dioses antiguos. Sin embargo, lo más llamativo es su cabeza, rematada por un penacho y dos grandes cuernos curvos, que, además, tiene tres rostros: uno de frente y dos de perfil. Sobre él hay un texto formado por seis signos y a ambos lados de su cornuda testa un rinoceronte, un búfalo, un elefante y un tigre, a los que habría que añadir una esquemática figura humana. Debajo del asiento, una cabra con la cabeza girada hacia la derecha y otra en posición inversa, de la que sólo se pueden ver los cuernos, ya que el sello está roto y le falta una esquina. La presencia de esos animales es la que le ha dado el nombre, aunque, en su empeño de traducir lo intraducible, Faiservis interpreta el texto como «El Negro, El Búfalo Negro, el Altísimo, el Señor de los Caudillos». La descripción que acabo de hacer es la que corresponde al sello más conocido, el que se conserva en el Museo Nacional de la India, en Nueva Delhi, pero tengo sobre la mesa la fotografía de otro más pequeño que representa al mismo personaje, en el que no hay animal alguno y cuyo texto nada tiene que ver con el anterior, por lo que es inevitable deducir que ni en uno ni en otro figura el nombre de la presunta divinidad. Tampoco resulta sorprendente, porque esa discrepancia entre lo escrito y lo representado es una característica común en el resto de los sellos. Lo que sí sorprende es la postura y el triple rostro: vienen a señalar que aquellos primitivos indoarios procedentes del Norte asimilaron durante su etapa de conquista parte de la cultura que

destruyeron. Es un proceso habitual en la historia, se ha dado en todos los continentes y en todas las épocas, incluida la actual, pero en este caso adquiere especial interés por su antigüedad y porque es el precedente más antiguo que conocemos de la triple función de la divinidad, plasmada después en el Trimurti hindú (Brahma creador, Visnú mantenedor y Shiva destructor) y en tantas otras triadas o trinidades posteriores, reflejo todas ellas del ciclo natural de creación-muerte-renovación. En cuanto a la postura (la mulaban-dhasana, entre los yoguis), enfatizada por quienes grabaron los sellos, su significado está también implícito en el que para las religiones posteriores de la India tiene, asociado tanto a la serenidad como al despertar de la consciencia.

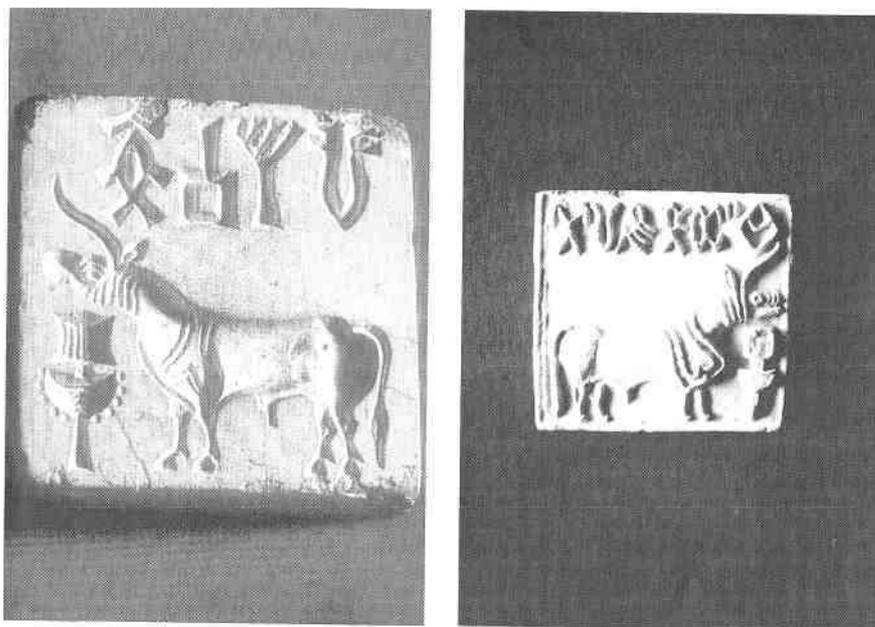
Hemos comprobado sobre el terreno lo que ya suponíamos: salvo la desconcertante coincidencia en una porción de los signos usados en su escritura, la Cultura del Valle del Indo no tiene relación alguna con Hiva, la tierra de Hotu Matu'a. Esa decepción se ha visto compensada en parte al conocer a quien muy probablemente es el protodios de la India, pero había una razón más para el viaje...

No me traje ningún sello, son parte del patrimonio de Pakistán y, además, están bien vigilados. Lo que sí me traje son varias improntas de los sellos hechas en arcilla, entre ellas, una del célebre «Señor de las Bestias». A veces las saco de sus cajas y paso un buen rato observándolas. Siempre me ha llamado la atención, desde que vi las primeras fotografías de los sellos, lo exquisito del trabajo. Pese a sus reducidas dimensiones —los sellos suelen medir cuatro o seis centímetros de lado, incluso menos—, aquellos artesanos retrataron a los animales de su entorno con total fidelidad, dándoles volumen y sin omitir un solo detalle substancial.

En algo más de cuatro mil sellos, que son los que hasta ahora se han encontrado, sería difícil que no hubiese excepciones, y las hay, pero puede afirmarse que el motivo representado en el noventa y nueve por ciento de los casos corresponde a la fauna local. Abundan los cebúes y toros, pero también hay rinocerontes, búfalos, cabras, elefantes, tigres y gaviales (cocodrilos de río); es decir, animales auténticos y propios de ese territorio. Otra característica digna de interés es que, aun estando de perfil,

representaban a búfalos, toros, cebúes y cabras con sus dos cuernos claramente visibles. Pueden aducirse razones estéticas, pero fuese por ellas o porque tenían especial interés en que los animales de dos cuernos no se confundiesen con otros de un solo cuerno, el resultado, como ahora veremos, es el mismo.

Las bestias domésticas o salvajes reproducidas son todas ellas conocidas y existentes en la actualidad; todas menos una: el auténtico unicornio. No lo representaron de forma excepcional, sino centenares de veces, en casi la cuarta parte de los sellos. Tampoco le dieron un tratamiento distinto; está retratado con la misma naturalidad y en la misma actitud que el búfalo o el elefante. Un animal más, aunque, quizá por ser ya escaso y apreciado, la especie de pesebre que tiene delante sea más ostentoso que el del resto.



Y entre los animales de la fauna local, como uno más, el unicornio: un pesado bóvido, representado en centenares de sellos, dotado de un solitario cuerno curvado y con un ostentoso pesebre ante él.

No es el airoso caballo de crines al viento, no es el idealizado y elegante unicornio que alimentó la fantasía medieval, ni siquiera se trata de ese «asno indio» citado por los más eruditos; es el verdadero unicornio: un bóvido macizo y pesado, sin la solemnidad del cebú ni la gracia del antílope, al que la naturaleza dotó de un solo cuerno que ni siquiera era recto. Es evidente que ya no existen, pero

asimismo parece evidente que hace cinco mil años aún quedaban algunos en la cuenca del valle del Indo»

Tampoco tiene nada de extraordinario, continuamente desaparecen especies o se encuentran ejemplares de otras que se creían desaparecidas: el último leopardo autóctono de la India fue visto en 1948. Lo malo es que, contemplada así, sin romanticismo, la historia del auténtico unicornio resulta un tanto decepcionante.

CAPÍTULO 3
SOÑADORES DE
PRODIGIOS



El pasado es seductor, insinuante, te mira con ojos en los que se intuye una promesa, una invitación muda a experimentar con él sensaciones que van más allá de lo que nunca has vivido. Pero no hay nada explícito, tal vez esa insinuación está sólo en tu fantasía y al acercarte a él vuelva su mirada hacia otro lado, ignorándote sin desprecio. Quizá sea eso lo mejor, porque si te acoge y pasa su brazo por tus hombros estás perdido, atrapado para siempre. Si te concede sus favores, si te desvela alguno de sus secretos, querrás vivir de nuevo esa inefable experiencia y seguirás buscando, sin que lo demás te importe. Si se muestra esquivo, lo hará arteramente, provocándote con un gesto, con una leve caricia, cada vez que, decepcionado, estés a punto de rendirte y renunciar a sus encantos.

El pasado quiere para sí a los soñadores: al tiempo que alimenta sus fantasías, se alimenta de ellos, los incorpora, haciéndolos parte de la historia. Los gruesos tratados de arqueología y paleontología están llenos de ellos, pero hay otros muchos que no figuran, que acaso no figurarán nunca, porque su entrega fue estéril o porque aquello que buscaban lo encontraron sólo en su imaginación. Este capítulo se lo dedico a dos de esos soñadores cuyo nombre no aparecerá en los tratados «serios». A uno de ellos lo conocí ya anciano, poco tiempo antes de su muerte, y al otro no llegué a conocerlo, pero tuve la satisfacción de exhumar su «tesoro» y sacarlo del olvido.

En tiempos de los tlahuicas y nahuas se llamaba Cuahunahuac, que significa «entre bosques», pero hoy se la conoce por el mucho menos lírico nombre de Cuernavaca, aunque, en compensación, la llaman también «la ciudad de la eterna primavera». Está bastante cerca de México DF., por eso sigue siendo, como en época azteca y luego colonial, lugar de veraneo para los capitalinos. Desde que Emiliano Zapata la tomase durante la Revolución, allá por 1917, ha crecido mucho, desparramándose en innumerables colonias residenciales y mansiones guardadas por altos muros.

Aún puede pasearse por el casco viejo de Cuernavaca y recorrer sus callejas de sabor hispano, ricas en conventos y palacetes. Merece sin duda la pena, pero si el lector va a esa ciudad, le aconsejo que no deje de visitar «Las Mañanitas», una antigua hacienda transformada en lujoso hotel, por cuyo jardín se pasean indolentes y necios los pavos reales. Allí vi en una ocasión a María Félix, seca y estucada, vestida de blanco, como un fantasma anticipado, del brazo de un joven novio a sueldo. Sabe el licor de

otra manera en ese sitio, y es otro también su efecto, porque el aire está tan lleno de nostalgia y olor a buganvillas, que embriaga por su cuenta los sentidos.

Andaba preparando una larga serie de documentales por Mesoamérica, cuando me contaron que en las inmediaciones de Tepoztlán hay una pequeña pirámide chichimeca construida sobre un lugar escarpado y casi inaccesible. El templito no justificaría probablemente el viaje, al fin y al cabo estaba previsto rodar decenas de ellos mucho más importantes, pero de algún rincón de la memoria surgió el recuerdo de que en esa misma zona había varias de las gigantescas estatuas que Daniel Ruzo cita en sus libros; así que fui. Y en verdad mereció la pena esa pequeña excursión desde Cuernavaca, porque es aquél un lugar interesante.

Cuenta menos Tepoztlán que su entorno: una sierra torturada y agreste, en la que todo parece posible. Ni siquiera los geólogos se han puesto de acuerdo sobre el origen de aquellos cerros; según unos, se trata de material eruptivo, en tanto que otros les dan un origen sedimentario, al que después se añadió materia volcánica. El caso es que allí abundan por igual el basalto y la arenisca, a los que el tiempo ha ido erosionando a fuerza de agua y viento hasta convertir la sierra en un paraje de quebradas, lleno de abismos y cerros afilados, donde el viento se oye como un alarido y las tormentas descargan su furia rompiendo los peñascos. Un paisaje así, tan sombrío y extraño, no puede ser pobre en leyendas, sobre todo si, como en el Uritorco argentino y otros lugares, abundan «luces» que en la noche sobrevuelan la sierra a baja altura.

Una mañana, tratando de reunir ganas para subir al Tepozteco y visitar el adoratorio chichimeca, trabé conversación con una de las mujeres que venden recuerdos para turistas al pie mismo del cerro. Rufina Barragán es su nombre, y no lo recuerdo por buena memoria, sino porque lo dejé escrito en mis notas del viaje por si en otra ocasión volvía a entrevistarla como testigo que era de esas «luces». Las tenía vistas en diferentes ocasiones: unas veces evolucionando por entre las solitarias cumbres, y otras, como «una gran estrella roja» que se mantenía inmóvil sobre la sierra. Pero, con ser interesante su testimonio, lo era mucho más su oficio de cronista, ya que los muchos años al frente del puestecillo la habían permitido acumular la más variada y terrorífica información.

«Nadie de aquí sube a la sierra en diciembre», me dijo. En ese mes son más frecuentes las «luces», que casi todas las noches se ven, y no es bueno verlas,

al menos de cerca, porque han sido la causa de varias muertes. La más extraña fue la de un norteamericano, va para doce años de aquello, que, sorprendido por el atardecer en lo alto del Tepozteco, decidió como más seguro quedarse allí hasta el otro día que descender a oscuras por tan peligrosa pendiente. Al igual que otras veces, aquella noche fueron vistas «luces» volando sobre el cerro, y a ellas atribuyeron la muerte del turista, que fue encontrado a la mañana siguiente sentado contra una roca y «seco como una momia», como si algo o alguien le hubiera absorbido todos los líquidos del cuerpo. Doña Rufina lo vio con detalle cuando los policías que lo bajaron del cerro se tomaron un descanso junto a su tenderete y aún le espantaba recordarlo».

Todavía me contó de otra víctima más, esta vez un muchacho y a plena luz del día. Once estudiantes subieron de excursión a Tepozteco, y llevaban allí un buen rato, cuando un ovni se dejó ver describiendo absurdos giros por entre los picachos de la sierra. Tenía, según contaron al juez, forma de plato y volaba sin ruido, pero cuando se situó sobre el cerro, era tal el torbellino de aire que se formó bajo él, que unos se tumbaron en el suelo y otros se agarraron a lo que pudieron para no verse arrastrados. Uno de ellos tuvo peor suerte y fue lanzado por aquel viento hasta el borde del precipicio, despeñándose.

Aunque refrendados por la prensa, no investigué con detalle los hechos, sin embargo, he de añadir que quienes viven en Tepoztlán no dudan de esas y otras historias semejantes; entre otras razones, porque tales «luces» las tienen vistas casi todos. Además, no deben ser cosa de hoy, ya que la sierra goza de siniestra fama desde tiempos prehispánicos.

El Señor de Tepoztlán

Tepoztlán es nombre náhuatl que significa «lugar de mucho cobre», y se representaba con un hacha de ese metal sobre un cerro. Tepozteco, con la misma raíz, es el nombre que designa al picacho antes aludido, dónde aún pueden verse los restos de un antiguo adoratorio chichimeca. Pero hay otro nombre más derivado del cobre: Tepoztecatl, el Señor de Tepoztlán; un personaje sin duda extraordinario. Nació de una princesa virgen, quien, para ocultar su deshonor, lo confió a la suerte poniéndolo en una caja y dejando que la corriente del río se ocupase del resto, igual que hicieron con Moisés. Como el destino de los

héroes no es el mismo que el de los hombres comunes, lejos de ahogarse, fue recogido por un matrimonio anciano que lo cuidó como a un hijo. Ya crecido, alcanzó justa fama por sus muchas proezas, incluida una que también tiene aroma bíblico, porque, emulando a Jonás, se dejó tragar por un monstruo llamado Xochicalcatl, para, ya en su interior, sacar del morral afilados cuchillos de obsidiana y cortar con ellos el estómago de la horrible fiera, abriéndose paso hasta salir al exterior, al tiempo que la mataba. Como no podía ser menos, horadó cerros con sus puños, produjo enormes riadas con sus micciones y convirtió en peñascos a sus enemigos. Pese a todo, no fue un dios, sino un simple héroe local que unió a su cargo de señor de Tepoztlán el de sacerdote de Ometochtli, dios de la embriaguez. Quizás convenga aclarar que no se trataba del santo patrón de los borrachos; lo que tal deidad tutelaba era la embriaguez «sagrada», es decir, aquella que, propiciada por los alucinógenos, permite a los iniciados entrar transitoriamente en el mundo de los espíritus.

No es Tepoztlán un lugar cualquiera: sobra allí material para que folkloristas y antropólogos pasen unas vacaciones instructivas y amenas. Y es también un terreno propicio para cualquier tipo de especulación, incluida una tan sugestiva, como la de que algunos de esos cerros no son formaciones naturales, sino estatuas, ya erosionadas y deformes, talladas por una cultura protohistórica.

El valle sagrado de Daniel Ruzo

Esa es la tesis defendida por Daniel Ruzo en su libro *El Valle Sagrado de Tepoztlán*, en el que, como solía hacer, afirma en lugar de sugerir y, llevado por su apasionada convicción, dogmatiza en lugar de convencer: «Enclavado en las alturas centrales de México y dominado por dos volcanes imponentes, el Valle Sagrado de Tepoztlán guarda los recuerdos de reyes muy antiguos y los secretos y templos de una Humanidad que desapareció con el Diluvio».

La posición de Ruzo se fundamentaba principalmente en su estudio de la obra de Nostradamus, autor sobre el que poseía una extensa y valiosísima biblioteca. Naturalmente, el hecho de contar con numerosas ediciones de las cuartetas escritas por el célebre astrólogo no convierte a Ruzo en el mayor experto sobre el tema, y tampoco hay garantía alguna de que su libro *El testamento auténtico de Nostradamus* contenga la verdadera clave para interpretarlas, pero es indiscutible que manejaba documentos originales y que dedicó gran parte de su vida al estudio del tema, así que sus razones tendría para

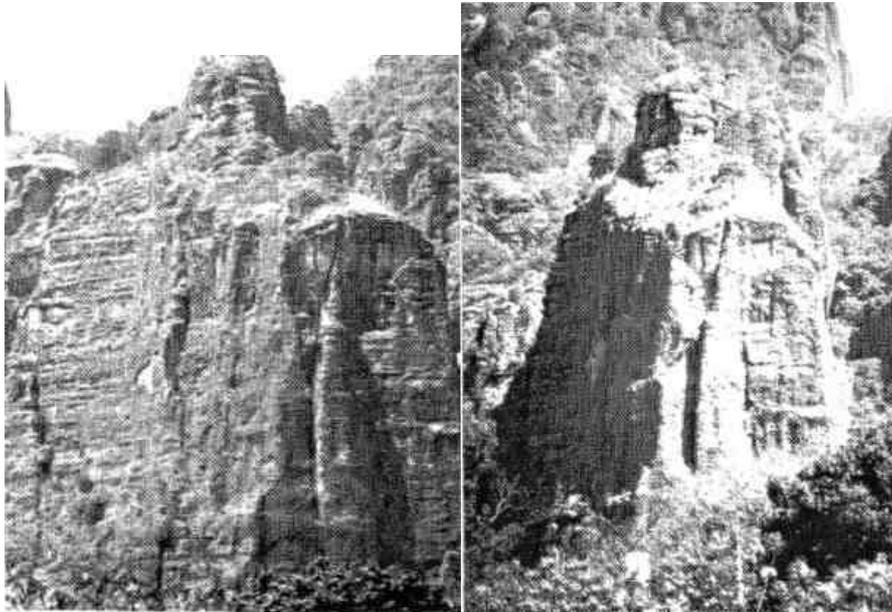
afirmar que estamos viviendo los últimos ciento ochenta años de esta era o, si se quiere, de esta humanidad, «la quinta de la cronología tradicional», que, según sus deducciones, comenzó hace algo más de ocho mil años, cuando las aguas del Diluvio volvieron a su cauce. De acuerdo a su interpretación de las profecías de Nostradamus, este periodo final comenzó en 1957 y terminará en el 2137. Durante esos años, los humanos actuales debemos tener acceso a todos los secretos dejados por las humanidades anteriores, porque en ellos se encierra un mensaje que nos concierne.

A este respecto, debo manifestar mi encono hacia los remitentes de tales mensajes. No deja de ser irritante que esos avisos y recomendaciones, presuntamente de vital importancia para nosotros, los hayan escrito en un lenguaje tan críptico y oscuro, que nadie los entiende y para nada sirven. Claro está que no faltan traductores a esos mensajes, pero, a la postre, resultan igualmente abstrusos y basan sus conclusiones en claves que sólo a ellos convencen.

Daniel Ruzo no abrigaba duda alguna. Según él, los miembros de la anterior humanidad y de otras aún más antiguas labraron las montañas para esculpir rostros y animales que llamaran nuestra atención. Esas esculturas colosales sólo constituyen la parte visible del mensaje; la otra, la verdaderamente importante, se oculta en el interior de las cuevas que en su día sirvieron de refugio a los elegidos para perpetuar la especie cuando se produjo el cataclismo. Como él mismo me contaría después, tales cuevas cumplían —y, presuntamente, han de volver a cumplir— la función de antro iniciático, en el que aquellos supervivientes experimentaron una aceleración de su proceso evolutivo, mejorando así la especie en lo psíquico y en lo espiritual. Si se observa la calidad de los humanos de ahora, es fácil deducir que tal mejora no quedó impresa en el ADN o que la humanidad precedente era aún más impresentable que ésta, que ya es decir.

Por lo que respecta a Tepoztlán, la aguda mirada de Ruzo descubrió allí varias de esas esculturas. La mayoría resultan más que dudosas para un observador imparcial, pero hay una realmente sugestiva que, a juicio suyo, representa al propio Tepoztecatl. Es una roca de sesenta metros de altura, con la cumbre parcialmente invadida por la vegetación, que se asemeja bastante a un hombre sentado, cubierto con un manto del que emerge la cabeza. La similitud es tan evidente, que los habitantes de Tepoztlán la conocen por «El Cerro del Gigante», pero, en tanto que ellos lo atribuyen a un capricho de la Naturaleza, Daniel Ruzo no dudaba en afirmar que «se trata

del cerro del hombre que bajó del cielo: es Tepozteco, hijo del dios del Viento, que ha bajado a la Tierra. Es el hijo de Quetzalcoatl».



La «estatua de Tepozteco» iluminada por la luz del sol en dos momentos diferentes del día.

Ésta y otras deducciones que figuran en sus textos acaso parezcan aventuradas al lego, pero él era un experimentado buscador de ese tipo de testimonios del pasado y estaba acostumbrado a hacerlas; el que sean o no correctas es otra historia. Con todo, y aunque haya merecido un libro de su parte, Tepoztlán no es más que una muestra secundaria del arte ciclópeo desarrollado por aquella extinta humanidad sembradora de mensajes; el lugar principal, donde más abundantes y mejor definidas esculturas dejaron, es una meseta peruana llamada Marcahuasi, que dio motivo a Ruza para escribir una de sus más reeditadas obras: "La historia fantástica de un descubrimiento. Los templos de piedra de una Humanidad desaparecida.

¿Qué lleva a un hombre a dedicar la mayor parte de su vida a la defensa de una idea indemostrable? ¿De qué rincón del cerebro nace un convencimiento como ese, tan poderoso que te empuja a convencer a los demás aunque no quieran ser convencidos? ¿Acaso ocultaba algo más serio y profundo, un argumento irrefutable que, por alguna razón, aún no había revelado?

Sólo había una forma de saberlo: preguntárselo a él mismo.

No resultó fácil encontrar su casa. En Cuernavaca existen muchas colonias residenciales que se funden unas

con otras, sin límites precisos. Tampoco hay transeúntes a los que preguntar o comercios donde informarse. Se vive en esos barrios de puertas para adentro, y ni siquiera las fachadas orientan al paseante sobre la personalidad de los que allí habitan o el grado de riqueza que se oculta detrás de los discretos muros.

El despacho de Daniel Ruzo estaba instalado en la planta alta de una de aquellas mansiones. No era un lugar para recibir visitas; libros y objetos se acumulaban sobre muebles que habían conocido tiempos mejores en otras habitaciones más importantes de la casa. Él mismo parecía haber hecho ese recorrido. Era viejo, extraordinariamente viejo, no importaba la edad que tuviese, con seguridad, mucha menos de la que aparentaba, y me sonrió amablemente.

«Comencé a interesarme por Marcahuasi en 1951, al ver una magnífica fotografía del lugar en casa de mi amigo Enrique Damert. Esa instantánea expresaba todo lo que yo había sospechado durante mi trabajo en el Cerro San Cristóbal, en Lima. En 1952, el señor Damert me regaló dicha fotografía e inmediatamente organicé la primera expedición a Marcahuasi acompañado por mi hijo y un ingeniero que trabajaba conmigo».

De esa forma aparentemente casual, este peruano nacido con el siglo, se embarcó en un sueño fascinante del que aquella mañana, en Cuernavaca y pasados los noventa años, aún no había despertado.

Pese a su avanzada edad, Ruzo conservaba íntegras sus facultades mentales. Marcahuasi y el legado de una humanidad anterior a ésta seguían siendo su obsesión.

Ruzo estudió derecho en su país, fue discreto poeta cuando joven, y desde 1927 dedicó parte de su fortuna a reunir cuanto material pudo sobre Nostradamus, otra de sus pasiones. Como tantos intelectuales de esa época, ingresó en una logia, perteneciendo desde 1937 al Supremo Consejo de la Masonería de Perú, con el grado 33. Durante los años cincuenta se integró en varios movimientos de corte esotérico y, llevado por su interés hacia lo oculto, viajó por Europa y Asia. Sin embargo, el tema que estimularía definitivamente su insano apetito por los misterios del pasado, lo encontró en su propia tierra.

A riesgo de dilatar este capítulo más de lo razonable, es preciso hacer referencia a otro soñador y éste lo fue metafórica y realmente—, responsable en buena medida del sueño de Ruzo. Se llamaba Pedro de Astete, y hace más de sesenta años que se durmió para siempre, quién sabe si por mejor seguirle la pista a sus oníricas visiones. Tuvo este

hombre un sueño, un sueño de esos «diferentes» que, lejos de disolverse en la vigilia, se recuerdan después con todo lujo de detalles, como si el subconsciente tuviera empeño en que su mensaje no fuera desoído. Soñó con una ciudad subterránea, un reducto donde permanecía, a salvo del tiempo y de los hombres, un tesoro constituido por valiosos materiales y aún más valiosos conocimientos.

Despertó convencido de que su misión era encontrar la ciudad y el legado para entregárselo a los hombres de esta época. Y, como una clave de singular importancia, de su aventura nocturna se trajo un nombre: Masma. Buscó en vano la puerta que debía ser abierta con esa llave, hasta que un día se tropezó en la Biblia con la misma palabra, Masma, como nombre del quinto hijo de Ismael, el padre de la raza árabe. Alentado por lo que a su juicio no podía ser otra cosa que una señal, reanudó su búsqueda con mayor empeño, y así terminó por hallar la misma palabra en el idioma autóctono de Perú, aunque con un significado muy diferente, porque masma significa en quechua «casa con alar grande» y también «tinaja». En sí no tenía sentido, la única posibilidad era encontrar esa palabra asociada a algún lugar concreto... y siguió buscando. Al fin dio con ella: era el nombre de una hacienda ruinosa en las inmediaciones de Jauja.

Intento imaginar su entusiasmo, los mil sentimientos diferentes que le asaltaron durante el viaje hacia esa meta tan ansiada, hacia ese lugar donde se ocultaba un secreto milenar que, gracias a él, cambiaría el destino del mundo. Imagino también su desgarró, la enorme decepción cuando llegó a Masma: nada había allí que mereciera la pena.



*Fue una larga conversación. Amablemente, Daniel Ruzo compartió con el autor su hipótesis sobre el pasado americano y el papel que ese continente desempeñaría tras el próximo cataclismo**

Otro, con menos temple o más sensato, se habría rendido a la evidencia, pero Astete era un soñador y quiso seguir soñando. Le quedaba la coincidencia entre la palabra peruana y la bíblica, poco menos que nada para cualquiera; para él, un nuevo punto de partida. Ya no había un lugar que buscar, lo importante ahora era establecer un vínculo más sólido entre aquellas dos culturas. Movido por esa idea, lo que fue sueño se convirtió en delirio: acabó por reescribir el pasado americano y se fue al otro mundo convencido de que huancas y aimarás, dos viejos pueblos peruanos, descendían de los bíblicos cananeos e himiaritas.

Por esa época, Ruzo y Astete entraron en contacto, quedando el primero seducido por los argumentos del segundo. Juntos continuaron la búsqueda de la inalcanzable Masma, estimulándose mutuamente, al tiempo que su amistad se hacía más y más profunda. Fue un día de 1924, en Lima, acodados en un balcón de la casa de Astete, con el río Rimac ante ellos y en la otra orilla el Cerro San Cristóbal, cuando el destino puso ante los ojos del joven Ruzo el anzuelo en el que sesenta y siete años después, cuando estuve en su casa, seguía enganchado. Hablaban de los mensajes encerrados en cuentos y leyendas, concretamente del relato de Poe El escarabajo de oro. Una de sus conclusiones era que en ese tipo de mensajes literarios un árbol no es tal, sino un cerro desprovisto de vegetación y que, aludir simbólicamente a un dato auténtico, la calavera del cuento de Poe el árbol estaría sobre un cerro pelado y no sobre un árbol. Todo habría quedado en una elucubración más si la providencia no hubiera tenido preparado un golpe de efecto para aquella ocasión: en el Cerro San Cristóbal la lluvia se deslizaba por varias torrenceras que confluían en una, formando la imagen de un árbol.

Ruzo, abogado, intelectual, masón y erudito en la obra de Nostradamus, descubrió las presuntas huellas dejadas en México y en Perú por una humanidad desaparecida y convirtió tema en el eje de su vida.

«Siguiendo el relato de Poe empezamos a contar las grandes ramas que salían del tronco. Al llegar a la séptima rama y recorrerla con la mirada en toda su extensión, sufrimos una verdadera crisis de asombro, algo que debe producirse cuando nuestra conciencia, condicionada al mundo físico, pasa de golpe al mundo mágico, a otro nivel de conciencia. Vimos la calavera

de que habla Poe; muy grande, con las dos cuencas vacías de los ojos. Allí está y todos los limeños que quieran ver esa calavera pueden situarse a la vera del río Rimac y en la prolongación del Girón Camaná, y la verán».

Una señal así no podía ser simple fruto de la casualidad, y Ruza comenzó su exploración del Cerro San Cristóbal en busca de más piezas para su recién iniciado rompecabezas. Encontró cuantas quiso: desde determinados ángulos y a determinadas horas, según la incidencia de la luz solar, podían verse en las rocas cabezas de perro y de león, un cofre, una cruz... Si a ello unimos que el San Cristóbal fue cerro sagrado para los indios, no debe extrañarnos el entusiasmo de Ruza y su deducción de que alguien, en tiempos muy remotos, había esculpido estatuas en ese y, muy posiblemente, en otros cerros.

Como un singular coleccionista, Daniel Ruza halló más «esculturas» en otras partes con las que ir cimentando su hipótesis de una supercultura antediluviana dedicada a esculpir montañas para que los hombres del futuro supieran de su existencia y descifran un apocalíptico mensaje dejado para ellos, es decir, para nosotros. Así pues, cuando en 1952 su amigo Enrique Damert le regaló aquella fotografía de Marcahuasi, no tuvo duda alguna de que tenía delante una muestra más del arte de aquellos escultores protohistóricos. Sin embargo, desde su primera visita a esa me comprendió que se trataba de algo mucho más importante que cuanto hasta entonces había hallado:

«Encontré una maravilla que, tal y como había ocurrido en el Cerro San Cristóbal, no tenía explicación posible; no existía nada parecido en toda la historia de la Humanidad. Esta maravilla consistía en una enorme cantidad de monumentos escultóricos, conservados como ningún otro en el mundo, gracias a la excelente calidad de la piedra que forma la meseta: un pórfido diorítico blanco».

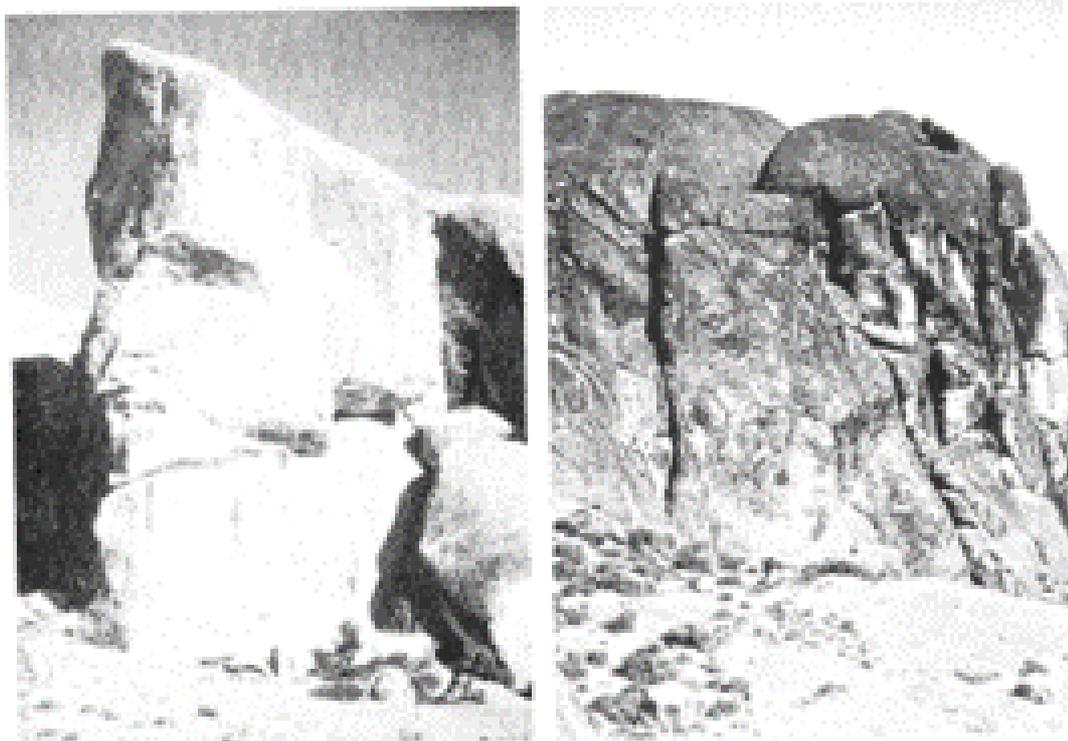
Marcahuasi

La meseta de Marcahuasi está situada a unos ochenta kilómetros de Lima, en la provincia de Huarochirí, exactamente a los 11° 4 40.9" de latitud Sur y 76° 36' 26.3" de longitud Oeste. Se levanta junto al pequeño pueblo de San Pedro de Casta, donde el viajero ha de proveerse de caballerías y agua si quiere ascender a la meseta. Esta se halla a 3.935 metros de altura y su punto más elevado llega a los 4.200 metros. Ya arriba, la superficie es de unos cuatro kilómetros cuadrados, con abundantes roquedales de variadas formas que, según la tesis de Ruza, no son naturales, sino esculpidos. En el aspecto arqueológico, la meseta no tiene gran interés: hay restos de viviendas, probablemente de las culturas locales Yunga y Yauyo (entre el 800 y el 1476 d.C), una fortificación, almacenes y varias chulpas o recintos funerarios. Ninguna de esas construcciones guarda relación con las supuestas esculturas, cuyo origen sería mucho más antiguo:

«Antes del Diluvio, por supuesto. Es obra de una Humanidad anterior a la nuestra, ya que las bases mentales y psicológicas de ese gran trabajo no están de acuerdo con las directrices de nuestra Humanidad».

Monumentos esculpidos en dura piedra por gentes que, psicológica y técnicamente, nada tenían que ver con nosotros. Está bien, pero ¿para qué?

«Para señalar esa montaña sagrada, como tantas otras del planeta, con la finalidad de que los seres humanos no desaparezcan. Marcahuasi, como otros lugares, desempeñó la función de refugio. El Arca de Noé no era en realidad una embarcación, sino una caverna tallada en la roca que permitió albergar grupos de personas y animales. Hubo varias de esas arcas en la Tierra, y Marcahuasi es una de ellas».



Marcahuasi: «Retrato de un rey».y «Astronautas con escafandra»

Sin embargo, el trabajo de Daniel Ruzo hace constante referencia a figuras labradas, pero no a cuevas.

«Tiene que haberlas –afirmó con rotundidad–. Tiene que haber cavernas subterráneas magníficamente trabajadas, con entradas y salidas perfectamente estudiadas, talladas en la roca».

Es posible, pero, de haberlas, el que más probabilidades tuvo de encontrarlas era él mismo, que en los últimos cincuenta años de su vida había recorrido cada centímetro cuadrado de la meseta, viviendo a temporadas allí, en una rústica cabaña.

Me miró a los ojos durante unos segundos antes de responder. Aunque a mi juicio se trataba de una objeción lógica, a él debió parecerle que encerraba una cierta dosis de ironía.

«No, no he encontrado las cavernas, pero estoy seguro de que existen, he hallado señales indicativas de ellas... Pero, si las hubiera encontrado, tampoco diría nada a nadie para evitar que cayeran en manos de algún gobierno o de un grupo religioso, quienes, sin duda, las explotarían a su conveniencia».

La mucama nos trajo café. Mientras lo tomaba pensé que, de haberlas encontrado, Ruzo no habría dudado ni un instante en divulgar la noticia. Marcahuasi era el tema de su vida, y el hallazgo de esas cavernas, además de confirmar su hipótesis, habría convertido a la meseta en

el Sinaí de los tiempos modernos y a él en el nuevo Moisés. Pese a todo, es posible que tales subterráneos existan. Si es así, merecería la pena pasar un tiempo en ellos, porque, además de refugio, sirvieron, según Ruza, como «aceleradores» de la evolución humana.

«En Marcahuasi, como en todas las montañas sagradas, existe una energía, una fuerza telúrica importantísima; por eso fueron escogidas. Con toda seguridad, en algún punto dado de esas montañas se pueden producir curas milagrosas. En las cavernas se darían las circunstancias precisas para la producción de seres excepcionales, podríamos llamarlos 'héroes', que se transforman a sí mismos».

La conversación derivó después hacia la apocalíptica catástrofe que, según su interpretación de Nostradamus (El testamento auténtico de Nostradamus), está ya a la vuelta de la esquina, y en la que, como era inevitable, Marcahuasi y las cavernas jugarán un decisivo papel.

«Entre los años 2127 y 2137 de nuestra era. En ese plazo de diez años, en un momento dado del paso del Sol desde el sector zodiacal de Piscis al sector zodiacal de Acuario, se producirá una catástrofe por el aire que terminará con nuestra Humanidad. Entonces, esas montañas sagradas albergarán grupos humanos, que sobrevivirán para que las humanidades no desaparezcan».

Nada más dijo Ruza que merezca transcribirse, ni siquiera aportó datos que no figuren en sus libros, pero, aun así, aquel anciano amable dijo demasiado si se tiene en cuenta que todas sus rotundas conclusiones se basan en unas esculturas que, posiblemente, ni siquiera existen fuera de su imaginación.

Es ése el nudo gordiano de su razonamiento: ¿tales formaciones son o no son artificiales? Por mi parte, he de confesar que el tema me pareció fascinante desde que vi las fotografías publicadas en la primera edición de su libro, en 1974. Sin embargo, pasados los años, me llamó la atención que en nuevas ediciones, así como en artículos y folletos, fuesen siempre las mismas fotografías o, al menos, los mismos encuadres. La razón me la dio el mismo Ruza al mostrarme esa mañana parte de su archivo.

No hizo falta insistencia alguna, estaba convencido de cuanto decía y daba por seguro que otro cualquiera vería en las fotografías de Marcahuasi lo mismo que él veía. En una habitación contigua, ordenadas en álbumes que llenaban varias estanterías y las sobrantes amontonadas sobre una

mesa, las tenía por millares. Era el trabajo de toda una vida. A lo largo de los años, había fotografiado cada palmo de la meseta a diferentes horas del día, y ahora, agrupadas en secuencias, las «esculturas» podían contemplarse desde muchos ángulos diferentes. Tenía ante mí la posible prueba de que en América hubo una antiquísima cultura desconocida por arqueólogos e historiadores. El objetivo de mi viaje, lo que había ido a buscar, estaba allí. Esas fotografías me permitirían valorar la importancia del hallazgo de Ruzo antes de planificar la costosa expedición para filmarlo. Estudié con detalle las que iba poniendo a mi alcance, las que, a su juicio, eran más evidentes..., pero no vi escultura alguna.

Cuando se sueña, la consciencia duerme. Lo que para él era obra de artistas antediluvianos, para el simple observador era capricho de la naturaleza. Sólo desde determinados puntos, aquellas formaciones rocosas se asemejan a rostros humanos o a animales, basta desplazarse un par de metros para comprobar que esa aparente nariz o ese supuesto mentón no se continúan, no están siquiera insinuados en el resto de la roca. Lo que de perfil parece algo, de frente no parece absolutamente nada. Una escultura, por deformada que este, es un objeto tridimensional; las de Marcahuasi no lo son, se trata de informes rocas que, únicamente desde un lugar concreto y diferente para cada caso, parecen figuras reconocibles. Por esa razón, las presuntas estatuas son tan dispares entre sí, encontrándose el perfil de un león al lado del rostro venerable de un anciano o de una tortuga.

Contemplando aquellas fotografías no pude evitar compararlas con el test de Rorschach: esas diez láminas con manchas simétricas de tinta en las que el sujeto trata de identificar algo más que simples formas casuales. Sin pretenderlo, Ruzo se había estado sometiendo a sí mismo durante décadas a un test proyectivo.

Me fui a «Las Mañanitas» a ahogar mi decepción en tequila. Suerte que en esa ocasión no fue María Félix; ver dos mitos arrumbados en un mismo día habría sido demasiado...

Eso fue entonces; ahora estoy seguro de que, instalado en ese otro mundo dónde las cosas se ven tal como realmente son y no como desde aquí las vemos, Ruzo habrá encontrado lo que buscaba. En este plano de la realidad, lo aparente goza de un prestigio exagerado; vivimos en un mundo de formas y volúmenes, despreciando lo que no sea tangible y pueda verificarse con instrumentos que, por sofisticados que sean, están hechos a la medida de

nuestros sentidos -que es tanto como decir de nuestras limitaciones-, incrementándolos, pero incapaces de atisbar lo que existe fuera de ellos. Con más tiempo y experiencia a mis espaldas, pienso que era Ruzo quien tenía razón: fui yo el que no supo ver lo que tenía delante de los ojos, porque usé los ojos y no la imaginación. Astete y él soñaron, es cierto, pero su sueño estaba fundamentado en señales inequívocas, en símbolos, en coincidencias... No soñaron porque sí, soñaron porque esa realidad ampliada, la que trasciende los sentidos, les exigió que lo hicieran. Sin embargo, aunque buscaron en el momento y en el lugar adecuados, porque cualquier momento y cualquier lugar son válidos para esa búsqueda, erraron al situar su meta en el mundo material. Cuevas, ciudades subterráneas, tesoros de conocimiento, mensajes de advertencia... ¿Acaso algo de ello serviría para que la humanidad actual cambiara de rumbo? Y, en extremo, ¿qué importancia tiene morir en masa o hacerlo individualmente? Su sueño era para ellos, pero buscaron fuera lo que debieran haber buscado dentro.



Este perfil del «Monumento a la humanidad» fue decisivo para que Ruzo se entregase a la causa de Marcahuasi. Es la más realista de las figuras y los aparentes rizos de su cabello contribuyen a considerarla obra humana y no de la erosión.

Los hallazgos de Tepoztlán y Marcahuasi llevaron a Ruzo al convencimiento de que esa misma humanidad había dejado en otros lugares del mundo, esculpiendo montañas.

El sueño de Waldemar Julsrud

Se titulaba El retorno de los brujos. Yo tenía entonces veinte años y comprar un libro de esas características significaba desnivelar mi magro presupuesto, pero, salvo el de la lectura, mis vicios no eran costosos, así que adquirí el grueso tomo encuadernado en tela y me sumergí en su lectura confiadamente, sin sospechar las consecuencias que ello traería.

A la mayoría de los temas que figuran en él les he seguido la pista a lo largo de los años, tal vez por eso el libro ahora se me antoje ingenuo y, pese a lo escandaloso que resultó en los ambientes intelectuales de aquella época, encuentre en sus páginas un exceso de prudencia, un púdico recato equiparable al de los de los strip-tease parisinos de entonces, más sugerentes que eróticos. No obstante, sigue siendo un estimulante y ameno libro en el que pueden leerse cosas como esta:

«Había en Nueva York, allá por el año 1910, en un pisito burgués del Bronx, un buen hombre ni joven ni viejo, que se parecía a una foca tímida. Se llamaba Charles Hoy Fort. Tenía piernas redondas y gordas, vientre y caderas, nada de cuello, cráneo grande y medio desplumado, ancha nariz asiática, gafas de hierro y mostacho a lo Gurdjieff. Se le habría podido tomar también por un profesor menchevique...».

Así iniciaban Pauwels y Bergier el capítulo fundamental de su libro, en que daban cuenta al lector del trabajo de un hombre sin guiar, de un obsesivo acumulador de hechos insólitos que llenaba millares de fichas con todo cuanto de inverosímil se publicaba en periódicos y revistas: acontecimientos absurdos, pero reales, de los que la ciencia no quería ni oír hablar y que, en definitiva, constituían evidencias de que este mundo es más complejo y desconcertante de lo que se nos enseña en las escuelas.

En su primera obra, El libro de los condenados, publicada en 1919, Charles Hoy Fort recogió nada menos que mil y un fenómenos inexplicados. Esa sola tarea ya es mérito suficiente para hacerse un sitio en la historia, pero él, además de tenaz, era un hombre inquisitivo, e intentó hallar un vínculo que uniera entre sí aquellos acontecimientos tan dispares. El resultado fue una especie de filosofía que relacionaba la rotura del sujetador de una dama noruega con la lluvia de ranas en una localidad de Guatemala. Aunque a primera vista pueda parecerlo, no era un disparate; se trata simplemente de una visión más

amplia del mundo, desde la que ningún acontecimiento es independiente del resto. Nada más aparecer en las librerías, El libro de los condenado encendió pasiones contrapuestas y, consecuentemente, alcanzó un enorme éxito de ventas. Cuatro años después publicó Nuevas Tierras, al que seguirían dos libros más, He aquí y Talentos salvajes, que aparecieron en 1931 y 1932, este último varios meses después de su muerte, acaecida el 3 de mayo de 1932. Su obra, aunque escasa, fue tan revulsiva que atrajo a numerosos intelectuales y cuajó en la creación de la Sociedad Forteana, fundada el 26 de enero de 1931 para continuar la tarea por él emprendida y en la que figuraban, entre otros, escritores de la talla de Theodore Dreiser, que ya había publicado su Tragedia Americana y estaba considerado como el maestro del naturalismo norteamericano. El propio Lovecraft, aunque no fuera miembro de la sociedad, consideraba a C. Fort como su mentor.

Aquel grupo de autores e intelectuales siguió coleccionando hechos malditos, recogidos trimestralmente en una revista, Duda, que se publicó hasta 1950. La desaparición de varios de los más eminentes fundadores de la Sociedad Forteana terminó con ésta, pero no con el espíritu que les animó en su empresa, como si el viejo con aspecto de foca siguiera desde el otro mundo al acecho de espíritus rebeldes para incorporarlos a su causa. Pauwels y Bergier fueron dos de sus víctimas y, como ellos mismos confesaron, El retorno de los brujos responde a la metodología y concepto del mundo de Charles H. Fort. Aún juntos, escribieron otros libros (El planeta de las posibilidades imposibles, La rebelión de los brujos...) y, ya en solitario, Jacques Bergier insistió sobre esos temas en diferentes obras, siempre con el virus forteano irreductiblemente instalado en su cerebro. En una de ellas, El libro de lo inexplicable, dio a conocer al gran público el tema de las figurillas de Acámbaro. No es un libro exclusivamente suyo, puesto que, salvo algunos capítulos firmados por él, está constituido en su mayor parte por artículos de la revista INFO, publicada periódicamente por un nuevo grupo de seguidores de Fort surgido al final de los sesenta; en concreto, el que se refiere a Acámbaro es de Ronald J. Willis. No se trata de la primera referencia, las enigmáticas figuras de barro mexicanas ya habían despertado el interés del profesor en el Charles Hapgood, que escribió un artículo sobre ellas en Desert Magazine en octubre de 1969, y aún existe otro texto mas antiguo, Report on Acámbaro, de William N. Russell, publicado en 1935 por Fate Publications Inc, pero la difusión de esos trabajos fue escasa y es al libro de

Soñadores De Prodigios

Bergier al que le corresponde el mérito de haber descubierto a los aficionados al misterio del pasado ese tema.

Charles Hoy Fort, con su primera obra El libro de los condenados, que recogía multitud de hechos tan reales como absurdos, inició una línea de que, tras su muerte, otros han continuado.

Podría haber evitado esta larga introducción, pero un asunto de estas características hay que situarlo previamente en el lugar debido, en esa parte del escenario de la realidad donde los focos apenas iluminan y el decorado se confunde con la pared misma del teatro. Sentados en el palco y aburridos por lo intrascendente de la obra, hay espectadores que enfocan sus prismáticos a esa zona de penumbras, acechando el paso de una rata, la sombra de un tramoyista o cualquier otro de esos fragmentos de realidad que no figuran en el argumento y escapan al control del director de escena. Las figuras de Acámbaro se amontonan en esa parte oscura del escenario y, sin metáfora alguna, han estado a punto de deshacerse por la humedad o de fragmentarse hasta quedar reducidas a polvo bajo el peso del olvido.

Las figuras de Acámbaro

Son muchas, Ronald J. Willis se refiere a 30.000, pero el investigador mexicano Harry Möller, que vio la colección cuando aún estaba en manos de la familia de Waldemar Julsrud, da la cifra de 37.000. Están hechas de barro y en diferentes grados de cocción, con una cierta tosquedad que en muchas de las piezas es sólo aparente. Su tamaño es igualmente variado, desde unos pocos centímetros hasta más de un metro, aunque predominan las pequeñas. Sólo por el número y la heterogeneidad –no hay dos figuras iguales–, la colección es digna de figurar en un museo, pero, además, se da la circunstancia de que millares de ellas representan ejemplares de una fauna imposible que en muchos casos recuerda a los grandes animales del Mesozoico. Si a esto añadimos la posibilidad de que no sean artesanía actual, sino auténticas piezas arqueológicas, se entenderá que esas figuras de barro entren en el universo forteano con el mismo derecho que una lluvia de sangre en Sumatra o la caída de un iceberg volante sobre Rouen.

La historia comenzó en 1945, en una pequeña ciudad del estado de Guanajuato llamada Acámbaro, y su protagonista indiscutible fue Waldemar Julsrud, un comerciante alemán instalado desde años atrás en esa localidad. Dicen que las descubrió un día en que cruzaba a caballo el Cerro del Toro, a las afueras del pueblo: un pequeño deslizamiento de tierra había dejado al descubierto unas cuantas y encargó a un albañil, Odilón Tinajero, que le llevase todas las que encontrara. Otra versión, proporcionada por el propio Julsrud, es que las primeras las encontró él mismo; unas de ellas excavando en las proximidades de su casa y otras incluidas en los adobes de varios muros. Convencido de que, dada la facilidad con que las había encontrado, debían existir en enorme cantidad, encargó a Tinajero y a otros vecinos que las buscaran, pagando uno o dos pesos por cada pieza que le proporcionaban. La curiosidad dio paso a la avaricia del coleccionista, y entre 1945 y 1952 obtuvo cerca de cuarenta mil pequeñas esculturas de barro, amen de otro tipo de objetos, como puntas de flecha, figuritas de la cultura chupícuara, máscaras, piezas de jade, pipas de arcilla y algún que otro resto fósil. Ante tal conjunto de objetos, las preguntas obligadas son: ¿quién? ¿cuándo? y ¿por qué? Ninguna de ellas tiene respuesta satisfactoria. El propio Julsrud contribuyó sin quererlo al misterio. Años después de formada la colección, sufrió un accidente con fuerte traumatismo» craneal y quedó trastornado. Sus figuras

pasaron a ser «las figurillas del loco» y él se negó a que nadie volviera a verlas. Harry Möller, que le hizo una entrevista cuando aún vivía, tuvo que conformarse, a pesar de haber sido amablemente recibido, con ver algunas fotografías.

Entre 1945 y 1952, Waldemar Julsrud acumuló casi cuarenta mil figuras de barro, cuyo paradero ha sido un misterio durante muchas décadas.

Los necios son crueles y abundantes, y el pobre loco y sus parientes debieron sufrir lo suyo a costa de la colección, por eso, muerto Julsrud, su familia cerró las puertas del viejo caserón con las figuras de barro dentro y se marchó de Acámbaro. Tiempo más tarde, el tenaz Möller consiguió de los herederos de Julsrud que excepcionalmente le abrieran las puertas de la casa y se las mostraran, pasando a ser uno de los pocos afortunados que han visto y tocado las estatuillas:

«La inmensa mayoría se encuentran bien; muchas están rotas porque la casa ha sido el paraíso de las ratas. El espectáculo es sombrío, ya que en las habitaciones no hay luz eléctrica; la casa sólo se ilumina con los leves rayos de sol que penetran por las hendiduras; el polvo cubre y oscurece las piezas de barro. Es impresionante, triste y frustrante que tanto esfuerzo y valor artístico estén allí perdidos».

(De una entrevista concedida a Elvira García para la revista mexicana Contactos).

¿Por qué tanto misterio?

Parece un estegosaurio, pero sus placas dorsales están sustituidas por gruesas y carnosas espinas. Aquél otro podría ser un tiranosaurio, pero su cráneo está armado con una coraza como la del triceratops, además, sus patas delanteras son demasiado grandes. Éste posee el estilizado cuello de un diplodocus, pero está rematado por una cabeza de pterosaurio, mientras que el cuerpo recuerda al de un iguanodonte... Nada es lo que parece a primera vista, se trata de criaturas imposibles, muchas con sólo dos extremidades y algunas con tres pares de ellas. Hay millares, todas diferentes y todas absurdas; animales que no pudieron existir y que, sin embargo, parecen sacados de un libro de Paleontología. Es ése su principal encanto y el motivo de tantas y tan variadas especulaciones: rugientes, amenazadoras o grotescas, recuerdan inevitablemente a esas bestias del jurásico que Hollywood volvió a poner de moda hace unos años.

Nada es lo que parece a primera vista y quizá en eso consista su encanto: lo que recuerda la cabeza de un atípico triceratops, está sobre el cuerpo de lo que podría ser un pterosaurio dotado de un cuello de diplodocus, pero sin que siquiera esa similitud por partes vaya más allá de la simple apariencia.

Para algunos, como el historiador soviético G. Buslaiev, cabe la posibilidad de que en aquella parte de América los saurios del Mesozoico hubieran pervivido el tiempo suficiente para que el hombre llegara a conocerlos y fuera ese recuerdo, transmitido de generación en generación, el hubiese inspirado a los artesanos que modelaron las figuras de Acámbaro» Pero, ¿los artesanos de qué época?

En primer plano, una de esas criaturas imposibles, medio humano, medio animal, con una boca desmesurada cuajada de amenazadores



dientes, más propia de un cómic que de un yacimiento arqueológico.

Para la arqueología institucional de México no hay dudas sobre su actualidad y se trata de «falsificaciones» hechas por los campesinos con el único objeto de sacarle unos cuantos pesos al ingenuo de Julsrud Tan convencidos están, que el antiguo director del Departamento Nacional de Archivos y Bibliotecas del INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia), el profesor Antonio Pompa, que las tuvo hace unos treinta años en sus manos, afirma tajantemente que las figuras carecen de valor arqueológico:

«En realidad le tomaron el pelo al señor Julsrud, un alemán que no conocía nuestras culturas prehispánicas y se impresionó por algunas figurillas que él mismo encontró y que, ésas sí, eran auténticas. Las demás las hicieron los alfareros, quienes previamente las enterraban para que parecieran antiguas».

He aquí una afirmación realmente pintoresca, porque las supuestas figuras «auténticas» encontradas por Julsrud estaban mezcladas con las supuestas figuras «falsas» fabricadas por los artesanos, y el profesor Pompa condenó indistintamente a todas ellas a la categoría de fraudulentas. Debiera haberse tomado la molestia de separar las unas de las otras y llevarse las buenas al museo; no se encuentran todos los días figuras de la cultura chupícuara. Pero hay, además, otra afirmación digna de tenerse en cuenta: «... previamente las enterraban para que parecieran antiguas». Y debe ser tenida en cuenta porque otra de las mayores objeciones a la antigüedad de las figuras procede del especialista Charles C. Di Peso, miembro de la Fundación Amerindia de Arizona, quien en 1950 estudió durante nada menos que una tarde y una mañana las esculturas, llegando a la conclusión, tal como puede leerse en un tendencioso y lamentable artículo suyo de 1953 en la revista *Archeology*+ de que las figuras eran falsas porque ¡ninguna de ellas mostraba signos de haber estado enterrada!

Hay cuestiones, como ésta, en las que resulta más que evidente el aforismo «no hay peor ciego que el que no quiere ver». No pretendo decir con ello que se trate de representaciones de dinosaurios, que esa es otra historia, lo que sí sostengo es que los arqueólogos, algunos arqueólogos, tienden a despreciar cualquier hallazgo que proceda de aficionados, y que si, además, ese hallazgo se refiere a culturas desconocidas o piezas que no encajan bien en el «horizonte cultural» atribuido al pasado de esa

región, suelen considerarlo fraudulento, dando por bueno cualquier dato que contribuya a «confirmar» su falsedad. En la colección de Julsrud es obvio que existen piezas antiguas y otras recientes o, lo que es lo mismo, auténticas y falsas, el mismo coleccionista tenía conciencia de ello; basta, pues, elegir las que por su factura parecen modernas y basar en ellas el estudio – reducido habitualmente a una simple «ojeada»– para llegar a la conveniente conclusión de que se trata de burdas falsificaciones.

Afortunadamente, el pasado no es monopolio de nadie y cualquiera tiene derecho a investigar por su propia cuenta. Así que, por si acaso, y desoyendo la docta aseveración de los expertos, varios investigadores, entre los que se encontraba el profesor Charles Hapgood, una especie de «detective del pasado» lo suficientemente prestigioso como para que el propio Albert Einstein escribiese la introducción de uno de sus libros (Earth's Shifting Crust), participaron en excavaciones en el Cerro del Toro, a las afueras de Acámbaro, (de las que salieron a la luz piezas similares. En el caso de Hapgood, la excavación se efectuó en el terreno que había estado ocupado por una antigua casa, bajo los cimientos, sin posibilidad de que alguien hubiera introducido allí recientemente figura alguna, encontrándose más de cuarenta, en su mayoría similares a las de la colección de Julsrud. Tanto en las recién extraídas como en otras de las que el alemán había acumulado, Hapgood y el biólogo Ivan T. Sanderson descubrieron evidencias de haber permanecido mucho tiempo enterradas. En el interior de una de ellas, cubierta por la tierra cuando ya estaba rota, se encontraron suficientes restos orgánicos como para intentar la datación por el carbono 14, y Hapgood, decidido a salir de dudas, envió la figura a la Isotopes, Inc de Westwood, Nueva Jersey, en 1968» El resultado fue que la materia orgánica tenía una antigüedad aproximada de ¡3,600 años!, lo que, por pura lógica, significa que la pequeña escultura era tanto o más antigua.

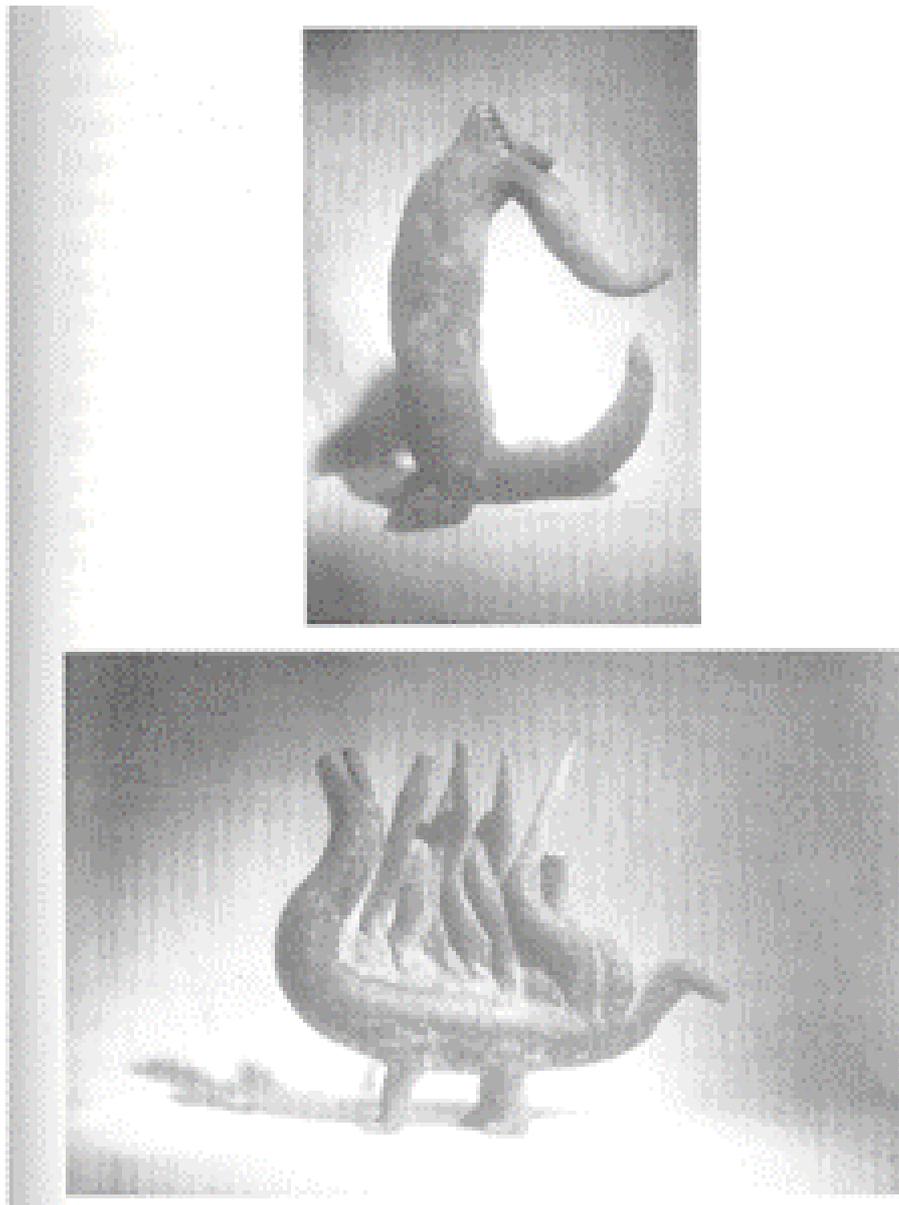
Quedan así contestadas dos de las preguntas fundamentales: el quién y el cuándo. Unas son de los años cuarenta y cincuenta, obra de artesanos locales que ganaron unos pocos pesos, muy pocos en proporción al trabajo que se tomaron, a costa del bolsillo de Julsrud, y otras, la mayoría, fueron modeladas y cocidas por artesanos, también locales, que vivieron en torno al 1600 antes de Cristo, Lo que no está aún resuelto es el por qué.

Muchas de las figurillas no plantean enigma alguno. En mi pequeña colección tengo varias que representan

personajes o situaciones acordes a su antigüedad y nivel cultural: ingenuas y deliciosas pero bastante detalladas y hechas con parecida técnica a la de otras viejas culturas mexicanas, como, por ejemplo, la adición de pequeños pegotes a la figura una vez moldeada para representar los ojos y otros detalles conocida como «pastillaje». Escenas domésticas o de guerra, sacrificios, supuestas deidades... representaciones, en fin, aceptables para los arqueólogos. Las «otras», las que retratan a una fauna pintoresca y de apariencia monstruosa, son las que constituyen el problema.

Según habían reconocido los propios arqueólogos, tras un brevísimo y vergonzoso examen, entre aquellas figuras, presuntamente falsas, había otras auténticas pertenecientes a la cultura chupícuaro.

Antes de volverse loco, Waldemar Julsrud escribió el inevitable libro con sus propias conclusiones respecto a las figuras de su colección: Enigmas del pasado. Como tantos otros aficionados con escasos o nulos conocimientos de arqueología, se lanzó a todo tipo de especulaciones gratuitas para explicar la presencia de tan extrañas y abundantes figuras en el subsuelo de Acámbaro, deduciendo que fueron los habitantes de la Atlántida los autores de aquella especie de museo ambulante. Poco antes de que la isla-continente se hundiese, trasladaron a México las esculturas, y allí permanecieron ocultas hasta que los aztecas las instalaron en un museo de su capital, Tenochtitlán, donde fueron dignamente exhibidas y veneradas» A la llegada de Hernán Cortés, y para evitar que cayeran en manos «bárbaras», las figuras fueron llevadas subrepticamente a Acámbaro y enterradas apresuradamente. Ante tal cúmulo de disparates, sobra cualquier comentario.



Dedadas y toscas, auténticas unas y falsas otras, todas ellas frágiles, muchas rotas y el resto a punto de estarlo, las figuras son una galería de seres imposibles que parecen extraídos de una pesadilla.

Son muchos los que han oído hablar de esas piezas y muy pocos los que las han visto, sin embargo, los rumores y el propio libro de Julsrud han bastado para que se pergeñen las más fabulosas historias. El célebre médico y parapsicólogo Ándrija Puharich ha sido uno de los que no se han resistido a aportar su grano de arena, y en su libro *El misterio de Uri Geller* cuenta cómo viajó a Acámbaro en 1953 y la conversación que mantuvo con un tal Charles Laughead, quien le confesó que estaba en contacto con los extraterrestres a través de un médium y que éstos le habían dicho que en las figuras que coleccionó Julsrud hay claras referencias a los primeros aterrizajes de los alienígenas en nuestro planeta, llevados a cabo en tiempos muy remotos en una isla del Pacífico llamada Mangareva,

cercana a la de Pascua, Algunos piensan que Charles Laughead no era otro que Charles Hapgood, al que Puharich cambió de nombre en el libro para no traicionar su confianza.

Por si esa relación de las figuras de Acámbaro con seres de otros mundos no las hiciera suficientemente extraordinarias, hay otros que las vinculan con fuerzas maléficas. En el libro *La vida secreta de las plantas* (Ed. Diana, México, 1974), escrito por Peter Tompkins, el conocido autor de *IJJS secretos de la Gran Pirámide*, y el biólogo y antropólogo Christopher Bird, se hace referencia en su página 357 a unas experiencias relacionadas con las estatuillas que, por lo pintorescas, no puedo resistir la tentación de transcribirlas textualmente:

«Los experimentos realizados con figurillas extrañas de barro cocido, piedras y huesos descubiertos en Acámbaro, del estado mexicano de Guanajuato, por Waldemar Julsrud, constituyen pruebas impresionantes de que la materia puede recibir energía maléfica y retenerla durante largos períodos de tiempo, quizá millones de años».

El profesor Charles H. Hapgood dice en su manuscrito, *Reports from Acámbaro* (Relaciones de Acámbaro), refiriéndose enorme colección de más de 33.000 objetos de Julsrud, que no puede identificarse con ninguna de las culturas conocidas de México, pero, en cambio, insinúa que acaso se relacionen, no sólo con determinadas tribus del hemisferio Occidental, sino también con pueblos del Pacífico meridional y de África. Los investigadores patrocinados por la Fundación de Arthur M. Young seleccionaron unos cuantos ejemplares que parecían diabólicamente extraños a primera vista. Los colocaron en cajas separadas junto con ratones, y vieron que a algunos de ellos se les ponía negro el rabo y terminaba por caérseles, y que otros animalitos murieron después de pasar una noche nada más con los objetos» Evidentemente, había una energía maléfica -del carácter que generalmente se asocia con la brujería- en aquellas piezas de aspecto siniestro, y que esa energía era capaz de matar a un ratón.



Uno de los que mostró especial interés por las figuras de Acámbaro fue el naturalista y explorador Iván T. Sanderson; tal vez porque él mismo había tenido un encuentro con una criatura parecida en el África Occidental en 1932.

Con tales hipótesis por medio, la de que puedan tratarse de representaciones exageradas y fabulosas de dinosaurios resulta casi vulgar, no obstante sigamos analizándola. El argumento más sólido en su contra es que tales criaturas desaparecieron de este planeta hace sesenta y cinco o setenta millones de años, mucho antes de que el más primitivo de los prehomínidos apareciese. Pensar que hace 3.600 años estaba aún vivo el recuerdo de la presencia en América de tales animales parece un disparate, pero... ¿lo es realmente?

Siendo estrictos, la única objeción que la ciencia puede hacer es que a partir de los últimos sesenta y cinco millones de años no se han encontrado restos de dinosaurios. El que no se hayan encontrado quiere decir sólo eso, que no se han encontrado, no que no existan. Por otra parte, parece evidente que han desaparecido, puesto que, a diferencia de las vacas, los corderos o los elefantes, no se les ve por ahí pastando. La única posibilidad es que en algunas zonas del planeta se hubieran dado las circunstancias propicias para que colonias de esos seres sobrevivieran hasta épocas cercanas, incluso hasta hoy mismo. Quien piense que nuestro mundo está completamente explorado se equivoca: son muchas las zonas que sólo se conocen desde el aire y hay extensas regiones en las que la visita del hombre tecnificado es simple anécdota. De existir animales supervivientes de aquellas remotas épocas que hayan sufrido pocas mutaciones, estarán limitados a un hábitat concreto, no muy extenso y, desde luego, poco accesible,

porque si no figurarían en los libros y su imagen nos sería tan familiar como la de los cocodrilos, las tortugas, los celacantos y las de otros contemporáneos suyos que han pervivido a lo largo de millones de años tan lozanos y pimpantes. La única pista que tendríamos sería la de testimonios aislados, la de rumores entre los nativos de regiones poco visitadas y las leyendas. Como tendemos a considerar supersticiosos e ignorantes a los nativos que no han ido a la misma escuela que nosotros, damos poco crédito a sus relatos —que, por cierto, son abundantes en lo que se refiere a gigantescos animales de cuello largo en algunas regiones de África— y preferimos los que proceden de hombres civilizados, sobre todo si son investigadores, aunque sean menos numerosos. Entre esos testimonios «fiables» hay uno que viene perfectamente al caso, ya que se trata del proporcionado por Iván T. Sanderson, el conocido naturalista, explorador y escritor que acompañen al profesor Hapgood en su visita a Acámbaro. Aunque al revisar libros y revistas para documentar este capítulo me he encontrado varias veces con el nombre de Sanderson, en ninguno de ellos se alude a la razón de su interés por las figurillas, cuando, conociendo su biografía, ésta resulta clara: ¿cómo no iba a interesarse por unas esculturas de barro que parecían representar dinosaurios, cuando él mismo se había encontrado con uno varios años antes?

Fue en 1932, en el África Occidental, navegando por el río Mainyu. De una cueva de la orilla surgió una especie de espantoso bramido, luego hubo un movimiento en el agua y emergió una enorme cabeza:

«Esa cosa de brillante color negro era la cabeza de un animal similar a una gigantesca foca, aunque mucho más ancha que alta. La cabeza era tan grande como un hipopótamo adulto».

Según le contaron después los nativos, se trataba de un M'Koo, un animal cuya descripción se correspondería sin gran esfuerzo con la de un dinosaurio herbívoro.

No es el único explorador que ha tenido encuentros de ese tipo ni lo que le contaron los nativos es una excepción, sean verídicos o no, lo cierto es que los relatos sobre animales de esas características resultan frecuentes en determinadas regiones pantanosas de África.

Que en un pasado no muy lejano existiesen descendientes vivos de los antiguos saurios del Mesozoico en América es improbable, sumamente improbable si se quiere, pero en modo alguno imposible; es más, algunos otros hallazgos, como el de las discutidas y, pese a todo, probablemente auténticas «Piedras de lea», parecerían confirmar esa herética posibilidad. Sin ir muy lejos de Acámbaro —poco

más de cincuenta kilómetros—, se mantiene viva la leyenda de otro monstruo, en esta ocasión acuático y con nombre propio, Chan, que vivió, y según algunos aún vive, en la laguna de Tallacua, un cráter de 750 metros de diámetro ocupado por agua verde y sombría. Al monstruo, temido y venerado desde época prehispánica, se le describe como un animal de enorme cabeza y larguísimo cuello. Parece inevitable relacionar las figuras de barro con la leyenda de Chan, aunque tal relación no constituya prueba alguna y pueda ser interpretada como una muestra de la desbordada fantasía de los antiguos habitantes de esa zona que, vaya usted a saber por qué, se inventaron monstruos que recuerdan a los dinosaurios.

A cincuenta kilómetros de Acámbaro, en la laguna Tellacua, formada en el cráter de un volcán apagado, habita, según la tradición, un monstruo acuático, Chan, al que anualmente se le hacen ofrendas.



Posiblemente, las figuras de Acámbaro y el viejo sacerdote que oficiaba la ceremonia para aplacar al temible Chan, sean dos expresiones de un mismo hecho: la —paleontológicamente imposible— convivencia del hombre con supervivientes de aquella fauna del Mesozoico que pobló la tierra hace muchos millones de años.

La suerte nos puso en la pista de esa colección maldita y dimos con ella. No estaba en un sombrío edificio, sino en uno moderno, parte del complejo escolar del municipio

de Acámbaro» Hace años, algún funcionario tuvo que decidir qué hacer con un centenar de cajas llenas de figuras que nadie quería» Destruirlas habría sido una excesiva responsabilidad, aunque sin ningún valor material aparente, la familia Julsrud había optado por deshacerse de ellas regalándoselas a la viña, convirtiéndolas así en patrimonio de los ciudadanos que, como tal, debía ser conservado hasta que se supiese que destino darle. Lo aconsejable era guardarlas donde no estorbasen, y eso fue lo que se hizo, fue tan sencillo como ir a Acámbaro, preguntar dónde estaban y pedir la llave.

A veces me sorprende la falta de iniciativa de mis colegas: localizar aquellas esculturas legendarias cuyo paradero era un misterio,

Las cajas, unas de cartón y otras de madera, probablemente de pescado, llevaban allí unos cuantos años, en una gran aula habilitada como almacén. Buena parte de las figuras, precariamente protegidas algunas de ellas con papel de periódico, estaban rotas, y las intactas parecían a punto de estarlo si no se las manejaba con cuidado. Disponía de media jornada para filmarlas y me dejé llevar por el azar al seleccionar las cajas, pero, en vista del resultado, habría dado igual, porque en las diez o doce que abrí, el contenido era tan heterogéneo que daba a entender la ausencia de criterio alguno al guardarlas» Sólo tuve tiempo de estudiar someramente un centenar de figuras y es posible que entre las restantes hubiese cápsulas espaciales o cualquier otra cosa, pero no en las que libremente elegí Los que sí estaban, mezclados con otras piezas perfectamente adecuadas al pasado mexicano, eran esos fantásticos, terribles y entrañables monstruos.

Nada puedo aportar que solucione el misterio y cuanto se sabe de las esculturas está ya dicho en lo esencial. En 1990, otra modesta investigación, en este caso llevada a cabo por un tal Neal Steedy, confirmó sin grandes diferencias la antigüedad que en su día les había asignado el Isotopes Inc. de Westwood.

Las razones que animaron a los artesanos precolombinos de Acámbaro a modelar tan imposibles criaturas nadie las sabe; si fue producto de su fantasía o un intento de recrear terroríficos animales de los que hablaban sus tradiciones, es algo que dejo a la opinión del lector. Lo que si añadiré es que, en contra de lo que afirman Tompkins y Bird en su libro, no percibí vibración maligna alguna emanando de ellas; aunque, en honor a la verdad, he

de reconocer que en mi casa, donde conservo varias de esas figuras, no ha vuelto a haber ratones. Quién sabe...

En numerosas cajas apiladas, unas de cartón y otras de madera que en su día contuvieron aceite y jabón, millares de aquellas polémicas figuritas estaban esperando una mano piadosa que las sacara del olvido.



A medida que desembalaba figuras, en el mejor de los casos protegidas someramente por una envoltura de papel de periódico, el autor no podía reprimir una cierta tristeza: el sueño de un hombre estaba allí, despreciado, desintegrándose en fragmentos sin que a nadie pareciera importarle.

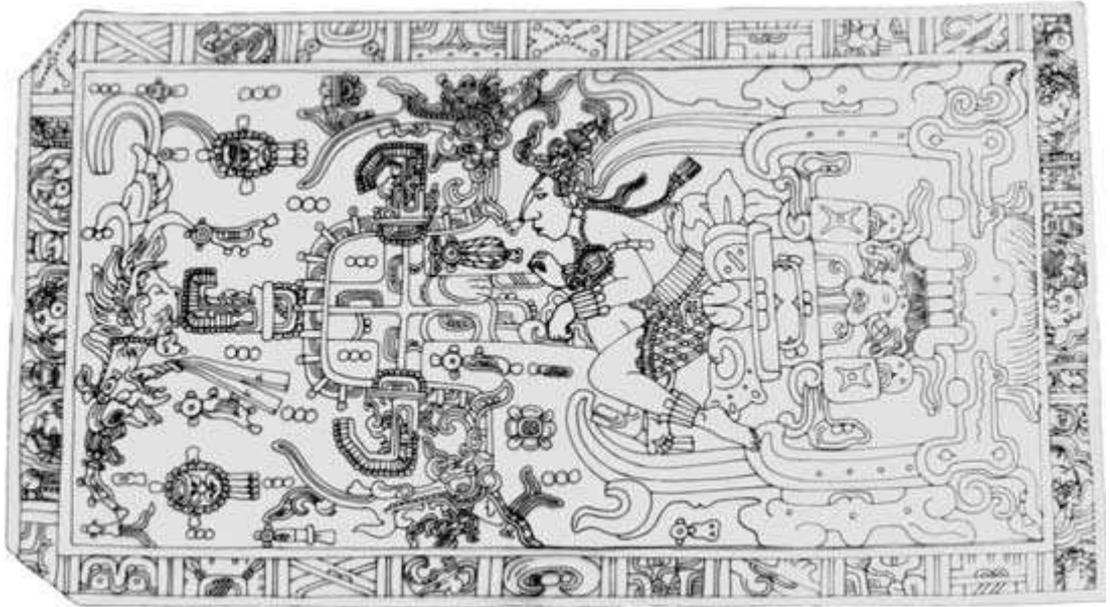
En contra de lo imaginado, no fue difícil dar con las figuras, estaban almacenadas en un aula del centro escolar municipal.

Era imposible verlas todas y clasificarlas, no había tiempo para ello, y el autor se tuvo que limitar a escoger unas cuantas cajas al azar.

Ignoro hasta qué punto pudo influir el documental que hice sobre las figuras de Acámbaro, incluido entre los que forman la serie En busca del misterio, rodado codo a codo con Juan José Benítez hace once o doce años —ni siquiera estoy seguro de que se emitiera en México—, pero el caso es que a partir de entonces la ciudad pareció recuperar el

interés, si es que lo había tenido antes, por la colección de Julsrud. Acámbaro no es muy grande, y la presencia de un nada discreto equipo de rodaje como el nuestro —éramos once personas con dos toneladas de material—, llegado hasta allí desde Europa con el único objetivo de filmar las figuras, no pasó desapercibida. Quiero creer que fue así, porque me gustaría haber contribuido a que esa galería de entrañables monstruos y el nombre de quien hizo de ellos el objeto de su vida salieran del olvido. Hoy existe un museo en esa ciudad donde se exhiben parte de las figuras, y hasta pueden encontrarse en Internet páginas dedicadas a él, a la ciudad y a la colección. Por lo que he visto, no dicen nada que no se haya dicho en este capítulo y sí alguna tontería que otra, pero están ahí, accesibles a todo el mundo, esperando a que alguien resuelva su misterio, y Julsrud, desde el segundo cielo, dónde moran los soñadores muertos, debe sentirse contento.

CAPÍTULO 4-
EL MAYA QUE NO
VIAJÓ A LAS
ESTRELLAS... ¿O SÍ?



*A*quellas, no fueron unas veladas especialmente confortables. A nuestra llegada y de día, el alojamiento nos pareció romántico: un edificio de madera con amplio porche y, diseminadas cerca de él, las habitaciones, que consistían en sólidas casitas individuales con techo de paja.

A las nueve de la noche apagaban el grupo electrógeno y, agotada la última copa y la conversación, cada cual cogía una vela o un quinqué, que de ambos estaba provisto el «hotel», y se iba a su cabaña. Ahí acababa todo el romanticismo. Por el calor y para una mejor ventilación, la pared terminaba por arriba a un metro del techo, dejando espacio para que el aire circulara libremente... y, con él, cualquier especie animal provista de alas. Pese a todo, el ambiente era sofocante y uno se tendía en la cama, convenientemente alejada de las paredes por lo que pudiera descender por ellas, como Dios lo trajo al mundo o poco menos.

Empapado con repelente para insectos y con el corazón en un puño por los horriblos gritos de los monos aulladores, que más parecían estar junto a la cabecera que entre los árboles, me encomendaba a «San Aután» y, confiando en la benevolencia de las arañas, escorpiones y serpientes que en mi imaginación rodeaban el lecho como si fueran ángeles de la guarda, esperaba a que el bendito sueño llegara.

Con la luz de la mañana y afortunadamente indemne, comprobaba que mis temores nocturnos eran infundados: ni rastro de serpientes o de arañas peludas, a lo más, una rana y algún ciempiés. Diez segundos bajo el chorro de agua helada -en un rincón de la cabaña había un inodoro y una vetusta ducha que desaguaba en el mismo suelo- eran suficientes para despejarse sin quedar yerto y emprender el día con optimismo. Hubiera dado igual no ducharse, porque lo que había afuera bastaba para despertar todos los sentidos.



El hotel de las ruinas de Tikal respondía a la romántica imagen de una película de los años cincuenta ambientada en la selva.



Las habitaciones eran cabañas, también con techo de paja, que el viajero compartía con toda la variedad de insectos, batracios y reptiles propios del lugar.

Supongo que ahora llegará hasta allí el tendido eléctrico y en las renovadas cabañas habrá aire acondicionado, pero, quizá movido por la nostalgia, se me antojan más auténticos la selva y el Tikal que en esos días conocí. Era la primera vez que estaba en Guatemala. Ya había rodado años antes la mayoría de las ruinas mayas de México, alguna de ellas en más de una ocasión, pero Tikal, incrustado en la feraz vegetación, con sus empinadas pirámides asomando por encima de los árboles y las plataformas ceremoniales abrazadas por gigantescas raíces, me resultó grandioso y, a la vez, amenazador.

Sin desmerecer lo esbelto de sus templos y la belleza de las estelas que se alineaban en torno a la plaza principal, algo ominoso parecía flotar en aquél aire húmedo y espeso. Tuve la sensación de que, tras los primorosos bajorrelieves y en cada piedra labrada, latía, aún vivo, un primitivo y feroz fanatismo.



Sin razón para saberlo, supe que los mil aromas de la selva se había mezclado en ese lugar con el acre olor de sangre, y la imagen amable que de la cultura maya un- había formado cedió su lugar a otra, sin duda más real, en la que el arte y los conocimientos que hicieron de ese un pueblo singular se hermanaban con los sacrificios humanos.

Ya no flotaba en el aire el aroma del Copal, el incienso de mesoamérica, pero algo o mi no su seguía impregnando el ambiente, algo que tenía que ver con los sacrificios humanos que allí se hicieron.

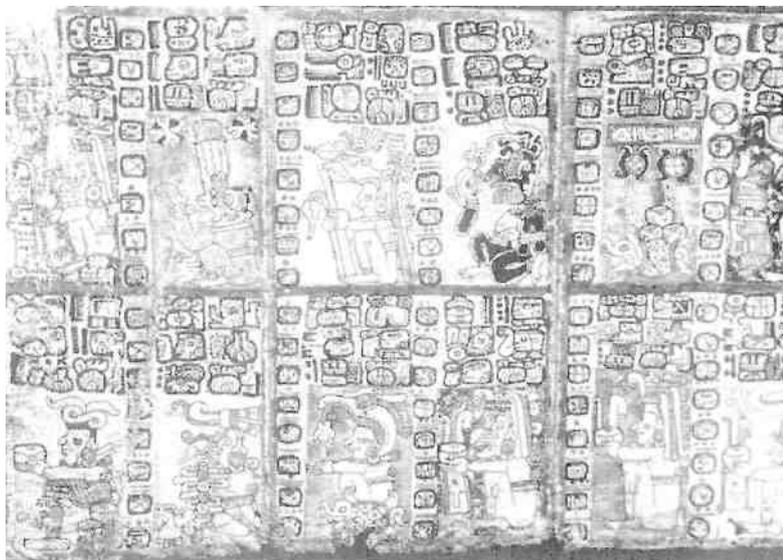
En todo caso, no fue una civilización como tantas otras. Por establecer una comparación, alguien definió a los mayas como «los griegos de América». Y estaría bien si, además, se añadiera que los de Europa no contaron con los inconvenientes que los mayas tuvieron: la selva, la ausencia de metales, el desconocimiento de la rueda y la carencia de animales de carga; lo que acrecienta su

mérito y obliga a profundas reflexiones sobre el tesón y la genialidad como motores ligados a los genes que elevan a unos grupos humanos por encima de otros.

No está resuelto el enigma de su origen. La noticia que tenemos de ellos a través de ruinas como las de Tikal o Copan, es la de una cultura ya floreciente, con una arquitectura original y depurada, con un arte cargado de simbolismo y una escritura jeroglífica equiparable a la egipcia, también de triple lectura: ideográfica, fonética y simbólica.

Sus ciudades fueron abandonadas y devoradas por la vegetación insaciable de la selva mil años antes de que los europeos descubriesen ese continente. Lo que hoy queda de ellas son ruinas cuajadas de pirámides y plataformas ceremoniales que nos hablan de la exagerada religiosidad de quienes las construyeron; sin embargo, como contraste, el mensaje dejado en sus bajorrelieves refleja conocimientos matemáticos y astronómicos sorprendentes, entre los que, por citar un par de ejemplos, puede señalarse el uso del «cero» catorce siglos antes de que tal concepto llegase a Europa de manos de los árabes y una medida del año tres diez milésimas de día más exacta que la de nuestro actual calendario gregoriano corregido.

Una cultura formada por gentes singulares que tuvieron el buen gusto de no representar en la variada iconografía batallas o conquistas, que usaron medidas de hasta sesenta y cuatro millones de años en su cómputo del tiempo y que, ajustándose a quién sabe qué ideal estético, deformaron sus cráneos en busca de un perfil sin frente y se limaron los dientes, incrustando en ellos jade y otras piedras.



En los escasos códices que no fueron destruidos por los frailes, en los glifos de los bajorrelieves y de las estelas, han quedado recogidos fragmentos de una cultura que, viviendo en la «edad de piedra», poseía conocimientos matemáticos y astronómicos asombrosos.

Recientemente, en una de esas investigaciones que monopoliza a golpe de dólar la 'National Geographic Society, se afirma que el ocaso de la cultura maya fue causado por la lucha fratricida entre la ciudad estado de Tikal y la de Calakmul, separadas por cien kilómetros, en el siglo VII de nuestra era. Al parecer, esta

teoría, ya adelantada por Simón Martín, del University College de Londres, y Nikolai Grube, de la Universidad de Bonn, ha sido confirmada por los jeroglíficos descubiertos en una pirámide de Dos Pilas, Guatemala. Con todo lujo de detalles, se describen las intrigas, batallas y traiciones protagonizadas por Balaj Chan K'awiil y su hermano, cuyo nombre no se cita. Diez años de encarnizados combates que, según estos eruditos, supusieron el principio del fin para aquella magnífica civilización. Dudo que fuera así, porque los glifos mayas se están traduciendo sin haber descifrado más que medianamente su significado y porque, conociendo aquellas tierras del sur, cubiertas de selvas poco menos que infranqueables, el sentido común me dice que tales luchas entre ciudades estado carecen de lógica. No obstante, se trata de una postura personal y recomiendo al lector que no me haga el menor caso.

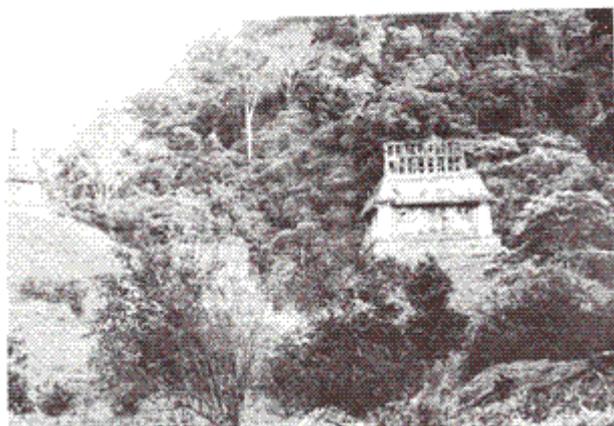
Mientras escribo esto, acaban de publicarse los resultados de otra investigación, en este caso financiada por la Woods Hole Oceanographic Institution de Alemania. El estudio, dirigido por Gerald Haug, se ha centrado en el análisis de los componentes químicos en sedimentos correspondientes al primer milenio de nuestra era en una región al norte de Venezuela. Ha sido la determinación de los niveles de titanio, directamente relacionados con la lluvia, lo que ha permitido al investigador alemán llegar a la conclusión de que en los años 810, 860 y 910 hubo extrema sequía en esa parte de América, extensible a Guatemala y al sur de México, lo que, a su juicio, influyó decisivamente en el abandono de las ciudades mayas de la zona y la emigración de sus habitantes hacia el norte, concretamente a la península del Yucatán, donde la gran abundancia de agua subterránea, explotada por ellos mediante zenotes (enormes pozos que adquirieron carácter sagrado) permitió su definitivo asentamiento.

Resulta claro que el tema no está resuelto, y que a esas dos recientes hipótesis, ambas razonables y dignas de respeto, se unirá alguna más, igualmente enjundiosa, antes de que este libro esté en los escaparates. Sea por alguna de las dos razones expuestas o por otra muy distinta, lo seguro es que el tiempo, que barre de la memoria con igual eficacia a dioses que a imperios, dio cuenta de los mayas, que terminaron siendo absorbidos por otros pueblos menos cultos y más guerreros.

En su época de esplendor, entre el 300 a.C. y el 900 de nuestra era, ocuparon un vasto territorio, un desigual rectángulo de doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, que abarcaba la península de Yucatán y el estado de Chiapas, en México, la totalidad de Guatemala, el noroeste de Honduras y el territorio de Belice. Un imperio sin emperador ni gobierno, porque cada ciudad estado era independiente, bajo el mandato de un Halach Uinic, un «Hombre Verdadero», y bastante tenía con ocuparse de su propia subsistencia, en perenne lucha con la selva, como para sostener un ejército y la siempre parásita estructura administrativa de un poder central.

Cada ciudad-estado maya, era regida por un Halach Uinic, un «hombre verdadero». Pese al aislamiento de estas ciudades y la inexistencia de un poder central, permanecían indisolublemente unidas en su religión, su ciencia y su arte.

A pesar de todo, la cultura maya se mantuvo durante muchos siglos coherente, compartiendo ciencia, religión y arte, regida por el mismo dios omnipotente y abstracto, Hunab Ku, «el único dios que es», y ajustándose en cada uno de sus actos, allá donde estuviesen, al mismo riguroso calendario.



La cultura maya alcanzó un nivel extraordinario, tanto más sorprendente si se tiene en cuenta que lo consiguió en un medio tan hostil como la selva, sin metales ni animales de carga.



La ciudad del estuco

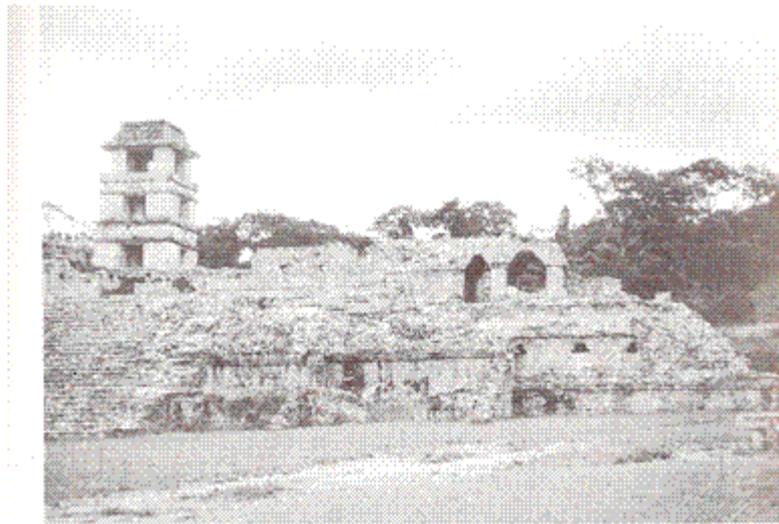
Palenque, que por ese nombre se la conoce, aunque nada tenga que ver con el auténtico y desconocido que en otro tiempo tuvo, es una de esas ciudades santuario que, como el resto, quedó abandonada al abrazo de la selva cuando sus habitantes emigraron hacia el norte sin volver la vista atrás.

Allí, solitarios y vacíos, contrastando con el verdor brillante de la vegetación, quedaron aquellos templos, construidos en la misma época en que Mahoma predicaba una «verdadera» religión más.

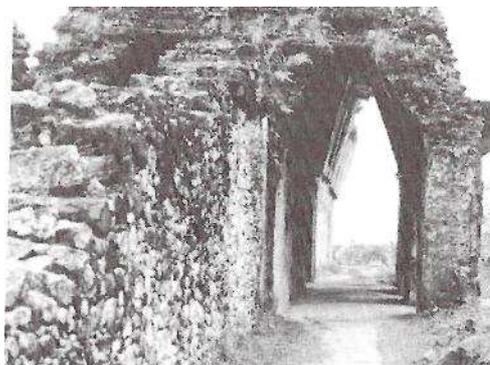
La maciza solemnidad de los edificios levantados en otras ciudades del sur, se veía en Palenque aligerada por amplias puertas y ventanas, de modo que a los recintos, necesariamente alargados por sus falsas bóvedas, dejaron de ser lóbregos para llenarse por fin de luz. No fue la única innovación; los arquitectos que diseñaron la ciudad se atrevieron también a erigir una insólita torre de planta cuadrada, con cierto aire de pagoda, sin parangón en el resto de las construcciones mayas, y a decorar los patios interiores del edificio principal con bellos bajorrelieves.

Pero, sobre todo, Palenque fue la ciudad del estuco. En cascarones y fachadas, modelado y pintado de bizarros colores, el estuco, obtenido de la mezcla de polvo de cal, agua y resina, dio a sus construcciones un carácter distinto a las de cualquier otra. La lluvia ha ido desnudando las piedra y sólo quedan algunos desvaídos restos de ese revestimiento, pero aquellos edificios cubiertos con ornamentos azules, ocres y rojos, debieron ser cosa digna de verse. Llegado el día prefijado -los mayas no dejaban nada en manos del azar-, la ciudad fue abandonada. En el transcurso de unos pocos meses la selva recuperó el terreno perdido, ocultándola a la mirada de los curiosos, y donde antes se oían rezos aromados por el copal, el incienso de Mesoamérica, sólo se oyeron los agudos gritos de los monos y d ocasional canto de un quetzal. Así permaneció durante siglos, olvidada de todos. El propio Hernán Cortés pasó a poca distancia de ella, pero nada supo de su existencia porque los mismos mexicanos la ignoraban.

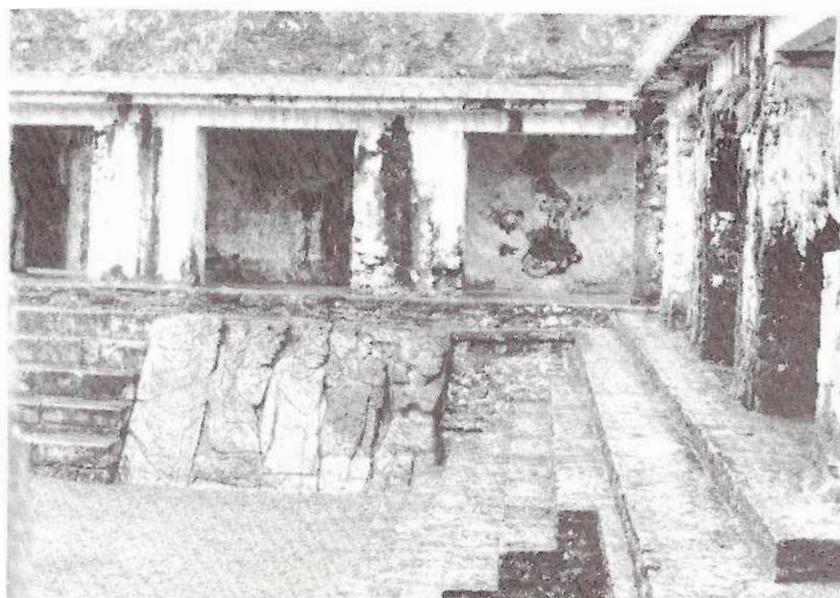
Palenque fue la ciudad del estuco. Esa pasta a base de polvo de cal, agua y resina, que, al secarse, adquiriría gran dureza y sobre la que pintaban con brillan los colores. En las paredes que aún se mantienen en pie pueden verse mascarones y relieves de estuco, aunque su color original se ha perdido o, a lo sumo, es reconocible en los desvaídos chorretones que manchan los muros. Palenque, como el resto de las ciudades del sur, fue abandonada y dejada al abrazo de la selva. El propio Hernán Cortés pasó cerca de él, sin saber de su existencia.



Conocido por «El palacio», uno de los edificios posee algo tan insólito en la arquitectura maya como es una torre de planta cuadrada rematada por un tejado que le da aire de pagoda. No es el único detalle «oriental» del arte maya, en realidad son tantas las similitudes, que muchos creen ver una clara relación entre esta cultura y la del subcontinente indio.



En este templo en ruinas pude verse perfectamente la técnica que usaban para construir el «falso arco» propio de esa cultura, que obligaba a levantar edificios alargados y sombríos. En Palenque, los arquitectos solventaron el problema abriendo grandes puertas y ventanales por los que entrara la luz.



En los patios de «El palacio», evidentemente fuera de su emplazamiento original, pueden verse lápidas bellamente labradas con escenas ceremoniales. Probablemente, Palenque también fue escenario de sacrificios humanos.

Fue ya en el siglo xix, cuando empezó a despertar de su sueño: aventureros y exploradores abrieron senderos en la maleza y algunos, como el falso conde Juan Federico Maximiliano Waldeck a través de sus dibujos, se empeñaron en que el resto del mundo supiese de las ruinas de Palenque y de su singular encanto, tan oriental en apariencia, que no pocos murieron convencidos de que habían sido arquitectos llegados de la India quienes la construyeron.

Pasado el tiempo, llegaron los arqueólogos. La ciudad fue rescatada en parte de la selva y varios de sus edificios comenzaron a ser restaurados, entre ellos, el llamado «Templo de las Inscripciones». Este nombre le viene por tener a ambos lados de la entrada a su segunda sala seiscientos veinte glifos grabados en la piedra. Únicamente en Copan hay más jeroglíficos agrupados en una sola pared.



El «Templo de las inscripciones» visto por entre las ruinas de «El palacio». Sería uno más de los edificios de Palenque, de no ser por su misteriosa tumba la polémica losa que la cubre.



Al igual que el resto de las pirámides mayas, se trata en realidad de un templo levantado sobre una estructura de forma piramidal. Un este caso, el llamado «Templo de las inscripciones» está construido encima de nueve plataformas que, con toda probabilidad, representan las nueve regiones del inframundo, el reino de la muerte que recorren las almas, lo mismo que hace el Sol desde el ocaso, cuando es devorado por el «monstruo de la tierra», hasta el amanecer.

Un día de 1949, Alberto Ruz Lhuillier, el arqueólogo que tenía a su cargo las excavaciones, descubrió accidentalmente que en una de las losas del suelo de ese templo había doce manchas circulares dispuestas simétricamente. Tras un más detenido examen, resultaron corresponder a sendos tacos de piedra, perfectamente encajados y pulidos para que se confundiesen lo más posible con el resto de la superficie. Deducir que su finalidad era tapar doce agujeros y que éstos debieron servir para facilitar, mediante cuerdas, la retirada o la colocación de la losa, no resultó difícil. Sin embargo, por lo que sé del asunto, no fue el primero; doce años antes, Miguel Ángel Fernández, un ilustrador especializado en dibujar ruinas mayas, hizo el mismo descubrimiento, aunque por falta de medios técnicos no pudo retirar la enorme piedra. Alberto Ruz sí pudo, dejando al descubierto los primeros peldaños de un pasadizo descendente, cegado en su totalidad con escombros y tierra. Quienes construyeron el templo y la pirámide escalonada sobre la que éste se asienta, habían rellenado concienzudamente el túnel y no era posible saber hasta qué profundidad llegaba, pero resultaba evidente que allá abajo había algo importante, algo que los constructores pusieron especial empeño en ocultar, quizá una cámara secreta.

Dice mucho en favor de la profesionalidad de Alberto Ruz que, pese a su comprensible impaciencia por desvelar el misterio, tardase casi tres años en despejar de escombros el pasadizo. Como debe hacerse, cada palada de tierra era cribada cuidadosamente, apartando cualquier fragmento que pudiera tener algún interés.

Así día a día, mes a mes, hasta que, por fin, en mayo de 1952, quedó expedito el



El autor ante el «Templo de las inscripciones», hace veinticinco años, durante el primer rodaje que realizó en Palenque.

camino: la escalera terminaba en un corto corredor y éste, a su vez, en un muro de piedra, tras el que, sin duda alguna, se hallaba la solución del misterio. Varios certeros golpes de piqueta bastaron para abrir un agujero por el que introducir la linterna y contemplar lo que había al otro lado. El haz de luz recorrió el techo, del que pendían estalactitas formadas a lo largo de los siglos, y luego las paredes desnudas de una estancia que, a primera vista, parecía decepcionantemente vacía... Sin embargo, no era así: en el suelo yacían seis esqueletos humanos teñidos de rojo.

En la pared de la derecha, una gran losa triangular daba a entender que estaban en una antecámara y que la auténtica tumba — pues todo parecía señalar que ese era el destino de la construcción subterránea— se encontraba detrás de la monolítica puerta.

Una vez más, Alberto Ruz hubo de contener su impaciencia y proceder cuidadosa y metódicamente a la retirada de aquellos restos humanos. Un estudio somero reveló que se trataba de seis adolescentes, cinco varones y una hembra, que, por la deformación craneal y sus dientes limados y con incrustaciones, habían pertenecido a la nobleza maya. No eran otra cosa que simples comparsas en una de las muchas y terribles ceremonias del pasado mesoamericano, víctimas sacrificadas para que sirvieran en la otra vida al personaje que presuntamente estaba enterrado al otro lado de la pared...

Tras casi tres años de trabajo, Alberto Ruz dejó libre de escombros el pasadizo descendente. Cada escalón era un paso más hacia una tumba que iba a cambiar el concepto que hasta entonces se tenía de las pirámides americanas.

Fue el 15 de junio de 1952 cuando Alberto Ruz consiguió desplazar la enorme losa vertical y acceder a la otra cámara. Tal como pensaba, se trataba de una tumba.

Aquella fue una fecha histórica. Hasta ese momento, aunque similares en la forma, las construcciones piramidales americanas se diferenciaban de las egipcias en que su función no era funeraria, sino la de servir de base a pequeños templos. Alberto Ruz acababa de descubrir que bajo la pirámide de Palenque conocida como «Templo de las Inscripciones» había una tumba...,

y muy especial, como luego veremos.

La cámara violada aquel 15 de junio era de planta rectangular, de nueve por siete metros, con el techo terminado... La falsa bóveda siete metros más arriba. En la pared, modeladas en estuco y bellamente policromadas, nueve figuras, seis en pie y tres sentadas: nueve guardianes que, con toda probabilidad, no eran otros que los bolontikú, los dioses de las nueve regiones del inframundo maya. Abajo, a los pies mismos de la entrada, una enorme losa de casi cuatro metros de larga finamente labrada, cuyo diseño levantaría las más encendidas polémicas.

Al parecer, el primero en sugerir que en la losa de Palenque está representado a un astronauta a bordo de un pequeño vehículo espacial fue Alexander Kazantzev, un autor soviético pionero en la «astro-arqueología», que ya había lanzado la hipótesis de que el supuesto meteorito que explotó en 1908 en la taiga siberiana fue en realidad un ovni movido por energía atómica que se estrelló, y también quien sugirió que la desaparición de Sodoma y Gomorra fue debida a una explosión nuclear. Que sea él o no responsable de la tesis del «astronauta», carece de importancia, lo cierto es que otros muchos autores se inclinaron desde el primer momento por esa interpretación. Entre ellos, Robert Charroux fue uno de los que más contribuyeron a su difusión con El libro de los dueños del mundo (Robert Laffont, 1967 y Plaza & Janes, 1976), donde transcribe, Compartiéndola punto por punto, la interpretación dada por Guy Tarade y André Millou:

«El personaje que se ve en el centro de la losa y al que llamaremos el piloto, lleva un casco y mira hacia delante del aparato. Manipula las palancas con ambas manos. La de la derecha sujeta una manilla idéntica a un cambio de velocidades de un automóvil '2 CV Citroen'. Un soporte sostiene su cabeza; introducido en la nariz lleva un inhalador, lo que indica con claridad el principio del vuelo estratosférico. La nave de viaje, que tiene un aspecto exacto al del cohete, parece ser una nave cósmica que utilice la energía solar».

En efecto, la parte delantera del artefacto es un papagayo, ave que representa al dios volador en el simbolismo maya. La palabra energía resultaría más apropiada que la de dios, ya que, en la descomposición de la luz a través de un prisma, encontramos la gama de colores del plumaje del papagayo.

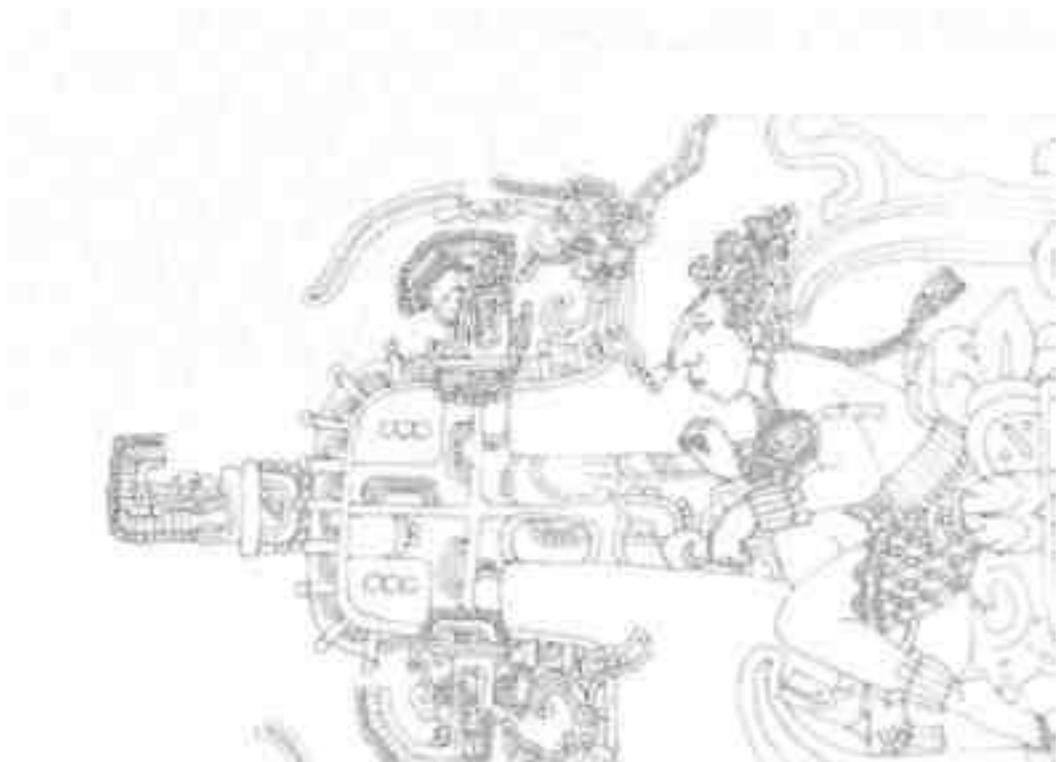
Por lo general, el color dominante en dicho plumaje es el verde, el de los dioses venusianos; ahora bien, resulta curioso observar que, al decir de ciertos testigos, las apariciones de los «artefactos no identificados» matizaban el cielo de verde.

En la parte anterior del cohete, justamente detrás del morro, aparecen dispuestos diez acumuladores y también son visibles otros mecanismos captadores de energía. El motor tiene cuatro compartimentos en la parte delantera; en la parte trasera, unas células y órganos en extremo complejos están unidos por tubos a una tobera que escupe fuego. Queda establecido de manera patente el impulso en el espacio y parece que resulte de la

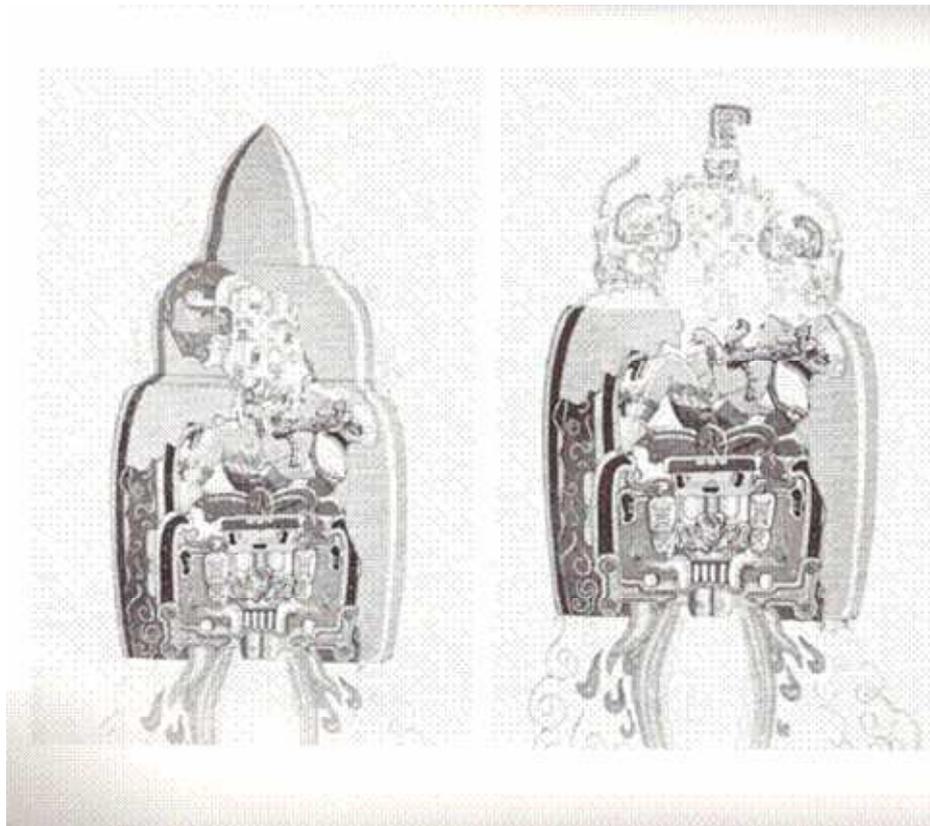
mezcla de dos fuerzas antagónicas, una solar y la otra terrestre.

Una de las muchas reproducciones de la célebre «losa del astronauta», en este caso realizada en plata, vista en vertical, suposición natural. (Col. del autor).





Basándose en lo aparente, muchos autores consideran que-quien está representado en la losa es una astronauta a bordo de una pequeña nave espacial: «... en la parte anterior del cohete, justamente detrás del morro, parecen dispuestos diez acumuladores y también son visibles otros mecanismos captadores de energía». Por lo que respecta al presunto piloto: «...manipula palancas con ambas manos» y, además, «introducido en la nariz lleva un inhalador».



Entre otras deducciones desestabilizadoras, la presencia del glifo correspondiente a Venus es una prueba inequívoca para esos autores de que el destino del cosmonauta es ese planeta y no otro Como se razona en el libro, todos y cada uno de los elementos que componen el bajorrelieve de la losa tienen una explicación bien distinta. (Dibujos de Carlos Fernández Moreno)

«Antaño existían áreas para el lanzamiento de tales aparatos, especialmente la amplia plataforma de Monte Albán, que es el gemelo mejicano de la terraza de Ba'albeck en el Líbano (Ba'albeck = Templo de Baal, el venusino). Estas áreas son una especie de pista gigante construida con bloques inmensos, depositados mediante un poderoso procedimiento que ignoramos».

Podría hacer varios y sabrosos comentarios sobre las deducciones de Tarade y Millou, empeñados en diseñar un vehículo espacial digno del profesor Frank de Copenhague, el de los inventos del T.B.O., pero me limitaré a advertir al lector, si es que no ha estado allí, que Monte Albán en nada se parece a Baalbeck y que, aun siendo una obra colosal, puesto que se allanó la cumbre de un monte para transformarlo en meseta donde levantar varios adoratorios, carece de esas fantásticas losas de piedra para el despegue de cohetes a las que ellos aluden. Por su parte, Baal -o Ba 'al-, el dios semita, tenía tanto que ver con Venus como pueda tenerlo un servidor. Pese a todo, Charroux no sólo asume tal versión, sino que la complementa, aportando un dato tan substancial, como es el destino de la nave:

«Al no haberse traducido la escritura maya, resulta imposible descifrar literalmente el texto -se refiere a los glifos que figuran en la losa- pero no cabe la menor duda sobre la idea que expresa: cosmonauta pilotando un cohete por el espacio sideral en dirección a un planeta. Y podemos determinar con exactitud de qué planeta se trata: Venus».

Una conclusión para él evidente, porque en el texto maya

El Maya Que No Viajó A Las Estrellas... ¿O Sí?

grabado en la losa aparece representado dos veces un jeroglífico que en esa escritura identifica al planeta Venus.

Detrás de lo aparente

No voy a discutir lo que la losa parece representar, yo mismo defendí esa tesis en *TVE* hace unos veinticinco años, cuando aún no había comenzado a viajar a México y mi conocimiento sobre la cultura maya era tan escaso como el del propio Charroux. Lo que si es discutible es que la losa represente realmente lo que a primera vista parece u otra cosa muy distinta. Para ello, recomiendo al lector que busque en estas páginas (págs. 198-199) una ilustración en la que aparece fielmente reproducido el presunto astronauta en su no menos presunta nave.

El primer elemento a considerar es el propio «vehículo». Contemplando la losa en sentido vertical, que es como ha de verse de acuerdo a otras representaciones que, con esos mismos elementos, hay en Palenque, por encima del personaje se ve una estructura que a simple vista puede ser cualquier cosa, pero que adquiere una apariencia mecánica por tres «tubos» acodados, uno arriba y dos a los lados, que, por si fuera poco, parecen articulados; a esa impresión contribuye también otro «tubo» sinuoso, con «abrazaderas» distribuidas regularmente, que termina a ambos lados en dos extrañas formas simétricas, de cada una de las cuales surge hacia arriba una prolongación curva. En conjunto, parece la sección sagital de la proa de un vehículo con una amplia entrada de aire por delante, como en los motores a turbina de cualquier avión actual.

Ruego ahora al lector que busque entre las ilustraciones de este [capítulo](#) la que corresponde a otro bajorrelieve de Palenque, el del «Templo de la Cruz». En él están representados los mismos elementos y en una disposición similar; sin embargo, ¿a quién se le ocurriría compararlo con vehículo alguno? Se trata, ni más ni menos, que de una cruz, lo que en sí mismo nada tiene de sorprendente, por mucho que los cristianos la consideren un emblema exclusivo de su religión.

La cruz está presente en toda la América precolombina y con el mismo contenido simbólico que en cualquier otra cultura: el árbol de la vida. Hundidas sus raíces en el mundo subterráneo, el que corresponde a los instintos, se proyecta hacia arriba, se eleva hacia el mundo espiritual, identificado siempre con el cielo. Sus dos ramas horizontales, sus brazos, son un límite que, al tiempo de señalar el orto y el ocaso, pues la cruz es también símbolo solar, sitúa la cabeza, el espíritu, por encima de la acción (en la proyección del hombre sobre la cruz, los brazos extendidos de éste coinciden con los de la cruz), en una intención de ascenso. Pueden hacerse cuantas variaciones se quiera sin abandonar ese concepto, añadiendo lo que el árbol tiene de renovación, de vida surgida de la tierra, de manifestación, del poder generador del Sol (los cuatro brazos son también los cuatro puntos cardinales, los cuatro hitos en el camino del Sol, representados en su forma más dinámica en la esvástica hindú), etc., pero, en última instancia, representa, como en el cristianismo, al hombre trascendido.

Entre los mayas, sobre todo los de Palenque, es un elemento fundamental utilizado con diversos símbolos accesorios, pero siempre unido a la vida que surge de la semilla tras su estancia en la tierra. Espiritualmente, es símbolo de vida más allá de la muerte: del cadáver, enterrado como la semilla, nacerá la vida en su sentido más pleno y definitivo.

El otro símbolo fundamental en la cosmología americana es la serpiente, que en Mesoamérica aparece representada por todas partes y en mil formas diferentes. Es el símbolo por excelencia de la renovación. Tras su letargo invernal (un remedo de la muerte), vuelve a la vida con el nacimiento del Sol en el equinoccio de primavera, y lo hace dejando atrás su piel, abandonando su vieja envoltura.

¿Qué mejor expresión de la renovación, del renacimiento y, en última instancia, de la reencarnación?

Entre los mayas, como después entre los toltecas o los aztecas, la serpiente elegida es la más mortífera, la de cascabel, igual que en Egipto o en la India es la cobra. Es posible que su carácter letal se adecue mejor a ese símbolo de vida que surge tras la muerte, pero en la de cascabel se da también la magnífica circunstancia de que cada crótalo de su cola representa una de estas renovaciones. Consecuentemente, la serpiente mesoamericana aparece representada como tal, entera y más o menos idealizada artísticamente -a veces tanto, que cuesta reconocerla-, o sintetizada en alguno de sus atributos característicos, ya sean los crótalos, las escamas de su piel o los colmillos.

El árbol de la vida y la serpiente mezclan sin opugnación alguna su mutuo simbolismo, que, en esencia, es el mismo. El «tubo» cuatro veces acodado con segmentos y abrazaderas que el «astronauta» tiene delante, es una serpiente bicéfala equiparable a la que, en la misma disposición, se enlaza con la cruz en un relieve del vecino «Templo de la Cruz». Es cierto que la serpiente y sus cabezas están excesivamente estilizadas, tan cargadas de aditamentos simbólicos que resulta difícil identificarlas, pero no más que el resto de las representaciones religiosas mayas.

De las fauces abiertas de cada cabeza emerge a su vez la pequeña cabeza de un ser de larga nariz, trasunto tal vez de dios Chac, el responsable de la lluvia y, por ende, de la fructificación de la semilla. Los apéndices que la serpiente tiene en ambas mandíbulas, mucho más largo el de la superior, son similares a los que tiene inmediatamente por detrás de la cabeza, semejantes, a su vez, a los que adornan al pájaro quetzal que remata por arriba el relieve de la losa y al que el personaje tiene en la cabeza. No es aventurado identificar esas volutas con estilizaciones de plumas, lo que nos llevaría a situar el mito de Quetzalcoatl, la «serpiente emplumada», en forma incipiente entre los mayas; algo absolutamente asumible, puesto que el precedente

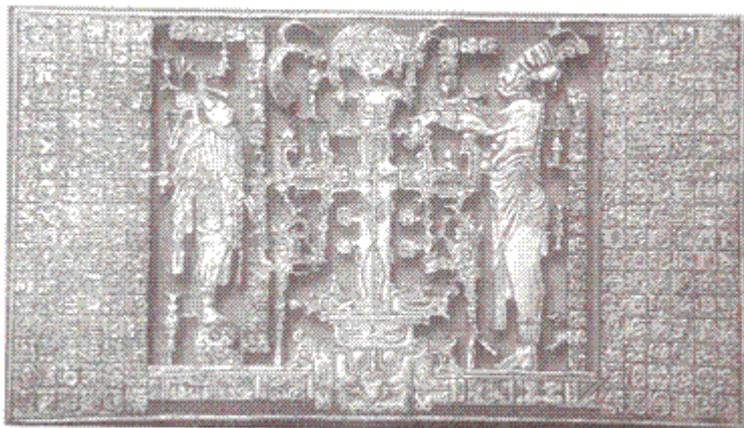
del Quetzalcoatl tolteca es el Kukulcán de maya tardío.

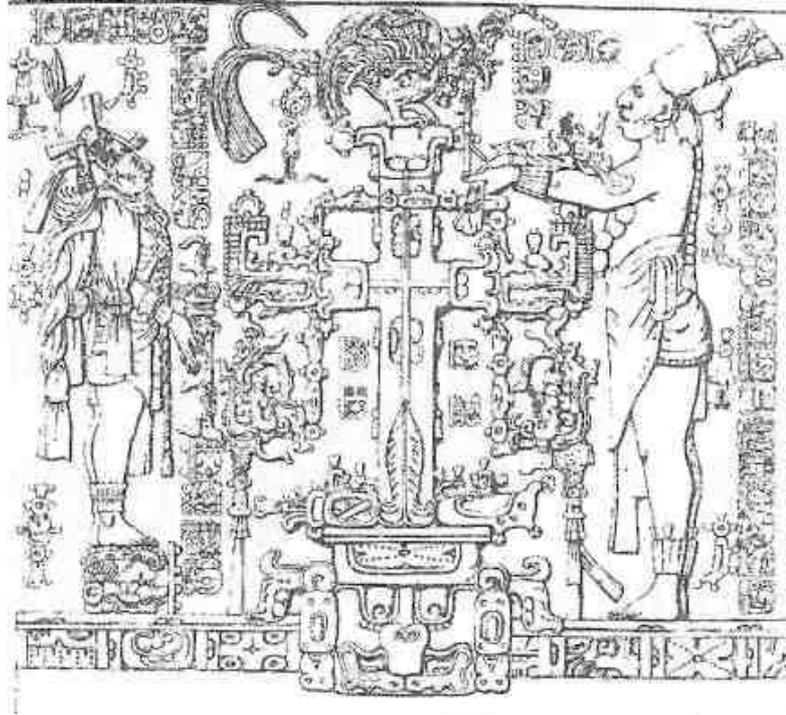
En confirmación de lo anterior está el «astronauta» místico, situado, no en el angosto asiento de una cápsula espacial, sino entre las fauces estilizadas y abiertas de dos serpientes. Kukulcán se representa profusamente así, al igual que otras deidades, emergiendo de la boca abierta de una serpiente, como representación del eterno renacer, del dominio sobre la muerte, de la supervivencia del espíritu.

El «asiento» del personaje es también explícito simbólicamente: de izquierda a derecha, un caracol marino, representación de la fertilidad; un brote vegetal, expresión de lo que nace de la tierra, y un símbolo similar al %, que en escritura maya sirve para representar la muerte; de él, por la derecha, nace una forma vegetal. Todo ello tiene una significación tan evidente en cuanto se refiere a muerte y renacimiento que no merece mayor comentario.

Por' debajo de esos símbolos hay un rostro grotesco de boca desenfadada. Unos lo identifican con el «mascarón solar» y otros con «el monstruo de la tierra». Yo me inclino por esta última interpretación, no porque su simbolismo se ajuste mejor al conjunto de la losa, lo que también sería una razón, sino porque su tocado, la figura que tiene inmediatamente por encima de los ojos, es similar al tocado «Sol de Tierra» que lleva el noveno dios de los Mundos Infernales (Bolontikú) en el glifo G-9 de la estela E de Quiriguá, otra de las ciudades-santuario mayas de esa época, y que, con ligeras variantes, se identifica en otros relieves también con el Sol de Tierra, expresión ésta que alude al recorrido nocturno del Sol, desde que es «devorado» por el Monstruo de la Tierra al anochecer, hasta que renace al alba por el oriente.

También en este caso el simbolismo es evidente; el viajero está asentado sobre representaciones de muerte y renacimiento, situadas a su vez encima del Monstruo de la Tierra, expresión del reino oscuro de la muerte: es alguien que nace después haber muerto, que, en postura casi fetal, abandona el reino de las sombras para un alumbramiento al mundo del espíritu.





En el «Templo de la cruz», en el mismo Palenque, hay un relieve de características similares, pero sin «astronauta». La cruz representada es la misma que la de la losa, con sus brazos horizontales acodados que semejan tubos articulados, también hay una serpiente bicéfala entrelazada con la cruz y el «asiento» es el mismo «monstruo de la tierra» que figura bajo las posaderas del piloto en el«Templo de las inscripciones», sin embargo, a nadie se le ocurriría ver en esos elementos piezas de nave espacial alguna.

Destino: Venus

Hay que conocer la cosmología y la teogonía maya profundamente para adentrarse en el significado completo de la losa de Palenque, lo que ni siquiera está al alcance de los expertos. No sucede lo mismo con su significado global, accesible para los que estén familiarizados con el simbolismo y las estilizaciones artísticas de esa cultura; muchos de los glifos tienen interpretaciones diferentes según las diversas escuelas, pero no contradictorias. Lo que no resulta lícito es valorar lo representado en esa losa al margen de su contexto y de espaldas al conocimiento que actualmente se tiene sobre la cultura maya: si ese relieve representa un vehículo espacial, todos los de Chiapas y el Yucatán están llenos de fragmentos de vehículos espaciales, y si el personaje es un cosmonauta, las ruinas mayas están repletas de colegas suyos.

Alguien dijo a Charroux que en la losa hay un par de glifos que identifican a Venus, de lo que sagazmente dedujo que el piloto de la nave se dirigía a ese planeta. Es obvio que Charroux no tenía la menor idea de la importancia que Venus tuvo en la religión de Mesoamérica, equiparable a la que alcanzó Sirio entre los antiguos egipcios. Lo extraordinario sería que en una tumba maya no apareciese el símbolo de Venus, ligado como estaba a ese ciclo de vida-muerte-renacimiento fundamental para aquella cultura integradora que cifraba su destino en las estrellas (fueron extraordinarios astrónomos y astrólogos).

La revolución sinódica (tiempo que tarda un planeta en volver a estar en conjunción o en oposición con el Sol) de Venus era una medida de tiempo complementaria al año solar y al año mágico. El brillante planeta es estrella matutina durante 236 días, durante 90 es invisible, durante 250 es estrella vespertina y a lo largo de 8 desaparece con el Sol al atardecer y aparece por el mismo punto del orto solar como estrella matutina. Hasta tal extremo era importante, que los mayas contaban ciclos de tiempo armonizando sus calendarios mágicos y solares con el de Venus, desde el ciclo corto, de 2.920 días, que comprende ocho años solares y 5 venusianos, hasta el más largo de los utilizados en las estelas, que armonizaba 3.744 años astronómicos con 2.340 revoluciones sinódicas de Venus, 5.256 años mágicos y 1.752 revoluciones sinódicas de Marte. En su afán de darle a todo acontecimiento una medida cronológica, hoy se piensa que los mayas identificaban el ciclo de Venus con el ciclo de las almas.

Respecto a las manos que manejan «delicadamente» los mandos de la nave, habría que censurar al escultor que labró la losa su inexcusable olvido en el momento de representar tales mandos. Injustificadamente se tiende a considerar que los bajorrelieves americanos responden a la misma rigidez, al mismo hieratismo que los egipcios, cuando, si con una expresión artística se puede comparar la de los mayas, no es con la de Egipto o la de Mesopotamia, sino con la de Oriente, al punto que gestos, actitudes y movimientos recuerdan sorprendentemente los de

esculturas y relieves de la India. Las manos del «astronauta» son tan expresivas y dinámicas como las de otros muchos personajes mayas. Su ropa tampoco es la más adecuada para un piloto y sí idéntica, en cuanto al ceñidor y al faldellín, a la de otras figuras retratadas en Palenque, como la que aparece en un panel oval del «palacio» y que debe corresponder a un sacerdote, no a un rey, puesto que está ofreciendo una corona a otro personaje de más alto rango sentado en un trono constituido por un jaguar de dos cabezas.

Sumando detalles y dando a cada uno la interpretación que más convenga, se puede llegar a cualquier resultado. Recuerdo aquel simple juego gráfico de mi infancia en el que, colocando un cuatro debajo de un seis, se obtenía un perfil humano: «con un seis y un cuatro hago una cara que es tu retrato». Bien está si no olvidamos que no es un dibujo de un perfil, sino un seis y un cuatro que, colocados en esa posición, semejan un perfil humano. La disposición del personaje y de todos los elementos que lo acompañan recuerdan la imagen convencional de alguien pilotando un vehículo que no es avión, porque carece de alas, ni carreta, porque no tiene ruedas, y que en su extremo inferior presenta una serie de líneas que parecen las llamas de una tobera, las plumas de una serpiente emplumada o las llamas del infierno, pero que, en cualquier caso, habrán de identificarse como lo que son y no condicionando el noventa y nueve por ciento restante de lo contenido en la losa a esas supuestas llamas, que, tal vez, tendrían el valor que algunos pretenden darle si todo lo que hay delante de ellas fuese realmente un vehículo, lo que, como hemos visto, no es ni por asomo. Aunque en las descripciones que he leído de la losa sus autores pasan por alto las hipotéticas llamas, si se atiende a la forma de las que están representadas completas (las dos de los lados), es lógico deducir que se trate de plumas, pues son similares a las que tiene en su tocado el «astronauta» y otros muchos personajes mayas, o las del quetzal que aparece representado en el extremo superior de la cruz.

Queda un detalle: el del «aparato» para respirar que tiene junto a su nariz. Dudo que el artista maya encargado de representar algo que obviamente no entendía, hubiera descendido al detalle de un inhalador que, además, no está conectado a ingenio alguno, ni siquiera a la nariz del piloto, a la que apenas toca. No es parte de un sistema, es un símbolo, cuyo significado desconozco, que tiene al lado, a su izquierda, otro igual, aunque más pequeño, y que con ligeras variantes se halla numerosas veces representado en la losa. Si fuese un inhalador habrá que convenir que llamó poderosamente la atención del escultor, pues llenó toda la lápida de inhaladores.

El auténtico misterio está debajo de la losa

En fin, no es cuestión de opinar. Lo que de acuerdo a la simbología y al arte maya está representado en la célebre losa de Palenque se corresponde con la función que tal losa tenía, es decir, la de una tumba: un personaje, sin duda importante – incluso un hombre llegado de otro planeta; que en nada me opongo a visitas de este tipo en el pasado– emerge del inframundo, de la muerte, y nace a una vida espiritual. Dicho de otra forma, se plasma gráficamente la esperanza o el convencimiento, que eso no lo sé, de que el muerto se irá al cielo; ni más ni menos que como en cualquier otra sepultura.

Lo verdaderamente misterioso es la tumba en sí. Es obvio que la pirámide-templo de las Inscripciones se construyó después, encima de ella; entre otras razones, porque la losa no cabe por el pasadizo escalonado que desciende desde el templo hasta la cámara funeraria. Lo que no se sabe es cuánto más antigua que la pirámide es, pero no resulta descabellado pensar que bastante, puesto que los seis esqueletos de los adolescentes sacrificados están mucho mejor conservados que el que había en su interior, pese a encontrarse éste más protegido.

Tratándose de un personaje de excepcional importancia, puesto que su tumba es excepcional dentro del panorama funerario maya, lo lógico es que fuese alguien de la más alta alcurnia y, por supuesto, miembro de esa raza, como está retratado en la losa. Sin embargo, aunque bastante destrozado, su cráneo no mostraba huellas de deformación y sus dientes no estaban limados y carecían de incrustaciones; detalles éstos, que obligan a pensar en alguien que, paradójicamente, no era de la nobleza. Si a ello unimos que no se encontraron cabellos en torno al cráneo (según se ve en códices, estelas y relieves, los mayas, incluidos los nobles, tenían abundante y cuidado cabello) y que la estatura estimada es de 1,73 metros (unos 20 centímetros más de la que debiera tener si fuese maya), estaremos obligados a admitir que nos encontramos ante un muerto bastante extraño.

Y un último detalle: según la traducción más aceptada de las inscripciones que figuran en el templo, el personaje allí enterrado fue un rey de Palenque llamado Pakal («escudo»), que nació en el 603 y reinó desde el 615 hasta su muerte en el 683, a la avanzada edad de ochenta años. Si es así, tampoco el esqueleto enterrado bajo la losa encaja, porque el estudio anatómico forense que se hizo en su momento concluye en que tales restos corresponden a un hombre de cuarenta o cuarenta y cinco años.

O la traducción no es correcta, o nos hallamos ante el hecho insólito de que el cadáver fue enterrado en una tumba que no era la suya. Por otra parte, como hemos visto, es preciso aceptar que se trata de alguien que no pertenecía a la nobleza y que ni siquiera era maya. Así pues, el misterio del «Templo de las Inscripciones» de Palenque no está en la losa, sino debajo de ella.

¿Quién pudo ser ese hombre misterioso? Cuanto se diga es mera especulación, aunque, por pura lógica, podemos imaginar que tuvo que ser alguien lo suficientemente importante por sus hechos, ya que no por su estirpe, como para que ese pueblo, tan ajustado a la norma en su conducta y tan aferrado a las tradiciones, le dispensara un homenaje fúnebre del que, puesto que hasta el momento esa es la única tumba que se ha encontrado bajo una pirámide maya, ni siquiera reyes y sacerdotes fueron merecedores. Alguien muy especial, poco menos que un dios, y que llevaba años, tal vez muchos, enterrado. ¿Por qué esta afirmación? Las razones fundamentales ya han sido expuestas, pero aún podemos añadir otra más poniendo en juego algo de imaginación, y es la que se deriva de la propia losa: resulta incongruente que, tratándose de un extranjero, el personaje representado en ella sea típicamente maya. Una posibilidad es que la losa no le pertenezca a él, sino a un rey maya llamado Pakal -suponiendo que la traducción del texto sea correcta, que es mucho suponer-, lo que parece poco probable. Otra teoría a tener en cuenta es que, pese a no ser maya, lo hubiesen «incorporado» por razones afectivas o de otra índole y quisieron que fuese recordado como tal. Pero aún cabe otra hipótesis, mucho menos enrevesada y, por tanto, más plausible, y es que el artista encargado de esculpir la losa no tuviese idea de cual era el auténtico aspecto del personaje y lo representara de la forma que, dadas las circunstancias, consideró más adecuada. De estar en lo cierto, hay que suponer que se trataba de alguien legendario e idealizado cuya tumba era conocida, quizá venerada, y que los mayas que construyeron Palenque decidieron darle una nueva y más digna sepultura. Desgraciadamente, no tenemos un personaje así del que echar mano en la tradición maya conocida, aunque también es verdad que de esa tradición, en lo que se refiere a individuos legendarios, sabemos muy poco. Sin embargo, el que pergeña una teoría acaba encontrando siempre datos con los que sustentarla, sólo es cuestión de buscar con paciencia. En este caso, ni la paciencia ni el mérito son míos, ambos corresponden a Tomás Doreste. No tengo el placer de conocerle personalmente, ni siquiera sé si vive o, cansado de los misterios de este mundo, se fue a investigar los del otro, pero quiero pensar que sigue por aquí y que cualquier día publicará otro de sus desestabilizadores libros. El más conocido de ellos es *Un extraterrestre llamado Moisés* (Editorial Diana, México, 1978), en el que sugiere varias hipótesis que otros autores posteriores se han apropiado con la mayor cara dura. También son suyos *El mundo de lo insólito*, *El templo de Quetzalcóatl y sus extrañas profecías*, *La maldición de la Casa Blanca* y *El hombre de Palenque y otros enigmas mayas* (Ediciones Roca, México, 1984), que es el que ahora viene al caso.

Enfrentado también al problema de la identidad del cadáver enterrado bajo el «Templo de las Inscripciones», Doreste recurre al texto de un ocasional cronista de Indias, fray Ramón de Ordóñez y Aguilar, en el que podría estar la clave del asunto. Corría el año 1691, cuando al obispo Núñez de la Vega sufrió un

extemporáneo arrebató de fanatismo y se impuso como misión suprema -todos los fanáticos son así de estúpidos- acabar con cualquier foco de resistencia pagana en su diócesis, en la que se incluía la zona a la que desde hace varias páginas nos estamos refiriendo. Llegado a sus oídos que por esa parte los pertinaces indígenas seguían adorando a un tal Votan, envió al ya citado fray Ramón de Ordóñez y Aguilar para que pusiera la cosa espiritual en orden y terminara de una vez por todas con tan terrible herejía. Después de regañar a los impíos y hacerles ver su error, el fraile quemó los textos que, en lengua quiche, recogían las andanzas del mítico Votan. Por curiosidad o porque era menos cerril que su obispo, tuvo la feliz idea de tomar algunas notas de lo que en esos códices se contaba, gracias a las cuales podemos agregar un nombre más a la muy larga lista de «dioses maestros» que visitaron América en tiempos pasados.

Según la tradición quiche transcrita en las notas de fray Ramón, en una época imprecisa anduvo por la región un pequeño grupo de hombres Liderados por Votan. Todos ellos eran altos, barbudos e iban vestidos con túnicas. Procedían de una lejana tierra llamada Valum Chivin, y en su viaje habían hecho escala en «la morada de los trece». Aunque lejos, el lugar de origen de Votan no debía estarlo demasiado, porque se dice que regresó en cuatro ocasiones a su patria. No tengo constancia de los prodigios que obró ese personaje y su séquito, pero algo memorable debieron hacer, ya que los indígenas les ofrecieron sus hijas más bellas para que engendraran hijos de su estirpe. Hay, asimismo, un detalle que podría apoyar la tesis de que el cadáver enterrado bajo el «Templo de las inscripciones» es el suyo: fundó Otulum, que, según la tradición quiche, es precisamente el lugar que hoy llamamos Palenque. Por cierto, no recuerdo si ya lo he dicho, pero ese nombre actual le viene únicamente por estar al lado de un pueblecito llamado Santo Domingo de Palenque. Ya de paso, por si el lector no lo sabe, diré que *palenque* es una palabra castellana equivalente a valla de madera o empalizada, que es lo que en tiempos rodeaba a esa pequeña población para defenderla del acoso de los «indios». (como en anteriores ocasiones, el misterio no queda resuelto y la identidad del mal llamado «astronauta de Palenque» sigue siendo un enigma. Es posible que se trate de Votan, pero, de serlo, sólo cambiaríamos la interrogación de sitio y en vez de preguntarnos ¿quién es el que está enterrado?, diríamos: ¿quién era ese Votan que está enterrado allí?

El que si resolvió a plena satisfacción el tema -por lo menos a plena satisfacción suya-, fue el bueno de fray Ramón, que llegó a la conclusión de que Votan y su cortejo eran hetveos, es decir, descendientes de Het, hijo de Canaán, nieto de Cam y, por tanto, bisnieto de Moisés. Un personaje, este Het, que tanto vale para un roto como para un descosido, porque en el libro de Doreste se menciona, aunque ignoro la fuente, que partió del puerto fenicio de Tiro en el 1447 a.C. y no se volvió a tener noticia de él. Vaya usted a saber...

Mucho misterio, demasiado para quienes, como si fuera suyo, se

arrogan el poder de decisión sobre el pasado mexicano. Las «autoridades» arqueológicas de ese país, que las hay, están hartas de tanta especulación y de que los arqueólogos no ortodoxos y los «aficionados», sobre todo si son extranjeros, encuentren misterios o incongruencias que vulneran la historia «oficial» determinada por ellos. El pasado es allí mucho más que simple historia: es «seña de identidad», base y fundamento de un nacionalismo puro y duro, reaccionario como todos los nacionalismos, pero útil en cuanto instrumento de manipulación. El lector se sorprendería si conociese lo efectivo que resulta en muchos países de América ese manejo del pasado para desviar la atención del pueblo, alejándola de la corrupción de los gobernantes y dirigiéndola hacia un «enemigo» exterior que, salvo en el caso de «la guerra de las Malvinas» y pocos más, suele ser España. Recuerdo una rueda de prensa en un hotel de México DF., en la que dábamos a conocer a los medios de comunicación el inicio del rodaje de una serie de documentales titulada *El otro México*, coproducida por varias televisiones autonómicas españolas y el Instituto de Cinematografía de México. La primera pregunta que me hicieron fue: «¿Y cómo ustedes, los españoles, que destruyeron la cultura mexicana, vienen ahora a hacer una serie sobre nuestro pasado?». La cortesía me impidió responderle a aquel mentecato como debiera; me limité a contestarle que yo había nacido a mediados del siglo XX y que los miembros de mi equipo eran aún más jóvenes. El pasado de México es grandioso, pero su presente no lo es. Ahí se reduce todo.

Son consideraciones que hacen al caso, porque en los días en que redacto este capítulo me llega la noticia de que Vera Tiesler Blos, investigadora de la Universidad Autónoma del Yucatán y directora de un equipo multidisciplinar que ha estudiado «a fondo» los restos del cadáver enterrado bajo la losa del «Templo de las Inscripciones», ha dado a conocer al mundo que sí son los de Pakal, que tenía deformación craneana y los dientes limados, que era originario de Palenque y que murió a la edad de ochenta años. Naturalmente, también ha rebajado su estatura a un metro sesenta y cinco para que, aún siendo alto, encaje mejor en la tipología maya. Es indudable que los métodos de investigación forense han avanzado mucho en estas décadas, pero no tanto como para que exista tal disparidad con las observaciones, análisis y mediciones realizadas en su día bajo el ojo atento de Alberto Ruz, nada interesado, por cierto, en que esos restos fueran otros que los de un personaje maya: o se trata de dos cadáveres distintos o uno de los estudios está convenientemente manipulado. Como médico diplomado en Investigación Criminal por la Cátedra de Medicina Legal de la Universidad Complutense de Madrid —tengo otros títulos y diplomas, pero no hace ahora al caso presumir de ellos— sé que no es difícil orientar un estudio de este tipo en la dirección más conveniente. Así pues, aunque considere mi obligación incluir estos recientes datos, no lo hago sin dejar constancia de mi desconfianza.

CAPÍTULO 5
BERKS, LA CIUDAD
QUE NUNCA. VI.



No soy un buen jinete, pero en esos días una vieja lesión de rodilla había vuelto a manifestarse y no me quedaba otra alternativa si quería llegar hasta el cerro El Pajarillo. El capataz al que alquilamos la montura debió deducir con una simple ojeada que me iba más un manso corcel que un brioso alazán. No fue un juicio desacertado, pero creo que se excedió: aquél saco de huesos era la imagen misma de la decrepitud. Nos caímos bien, creo que por solidaridad, porque, tras unas extrañas fiebres que un par de semanas antes habían estado a punto de acabar conmigo en Costa Rica, andaba yo en esos días tan escaso de carnes como él. Piadosamente, mis compañeros de equipo se abstuvieron de hacer comentarios y emprendimos camino hacia la sierra. A veces los desniveles eran tan pronunciados, que optaba por descabalgear para librar al venerable penco de mi peso y evitar que ambos rodáramos quebrada abajo; otras, era la propia compasión lo que me movía a apearme y a tirar de sus riendas en las cuestas arriba. Han pasado bastantes años desde entonces y supongo que ahora cabalgará retozón por las praderas del otro mundo. Vaya desde aquí mi agradecido recuerdo a su desgarrada estampa y a su filosófico carácter; fue una digna montura, aunque me proporcionase algún sobresalto, más por su quebradiza osamenta -inverosímilmente intacta al final del recorrido- que por mi propia seguridad, que en ningún momento sentí en peligro.

Tras cuatro horas de accidentada marcha llegamos a la ladera del cerro donde estaba la huella. A pesar del tiempo transcurrido era perfectamente reconocible: una gran elipse de cien metros de larga, con el pasto más claro que el resto. En un lugar más accesible habría durado menos tiempo, pero aquella parte de Argentina está escasamente poblada y son pocos los que han vuelto por allí después de la investigación que en su día se hizo.

Fue el 9 de enero de 1986. Esa noche, los habitantes de un pequeño rancho no muy lejos del cerro fueron protagonistas de una escena digna del mejor cine de Spielberg. Doña Esperanza, una de sus hijas y su nieto Gaby, jugaban a las cartas mientras llegaba la hora de acostarse. En esa época es verano por aquellas latitudes y de fuera llegaba el canto de las chicharras y algún mugido del ganado, sólo eso... Hasta que un nuevo sonido que venía de lejos les hizo interrumpir la partida:

«Oímos un ruido -así lo contó doña Esperanza-, como si viniera un automóvil; entonces dijimos: vamos a dejar, que viene alguien. Cuando fuimos a la pieza vimos la luz que,

como tenemos la ventana alta, llegaba el reflejo. Era de color rojo. Al rato la veíamos acá y al rato para el otro lado... parecía como si corriera. Mi nietito, que es muy curioso, se quedó mirando por la ventana; nosotras nos estuvimos quietas y no nos atrevimos a mirar más. Pregúntele a él, que lo vio todo».

Y, naturalmente, le preguntaron, recibiendo por parte del nieto esta respuesta:

«Se veía del lado de atrás de la sierra, muy lejos, pero se acercaba a la casa. Mi tía le dijo a la abuela, 'dése la vuelta', porque tuvieron miedo, pero la luz llenó toda la pieza. Entonces fui a correr la ventana y miré por la reja: era una cosa redonda como una pelota. No se podía ver nada, pero enseguida apagó la luz fuerte que tenía abajo y prendió la más clarita y se lo podía ver todo. Era una cosa redonda, con rayas. Cuando se apagaba la luz clarita, con la fuerte no veía. 'Eso' andaba por los campos, se alejaba y luego volvía, venía de la sierra, se balanceaba y después seguía...».

(Fragmentos de la entrevista realizada en su día por los investigadores argentinos Elena Nilian y Héctor Antonio Picco).

Aunque dramática para quienes la protagonizaron, la experiencia podría ser considerada una más dentro de la dilatada casuística ovni: un objeto esférico y luminoso que evoluciona a pocos metros de altura sobre la casa y sus alrededores. Sin embargo, fuera lo que fuese aquel objeto, no se limitó a asustar a los testigos, sino que, además, dejó dos pruebas físicas de su excursión nocturna: la huella del cerro «El Pajarillo» y un sauce deshidratado.

Doña Esperanza recordaba perfectamente lo sucedido aquella aterradora noche en la que ella y su nieto Gaby sufrieron el «acoso» de un gran objeto que estuvo evolucionado sobre la casa.



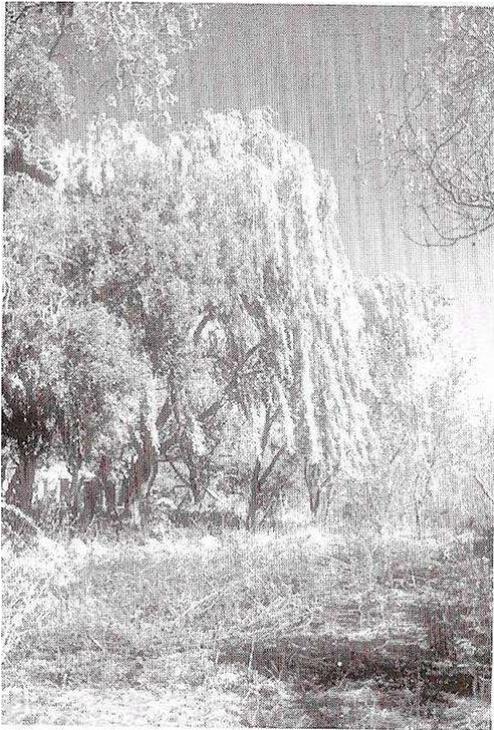
Cuando estuve en el rancho, el sauce, un hermoso ejemplar plantado cerca de la casa, tenía un aspecto normal; si acaso, su verde era más encendido que el de los otros, o así me lo pareció. En los meses transcurridos desde aquella célebre noche se había regenerado por completo, aunque nadie habría dado un austral por él al ver su estado a la mañana siguiente de la visita del ovni, ya que, mientras que los de alrededor permanecían indemnes, él había perdido todas sus hojas, que formaban una alfombra amarilla en el suelo. Los análisis realizados por dos laboratorios distintos demostraron que no quedaba

una gota de savia; las hojas estaban deshidratadas, aunque conservaban su estructura normal, sin signo alguno de quemaduras. Limpíamente, aquella esfera luminosa había «succionado» el líquido del sauce o había emitido sobre él alguna forma de energía que lo deshidrató sin chamuscarlo siquiera.

Por lo que se refiere a la huella de «El Pajarillo», los hechos fueron aún más sorprendentes. No hubo ningún testigo que pueda verificarlo, pero lo lógico es atribuirle también al paso del ovni, porque se formó durante esa noche y, como se comprobaría después, no fue producida por incendio alguno u otra causa fácilmente explicable. Al igual que sucediera con el sauce, los vegetales y pequeños animales del interior de la huella estaban deshidratados y algunos tallos y hojas de gramíneas aparecieron ligeramente tostados y brillantes, «como barnizados»; pero lo sorprendente es que el chamuscamiento se había producido de arriba a abajo, evidenciando que la fuente de calor que causó la rápida evaporación de los tejidos vivos estaba situada en el aire, por encima del terreno.

Los investigadores llegaron, y midieron la huella, se llevaron muestras del terreno y de los vegetales, comprobaron que la radiactividad era normal, hicieron muchas fotografías y se fueron. Allí quedó la huella elíptica: una mancha oscura, contrastando con el pasto verde amarillento del cerro.

Pasó el tiempo y las hierbas secas fueron sustituidas por otras nuevas y jugosas, pero el ganado las rechazaba; comía del pasto circundante, pero ni siquiera entraba en la huella. Sin embargo, lo más extraño sucedería después, en agosto de 1987. En ese mes se produjo un incendio en el cerro, en esta ocasión por causas naturales, y el pasto ardió, levantando una espesa humareda. Todo quedó quemado..., excepto el pasto del interior de la huella que, sin que hasta ahora se sepa la razón, se negó a arder. Aquella elipse, que en su día era oscura en comparación con el resto, seguía estando allí, sólo que ahora era verde, mientras todo lo demás estaba calcinado. Sorprendente circunstancia, que aún lo resulta más si se tiene en cuenta que, como entonces se comprobó, una vez arrancada del interior de la huella, la hierba ardía con suma facilidad.



A la mañana siguiente, uno de los sauces que hay junto a la casa apareció totalmente blanco, sin una gota de savia. Pese a ello, en los meses siguientes se recuperó y cuatro años después tenía este aspecto, totalmente normal.

Pensaba en todo ello mientras mi caballo comía parsimoniosamente de ese pasto que tres años atrás las reses rechazaban. Al observarlo, deduje que, aunque el gran óvalo era aún de color diferente al resto del cerro, nada había ya de especial en él. Me equivocaba. Invisible a nuestros ojos, algo quedaba allí que producía interferencias en la grabación del sonido. Tras varias pruebas, comprobamos que esas anomalías sólo tenían lugar cuando la transmisión era entre el interior y el exterior de la huella. Si yo estaba dentro, provisto de micrófono inalámbrico, y el ingeniero de sonido fuera, con su receptor, había interferencias.



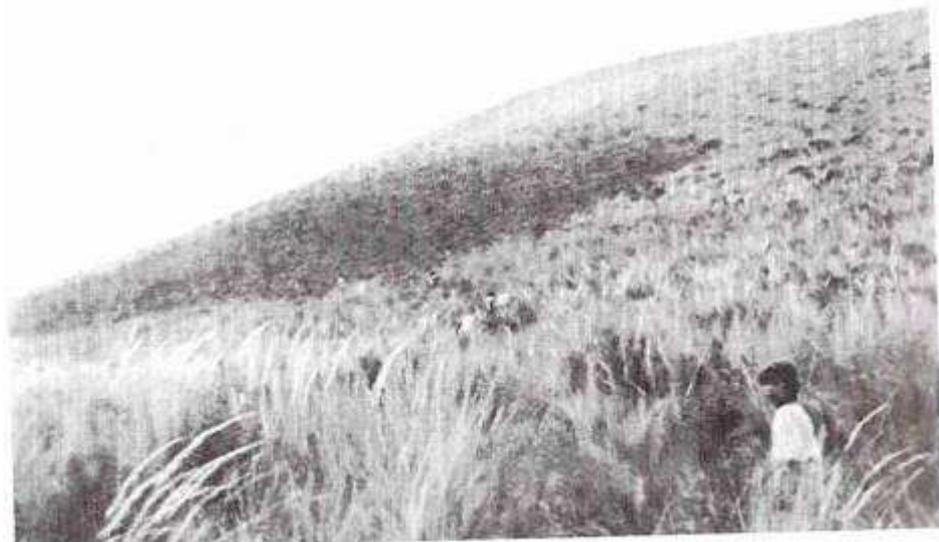
Vista aérea y sobre el terreno de la huella del Cerro del Pajarillo. En estas fotografías, tomadas en 1986, en los días siguientes a su formación, se aprecia claramente el pasto quemado de su interior, contrastando con el resto.

También se producían en el caso contrario, pero si ambos estábamos dentro o fuera de la huella, no *había* interferencias. No pudimos determinar la causa, pero, sin la menor duda, lo que fuese estaba dentro de aquella

Erks, la ciudad que nunca vi

elipse e interfería la transmisión de ondas hertzianas. Lamentablemente, el ingeniero de sonido decidió «dramatizar» las interferencias en su laboratorio para que quedaran más perceptibles en el documental y, pese a su buena intención, las transformó en un mal truco de película, así que sólo queda el testimonio de los que allí estuvimos ese día...y la huella misma, donde a buen seguro todavía puede repetirse la experiencia; sólo hay que ir hasta allí.

Sin rubor alguno, el autor exhibe en esta fotografía su poco airosa estampa de jinete sobre el famélico y filosófico caballo que le sirvió de montura en aquella sierra argentina, camino del Cerro del Pajarillo, y al que desde este libro envía un cariñoso y agradecido recuerdo allá donde esté, que será en las praderas del otro mundo.



Años más tarde se produjo el fenómeno inverso; el pasto del cerro ardió por causas naturales y, sin que haya explicación, el del interior de la huella no se quemó, permaneciendo verde.



Cuatro años después, en los días del rodaje de En busca del misterio, la huella era todavía reconocible, con su hierba de un color diferente a la de alrededor. No era la única anomalía: tal como comprobó repetidamente el ingeniero de sonido, dentro de la huella «algo» interfería en la transmisión de radio.



La hacienda que fue sobrevolada por un ovni la noche del 9 de enero de 1986. Presuntamente el mismo que dejó la huella en el cerro.



En esta panorámica obtenida a gran distancia durante el rodaje, se aprecia claramente la forma elíptica de la huella.

Una sierra cargada de enigmas

-Por muy interesante que sea, desde el pragmático punto de vista de un productor una huella dejada por los ovnis no es razón suficiente para que un numeroso equipo de rodaje se traslade con todos sus pertrechos, incluidas dos cámaras de 35 mm., focos y dos grupos electrógenos portátiles, desde Buenos Aires hasta Córdoba. Ni yo mismo lo habría planteado, pero había otro motivo para el viaje, otra historia que contar, aún más extraordinaria, en ese mismo paraje argentino.

Tal vez a los ajenos al tema les parezca excesivo el término «zona caliente» que los ufólogos utilizan al referirse a lugares en los que el fenómeno ovni es especialmente pródigo, pero en el caso de Capilla del Monte resulta más un eufemismo que una exageración. Está a una hora por carretera de la ciudad de Córdoba, hacia el norte, al pie de una sierra formada por cerros erosionados y profundas quebradas, donde todo lo extravagante encuentra asiento y de la que un cerro, el que llaman Uritorco, es el epicentro.

Si los que hablamos de estas cosas supiéramos realmente de qué estamos hablando, conoceríamos las razones por las que ese abigarrado conjunto de sucesos absurdos que encuadramos en el fenómeno ovni se centra habitualmente en torno a lugares considerados desde antiguo como mágicos o legendarios. Intentamos razonar sobre ello y aludimos a causas telúricas: geomagnetismo, aguas subterráneas, radiactividad..., sabiendo que, en el mejor de los casos, se trata de una visión parcial del asunto. Aunque resulte incómodo admitirlo, la experiencia parece indicar que, sin negar su materialidad, «luces», «naves» y «extraterrestres» parecen más vinculados a lo psíquico y lo espiritual que a lo físico y resulta más probable su localización sirviéndose de la intuición de un paragnosta que de un contador Geiger. Uritorco, como algunos otros lugares de este planeta, cumple esas condiciones: es fecundo en acontecimientos extraordinarios y atrae con un canto inaudible de sirena a sensitivos y contactados, quién sabe si para premiarles con una apertura de conciencia o para devorarlos psíquicamente.

Gabriela no tiene dudas: eso fue bueno para ella. Al verla tan frágil, tan desnuda de defensas y, sin embargo, tan libre para sonreír, uno piensa si no tendrá razón. Llegó a Uritorco con otros tres amigos, llevados por un «contacto», citados sin día ni hora a los pies del cerro, para que, desde allí, su sexto sentido les guiara a un lugar de la sierra donde tendrían su encuentro con los

«maestros» de Erks, la ciudad subterránea que, según dicen, comparte el espacio de Uritorco, pero a la que sólo los elegidos tienen acceso, porque no está en ésta, sino en otra dimensión.

Dejaron su calzado al borde de un sendero y, vestidos con túnicas blancas, iniciaron el ascenso al cerro. No era buena época para su peculiar excursión y cuando menos lo esperaban la niebla cubrió Uritorco borrando con su velo cualquier traza de vereda. Tras la niebla vino la noche y, tras ésta, de nuevo la niebla y una copiosa nevada.

Por si había suerte —que filmar alguna de esas luces, el misterio instaló un cerro.



no la hubo— y podíamos equipo de En busca del campamento al pie del

Durante varios días fueron buscados por el ejército y la policía civil. Al fin, uno a uno, fueron encontrándolos, hambrientos y agotados, pero vivos. Si no recuerdo mal, Gabriela fue la última. Cuando dieron con ella llevaba ocho días perdida y tenía los pies destrozados. El primero en atenderla fue el médico de Capilla del Monte, con el que estuve charlando. A pesar de los años, recordaba perfectamente su impresión al ver el lamentable estado de la muchacha y, sobre todo, sus pies gangrenados. Tras una primera cura, hizo lo único posible: enviarla a un hospital de Córdoba, la capital. Aun que desnutrida y sumamente débil, no fue difícil su recuperación; el auténtico problema lo constituían sus pies. Dada la irreversibilidad del proceso y el peligro que suponía para su vida, el criterio fue amputarlos, pero Gabriela «supo» que sus pies sanarían y pidió unos días de plazo. Contra todo pronóstico, en menos de una semana la piel necrosada se había desprendido y arterias y tendones, antes cruelmente dañados, recuperaron sus funciones. Ahora camina con esos pies; lo hace grácilmente y, si se le pide, los muestra satisfecha para que vean que no hay rastro alguno de lesiones. Puede que el diagnóstico no fuera el correcto o que su mente pusiera en marcha misteriosos procesos auto-regenerativos, pero también puede ser que nos hallemos ante un caso más de curación «milagrosa», médicamente inexplicable.

Estuvimos hablando de ello al amor del fuego, en el pequeño campamento que habíamos instalado en las inmediaciones del cerro por si teníamos la suerte de filmar alguna de esas luces que allí todos han visto. A

impulso del viento, la hoguera llenaba el aire de chispas que revoloteaban entre nosotros caprichosas y efímeras pero más allá de ellas y de un par de linternas que iluminaban las tiendas, todo era oscuridad y silencio. En ese ambiente propicio a las confidencias, la voz suave de Gabriela sonaba como venida de un mundo a medio camino entre éste y el de los cuentos de hadas. Me llegan a la memoria sus ojos, abiertos de par en par, más atentos a lo que recordaba que a lo que tenía alrededor, y la piel casi transparente de su cara; parecía a punto de disolverse en el aire y volver a la Tierra Media de los relatos de Tolkien. Sus recuerdos eran vagos y hechos a retazos, como secuencias inconexas de una película: el frío, la pérdida de contacto con sus compañeros, la soledad y, finalmente, el abandono de sí misma, la mansa entrega a la muerte, en aquellos momentos más dulce y piadosa que siniestra. No llegó, o llegó apenas, si es que la Parca se conforma en ocasiones como esa con acariciar a su presa y dejarla luego. Tal vez fuese porque Gabriela estaba acompañada. Ella no tiene duda: fueron seres de Erks quienes la cuidaron hasta que llegó el equipo de rescate. Los vio y habló con ellos. Días después, ya sin verlos, fue a ellos también a quienes pidió ayuda cuando iban a cortarles los pies. ¿Cómo saber si todo se limitó a un delirio inducido por la fiebre y el hambre o fue otra cosa? Ante la duda, pronunciarse por una explicación razonable parece lo sensato, pero, ¿cuáles son los límites de lo razonable en un lugar donde lo absurdo se ha convertido en lo habitual?

No es sólo Gabriela, otros afirman haber visto a esos mismos seres, altos, vestidos de blanco, deslizándose sin pisar el suelo, con una marcha uniforme que ignora lo abrupto del terreno... Entre los testigos abundan los que, sin estar comprometidos emocionalmente con el tema pese a su proximidad, viven en las inmediaciones del cerro. Son los mismos que con frecuencia ven las esferas de luz, esos globos anaranjados o azules que, sin ruido alguno, parecen brotar de las laderas del cerro, solitarios o en grupo, para volar a poca altura por entre las quebradas o, visibles desde varios kilómetros de distancia, dirigirse desde Uritorco a otros cerros y desde ellos a Uritorco. Luces esféricas que al final de su recorrido desaparecen tragadas por la sierra, introduciéndose en las laderas sin dejar huella alguna, como si carecieran de materia. Son... «las luces de Erks». Unos creen que forman parte del fenómeno ovni, «simples» *foo-fighters*, en tanto que otros aseguran que se trata de entidades más espirituales que físicas: los propios habitantes de Erks.



Vista general del cerro Uritorco, escenario frecuente de «luzes» que salen de él, dirigiéndose a otros cerros de esa sierra, o que llegan desde éstos, introduciéndose en él como si carecieran de materia. Casi todos los vecinos de Capilla del Monte, una pequeña ciudad al pie del cerro, han sido testigos del paso de estas «luzes», descritas como de varios colores y de forma esférica.

Seres y luces no constituyen la única peculiaridad de Uritorco; el cerro y una amplia zona en torno a él son escenario frecuente del paso y evoluciones de ovnis convencionales, aparentemente sólidos y con formas semejantes a las de tantos otros. Hay muchas personas en Capilla del Monte que los han visto en una o varias ocasiones; desde Walter Co, el entonces alcalde de la pequeña ciudad, que perdió el control y se estrelló con su coche por la inesperada aparición de un enorme ovni junto a la carretera, hasta Carlos Parodi, el dueño del hotel donde nos alojábamos, pasando por Jorge A. Suárez, nuestro corresponsal en la región, Eduardo Aguado, jefe de correos, los guardias municipales y una larga lista de ciudadanos.

Gente común, simples testigos que están seguros de lo que vieron, pero que se encogen de hombros cuando se les pregunta sobre Erks y sus espirituales habitantes.

«Algo» debe haber allí. Lo irritante es que ese «algo» se escurra por entre los pliegues de la realidad y los hechos quedan reducidos a simple crónica, sin poder saber qué intención hay detrás de ellos ni qué plan los aglutina. El momento para sacar conclusiones no ha llegado aún, quizá no llegue nunca, pero entre tanto es preciso acumular cuanta información sea posible, sin despreciar ninguna, no sea que por soberbia intelectual nos perdamos lo más interesante. Por eso agudicé el oído cuando, pocos meses después, conversando por teléfono con un viejo amigo

de Miami, surgió la palabra Erks. El amigo en cuestión es un empresario del mundo editorial y, aunque le sabía interesado por estos temas, ignoraba que fuera uno más en la ya inmensa red de «contactados». No me sorprendió demasiado, pero sí que hiciera referencia a Erks y situase la pseudomaterial ciudad en Uritorco. Lo que yo creía un tema local, resultaba ser familiar para contactados de diferentes países americanos y europeos, que en pequeños grupos acuden periódicamente a la sierra cordobesa para tener encuentros con los «maestros». Mi amigo llevaba años haciéndolo y, según me confió con toda naturalidad, había visto la ciudad de Erks en varias ocasiones. Era una pieza más en el rompecabezas. Pero aún surgiría otras pocas semanas después.

Cuando se prepara un artículo o un libro sobre determinado tema, se exagera la capacidad asociativa, se desarrolla el «olfato» para cualquier noticia o dato que pueda tener relación con el tema en que se está trabajando, aunque tampoco faltan quienes dicen que se trata de «causalidades», es decir, de aparentes coincidencias que no son fruto de la casualidad, sino de una estrategia que trasciende lo humano. En este caso, casual o puesto delante de mis narices por yo que sé quién, el nuevo dato era una breve crónica enviada por uno de nuestros corresponsales en Extremadura. Por sí misma, la nota nada tenía de espectacular, en síntesis, se trataba del éxodo de unas cuantas familias pacenses bajo la guía de un líder espiritual de la zona. Lo significativo es que el punto de destino era Alta Gracia, un pequeño pueblo argentino situado a poca distancia de Uritorco y vinculado a las supuestas energías telúricas que hacen de esa parte de Argentina un lugar especial. Ante los medios de comunicación, los protagonistas de ese viaje sin retorno adujeron razones de tipo ecológico, refiriéndose al clima y a la naturaleza del suelo de esa región americana como los idóneos para el cultivo de plantas salutíferas y medicinales, lo que carece de todo sentido para quien haya estado allí.

El auténtico motivo por el que esas familias extremeñas, a las que se unieron otras en los siguientes meses, dejaron su tierra y sus amigos para afincarse en un lugar tan lejano era mucho más extraordinario. Ni su propio gurú lo tenía totalmente claro, sólo sabía que esa especie de Nueva Jerusalén está llamada a desempeñar un papel fundamental en los sucesos que aguardan a la humanidad. La sospecha, por no decir convencimiento pleno, entre los «iniciados» es que tales acontecimientos serán catastróficos para la mayor parte del planeta. El norte de Argentina es una de las zonas que quedarán indemnes, por

eso las entidades que nos tutelan están «llamando» por vía inconsciente a la gente para que se instale allí. Puesto que esa llamada no es percibida por todos, queda la duda de si está reservada a los «elegidos» o vale para cualquiera que tenga un cerebro adecuadamente receptivo. Como en todo esto de los «contactos» y de las «llamadas interiores» hay mucho de narcisismo, los perceptores se apuntan a la tesis de una elección y no a la de una peculiaridad fortuita de su masa encefálica.

¿Disparatado? Vaya usted a saber..., el hecho es que no se trata de algo nuevo, y que son muchos los que creen firmemente en el final de una etapa de la humanidad, obviamente plagado de guerras y catástrofes naturales, ya previsto por una especie de «hermanos mayores» que están disponiendo las cosas para que grupos espiritualmente selectos de personas sean el germen de una nueva y mejorada humanidad; recuerde si no el lector lo que decía Daniel Ruzo a propósito de Marcahuasi.

En el caso de Uritorco, lo llamativo es que sus peculiaridades (esferas de luz, individuos levitantes, naves, punto de cita para encuentros místicos, etc.) no pueden atribuirse a una moda pasajera debida al cambio de milenio, porque ya era un lugar «especial» en época precolombina. Los comechingones, indios de esa región que, entre otras cosas singulares -aparte de su mismo nombre- poseían un idioma propio, consideraban tabú al cerro Uritorco por la aparición de luces y la presencia de extraños seres.

El bastón de mando

Para que un lugar así se haga acreedor con todo merecimiento a adjetivos como legendario o mítico, sólo hace falta que su existencia fuera conocida en los círculos herméticos de Europa y Asia desde antiguo. No se me habría pasado por la cabeza esa posibilidad, pero las «causalidades» volvieron a hacer de las suyas, llevándome casi de la mano al barrio de San Isidro, en Buenos Aires, para encontrarme con el profesor Terrera.

En el mundillo de lo esotérico, donde cualquier indocumentado se otorga gratuitamente y sin vergüenza -en eso, al menos, son coherentes- el título de profesor, resulta reconfortante encontrarse con alguien que lo ostenta merecidamente. El profesor Guillermo Alfredo Terrera lo había sido de Antropología y Sociología en las universidades de Córdoba, Buenos Aires y La Plata. Había acumulado, además, tal cantidad de cargos y escrito tantos libros, que cuesta entender cómo tuvo tiempo para todo. Sin embargo, no por ello cuanto afirmaba ha de ser aceptado al pie de la letra, porque afirmaba muchas cosas, muy dogmáticamente y, en no pocas ocasiones, con evidente gratuidad. El viejo truco dialéctico de amontonar verdades y simples suposiciones, sazonándolas con un abrumador derroche de datos y citas para llevar a su interlocutor al clásico huerto, lo utilizaba el bueno de don Guillermo Alfredo con encomiable habilidad. Así pues, con el debido respeto a su memoria y alguno menos a sus argumentos, haré una telegráfica síntesis de lo que sostenía respecto a Uritorco y al Bastón de Mando, del que luego hablaré.

Según sus fuentes de información, el planeta tiene zonas en las que «una conjunción de energías cósmicas, solares y telúricas otorgan a esa área geográfica una intensa y especial actividad energética». En Argentina habría dos de esos «triángulos de fuerza», uno «mayor» y otro «menor», que se relacionan precisamente con el escenario donde se producen los fenómenos que se comentan en este capítulo. Al parecer, esas «conjunciones de fuerza» son conocidas en los círculos herméticos desde tiempo inmemorial, y unos supuestos «maestros», auténticos rectores ocultos de la Humanidad, dispusieron que, llegado el momento, el Cono Sur de América juegue un papel decisivo en el cambio que la especie humana ha de experimentar: «el regeneramiento de la Humanidad tendrá como epicentro a Sudamérica, y del vértice triangular de fuerzas saldrá el nuevo hombre que vencerá a la violencia, a la droga, al alcohol y al materialismo».

El símbolo de cambio, el arma mística que ha de empuñar en sus manos aquél que cambiará el destino del hombre, es un bastón de mando, el Toqui Lítico que, según Terrera, fue mandado construir por Multan o Sultán, un «poderoso cacique de la protohistoria sudamericana y poseedor de todo el saber hermético que guardan los códigos y las escuelas primordiales», cuyo nombre, muy similar ;i Votan, hace pensar si no se trata del mismo misterioso personaje que, según la tradición quiche, anduvo por el sur de México haciendo prodigios, y al que ya me he referido en el capítulo anterior.

Sin renunciar en ningún momento a ese lenguaje grandilocuente, moviéndose con envidiable desenvoltura por entre las leyendas europeas, fundamentalmente las germánicas, y haciendo con todas ellas una tendenciosa mezcla, el profesor argentino no tenía rubor en concluir que ese bastón de mando, también llamado «Piedra de la Sabiduría», es uno de los más místicos y codiciados objetos del mundo:

«El Toqui Lítico fue programado desde la antípoda terrestre y confirmado por las escuelas primordiales de Persia, del Himalaya, de los Andes, del triángulo del Cono Sur, del Cercano Oriente y de la Antigua Europa; por ello fue buscado con tanto empeño, desde hace siglos, conjuntamente con el vaso sagrado del Santo Sepulcro, por multitud de filósofos y esotéricos de diversos países, como los chinos, indios, tibetanos, alemanes, europeos, norteamericanos, gentes de Oriente Medio, etc. Gran cantidad de estos estudiosos, investigadores y filósofos, concurrieron a las escuelas tibetanas y a los centros herméticos de México y Perú y a las más grandes bibliotecas públicas y privadas, a la busca de datos y de la información que, por otra parte, ya estaba determinada desde milenios en el pequeño triángulo de fuerzas del área de los comechingones del silencioso Uritorco».

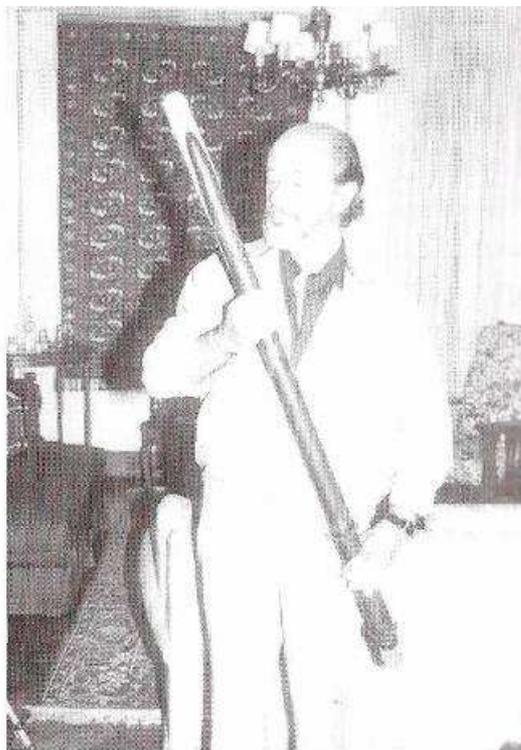
Entre esos buscadores no podría faltar Hitler, tan vinculado al esoterismo, quien, según otro rumor más, envió a Argentina una expedición para conseguir el preciado bastón y, con él en la mano, refrendar su imagen de líder predestinado. No lo consiguió, si es que tal rumor tiene algún fundamento, y perdió la guerra, privándonos a los ciudadanos del mundo de los beneficios del Nuevo Orden. Gracias sean dadas por ello.

El que sí encontró el bastón fue Orfelio Ulises, un hermetista argentino que vivió durante ocho años en el Tíbet. Al parecer, fue allí donde supo el lugar en el que el *simihuinqui* (otro nombre más del misterioso objeto) estaba

enterrado. Ese lugar no era otro que Uritorco. En 1934, vuelto ya a su patria tras varios años más de peregrinación y estudio, se dirigió a la sierra cordobesa y, llevado por su intuición, localizó en el cerro el sitio exacto y lo desenterró. Por tanto, el bastón existe. Ahora está bajo la custodia del *ique simihuinqui*, que como el avispa lector habrá imaginado, no era otro que el propio profesor Terrera.

Ignoro si ese Toqui Lítico será empuñado por un nuevo avatara o si sus pretendidos poderes son una tabulación, pero me consta, porque lo he tenido en las manos, que es una extraordinaria pieza. Está labrado en basalto, perfectamente pulido, y su color negro azulado le da apariencia metálica. Mide un metro y diez centímetros de largo y tiene cuatro centímetros de diámetro en su extremo más grueso, para terminar en punta por el otro, librado y esbelto. Según el Instituto de Arqueología de la Universidad Nacional de Córdoba, fue labrado hace ocho mil años, lo que, añadido a su perfecto acabado, no deja de ser sorprendente si se tiene en cuenta el incipiente nivel artístico y técnico de aquella parte de América en esa época.

El autor sostiene mítico «bastón de Simihuinqui; que será empuñado por destinado a gobernar



en sus manos el mando», el según la tradición, aquél que está el mundo.

Sea como fuere, el Bastón es real, fue encontrado en el cerro Uritorco, tiene la respetable edad de ochenta siglos y, según se dice, forma parte de la leyenda del Rey Arturo a través de uno de sus caballeros: Sir Perceval, «el tonto perfecto». Centrándose en ese buscador del Grial, cuyas hazañas fueron cantadas por Chrétien de Troyes en la primera

versión escrita del relato artúrico, el poeta bávaro Wolfram von Eschenbach escribió entre 1200 y 1220 su *Parzival*, una auténtica epopeya en veinticinco mil versos, que sirvió de base a Wagner para su célebre ópera. Aun siendo el poeta alemán más ilustre de la Edad Media, de von Eschenbach (1160-1220 aprox.) se sabe muy poco, sólo lo que él escribió de sí mismo en sus libros, y es de lamentar, porque algunos pasajes de *Parzival*, la única de sus obras que nos ha llegado completa, alude a hechos, lugares y tradiciones que reflejan no sólo profundos conocimientos de la filosofía hermética oriental y de la mitología indoaria, sino también de una geografía desconocida en el medievo. Respecto al tema que nos ocupa, en las aventuras de su héroe incluye la búsqueda de la «Piedra de la sabiduría ancestral», a la que en otros versos se refiere como el «Bastón de Mando», el «Bastón austral» o el *Lapis Exilis* (piedra delgada o estilizada), «caído del Cosmos envuelto en un tonante fuego celestial». Para mayor coincidencia con el *simihuinqui* de Guillermo Alfredo Terrera, esa piedra mística, que en el viaje iniciático de Parzival simboliza para quien la descubre y «empuña» el salto de hombre común a hombre trascendido, se encuentra en una «lejana cordillera», y aunque Eschenbach escribe que está «en la Armórica» antigua» (región meridional de Francia entre el Loira y el Sena), se deduce que es allí donde estuvo inicialmente, porque en el verso siguiente añade que, para buscarla, Parzival embarca en la «Nave Sagrada» con otros compañeros y llevando consigo el Santo Grial hacia un destino desconcertante: «.. .por el Atlántico Océano realizará un largo viaje hasta las puertas secretas de un silencioso país que Argentum se llama y así siempre será». Acababa de comenzar el siglo XIII y es lógico suponer que ese viaje por el Atlántico fuese bordeando la costa o en dirección a Inglaterra, pero se deja claro que es «un largo viaje», lo que señala una meta lejana, y que el país de arribada es «Argentum». América no existía oficialmente y faltaban siglos para que alguien le pusiese el nombre de Argentina –con la misma raíz y similar significado– a un país de ese continente, pero es preciso reconocer que las coincidencias van más allá de lo razonable. Da la impresión de que en ese juego de símbolos y alegorías Eschenbach estaba refiriéndose al nombre futuro de ese lugar, porque, de manera totalmente innecesaria por la métrica y el sentido mismo del verso, enfatiza «que Argentum se llama y así siempre será».

El recientemente desaparecido Guillermo Alfredo Terrera,



profesor universitario y profundo conocedor de la mitología europea y americana, al que «el destino» hizo depositario del «bastón de mando» que en otro tiempo custodiaron los indios comechingones y que el «iniciado» Orfelio Ulises encontró en la sierra de Uritorco, donde ellos lo habían enterrado.

Pese a lo sugestivo de esas coincidencias y a falta de datos más concretos, mejor es dejar las cosas como están si no queremos terminar con un buen dolor de cabeza. Lo que quizá convenga, si el lector tiene ganas de viajar, es pasarse unos días en las ruinas del castillo de Wildenburg, en el montañoso Odenwald alemán, donde Eschenbach escribió buena parte de su *Parzival*, por si se aparece en forma fantasmal y nos cuenta cuál fue su fuente de información. Hago esta sugerencia porque, partiendo del relato de Chrétien de Troyes, el vate bávaro construyó otro mucho más complejo y profundo, con elementos exóticos que vinculan a Parzival-Perceval con viejas tradiciones ocultistas de Oriente, décadas antes de los viajes de Marco Polo. Él mismo dejó escrito que había contado con la información que le proporcionó un misterioso personaje llamado Kyot. Los comentaristas de la obra de Eschenbach que he consultado piensan que el tal Kyot no era real, sino «una clara invención del poeta». Yo no lo veo tan claro, y no deja de llamarme la atención la similitud de ese nombre con el de Kyóto, la antigua capital japonesa que durante muchos siglos fue residencia de los emperadores y el centro cultural y espiritual más importante de ese país. Merece la pena leer con detenimiento *Parzival* y el resto de las obras de este poeta medieval, aunque estén incompletas.

Es evidente que el profesor Terrera sí lo hizo y, además de los versos citados, encontró material suficiente con el que construir su propia epopeya y darle al cetro hallado en Uritorco una trascendencia histórica y mística universal, convirtiendo de paso a su amada Argentina en el futuro ombligo del mundo. Igual tenía razón...

Si el lector quiere tener más elementos de juicio, puede buscar un librito titulado *Erks. Mundo interno*, publicado en Brasil en 1989 y traducido ese mismo año al español por la editorial Ker de Buenos Aires. Está escrito por un «contactado» bajo el seudónimo de Trigueirinho, familiarizado con una realidad muy diferente a la que los humanos de a pie percibimos. Lejos de ser la única especie inteligente que habita este sistema solar, resulta que compartimos el planeta con todo tipo de entidades en diversos grados de materialidad, provenientes muchas de ellas de los rincones más apartados del Universo. La mayoría de esos seres, entre los que se encuentran los que viven en Erks, están aquí para tutelar y acelerar nuestra

evolución, realizando diversas y trascendentales funciones, como la de atraer y formar a un grupo selecto de humanos que, en el caso de una catástrofe ecológica o bélica, según ellos inevitable por la marcha que llevamos, garantice la supervivencia de la humanidad.



Aunque la ciudad de Erks está, según dicen, a medio camino entre éste y otro mundo, en algunas cuevas y oquedades del cerro Uritorco –la fotografía sería una de ellas-, en ocasiones se abren «puertas» que permiten acceder a su interior.

Lo cierto es que el libro resulta indigestible, ya sea porque esa condición de indigestibilidad es inherente al producto o porque mi sistema digestivo no está preparado. Reales o fruto del delirio de sus receptores, resulta molesto que los mensajes remitidos desde ese plano extraterrestre-místico-interdimensional a lo largo de los últimos cincuenta años estén tan llenos de obviedades y memas admoniciones. Puede que esté equivocado y en el fondo seamos bíblicamente ciegos y sordos ante la resplandeciente verdad que esos «hermanos mayores» tienen a bien revelarnos, pero si así fuese, los humanos debiéramos reprocharles, como yo lo hago ahora, que no pongan al día sus argumentos y que, sin proporcionarnos solución práctica alguna, sigan advirtiéndonos de peligros que conocemos sobradamente por nosotros mismos.

CAPÍTULO 6

MEMORIAS DEL MAR MUERTO



*E*n este ir y venir de una a otra parte del planeta buscando misterios, hemos llegado ahora, amigo lector, a un territorio áspero y duro, tan seco de agua como empapado de historia. Los pueblos más viejos del extremo oriental del Mediterráneo recorrieron estos desiertos y los regaron, no sé si generosa o neciamente, con su propia sangre. Sumerios, egipcios, caldeos, griegos, hebreos, romanos..., todos ellos lucharon por esta tierra como si fuera la más fértil y ubérrima, el más codiciable paraíso, cuando en realidad es sólo un reino de desolación y silencio.

Esa es al menos la primera impresión que recibe el viajero.

Si, venciendo el inicial rechazo, permanece algún tiempo, descubrirá que tan árido paisaje encierra una belleza singular, diferente a la de cualquier otro, y que su aparente hosquedad resulta finalmente acogedora.

La Providencia quiso que en este rincón del mundo también hubiese un mar, pero, quizá por no contrastar con las tierras que lo rodean, lo hizo distinto de otros mares, sin vida ni esperanza de ella, al punto que se le conoce como el Mar Muerto. Las gentes que anduvieron por aquí lo llamaron en otras épocas Mar de la Llanura, Mar del Asfalto, Mar de Sal, Mar de Lot..., pero todos exageraron, porque no es mar, sino lago, ya que mide setenta y seis kilómetros de largo y apenas diecisiete en su parte más ancha.

Sin embargo, en tan seco entorno resulta ser mucha agua, así que dejémosle el título de mar aunque sea pretencioso.

Está incluido en la Falla Afroasiática, la «Gran Falla», una hendidura geológica que se extiende desde el Asia Menor hasta África, y es el «mar» más bajo del mundo. Las pequeñas olas que, de cuando en cuando, agitan su superficie están casi cuatrocientos metros por debajo de los mares restantes, por eso el aire es aquí más denso, con un quince por ciento más de oxígeno que a orillas del Mediterráneo o del Atlántico. Un aire pesado, caliente, impregnado de olor a azufre y con tan siniestra como injustificada fama, porque los historiadores clásicos decían de él que los pájaros no podían volar de una a otra orilla, cayendo envenenados a mitad de su vuelo por los gases nocivos. Lo cierto es que nadie teme hoy a esos pestilentes vapores, si es que los hubo alguna vez, y este lago con pretensiones de mar es frecuentado por turistas en busca de alivio para su artrosis o sus problemas de piel, al tiempo que disfrutan de la sensación, sólo en él posible, de flotar como el corcho: sus aguas sin vida contienen cinco veces más sal que cualquier otro mar u

Memorias del mar muerto

océano y, aunque lo intenten, los bañistas no pueden hundirse en ellas.

Salvo la que aportan algunos míseros riachuelos, su única provisión de agua es la que le llega del río Jordán, la arteria que dio vida a la Galilea bíblica. Un cauce constante que desemboca íntegramente en el Mar Muerto y que en él debería quedarse, porque mar o lago, el hecho es que no tiene desagüe alguno..

Pero es tal el calor, que cada día se evaporan ocho millones de metros cúbicos de sus aguas, prácticamente la misma cantidad que recibe del Jordán, por eso cubre ahora casi la misma extensión que hace cuatro mil años, en tiempos de Abraham.

Aunque sin vida, siempre fue un mar útil.

Cuesta entender que esta tierra, en su mayoría un desierto árido e inhóspito, haya sido fruto codiciado y motivo de incontables y cruentas guerras.

De él se llevaban los antiguos egipcios el betún para embalsamar a sus muertos y largas caravanas transportaban su preciada sal hasta lugares lejanos. Actualmente, la Empresa del Mar Muerto, unos tres kilómetros al sur del monte Sodom, extrae la riqueza mineral del lago y sus camiones cargados de potasa, de magnesio o de sal parten hacia el Norte, hasta el puerto de Ashdod, en el Mediterráneo, o siguen la ruta meridional para llegar a Eliat, en el Mar Rojo.



El Mar Muerto es en realidad un lago que mide 76 kilómetros de largo y apenas 17 en su parte más ancha. Cuatrocientos metros por debajo del nivel de los otros mares, en sus orillas el aire es más espeso sofocante. Nada invita allí a

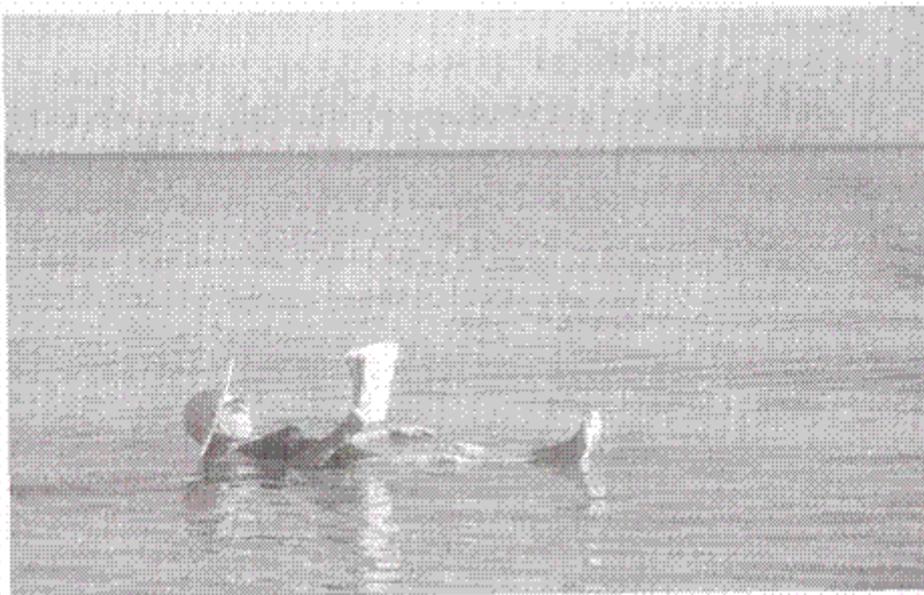
Memorias del mar muerto

quedarse..., hasta que se capta su belleza extraña y el viajero descubre que, lejos de lo aparente, el desierto resulta, a la postre, acogedor.

Aunque sin vida, el Mar Muerto siempre fue útil. Sin alardes, modestamente, forma parte de la historia de muchos pueblos de esa zona del mundo. Por ejemplo, de él procedía el betún con el que los egipcios embalsamaban a sus muertos.

Tantas peculiaridades hacen del *Yam Hamelaj*, el «Mar de Sal» que ese es su nombre en hebreo, un mar singular, pero su verdadera importancia se la ha dado la historia. En torno a él se han producido acontecimientos que conmocionaron al mundo antiguo y misterios que aún están por resolver, como el de la destrucción de Sodoma y Gomorra.

«Entonces, Yahveh llovió desde el cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego procedente de Yahveh. Arrasó, pues, estas ciudades y toda la Cuenca, con todos los habitantes de las ciudades y las plantas del suelo».



Pero es sin duda la gran salinidad de sus aguas lo que más caracteriza a este mar insólito. Con cinco veces más sal por unidad de medida que los demás, es imposible hundirse en él. Una sensación que ningún turista se resiste a experimentar.

El barro de este mar goza también de fama por su beneficiosa acción sobre la piel. Tampoco es nuevo, ya

Cleopatra se hacía llevar lodo del Mar Muerto para el cuidado de su cutis.

Para los creyentes, las cosas sucedieron tal como en el *Génesis* se relatan y ambas ciudades fueron borradas de la faz de la tierra por su impiedad y lascivia. Sin embargo, hay en ese pasaje bíblico aspectos tan desconcertantes, que muchos investigadores no aceptan esa simplista explicación y suponen que los hechos sucedieron de muy distinta manera.

En realidad, la desaparición de Sodoma y Gomorra empieza a ser extraña ya antes de producirse; concretamente, desde el día anterior hacia las doce de la mañana:

«Más tarde se le apareció Yahveh en el encinar de Mamré, estando él sentado a la puerta de la tienda, en el mayor calor del día. Alzó, pues, sus ojos, miró y he aquí que había tres varones puestos en pie junto a él. En cuanto los vio, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se prosternó en tierra».

Emocionado por tan extraordinaria visita, el anciano patriarca se apresuró a ofrecerles comida, cosa que aceptaron de buen grado. Sentados a la sombra, mientras él estaba respetuosamente en pie, dieron cuenta de unas porciones de ternero, tortas de pan, cuajada y leche. No queda duda, por tanto, de que, aun siendo Yahveh y dos ángeles, se trataba de personas de carne y hueso y no de espíritus intangibles. Asimismo, tampoco queda duda de que se trataba de varones, algo que ya se recoge en otras partes de la *Biblia* y que esa noche también queda patente cuando, en casa de Lot, los dos ángeles están a punto de ser sodomizados por sus lujuriosos vecinos.

Hago énfasis en ello, porque nunca he entendido el empeño de los exégetas en enmendar la plana a los redactores del *Antiguo Testamento* y debatir sobre el sexo o la materialidad de los ángeles.

Volviendo a aquella mañana, tras informarle a Abraham de que un año después Sara, su esposa, tendría un hijo, Yahveh le confía su intención de destruir Sodoma y Gomorra, misión a la que envía a los dos varones. De que la cumplieron, no hay duda, como comprobó el propio patriarca a la mañana siguiente:

«Por su parte, Abraham, madrugando, dirigióse de mañana al lugar donde había estado de pie ante Yahveh, y, oteando hacia el lado de Sodoma y Gomorra y hacia todo el país de la Cuenca, vio que subía de la tierra humo, como la humareda de un horno».

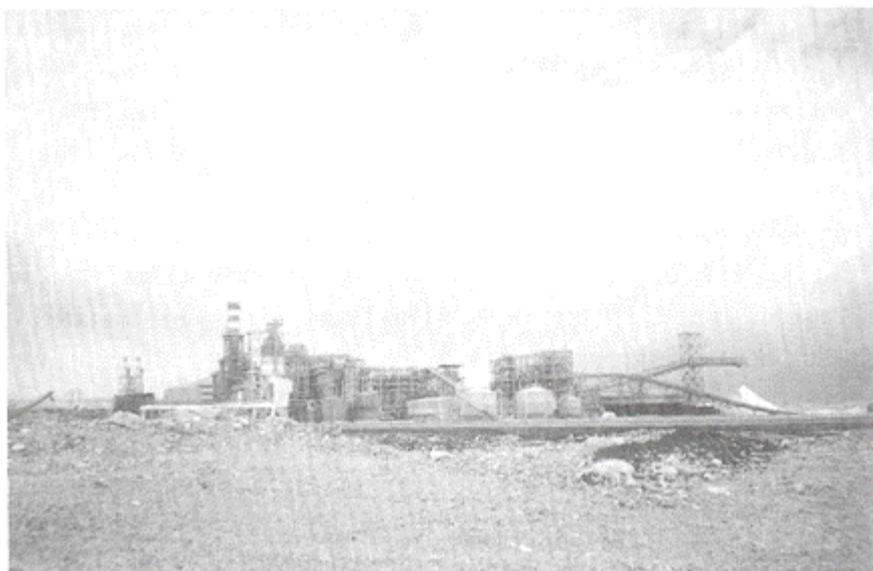
El atroz y desproporcionado castigo se había cumplido, pero hay algunos detalles previos que, por curiosos, han dado motivo para las más diversas especulaciones. No se

Memorias del mar muerto

entiende, por ejemplo, que, tratándose de dos ángeles enviados por el mismo dios, tanto Lot como su familia pongan en duda su palabra y no se crean que tal destrucción va a producirse, al punto que los yernos, designados también para salvarse, se lo toman a broma y prefieren seguir durmiendo. Bien por parecerles que tal monstruosidad era impensable o porque entendieran que a un dios le sobran recursos para aniquilar a todos los de alrededor y dejarles a ellos indemnes, el caso es que fue preciso sacar de la ciudad al matrimonio y a sus dos hijas prácticamente a la fuerza. Igualmente resulta chocante que, como el texto da a entender de forma explícita, el desastre fuera inevitable y estuviese predeterminado para una hora concreta:

«Al despuntar el alba, los ángeles apremiaron a Lot, diciendo: '¡Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas aquí presentes no vayas a perecer en el castigo de la ciudad!' Mas como él ronceaba, los varones agarraron de la mano a él, a su mujer y sus dos hijas, merced a la compasión de Yahveh hacia él, y le sacaron, poniéndole fuera de la ciudad».

Da la impresión de que los únicos que estaban verdaderamente asustados eran los ángeles, porque Lot había pasado la noche durmiendo a pierna suelta y aún se permitió remolonear cuando estos le instaban a salvarse. Luego está la insólita advertencia en el último momento: «¡Ponte a salvo; por tu vida, no mires hacia atrás ni te pares en toda la Cuenca!».



De Sodoma sólo queda el nombre, Sodom, referido a una zona imprecisa en la ribera en la que hoy se levantan algunos hoteles-balneario y una factoría industrial que explota la riqueza mineral del lago, exportando tanto sal como magnesio y potasa.

De ese contundente aviso se desprende que mirar hacia atrás implicaba un riesgo, que no puede ser otro que el de quedarse ciego temporal o definitivamente, y que detenerse equivalía a quedar dentro del área del desastre. Dos recomendaciones que, según muchos, permiten identificar claramente al agente que causó la destrucción: algo capaz de desprender una luz cegadora y con un inmenso poder devastador; es decir, una bomba atómica. El primero, que yo sepa, en sugerir tan anacrónica causa de la destrucción fue, como ya adelanté en un capítulo anterior, un científico ruso de cierto prestigio llamado Alexander Kazantzev. Atribuir al dios de los judíos recursos más propios de un alienígena tecnológicamente avanzado que de un omnipotente creador es disculpable; en todo caso, la responsabilidad debe recaer sobre quienes redactaron *LA Tanakh*.

El lector debe saber, si es que no lo sabe ya, que el término «Antiguo Testamento» es un invento cristiano, sin otra justificación que la de enlazar *Los Evangelios*, el llamado *Nuevo Testamento*, con la antigua religión judía, cuando, ateniéndonos a la realidad histórica y conceptual, nada tienen que ver el uno con el otro. *La Tanakh*, base de la religión judía, es un acrónimo formado por los tres grupos de libros admitidos en el canon hebreo: *Tora* (los cinco libros atribuidos a Moisés), *Nebh 'im* (Profetas) y *Ketubh 'im* (Escritos). El valor que cada cual quiera darle a estos libros es cosa suya, pero no debe olvidar que en una parte están contruidos sobre textos o tradiciones pertenecientes a otras culturas contemporáneas o anteriores, que otra fue transmitida oralmente, con todos los defectos de forma y contenido que ello implica, que todas o casi todas las leyes de carácter civil y penal fueron atribuidas a ese dios particular para así no ser discutidas y que sus «hazañas», a todas luces sin relación con las que corresponden a un dios universal, están al servicio de la propia historia del pueblo hebreo. En esa mezcla de hechos, pretextos y aleccionadoras invenciones, la figura de los Elohim, Elohim-Yahveh o Yahveh a secas, sin que esté claro para nadie cuál es la sutil frontera que separa al plural del singular y hasta qué punto unos y otro son la misma cosa, tanto se presta para un roto como para uní descosido, porque recurre a métodos tan peculiares para conseguir sus fines, que en ocasiones actúa como legislador, en otras como ingeniero y no pocas como general. Es, por tanto, comprensible que se le haya identificado por muchos como uno de esos «dioses maestros» venidos de otro tiempo-mundo-dimensión a los que aluden tantas tradiciones antiguas en todos los continentes.

Dioses que lideraron a sus pueblos elegidos —los judíos prefieren considerarse «el», cuando, en realidad, son «uno más» de los muchos que ha habido— en campañas de conquistas y saqueos, durante las que, de dar crédito a las tradiciones, hicieron alarde de medios destructivos altamente sofisticados e impropios de esa época. No es que esté plenamente de acuerdo con ellos, pero comprendo a quienes escribieron libros como *¿Fue Jehová un cosmonauta?*, *Un extraterrestre llamado Moisés*, *Los platillos volantes y la Biblia*, *Un extraterrestre llamado Dios* y tantos otros que andan dormidos por algún rincón de mi biblioteca. Dicho con franqueza, cuesta menos trabajo identificar al dios bíblico con un alienígena que con un dios afín al inconmensurable universo que hoy conocemos.

Al tratar de dar a los dioses locales un carácter universal, se les atribuyen catástrofes legendarias, justificándolas como castigos por la impiedad de los hombres o cualquier otra estúpida razón, con lo que, sin pretenderlo, se rebaja a esos dioses a una condición de jueces caprichosos e implacables.

Se quiera o no, fe y razón son dos términos antitéticos; esta última se basa en la objetividad, en el análisis desapasionado de los hechos, en tanto que la fe es un sentimiento y, como tal, se fundamenta en la afectividad. Bajo la óptica judeocristiana, Yahveh es «El» dios y, desde esa «incuestionable» singularidad, sus andanzas en este mundo no tienen parangón posible. Contemplado sin condicionamientos afectivos, desde fuera de la fe, es uno de los muchos que deambularon por nuestro pasado, y tanto su estrategia como sus prodigios resultan equiparables —a veces idénticos— a los de otros «dioses» en distintas épocas y latitudes. Que sus métodos se parezcan a los de esa y otras divinidades de Oriente Próximo es comprensible, al fin y al cabo proceden del mismo origen y comparten tradiciones ancestrales, atribuyéndose con el mayor descaro la autoría de acontecimientos, como el «Diluvio Universal», pertenecientes a religiones más antiguas de la zona. Lo que no es tan fácil de explicar es que, en esa época o siglos más tarde, otros dioses hayan utilizado esos métodos y protagonizado esos acontecimientos en el continente americano. Diluvios también universales, desencadenados para castigar a una humanidad impía, Noés elegidos para salvarse, éxodos en busca de una tierra de promisión, con Arca de la Alianza incluida... Cambian los nombres, pero, salvo pequeñas diferencias, los hechos y la estrategia son los mismos,

Memorias del mar muerto

con el desconcertante dato añadido de que los dioses americanos suelen ser de raza blanca, barbudos y, lo que no deja de ser una curiosa paradoja, poco agraciados físicamente.

Dado que no tenemos prisa, sugiero al lector que haga mentalmente las maletas y nos vayamos a los Andes para conocer a uno de esos dioses que, con parecida técnica y similares motivos a los de Yahveh, achicharró a los habitantes de una ciudad peruana. Merece la pena esta especie de paréntesis, porque ese dios americano es de lo más interesante; luego volveremos al Mar Muerto y, antes de ocuparnos de alguno más de sus misterios, trataremos de encontrar otra explicación para la destrucción de Sodoma y Gomorra menos estrambótica que la de la bomba atómica.

El mal llamado Antiguo Testamento está lleno de ejemplos que, de responder a la realidad, retratarían a Yahveh como un psicópata de la peor especie: intolerante, cruel, vengativo e insoportablemente narcisista.



La génesis de las religiones debería ser estudiada con nuevos criterios que trascendieran los simplemente antropológicos, porque muchos de los elementos coincidentes que aparecen en ellas no pueden ser explicados con argumentos psicológicos o culturales. El Arca de la Alianza, sin ir más lejos, está presente, lo mismo que el Éxodo, en la historia «sagrada» de varios pueblos americanos. Puede

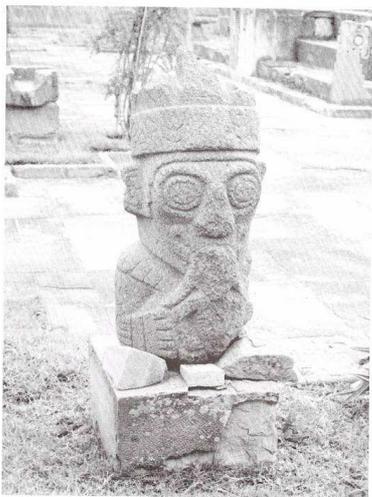
que, después de todo, los dioses hayan sido reales y utilizasen similares métodos y estrategia.

Un feo dios de hermosas obras

Ya en Bolivia, y puesto que el libro ha ido adquiriendo por su cuenta un cierto aire de guía para viajeros curiosos, sugiero a éstos que tomemos un primer contacto con Tiahuanaco en La Paz, en la plaza de Tejada Sorzano. Hay allí un museo al aire libre, una pequeña «plaza hundida», a imitación de las que después encontraremos en las propias ruinas, donde se exhiben varias de sus desconcertantes esculturas de piedra, entre ellas, una de gran tamaño, a la que se conoce como «monolito Bennet», en honor del arqueólogo norteamericano que las descubrió. Representa a un ser extraño, más humanoide que humano, más abstracto que real, tan hierático, tan patético y solemne, tan abrumador en su prismática macicez, que parece arrancado de un tiempo en el que aún no había seres humanos, sino esos gigantes «disformes en su grandeza» que, según la milenaria religión andina, creó Viracocha en uno de sus ensayos antes de hacer al hombre del barro y «a su imagen y semejanza». Dicen que el ser retratado en el «monolito Bennet» llora cada noche por su innecesario destierro, añorando el lugar que ocupaba junto a las otras estatuas de Tiahuanaco. Ignoro si su llanto es cierto, pero no dudo del mío, y estuve a punto de él la primera vez que visité ese «museo» al ver cómo aquellas venerables piedras talladas con esmero, pulidas «a espejo» muchas de ellas, cómo aquellos seres, miembros de una fauna sólo posible en el reino de la mitología, se desintegran lenta e inexorablemente en medio de esa plaza saturada de coches y autobuses. Pero, como nada podemos hacer por evitarlo, será mejor que finalicemos esta protocolaria visita y, sin más, nos dirijamos hacia el altiplano.

Ahí está, desparramándose ya ante nosotros, flanqueado por gigantescas montañas de nieves perpetuas. Nos hallamos a casi cuatro mil metros de altura, cuesta respirar y la radiación solar achicharra sin calor, traidoramente. En otras visitas he ido protegido, cubierto como hacían las segadoras castellanas para que el sol agosteño no mancillara su piel inmaculadamente blanca, pero en esa primera ocasión a la que ahora me refiero, desprevenido, no lo hice y, días después, cuando sobrevolaba en helicóptero la Pampa Colorada, sembré las «pistas» de Nazca con largas tiras de la piel que, por el puro placer de hacerlo, iba arrancando de mi calva. Otros las habrán

investigado mejor y durante más tiempo, pero no pueden presumir como yo de haberse dejado en ellas el pellejo.



Una de las estatuas del pequeño museo al aire libre de La Paz anticipo de lo que el viajero encontrará en Tiahuanaco, donde abundan representaciones de seres igualmente extraños: idealizaciones de Viracocha y de su séquito, recordados como de elevada estatura y piel blanca.

De no estar avisados, podríamos pasar de largo sin ver los restos de Tiahuanaco, aunque están al lado mismo de la carretera, entonces de tierra, porque poco o nada hay que por su altura destaque a la vista. Lo hubo, pero en un tiempo lejano; ya era un vasto campo de ruinas cuando los incas llegaron allí. De ser cierto lo que éstos dijeron a los cronistas, la ciudad fue levantada tras un tiempo oscuro, en el que, por alguna razón ignorada, densas nubes cubrían constantemente el cielo sin dejar ver el Sol:

«Antes que los incas reinasen en estos reinos ni en ellos fuesen conocidos, cuentan estos indios otra cosa muy mayor que todas las que ellos dicen, porque afirman que estuvieron mucho tiempo sin ver el Sol y que, padeciendo gran trabajo con esta falta, hacían grandes votos e plegarias a los que ellos tenían por dioses, pidiéndoles la lumbre de que carecían; y quedando desta suerte salió de la isla de Titicaca, que está dentro de la gran laguna del Collao, el Sol muy resplandeciente, con que todos se alegraron. Y luego que esto pasó, dixen que hacia las partes del Mediodía vino y remanesció un hombre blanco de crecido cuerpo, el cual en su aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y que este varón que así vieron tenía gran poder, que de los cerros hacía Llanuras y de las llanuras cerros grandes, haciendo fuentes en piedras vivas; y como tal poder reconociesen llamábanle Hacedor de todas las cosas criadas, Principio dellas, Padre del Sol, porque, sin esto, dicen que hacía otras cosas mayores, porque dio ser a los hombres y animales; y que, en fin, por su mano les vino notable beneficio. Y este tal, cuentan los indios que a mí me lo dixeron, que oyeron a sus pasados, que ellos también oyeron en los cantares que ellos de lo muy antiguo tenían, que fue de largo

Memorias del mar muerto

hacia el Norte haciendo y obrando estas maravillas por el camino de la serranía y que nunca jamás lo volvieron a ver. En muchos lugares diz que dio orden a los hombres cómo viviesen y que los hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos y los unos a los otros no se hiciesen daño ni injuria, antes, amándose, en todos hobiese caridad.

Generalmente le nombran en la mayor parte Ticiviracocha, aunque en la provincia del Collao le llaman Tuapaca y en otros lugares del la Arnavan.

Fuéronle en muchas partes hechos templos, en los cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza, y delante dellos hacían sacrificios: los bultos grandes questán en el pueblo de Tiahuanacu se tiene que fueron hechos de aquellos tiempos; y aunque por fama que tienen de lo pasado cuentan esto que digo de Ticiviracocha, no saben decir del más ni que volviese aparte alguna deste reino».



«En muchos lugares diz que dio orden a los hombres cómo viviesen y que los hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos los unos a los otros no se hiciesen daño ni injuria, antes, amándose, en todos obvíese caridad».

*Si Yahveh eligió el
Judea, Viracocha, el dios
que también creó al
barro y a su imagen y
eligió otra tierra
cuatro mil metros de
hacer acto de presencia
mundo.*



*desierto de
americano,
hombre del
semejanza,
inhóspita, a
altura, para
en este*

No es la primera vez que reproduzco en un libro este fragmento de *Crónica del Perú*; quizá sea porque su autor, el extremeño Pedro Cieza de León (1520-1554), laico y sin vínculos de sangre con el país, resulta más objetivo que los otros dos grandes eronistas del Perú: Huamán Poma de Ayala y Garcilaso de la Vega. Aunque también he de confesar que me seduce su elegante estilo al escribir. De todas formas, lo verdaderamente interesante es que el texto nos proporciona datos fundamentales para valorar la importancia de Tiahuanaco. El más directo es su vinculación con Viracocha, un dios muy especial, capaz de realizar grandes prodigios, que, sorprendentemente, era de raza blanca y elevada estatura, un extraño; lo que aporta, a mi juicio, mayor verosimilitud al relato. No es posible determinar hasta que punto sus hazañas fueron exageradas, pero algunas debió llevar a cabo para impresionar de esa manera a los habitantes del Altiplano. Sin embargo, lo que más llama la atención es su viaje de apostolado y el mensaje de amor y convivencia pacífica que a lo largo de él fue difundiendo, nada común en aquél tiempo y en aquellas latitudes. Cumplida su misión, se marchó por las buenas, sin dejar tras de sí, como Yahveh o Huitzilopochtli, el dios azteca, un rastro de muerte y de conquistas, sin imponer sangrientas ceremonias ni cultos disparatados, sin otro legado para la memoria colectiva que sus buenas obras y sus dulces maneras. También el navegante Sarmiento de Gamboa, que estuvo en Perú de 1557 a 1565, escribió extensamente sobre Viracocha en su *Historia de los Incas*, pero ya desde la perspectiva que éstos tenían del dios, más acorde con una deidad estándar -diluvio universal y fuego del cielo incluidos- y más alejada de los hechos auténticos, fuese cual fuese la verdadera naturaleza de estos.

Tiahuanaco fue lo que Jerusalén, a su dios, Viracocha, fue lo que Yahveh. Son las circunstancias humanas, no las divinas, las que hacen que unas religiones pervivan y otras se diluyan en el olvido.

Lo que tal vez el lector ignore, aunque incluí los datos en *El síndrome ovni* (Planeta, 1984) y algún otro autor se ha servido de ellos en época reciente, ese dios de los Andes es posiblemente el único que dejó pruebas irrefutables de su paso por este mundo. El mérito de tal descubrimiento no es mío, sino de María Scholten de D 'Ebneth, que publicó varias monografías sobre diversas cuestiones del pasado americano. En todas ellas refleja su profundo conocimiento de las ciencias exactas y el rigor aplicado en la investigación. Prestando atención a lo que a otros nos pasó desapercibido, siguió al pie de la letra la descripción que el cronista Juan de Betanzos hizo del viaje «evangelizador» de Viracocha desde Tiahuanaco, su punto de partida, hasta el actual Puerto Viejo, en Ecuador, donde se despidió de su séquito y se internó en el mar «caminando» sobre las aguas y dejando una estela de la que le viene su nombre, «espuma de mar», que es lo que al parecer significa Viracocha en aymará. En su estudio sobre el terreno localizó los lugares donde fueron fundadas las ciudades citadas por Betanzos, en ocasiones a bastantes kilómetros de las actuales, obteniendo así un mapa exacto del referido viaje. Tanto la ruta principal, Tiahuanaco-Pukara-Cuzco-Cajamarca, que sigue ;exactamente! la dirección Noroeste con esas ciudades alineadas, cómo las distancias entre ellas y la disposición de las dos rutas secundarias, Cuzco-Pachacamac –seguida por dos emisarios con la incomprensible misión de «arreglar los equinoccios»– y Cajamarca-Puerto Viejo, responden a un plan diseñado con toda precisión, cuya puesta en práctica exigió necesariamente técnicas topográficas e instrumentos de medida sólo hoy posibles.

La singularidad de este dios ingeniero y humanitario, da a Tiahuanaco una importancia que va más allá de lo meramente arqueológico, pero, incluso desde esta perspectiva, la vieja ciudad-santuario cobra especial relieve si lo que afirma Cieza de León es cierto: «Fuéronle en muchas partes hechos templos, en lo cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza, y delante dellos hacían sacrificios: los bultos questán en el pueblo de Tiahuanacu se tiene que fueron hechos desde aquellos tiempos...».

Quando los incas entraron en la historia, Tiahuanacoya era un campo de ruinas desde hacía siglos; sin embargo, lo que quedaba en pie hablaba más de superhombres que de hombres comunes.

Memorias del mar muerto

La datación con el método del carbono 14 abarca un amplio periodo, con una mayor abundancia de restos orgánicos, lo que implica mayor densidad y estabilidad de población, entre el 800 a.C. y el 400 d.C; fechas que nos sitúan ante una de las ciudades monumentales más antiguas de América. Pero es que antes de esa fase, hubo otras con menor presencia humana, un periodo «for-mativo» previo a la construcción de los grandes templos y al culto masivo, durante el que ya había gentes instaladas y, presumiblemente, edificaciones de tipo religioso más sencillas y perecederas. El carbono-14 ha aportado en algunas catas la antigüedad de 3.500 años, que, aunque «incómoda» para los arqueólogos, se ha visto confirmada con otro método, el de la hidratación de la obsidiana, que mide con precisión el tiempo transcurrido desde que los instrumentos hechos con ese vidrio volcánico fueron tallados. Según esa técnica, algunos cuchillos y otros artefactos de obsidiana hallados en Tiahuanaco, fueron elaborados hace 3.200 años.

Visto lo anterior, y dando crédito a la tradición recogida por Cieza de León, es deducible que Viracocha anduvo por esas tierras en torno al 1500 antes de nuestra era y que la ciudad sagrada que hoy está en ruinas, con sus 4,5 kilómetros cuadrados de extensión, se empezó a construir varios siglos más tarde; lo mismo que sucedió en el ámbito cristiano, donde las catedrales se levantaron ochocientos o mil años después de la desaparición de Cristo, en muchas ocasiones sobre pequeñas iglesias o santuarios más antiguos.

La otra frase resaltada, «pusieron bultos de piedra a su semejanza», da a entender que las estatuas de Tiahuanaco representan a Viracocha. Es dudoso que, por muy benévolo que fuese, el dios posara para los escultores, por lo crue debemos suponer que sus retratos están idealizados, aunque incluyan algunos de los rasgos más sobresalientes del personaje recordados de generación en generación. Y sea o no cierto el parecido, llama la atención que las estatuas más grandes, de varios metros de altura, representen a individuos de aspecto verdaderamente extraño, con ojos rectangulares que más parecen gafas que auténticos ojos; un efecto al que contribuye que, rodeándolos y prolongándose por toda la mejilla abajo, tengan dos placas cubiertas de adornos. Su boca, aunque redondeada ligeramente en los ángulos, también es rectangular, y en alguna de ellas, con los labios rodeados por lo que parecen ser otros labios exteriores. Un gorro, a modo de estrecho casco, quizá un turbante, culmina por arriba su cabeza. Que se trata de personas del más alto rango, queda patente por llevar en sus manos sendos cetros, por lo que

no hay motivo para pensar que representan a otro que a Viracocha y, si acaso, a éste y a algunos de los miembros de su séquito.



«El dios llorón» de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, con sus manos de cuatro dedos, cómo las del resto de figuras que le rodean en el friso de esa puerta monolítica, y el friso mismo, supuesto calendario de tiempos antediluvianos, han hecho pensar a muchos autores en un posible origen extraterrestre del dios de los Andes. Vaya usted a saber...

Lo que ya no hay forma de saber si la extraña apariencia de esas estatuas se corresponde en algo o en nada con la del dios andino, pero es innegable que el escultor quiso dejar patente que se trataba de gente distinta al común de los mortales, al menos de los que a él le eran familiares. Distinta y, al decir de los naturales que hablaron con Sarmiento de Gamboa, de modales no siempre afables, porque, igual que hiciera Yahveh, no satisfecho con la conducta de los hombres que había creado, decidió matarlos en masa de variadas formas, entre ellas, con el correspondiente diluvio:

«Más como entre ellos naciesen vicios de soberbia y codicia, traspasaron el precepto de Viracocha Pachayacachi, que cayendo por esta transgresión en la indignación suya, los confundió y maldijo. Y luego fueron unos convertidos en piedras y otros en otras formas, otros tragó la tierra y a otros el mar, y sobre todo les envió un diluvio general, al cual ellos llamaron Uno Pachacuti, que quiere decir 'agua

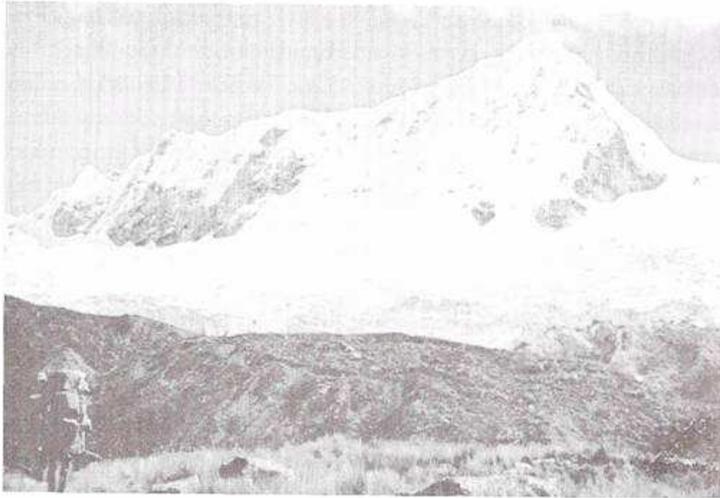
que trastornó la tierra'. Y dicen que llovió sesenta días y sesenta noches, y que anegó todo lo criado...».

Por aquello de que «se ve mejor la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio», después de describir estos y otros hechos, igualmente equiparables a los que figuran en el *Antiguo Testamento*, el bueno de Sarmiento de Gamboa termina diciendo: «Esta fábula ridícula tienen estos bárbaros de su criación y afirmanla y créenla, como si realmente así la vieran ser y pasar». Pero no hemos venido desde el Mar Muerto hasta el altiplano boliviano para criticar la cerrazón de un cronista, sino para trabar conocimiento con Viracocha y enterarnos de que el castigo abrasador llovido del cielo no era un método exclusivo de Yahveh. Ignoro si hubo alguien que, como Lot y sus hijas, se salvase del desastre, pero, en compensación, el cronista recogió un dato sobre los efectos del fuego divino usado por Viracocha en la ciudad de Pukara, que no deja de ser desconcertante:

«.. .bajó fuego de lo alto sobre los que estaban en el monte y abrasó todo aquel lugar; y ardía la tierra y piedras como paja (...). Mas el cerro quedó abrasado de tal manera, que las piedras quedaron tan leves por la quemazón, que una piedra muy grande, que un carro no la meneara, la levanta fácilmente un hombre».

La estrategia de los dioses, real o imaginada por los hombres, es tan similar, que debiera inducir a los creyentes a una profunda reflexión sobre aquello en lo que creen: para castigar a los humanos, como en el caso de Yahveh, sin razones muy claras, el dios andino también mandó «un diluvio general, al cual ellos llaman Uno Pachacuti, que quiere decir agua que trastornó la tierra'. Y dicen que llovió sesenta días y sesenta noches, y que anegó todo lo aiado». (Sarmiento de Gamboa). Vara que esa similitud de métodos e intenciones quede aún más clara, Viracocha también hizo llover fuego del cielo sobre Pukara, destruyéndola, al punto que todo resultó calcinado y las piedras «quedaron tan leves por la quemazón, que una piedra muy grande, que un carro no la meneara, la levanta fácilmente un hombre». Curioso poder el de estos dioses...





En el Callejón de Huaylas, entre la Cordillera Blanca y la Cordillera Negra, en pleno corazón de los Andes, están las ruinas de Chavín de Huantar, un centro espiritual vinculado a Viracocha.



Doy por seguro que Kazantzev no leyó a los cronistas de Indias; de hacerlo, habría escrito todo un tratado sobre Viracocha y sus armas atómicas y desintegradoras...; que lo mismo las usó, porque el relato de sus hazañas incluye hechos tan

sorprendentes como transformar montes en llanura y viceversa o hacer brotar manantiales en la dura roca. No se puede negar que al referirse a sus dioses el hombre tiende a exagerar, pero en este caso contamos con la indiscutible evidencia de su capacidad técnica, implícita en la ya mencionada ruta que siguió, y es lógico suponer que tal nivel de conocimientos no se limitaba a la topografía.

Podría extenderme mucho más sobre el tema, suelo hacerlo en cuanto se me da ocasión, porque el dios de los Andes y sus dos ciudades emblemáticas, Tiahuanaco y Chavín de Huantar -esta última a unos mil trescientos kilómetros de distancia y en plena cordillera andina peruana, pero, en mi opinión, directamente vinculada a la primera-, me atraen tanto como me desconciertan, sin embargo no lo haré: hemos dejado a medias la cuestión de Sodoma y Gomorra y es hora ya de que volvamos al Mar Muerto.

Un misterio cubierto por la sal

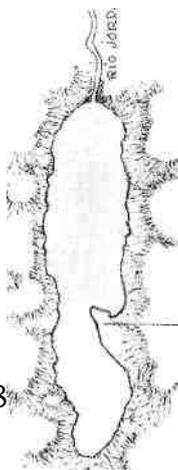
Los dioses son dioses y, como tales, pueden hacer lo que les venga en gana sin dar cuentas a nadie, pero, por lo que hemos visto, cuando quieren matar a un grupo de impíos

Memorias del mar muerto

recurren a métodos cuyos efectos exceden el fin propuesto y, de paso que aniquilan a los supuestamente merecedores del castigo, asesinan a los inocentes, achicharran las piedras o reducen todo un valle a cenizas... ¡Con lo fácil que sería para un dios realmente poderoso hacer que cayesen fulminados sus enemigos sin manchar siquiera la ropa que llevan puesta!

O los «textos sagrados» y las tradiciones en que se basan son una sarta de mentiras con finalidad ejemplarizante o detrás de esos relatos hay hechos auténticos que los testigos no supieron interpretar correctamente. Lo más probable es que en esos libros haya mucho de las dos cosas. Una extensa inundación local se transforma con el tiempo en un diluvio mundial para castigar, no se sabe bien por qué, a la humanidad. Un terremoto que se traga a miles de israelitas acaba interpretándose como «justicia» divina para dar buena cuenta de Coré, Datan, Abirón y su gente, que estaban hasta las narices del Éxodo y de los caprichos del histérico Yahveh. Lo mismo podría decirse de las plagas de Egipto, del paso del Mar Rojo, de la caída de las murallas de Jericó y de tantos otros acontecimientos. En el caso de Sodoma y Gomorra, lo único seguro es que no ha quedado ni rastro de ambas ciudades. El nombre de Sodom figura en los mapas de Israel aludiendo a una zona no bien delimitada en la que el viajero encontrará un monte, modernos hoteles a la orilla del Mar de la Sal y todo el desierto que quiera, pero ni un solo ladrillo de aquella urbe licenciosa. Es posible que, en efecto, fuera desintegrada, borrada junto a la otra de la faz de la tierra, aunque también es posible que, simplemente, no se la haya buscado en el lugar adecuado. En el lado derecho de esta página, el lector encontrará un mapa del Mar Muerto que he hecho yo mismo sobre la marcha, échele una ojeada.

¿Ya? Si es así, habrá apreciado que hay dos zonas diferenciadas: una al norte de la península de Al Lisán, el auténtico Mar Muerto, con profundidades de hasta cuatrocientos metros, y otra por debajo de ella, con aguas muy poco profundas; entre ambas queda una franja de terreno pantanoso.



Mapa del Mar Muerto. La zona inundada tras la catástrofe es la que está por debajo de la península de Al Lisán y en la que probablemente se encuentran sumergidos los restos de Sodoma y Gomorra.

Como ya se ha dicho, este lago con vocación de mar forma parte de la Gran Falla

Memorias del mar muerto

Afroasiática, lo mismo que el lago Tiberiades y el lago Hule, más al norte. Es una larga línea de inestabilidad geológica que ha dejado enorme cicatrices en la corteza terrestre y en la que hasta no hace mucho eran frecuentes los terremotos y las erupciones volcánicas. Es posible que la última gran catástrofe fuera precisamente la que tuvo por escenario al Mar Muerto hace tres mil quinientos o cuatro mil años: un movimiento sísmico que sacudió violentamente la región, hundiendo parte del valle de Siddim, en tanto que, entre erupciones de magma y enormes llamaradas de asfalto ardiente, el mar, roto su límite a la altura de la actual península de Al Lisán, anegaba la cuenca recién hundida hasta alcanzar sus dimensiones actuales.

Un cataclismo natural, menos excitante que lo del fuego destructor de Yahveh, pero mucho más lógico, del que otros autores antiguos también dieron cuenta, aunque sin atribuírselo a dios alguno, como el sacerdote fenicio Sanchumiatón en su *Historia Antigua*:

«El valle de Siddim se hundió y se convirtió en mar del que salen continuos gases, sin que allí se vean peces, sólo un cuadro de desolación y muerte».

Cuando la luz es favorable, en la parte menos profunda del Mar Muerto pueden verse bajo la superficie del agua los fantasmales troncos de árboles que formaron en tiempos parte de un bosque. Son el mudo testimonio de un pasado en el que esa parte del valle estaba llena de vida. Cubiertas por las mismas aguas y toneladas de cieno, duermen con toda seguridad las ruinas de aquellas míticas ciudades; entre sus paredes, conservados piadosamente por la sal desde hace treinta y cinco o cuarenta siglos, arqueólogos futuros encontrarán también los huesos de sus habitantes.

Pero la destrucción y la muerte no son sólo obra de la naturaleza o de los dioses; los hombres hemos demostrado desde siempre una especial capacidad para llevar a cabo esas tareas sin ayuda alguna. A la orilla de este manso y estéril mar hay un ejemplo de ello en una meseta descarnada barrida por el viento del desierto a la que llaman Masada.

*Más al norte,
en la Gran Falla
al Mar Muerto por
Tiberiades, «mar»
vida en sus aguas*

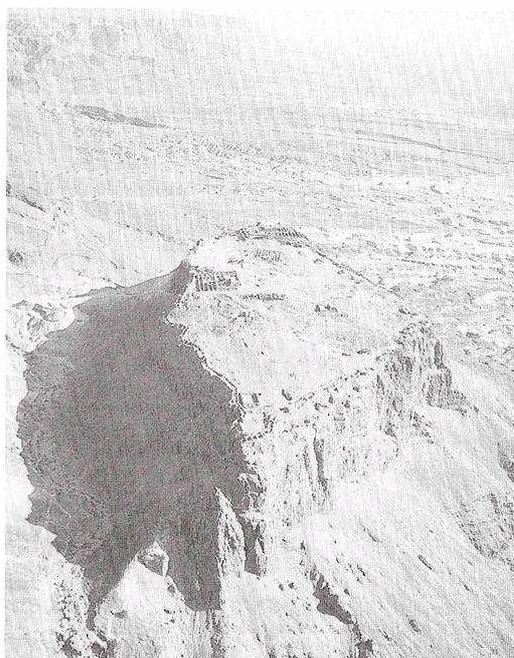


*incrustado también
Afroasiática y unido
el río Jordán, el lago
de Galilea, lleno de
y en torno a él.*

Masada

Para Israel es un símbolo. Fue el último reducto de los resistentes durante la conquista romana, el lugar donde en el año 73 d.C. casi mil judíos prefirieron suicidarse antes que rendirse a las legiones del Imperio. Al menos eso es lo que relató el historiador Flavio Josefo, ya veremos después si con rigor histórico o dejándose llevar por su recién estrenado y, según mi criterio, engañoso ardor patriótico. De lo que no hay duda es de la importancia arqueológica de ese casi inaccesible peñón que, además, sigue conservando dentro de sus muros derruidos un misterio que hasta este momento nadie ha resuelto.

*Vista aérea de
puede apreciarse
aislamiento y lo
paredes, que la
fortaleza natural.*



*Masada, en la que
su situación de
escarpado de sus
convierten en una*

Contemplada
enorme roca

Está en pleno
Judea, cerca
occidental
y la llanura
a su pie por
hace que aún
condición de
inexpugnable.

desde abajo, la
resulta
impresionante.
desierto de
de la ribera
del Mar Muerto,
que se extiende
el lado este
resalte más su
fortaleza
Cuando levanté
la vista hasta los restos de construcciones que se
asomaban al acantilado, cuatrocientos metros más arriba,
entendí que su conquista costase tantos años y esfuerzo.
También imaginé lo que habría supuesto ascender por el
empinado «camino de la serpiente», el único acceso que la
meseta tuvo en tiempos de la conquista romana, cargados
con cámaras y pertrechos. Todavía está practicable para
aquellos que aman el deporte o prefieren ahorrarse el
precio del funicular, pero, afortunadamente, para nosotros
estaba descartada esa opción por el peso y la fragilidad
del material de rodaje.

Memorias del mar muerto

Pendiente de los gruesos cables de acero, la cabina ascendía a buen ritmo. Apenas daba tiempo para observar con algún detalle las oscuras entradas a las cuevas que se abrían a diferentes alturas en las paredes del acantilado y, aunque sé que no lo haré, recuerdo que al ver pasar a ambos lados, casi al alcance de la mano, aquellas sombrías e incitadoras cavernas, me prometí a mí mismo volver para explorarlas todas. En una de ellas se han encontrado restos de gentes que la habitaron temporalmente hace nada menos que seis mil años; el por qué, como otros después que ellas, escogieron tan aislado e inhóspito cobijo, es algo que no entiendo, a no ser que, más que alojamiento, lo que buscaron fuese un escondite, como hicieron a principios de nuestra Era el grupo de rebeldes protagonista de esta historia.

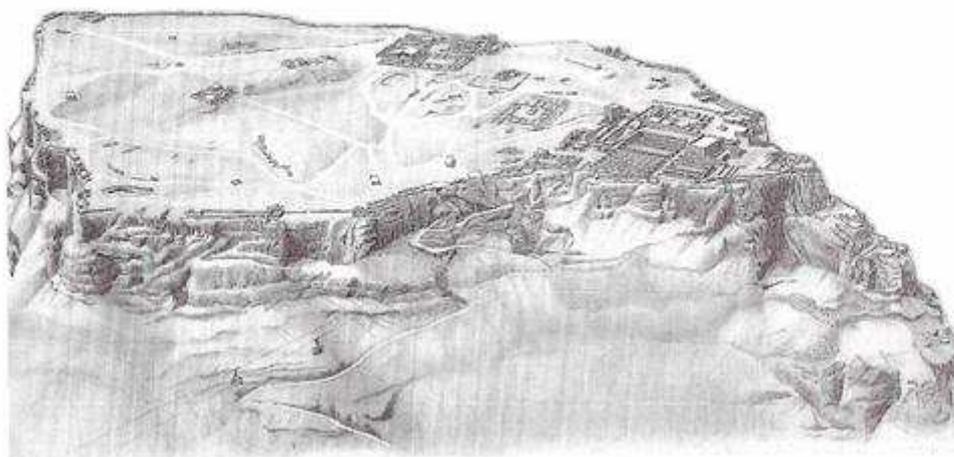
No estaríamos hablando ahora de Masada si Herodes el Grande no hubiera decidido construirse en ella una residencia hacia el año cuarenta antes de Cristo. Lejos de cualquier parte y en medio del desierto, está claro que no eligió el solitario peñón como lugar de vacaciones. Pese a haber levantado el Segundo Templo de Jerusalén, en sustitución del antiguo Templo de Salomón destruido quinientos años antes por el ejército de Babilonia, y compartir en buena medida las decisiones de estado con los miembros del Sanedrín, el ambiente social era cada vez más tenso, los agitadores incitaban a la rebelión desde cualquier esquina y era presumible un levantamiento en masa. Si a esos problemas internos, añadimos que la intrigante Cleopatra presionaba a Marco Antonio para que invadiese el país, no es extraño que Herodes buscase un confortable y seguro refugio. Las siete inconquistables hectáreas que ofrecía la superficie libre de la meseta eran más que suficientes para ese objetivo.

Por las razones antedichas o por una absurda veleidad, el caso es que en ese insólito lugar se levantaron murallas, palacios, almacenes, edificios administrativos, baños públicos y todo aquello que un rey de su importancia necesitaba para mantener durante un largo periodo de tiempo el tipo de vida al que estaba acostumbrado. Para conseguirlo, embarcó a arquitectos, constructores y artesanos en una tarea que, aún hoy, estando todo en ruinas, causa asombro: donde sólo había sequedad, hubo jardines y estanques; donde sólo se oía el susurro del viento, hubo voces y risas; donde sólo había tierra y piedra, se levantaron torres y columnas... Fue una especie de milagro, un sueño imposible que se hizo realidad.

En el ángulo norte, en la parte en que la meseta se afila como la proa de un barco, con el abismo por delante y a ambos lados, se construyó un palacio colgante

Memorias del mar muerto

dispuesto en tres terrazas, la inferior a casi cuarenta metros por debajo del borde del acantilado. Un palacio caprichoso e íntimo, con numerosas habitaciones, suntuosos baños, amplios salones y miradores desde los que contemplar la siempre cambiante belleza del desierto. Y arriba, en el interior de la meseta, otro palacio, el oficial, con edificios adyacentes para administradores y criados. Cuarteles para la guarnición, grandes almacenes en los que guardar grano, legumbres, dátiles... Huertas y establos... Nada faltaba, pero ¿y el agua?



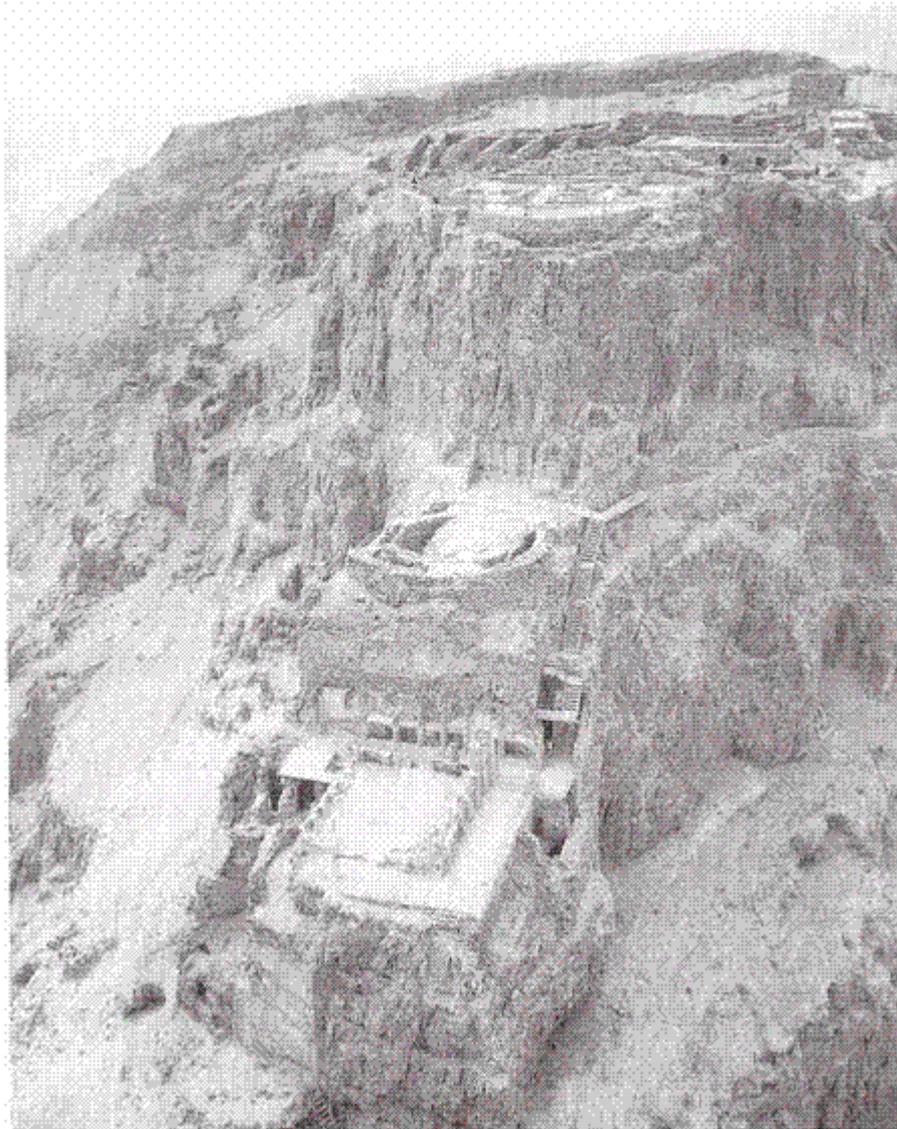
Reconstrucción de Masada. A la derecha, en el extremo, el palacio «colgante» de Herodes. Ya en lo alto de meseta, por encima de éste, el palacio administrativo y los almacenes. Los bordes de la meseta se hallaban protegidos con un muro defensivo al que estaban adosados los cuarteles de la guarnición. Bofa el funicular está el «camino de la serpiente», única vía de acceso.

Aparte de la necesaria para beber y asearse, debió haber agua abundante en Masada, porque las excavaciones han dejado al descubierto varias salas de baños, incluso una pública. Además, lo mismo que había una sinagoga para los judíos practicantes, que eran muchos en el séquito de Herodes, había también un estanque para baños rituales: un *mikave*. ¿De dónde procedía el agua en un lugar tan aislado, lejos de cualquier río?

Aunque de ordinario secos y polvorientos, los desiertos reciben de cuando en cuando el regalo de la lluvia, generalmente, de forma tan torrencial como breve, y el que rodea Masada no es una excepción. Cerca de la meseta hay dos *wadis*, dos cauces, casi todo el año secos, por los que discurre el agua en las pocas ocasiones en que las nubes se muestran generosas; sólo era cuestión de retenerla sin que se perdiera una gota y luego conservarla. Para solucionar el primer problema, los constructores de la ciudadela levantaron dos pequeñas presas y dos acueductos

Memorias del mar muerto

de los que apenas quedan vestigios. Gracias a ellos, llevaron el agua hasta la meseta; sin embargo, faltaba lo más difícil: almacenarla de forma que, por el intenso calor, no se evaporara.



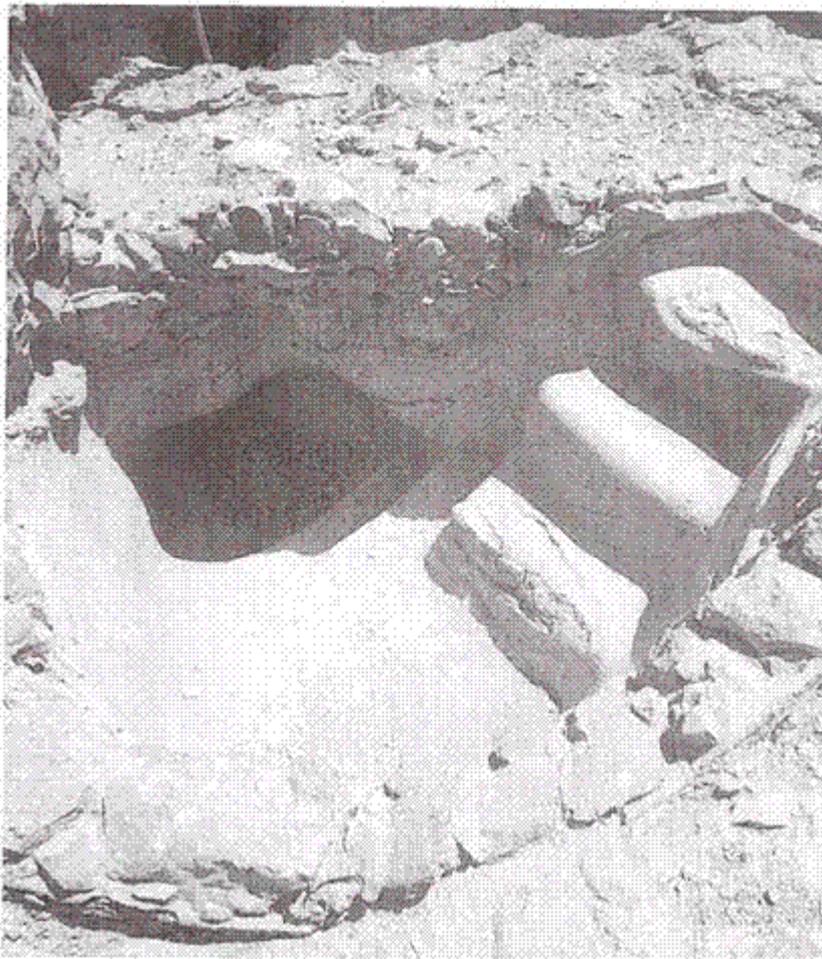
Fotografía aérea de las ruinas del palacio «colgante» distribuido en tres terrazas, al que Herodes el Grande dotó con todos los lujos que las circunstancias permitían y que nunca llegó a utilizar.

Las cisternas subterráneas excavadas en el interior de la meseta garantizaban el necesario suministro de agua, aun durante un largo periodo de tiempo.

Pese a no estar la vista, los aljibes de Masada son, sin duda, la obra más importante que acometieron aquellos ingenieros de hace dos mil años. Excavaron nada menos que doce- cisternas en el corazón de la roca, cada una con capacidad para cuatro mil metros cúbicos. En total, los habitantes de esa fortaleza natural dispusieron de ;casi

Memorias del mar muerto

cincuenta millones de litros de agua! Más que suficiente para resistir un largo asedio. Asedio que no llegó a producirse, al menos en tiempos de Herodes. Aquella ciudadela amurallada, provista de todos los recursos necesarios, y su fastuoso palacio colgante no llegaron a cumplir la función que les había sido asignada. Tendrían que pasar unos setenta años antes de que Masada se convirtiese en reducto para un grupo de sitiados.



Un mikave, baño ritual, previsto para los miembros judíos del séquito de Herodes y que luego fue utilizado por los pelotas refugiados en la fortaleza.

Después de tres de lucha sangrienta, la rebelión judía iniciada en el año sesenta y siete la ocupación había terminado conseguir su objetivo. Pese a grupos aislados de



años
gran
contra
romana
sin
todo,

rebeldes continuaron hostigando a las tropas del Imperio y dedicándose al pillaje como medio de subsistencia. Uno de esos grupos, perteneciente a la secta de los zelotas, hizo de Masada su cuartel general.

La rampa levantada por el ejército romano; una obra de colosales características, que hizo posible atacar el muro defensivo con pesados arietes y máquinas de guerra, consiguiendo finalmente la conquista de Masada.

Entre las diferentes facciones nacionalistas judías, los zelotas eran los más radicales. En gran medida fueron ellos los responsables del alzamiento en Palestina contra Roma: observantes rigurosos de la Ley Mosaica desde la época de los Macabeos, no podían consentir que reinase un extranjero sobre el país que, por decreto de él mismo, estaba destinado a ser regido por Dios. Consecuentemente, no estaban dispuestos a rendirse bajo ningún concepto. Los que se refugiaron en la meseta eran novecientos sesenta, incluidos mujeres y niños, bajo el mando de Eleazar ben Yair, y allí permanecieron hasta un día de la primavera del año 73, en el que todos ellos encontraron la muerte.

Han transcurrido más de diecinueve siglos, pero todavía son visibles allá abajo los restos de los ocho campamentos y de la muralla que levantó el general Flavio Silva para rodear Masada y evitar que los rebeldes pudiesen escapar. No sabemos con exactitud cuánto duró el asedio, pero debió ser mucho. Tanto, que el veterano militar acabó tomando la decisión de construir una rampa de tierra y piedras por la que hacer llegar sus máquinas de guerra hasta los muros defensivos y asaltar la inexpugnable fortaleza. Fue una obra colosal que, desafiando al tiempo, aún sigue en pie.

A medida que la rampa progresaba, las cada vez más cercanas catapultas aumentaban su eficacia y los proyectiles, ennegrecidos con betún y cenizas para que fuese difícil verlos llegar y evitarlos, llovían sobre los asediados como siniestro anticipo de su ya inevitable derrota. Cubierto el último tramo de la rampa con un pontón, la alta torre de asalto forrada de hierro llegó hasta el muro mismo, que empezó a estremecerse por los formidables golpes de ariete, en tanto que, desde arriba, los soldados romanos arrojaban piedras y dardos sobre los defensores. Llegó la noche y, con ella, una forzosa pausa antes del ataque final. Se redobló la guardia para que nadie escapara de Masada aprovechando las sombras, los legionarios consumieron la que para muchos de ellos sería presumiblemente su última cena y aquellos que habían de intervenir en la batalla del día siguiente, la que daría término al asedio, intentaron dormir.

Memorias del mar muerto

Apenas había asomado el sol por encima de la tierra de Moab, al otro lado del Mar Muerto, cuando el pesado ariete golpeó de nuevo. Esta vez no hubo resistencia alguna; sin duda, los sitiados habían abandonado el muro y las casamatas adosadas a él para hacerse fuertes en otras construcciones del interior de la meseta. Al fin se abrió brecha suficiente y enardecidos, ansiosos tal vez de una lucha cuerpo a cuerpo tantos meses retrasada, los legionarios de Roma entraron en Masada.

Nadie salió a su encuentro. Ni una flecha, ni una espada en alto, ni siquiera un grito de guerra o el llanto de un niño. Nadie estaba esperándolos excepto el silencio. Aquellos novecientos sesenta zelotas que defendían Masada, hombres, mujeres y niños, habían elegido la muerte antes que rendirse.

La historia escribe sus páginas con crudeza, con la desapasionada fuerza de los hechos, sean éstos heroicos o miserables. Los historiadores, aun habiendo sido testigos de aquello que relatan, vierten en esas páginas sus sentimientos; por eso, siendo la misma, la historia tiene tantos rostros como plumas la escriben. En el caso de Masada, nadie quedó de entre los defensores para contar de primera mano lo que sucedió en las horas previas a aquella mañana, sin embargo, la patriótica arenga con la que Eleazar ben Yair convenció a sus compañeros para que matasen a su familia y luego a sí mismos se ha convertido en un texto fundamental para el nacionalismo judío:

«Ya que nosotros, desde hace mucho tiempo, mis generosos amigos, decidimos no ser nunca siervos de los romanos, ni de nadie que no fuera el propio Dios, el cual es únicamente el verdadero y justo Señor de la humanidad, ha llegado el momento que nos obliga a poner en práctica esa resolución. Y no nos hagamos acreedores de nuestro propio reproche en este momento contradiciéndonos, ya que cuando decidimos no aceptar la servidumbre, aunque entonces era sin peligro, ahora tendríamos que aceptar, junto con la esclavitud, castigos que son intolerables; digo esto, suponiendo que los romanos nos sojuzguen bajo su poder estando nosotros con vida. Fuimos los primeros que nos levantamos contra ellos; y no puedo sino considerar como un favor que Dios nos ha concedido el que esté todavía en nuestras manos el morir valientemente, y libres, lo cual no fue el caso de otros que fueron conquistados por sorpresa. Está claro que seremos conquistados dentro de un día tan sólo; pero todavía podemos elegir el morir gloriosamente, junto con nuestros más queridos amigos. Esto es lo que nuestros enemigos no pueden de

ninguna manera evitar, aunque estarían muy deseosos de capturarnos vivos.

Ya no podemos intentar por más tiempo el luchar contra ellos y vencerlos. Hubiera sido mejor para nosotros el haber adivinado los designios de Dios antes, y al principio de todo, cuando estábamos tan deseosos de defender nuestra libertad y cuando recibimos tan duro trato entre los nuestros, y peor trato de nuestros enemigos, y habernos dado cuenta de que aquel mismo Dios que desde antiguo había favorecido a la nación judía, la había ahora condenado a la destrucción; pues si hubiera continuado favorable, o estuviera por lo menos ofendido con nosotros en menor grado, no hubiera dejado perecer a tantos hombres, ni hubiera dejado que su ciudad más sagrada fuera incendiada y destruida por nuestros enemigos.

En realidad, nosotros teníamos la débil esperanza de salvarnos y ser libres, ya que no habíamos sido culpables de ningún pecado contra Dios, ni habíamos tomado parte en los pecados de los otros; también enseñamos a otros hombres a conservar su libertad. Por lo tanto, considerar cómo Dios nos ha convencido de que nuestras esperanzas eran vanas, al hacer caer sobre nosotros tal desgracia en el estado desesperado en que nos encontramos ahora, y que ha rebasado todos nuestros cálculos, pues esta fortaleza que era de por sí inconquistable no ha servido para salvarnos; y aun cuando todavía tenemos gran abundancia de comida y una gran cantidad de armas y otras cosas útiles en mayor número de lo que necesitábamos, estamos claramente privados por Dios mismo de toda esperanza de salvación; pues ese fuego que cayó sobre nuestros enemigos no se volvió por sí mismo sobre la muralla que habíamos construido; esto fue el efecto de la cólera de Dios contra nosotros por nuestros múltiples pecados, de los que hemos sido culpables de una manera insolente e increíble en lo que toca a nuestros propios compatriotas; el castigo de los cuales recibámoslo no por los romanos, si no por medio del mismo Dios, ejecutado por nuestras propias manos, ya que éstas serán más piadosas que las de los otros. Dejemos morir a nuestras mujeres antes de que abusen de ellas, y a nuestros hijos antes de que hayan probado la esclavitud; y después de haberlos matado, concedámonos tal beneficio mutuamente, y conservémonos en nuestra libertad, como un ejemplar monumento funerario.

Pero primero destruyamos nuestro dinero y la fortaleza por medio del fuego; pues estoy bien seguro de que esto causará un gran disgusto a los romanos, que no podrán apoderarse de nuestros cuerpos y también serán privados de nuestras riquezas; no conservemos nada, salvo las provisiones, pues ellas darán testimonio, cuando estemos muertos, de que no fuimos vencidos por falta de las cosas necesarias, sino que, de acuerdo con nuestra resolución, hemos preferido la muerte antes que la esclavitud».

El arrebatado discurso puesto en boca de Eleazar ben Yair fue escrito por el historiador Flavio Josefo y, aunque con menos retórica y más rudeza, bien pudo ser así. No obstante, ni siquiera es seguro que el jefe zelota lanzase arenga alguna y, mucho menos, que los sitiados asumiesen de buen grado su ejemplarizante sacrificio. Flavio Josefo vertió en esas páginas todo su fervor patriótico, recreando en función de lo heroico y con abundancia de detalles, necesariamente inventados, ese episodio de la historia judía. Para algunos, fue la manera de reconciliarse con sus compatriotas.

Su verdadero nombre era Joseph ben Matthias y pertenecía a un noble familia de Jerusalén, sin embargo, su más conocida obra, *La guerra de los judíos*, fue escrita desde el bando romano. Las razones de esa aparente contradicción tienen que ver con su biografía, digna de ser novelada, si es que no se ha hecho sin que yo lo sepa, lo que nada tendría de extraño. Vivió esos tumultuosos años que, tras el fallido levantamiento contra Roma, culminaron con la desaparición de la nación judía y la dispersión de su pueblo. Él mismo fue uno de los comandantes que dirigieron al ejército sublevado en el frente de Galilea. Hecho prisionero tras la caída de Jotapa en el año 67, profetizó al procónsul Vespasiano que sería emperador, lo mismo que su hijo Tito, como así sucedió. Faltaban dos años para que su profecía se cumpliera, por tanto debió hacer gala de otros méritos además del de vidente, porque Tito lo tomó como amigo, fue liberado y, terminada la guerra, se marchó a Roma con él, gozando del favor de la familia Flavio durante los treinta años que vivió en la capital del Imperio. No es extraño que, por estas razones, fuera considerado traidor entre los judíos, aunque algunos de sus traductores consideren injusta esa acusación. No sin falta de razón, argumentan que, como tantos intelectuales repartidos por el mundo antiguo tras la desaparición del estado hebreo, se adaptó a las costumbres e ideas de su país anfitrión sin dejar de ser fiel a la causa judía. Puede que fuese así, pero lo cierto es que formó parte del ejército romano en el asedio

y conquista de Jerusalén, algo que, desde la óptica de los vencidos, no puede considerarse de otra forma que de traición, y que en *La guerra de los judíos* y otros textos posteriores queda implícito su convencimiento de que lo más conveniente para la seguridad de Palestina era integrarse en el Imperio Romano. En su opinión, la causa de la guerra había que buscarla entre los nacionalistas exaltados antes que entre el pueblo llano, satisfecho en su conjunto de la tutela romana, por eso resulta chocante que en su relato de lo acaecido en Masada defienda con tanta vehemencia la causa nacionalista y eleve a ese grupo de zelotas, una de las sectas independentistas más radicales, a la categoría de mártires por la libertad. Ni siquiera se muestra compasivo con los que, tras escuchar el discurso de Eleazar ben Yair, según su propia versión idealizada del suceso, se sintieron comprensiblemente horrorizados ante la idea de sacrificar a sus esposas e hijos:

«Pero, sin embargo, no todos los soldados estuvieron de acuerdo; porque aunque algunos de ellos tenían mucho empeño en poner en práctica ese consejo, y estaban en cierto modo gozosos por ello, y pensaban que la muerte era una buena cosa, sin embargo había otros más apocados que sentían pena por sus esposas y familias; y cuando estos hombres se sintieron conmovidos por la perspectiva de su propia y cierta muerte, se miraron atentamente entre sí y, por las lágrimas que había en su ojos, demostraron discernir de esta opinión. Cuando Eleazar vio a estas gentes con tal miedo, y que sus almas desfallecían ante una proposición tan grave, temió que estas personas afeminadas, con sus lamentos y lágrimas, debilitasen a aquellos que habían acogido valientemente lo que él había dicho; así que no cesó de exhortarles, y apelando a los argumentos apropiados para levantar su ánimo, empezó a hablarles más violenta y claramente de lo que concernía a la inmortalidad del alma. Así que dio un triste gemido, y fijando su ojos con atención en los que lloraban, habló así: En realidad estaba terriblemente equivocado cuando pensaba estar ayudando a hombres valerosos que luchaban fieramente por su libertad, a aquellos que estaban dispuestos a vivir con honor, o si no a morir; pero me encuentro con que vosotros sois gentes como las demás, ni mejores en virtud ni en valor, y tenéis miedo de morir...».

Aunque importante para quienes sienten curiosidad por ese capítulo de la historia y fundamental para el nacionalismo judío actual, renuncio, por su extensión, a

Memorias del mar muerto

transcribir íntegro el largo alegato del jefe zelota, remitiendo al lector interesado al texto original o, más fácilmente, al libro *Masada/ La fortaleza de Herodes y el último bastión de los Zelotes*, escrito por el arqueólogo Yigael Yadin, y magníficamente editado por Ediciones Destino, en el que se incluye completo el discurso. No obstante, me gustaría hacer alguna consideración sobre ese texto, para lo que es inevitable incluir algunos fragmentos más.

No hay duda de que con su versión de lo sucedido en Masada, Flavio Josefo se rehabilitó plenamente ante los ojos de sus compatriotas, al punto que hoy es leída en las escuelas y, siendo evidente que él no estuvo allí, se tiene por cierta en todos sus extremos. Pero es el célebre discurso «pronunciado» por Eleazar ben Yair en esas trágicas circunstancias, la parte del relato que más emocionadamente se recuerda. Fue algo así como el «canto del cisne», el postrero acto de un líder judío antes de que su nación desapareciese del mapa, la apertura de un paréntesis apáftrida que no se cerraría hasta casi diecinueve siglos después, el 14 de mayo de 1948, con la creación del estado de Israel... No es, pues, extraño que ese discurso tenga tanta importancia para los israelitas actuales y lo consideren como un legado de inapreciable valor que afianza su identidad como nación. Y está bien que así sea, sin embargo, el discurso no es del recordado patriota judío, un nacionalista radical, sino de Flavio Josefo, un judío fariseo proclive a la integración de Palestina en el Imperio Romano y, desde luego, manifiestamente contrario a los zelotas y al resto de los grupos nacionalistas. El por qué renunció a relatar los hechos con la aséptica distancia del historiador o, a lo sumo, expresando una comprensible simpatía hacia los sitiados, es algo que siempre me ha intrigado. Lejos de ello, asumió el papel del protagonista, metiéndose en la piel de ben Yair, y redactó un largo e innecesario discurso en el que, aparentemente, sólo aparentemente, como después veremos, ensalza todo cuanto antes había criticado.

Un par de cuervos, acostumbrados sin duda a los turistas, se posaron en los restos de un muro cerca de mí. Apenas reparé en ellos, el viento del desierto, caliente y seco, dejaba diminutos granos de arena en mi barba; salvo él, salvo su débil gemido, todo era silencio. ¿Qué mejor momento para recordar el patriótico discurso?

Expectantes, ávidos de palabras que hiciesen noble el bárbaro acto que acababa de proponerles, los zelotas, con el corazón encogido y los ojos desmesuradamente abiertos, fascinados, quizá, como el pajarillo que espera ser

devorado por la serpiente, escuchaban a su jefe. Les dijo que su fin no era fruto de las circunstancias, sino designio de Dios:

«¿No estamos avergonzados de tener más innobles ideas que los indios, y de lanzar con nuestra cobardía una afrenta contra las leyes de nuestro país, que son tan admiradas e imitadas por toda la humanidad? Pero puestos en el caso de que nos hubiésemos criado en otras creencias y nos hubieran enseñado que la vida es el mayor bien que pueden alcanzar los hombres y que la muerte es una calamidad, las circunstancias en las que ahora nos encontramos deberían inducirnos a soportar tal calamidad valientemente, ya que nos viene por mandato de Dios, y por necesidad, el que tengamos que morir; porque ahora parece que Dios hubiera decretado tal cosa contra el pueblo judío; que hayamos de ser privados de esta vida, de la que él sabía que haríamos mal uso; pues no creáis que vuestra presente condición se debe a vosotros, ni penséis que los romanos son la verdadera razón de que esta guerra que hemos pasado haya sido tan desastrosa para nosotros; estas cosas no han sucedido por causa de su poder, sino que una causa más poderosa ha intervenido y los ha hecho parecer conquistadores nuestros. ¿Con qué armas romanas, os pregunto, fueron matados los judíos de Cesárea? Con ningunas. Al contrario, no estaban en absoluto dispuestos a rebelarse y se pasaban el tiempo guardando la festividad del séptimo día, y ni tan siquiera levantaron su manos contra los habitantes de Cesárea; sin embargo, éstos los arrollaron en grandes multitudes y les cortaron el cuello, y los cuellos de sus mujeres y niños, y esto sin intervenir los propios romanos, que nunca nos tomaron por enemigos, hasta que nos rebelamos contra ellos».

Sonreí para mis adentros: por boca de ben Yair, Josefo estaba soltando su propio discurso. Era Dios quien había decidido el curso de la guerra, no los romanos; eran los habitantes de Cesárea quienes habían degollado a los judíos, no los romanos, «que nunca nos tomaron por enemigos, hasta que nos rebelamos contra ellos». Y aún puso más ejemplos, como los dieciocho mil judíos muertos en Damasco o los sesenta mil sacrificados en Egipto.

No, los romanos no eran sus enemigos naturales, sino un simple instrumento del designio divino: «...estas cosas no han sucedido por causa de su poder, sino que una causa más poderosa ha intervenido y los ha hecho parecer conquistadores nuestros». No era la caída del último

reducto rebelde en aquella guerra, era algo mucho más grave y trascendente. La misma intuición que le había llevado a presagiar que Vespasiano y Tito serían emperadores, parecía decirle a Flavio Josefo que, por su fatal condición de «pueblo elegido», el destino de los judíos era no integrarse con el resto y vivir sin patria, perseguidos o masacrados durante siglos, quizá para siempre, como antes lo habían sido en Scytropolis, en Siria o en el país del Nilo.

Pero, enemigos o instrumentos del destino, los romanos estaban a punto de irrumpir en Masada, y la inventada exhortación del jefe zelota no tenía otro fin que el de convencer a sus correligionarios de que era mejor la muerte que la rendición. Para los más fanáticos, lo dicho resultaba suficiente, les bastaba con saber que el asesinato de su familia y su suicidio eran, a la postre y en igual medida, un acto de honor y una expiación. Faltaba persuadir a los pusilánimes. Sólo un argumento podría vencer su temor a la muerte, y era que temiesen más a las consecuencias de no estar muertos cuando los legionarios de Roma los apresaran a la mañana siguiente:

«.. .pero en cuanto a la multitud que está ahora sojuzgada por los romanos, ¿quién no se compadeciera de su estado? ¿Y quién no se apresuraría a morir antes de sufrir las mismas miserias que los otros? Algunos han sido llevados al suplicio y torturados con fuego y latigazos hasta morir. Algunos han sido destrozados por animales salvajes o conservados vivos para ser devorados por éstos y así proporcionar diversión y entretenimiento a nuestros enemigos; y aquellos que todavía están vivos deben ser considerados como los más desgraciados, los cuales, deseando la muerte, no pudieron conseguirla».

Esos y otros atroces males esperaban a los supervivientes. Josefo no escatimó en su discurso terribles descripciones que, en boca de Eleazar ben Yair, pudiesen haber convencido a los más remisos, sin embargo, una vez más, se descubre a sí mismo exonerando a los romanos:

«Nos rebelamos contra los romanos con grandes pretensiones de valor, y cuando al final nos invitaron a que nos salváramos, no quisimos plegarnos a ellos. ¿Quién no creerá por tanto que ahora se hallan enfurecidos contra nosotros, en caso de que puedan cogernos vivos?».

No sabemos cuáles fueron los verdaderos argumentos esgrimidos por ben Yair y, si queremos ser estrictos, ni siquiera podemos estar ciertos de que pronunciase discurso alguno; sólo sabemos que Flavio Josefo, atribuyéndoselo al

líder rebelde, escribió un discurso, su propio discurso, en el que, entre otras cosas, deja patente que el motivo de la inmolación no fue otro que el, muy humano pero dudosamente ejemplar, de huir de un destino que acababa de serles descrito como peor que la propia muerte:

«No hubo ni uno solo de estos hombres que sintiera escrúpulos de cumplir su parte en esta terrible ejecución, y cada uno de ellos mató a sus parientes más queridos. Desgraciados fueron ellos, sin duda, cuya desesperación les forzó a sacrificar a sus propias mujeres e hijos, con sus propias manos, como el menor de los males que les esperaba. Así que no pudiendo soportar la pena bajo la que se hallaban por lo que habían hecho, y considerando un insulto para los que habían matado el vivir siquiera el más corto espacio de tiempo después de ellos, colocaron todo lo que poseían en un montón y le prendieron fuego. Entonces escogieron diez hombres por sorteo entre ellos, para que mataran al resto; y cada uno de los otros se tendió en el suelo junto a su mujer e hijos, extendiendo su brazo sobre ellos y ofreciendo su cuello al golpe de los que debían ejecutar tan triste oficio; y cuando estos diez hombres, sin miedo, hubieron terminado con todos, siguieron la misma regla para echar a suerte entre ellos, que aquél a quien le correspondiera debería matar a los otros nueve y después matarse a sí mismo».

Cuando, por razones que no entro a considerar, se está más cerca de las personas que de los ideales y, como es mi caso, se contemplan con escepticismo valores tan incuestionables para la mayoría como religión, patria, lengua o tradición, se tiende a despojar a los hechos históricos de su barniz propagandístico y a intentar imaginarlos como realmente fueron. Lo que esa noche pasó en Masada debió ser terrible. No es cierto, no puede serlo, que todos ofrecieran resignadamente su cuello al improvisado verdugo. Hubo gritos, carreras, mujeres y niños despavoridos, tratando de eludir una muerte que no deseaban, horrorizados ante la espada que esgrimía su propio esposo o padre. Muchos de los hombres, llegado ese momento extremo, arrojaron su arma, incapaces de matar a aquellos que amaban, siendo asesinados ellos y sus familias por los más fanáticos. Lo mismo que en Sagunto o Numancia y en tantos lugares que fueron escenario de «hazañas» semejantes, lo sucedido en Masada requiere otros adjetivos que los de heroico o noble, por mucho que así convenga a quienes, manipulándola, utilizan la historia en su propio beneficio. Pero ha sido siempre así y seguirá siéndolo, por lo que más vale dejar a un lado esta inútil

reflexión y terminar con el texto de Flavio Josefo, como hemos ido viendo, no menos manipulador que el resto de los historiadores comprometidos con una idea. Es por él también, por quien sabemos que no todos murieron:

«Sin embargo, sobrevivieron una anciana y otra que era de la familia de Eleazar, superior a todas las mujeres en prudencia y sabiduría, que con cinco niños se habían escondido en cuevas subterráneas, habiéndose llevado allí agua para beber; y estuvieron escondidas mientras los otros se dedicaban matarse».

Que hubiese supervivientes, resultaba imprescindible; de no haber testigos que contasen lo sucedido —aunque él no dice que fuesen los miembros de ese pequeño grupo su fuente de información, es lógico deducirlo, puesto que nadie más sobrevivió—, el relato habría quedado reducido a una mera suposición. Probablemente es eso y no otra cosa, pero concedamos que las dos mujeres y los cinco niños sobrevivieron y narraron la tragedia que después recrearía Flavio Josefo; aun así, resulta obvio que lo más que pudieron referir acerca del discurso es su tono e intención, acaso alguna frase concreta. Insisto en ello, porque, como ya he dicho, para los judíos, Masada es un símbolo de su identidad y tal discurso el texto que mejor encarna su sentimiento nacionalista. Seducidos por la envoltura, no han reparado en que su contenido expresa precisamente lo contrario de lo que el propio Eleazar ben Yair habría dicho, y si alguien lo ha hecho, ha preferido callárselo para no destruir el mito. Por si hubiera alguna duda sobre la intención de Josefo, en el último párrafo transcrito no tacha a las dos mujeres de traidoras o cobardes, ya que, egoístamente, prefirieron salvarse antes que compartir el heroico destino del resto; muy al contrario, hace que una de ellas sea, nada menos, que «de la familia de Eleazar» y la retrata como «superior a todas las mujeres en prudencia y sabiduría», con lo que no sólo alaba su decisión de esconderse, sino que, implícitamente, descalifica a las que no lo hicieron.

En 1963 se iniciaron los trabajos arqueológicos en Masada. Fue mucho más que una simple excavación: miles de voluntarios llegados de todo el mundo participaron desinteresadamente durante dos años en las más diversas tareas bajo la dirección de Yigael Yadin, catedrático de Arqueología en la Universidad Hebrea de Jerusalén. No era para menos, ya que se trataba de recuperar para la historia del judaísmo una de sus páginas más emotivas. Aparte de lo que, en síntesis, queda recogido en este capítulo, el trabajo de los arqueólogos permitió saber que, tras su conquista, la fortaleza estuvo ocupada por una guarnición romana durante no menos de cuarenta años.

Memorias del mar muerto

Perdido ya su valor estratégico, la vieja ciudadela que edificara Herodes sólo tuvo ocupantes temporales. Algunos dejaron huella evidente de su paso, como los monjes cristianos que, allá por los siglos quinto y sexto, levantaron una capilla, en tanto que de otros no quedó más testimonio que unas cuantas monedas, trozos de vasijas y sencillas inscripciones en las paredes que aún se mantenían en pie. Pero hubo un hallazgo durante esas excavaciones que conmovió más que ningún otro al pueblo judío: en una pequeña cueva del acantilado sur fueron encontrados cerca de treinta esqueletos correspondientes a hombres, mujeres y niños.

Sin pruebas contundentes, se decidió que esos restos eran de los héroes que en el año 73 habían elegido la muerte antes que la rendición. En consecuencia, fueron enterrados con todos los honores durante una impresionante ceremonia en 1969. Hoy, más de treinta años después, hay motivos para pensar que aquellos cuerpos tan solemnemente inhumados no pertenecían a los defensores de Masada y que ni siquiera eran judíos; es más, puede que se tratase de ciudadanos romanos.



Durante las excavaciones realizadas en los años sesenta, se encontraron en una cueva del acantilado los esqueletos de una treintena de personas. Interpretados como restos de los defensores, fueron enterrados con todos los honores; no obstante, como se detalla en el texto, esa versión oficial es más que dudosa.

En 1997, las investigaciones del antropólogo israelita Joe Zias permitieron saber que, junto a los esqueletos, se habían encontrado en la cueva huesos de cerdo, algo inconcebible en un enterramiento judío por su carácter de animal «impuro», pero que, sin embargo, era usual en las tumbas romanas de la época. Que la presencia de esos

restos porcinos no fuera detectada en su momento o que intencionadamente se silenciara, debería ser objeto de una investigación que, me temo, nunca se llevará cabo. Sin cuestionar la valía del arqueólogo Yigael Yadin, es evidente que las excavaciones realizadas en Masada se consideraron desde el primer momento un asunto de interés nacional, y que su objetivo primordial era demostrar la veracidad de la heroica resistencia y de su ejemplar final. Apenas terminado el trabajo, Yigael Yadin publicó en 1966 extenso libro: *Masada. Herod 'sfortress and the zealots' last stand*, editado en español por Ediciones Destino en 1969. En su introducción, en la que exalta el aleccionador sacrificio de los defensores de Masada, considera un privilegio que le fuera encomendada la dirección de las excavaciones, y lo hace con argumentos cuya valoración dejo al lector:

«He dicho que tuve el privilegio porque siempre fue el sueño de todo arqueólogo israelita desentrañar los secretos de Masada, y también porque una excavación arqueológica en este lugar era completamente distinta a cualquier excavación en otro pueblo de la antigüedad.

Se sabía que su importancia científica era extraordinaria. Pero, sobre todo, Masada representa para nosotros, en Israel, y para muchos en otros lugares, arqueólogos y profanos, un símbolo del heroísmo, un monumento a nuestras grandes figuras nacionales, hombres que prefirieron la muerte a una vida de servidumbre física y moral.

Fue por eso por lo que acepté con verdadero entusiasmo las invitaciones de la Universidad Hebrea de Jerusalén, de la Sociedad de Exploración de Tierra Santa y sus antigüedades y del Departamento de Antigüedades del Gobierno de Israel para dirigir la expedición de Masada».

Afirmar que la excavación careció del rigor y de la objetividad necesaria sería excesivo, pero la Arqueología no es una ciencia exacta, y en la evaluación de los hallazgos queda un margen, a veces muy amplio, para la interpretación. En Masada, la existencia de la rampa construida por los romanos, los restos de los campamentos que la rodean y otras pruebas igualmente sólidas, confirman la duración del asedio y la resistencia de los sitiados, pero, en contra de lo que se ha dicho, no se produjo ningún descubrimiento que ratificase el «suicidio» colectivo de los novecientos y pico zelotas relatado por Flavio Josefo. El entierro de la treintena de «héroes», elevado a la categoría de acontecimiento nacional, puso un broche de oro a las excavaciones dirigidas por Yigael Yadin: social y políticamente, el objetivo se había cumplido. Sin embargo, judíos o no, esos esqueletos

Memorias del mar muerto

dejaron en el aire un interrogante: ¿Dónde están los restos de los defensores de Masada? Suponiendo que los enterrados en 1969 fuesen parte de ellos, quedan más de novecientos por hallar.

De ser cierto lo que se dice, cuando los romanos irrumpieron en Masada se encontraron con cerca de mil cadáveres. ¿Qué pudieron hacer con ellos? Efectuando un macabro cálculo y teniendo en cuenta que se trataba de hombres, mujeres y niños, nos estamos refiriendo a unas treinta toneladas de carne putrescible, lo que en ese clima exige una rápida solución. Para algunos, el método elegido fue la cremación, lo que justificaría que no se hayan encontrado restos de los cuerpos, pero treinta toneladas son muchas y habrían requerido una enorme cantidad de madera... que no había. La hubo en su momento, aunque dudo que suficiente, traída de lejos para el ornamento del palacio y sustento de las techumbres, además de la que formaba parte del mobiliario, pero fue quemada por los propios sitiados para cocinar y para calentarse en las frías noches del desierto. La que quedaba se utilizó en los últimos días del asedio —siempre que el relato de Flavio Josefo sea cierto— para levantar un muro que cubriese la brecha abierta por el ariete de los romanos y terminó ardiendo.

Hay quien sugiere que los legionarios de Roma utilizaron el simple y expeditivo método de arrojar los cuerpos por el acantilado. También hay que descartarlo, porque ellos ocuparon la plaza recién conquistada y no habría sido soportable el hedor que, desde abajo, les llegaría durante muchos días. Lo único sensato era enterrar los cadáveres.

El ejército romano se había encontrado en situaciones semejantes con relativa frecuencia y sabía cómo solucionar el problema. La Décima Legión mandada por el general Flavio Silva, sobrada de hombres y de medios, habría hecho lo que procedía: abrir una o varias profundas zanjas, echar en ellas los cuerpos y luego volver a llenarlas con la tierra extraída, que es lo normal en estos casos. La cuestión, es ¿dónde?

Esa es una de las cosas que me preguntaba cuando estuve allí. Me llamaba la atención que, en los dos años largos que duraron las excavaciones, no se hubiese hecho un intento serio para localizar el lugar en que están enterrados los legendarios defensores de Masada. El sencillo razonamiento que acabamos de hacer, lo haría también, digo yo, Yigael Yadin, y, aunque lo parezca a primera vista, tampoco hay muchos sitios donde buscar. Una cosa es disponer de hombres y herramientas suficientes y otra malgastar tiempo y energías. La razón sugiere que la tumba colectiva esté en la misma meseta o, si no querían

Memorias del mar muerto

tener tan fúnebres vecinos, que los legionarios llevarsen los cuerpos rampa abajo -otro camino es imposible, como quedó claro durante el asedio- enterrándolos en las inmediaciones, al final de ésta. Que yo sepa, en ninguno de los dos sitios se han hecho catas con la intención de descubrir la fosa en que descansan los héroes de Masada. Quizá sea mejor así: lo mismo no la habrían encontrado por mucho que buscasen.

ÍNDICE DE TÉRMINOS

A

Acámbaro, 157,158, 161, 163, 165, 166, 168, 170-174.
Ahu Nau-nau, 19.
Aimaras, 142.
Aku-aku, 54-56, 59.
Alta Gracia, 233.
Anakena, 19, 50.
Ank, 19, 22, 23.
Arasamban, 120.
Archipiélago de las Marquesas, 33.
Ariki, 51.
Armórica, 238.
Ashdod, 248.
Astete, Pedro de, 140, 142.
Atariki, 51.
Augustodunense, Honorio, 94.
Autun, Honorio de, 94.

B

Baal (Ba'al), 202.
Belice, 187.
Beluchistán, 100, 117.
Benitez, Juan José, 172.
Bergier, Jacques, 156.
Betanzos, Juan de, 265.
Bird, Christopher, 168, 174.
Bolontikú, 197, 206.
Brahminabad, 102.
Brown, Guillermo, 96.
Brunton, John, 101, 104.
Brunton, William, 101, 104.
Buslaiev, G, 163.
Bustrofedon, 80.

C

Cachemira, 105.
Cajamarca, 265.
Calakmul, 185.
Cam, 215.
Campbell, Ramón, 9, 11-13, 15, 27, 50,51,65.
Canaán, 215.
Cananeos, 142.
Capilla del Monte, 227, 229, 231.
Cerro del Toro, 158, 160, 165.
Cerro El Pajarillo, 219, 221.
Cerro Púa Katiki, 75.
Cerro San Cristóbal, 139,142, 143.
Cerro Uritorco, 231, 234, 237, 241.
Chac, 205.

Memorias del mar muerto

Chan, 171-173, 205.
Charroux, Robert, 198, 202, 208.
Chiapas, Estado de, 187, 208.
Chrétien de Troyes, 238, 239.
Chupícuara, 159, 164.
Cieza de León, Pedro, 263, 265, 267.
Comechingones, 234, 236, 239.
Copal, 189.
Copan, 184, 192.
Ctesias, 96.
Cuahunahuac (Cuernavaca), 129, 138, 139.

D

Damert, Enrique, 139, 143.
Dclhi, 117, 123.
Doreste, Tomás, 213, 215.
Dos Pilas, 185.
Dreiser, Theodore, 156,

E

Edwards, Edmundo, 14.
Ei, 51.
Einstein, Albert, 164.
Eliat, 248.
Erks, 217, 228, 230, 232, 240.
Eschenbach, Wolfram von, 238, 240.

F

Faiservis, Jr. Walter A., 120, 122.
Falla Afroasiática, 245, 274, 275.
Fernández, Miguel Ángel, 193.
Forster, Georg, 7.
Forster, Reinhold, 7.

G

Gamboa, Sarmiento de, 32, 264, 269, 270.
Garganta del Karakorun, 105.
Geco, 107.
Girón Camaná, 143.
Gomorra, 197, 249, 251, 252, 256, 272, 273.
Grube, Nikolai, 185.
Guanajuato, Estado de, 158, 168.

H

Harappa, 85, 102, 104, 113, 114, 118.
Hare-moa, 35.
Haug, Gerald, 186.
Heathrow, 97.-
Het, 215.
Heveos, 215.
Hevesy, Guillermo de, 85-87.
Heyerdahl, Thor, 11, 13, 18, 47, 59.
302
Hiero fante, 71.

Memorias del mar muerto

Himiaritas, 142.
Hindú Kush, 117
Hiva, 33, 60, 72, 78, 82, 84, 88, 121, 123.
Hodges, Charles H., 7.
Hoschka, 38.
Hoy Fort, Charles, 153, 157.
Huancas, 142.
Huarochirí, Provincia, 144.
Huitzilopochdi, 264.
Humboldt, 32.
Hunab Ku, 187.

I

Ique simihuinqui, 237.
Isla Mangareva, 168.
Isla Nuku-Hiva, 33.
Islamabad, 99.

J

Jauja, 141.
Jiménez López, F, 32, 33.
Julrud, Waldemar, 153, 158-159, 161, 163-165, 168, 177.

K

Kai-kai, 51.
Karachi, 97-102.
Karakorum, 101.
Kazantzev, Alexander, 197, 253, 272.
Kipling, Rudyard, 112.
Kukulcán, 205.
Kyóto, 240.

L

Laffon, Robert, 198.
Laguna de Tallacua, 171.
Lahore, 99, 101, 112.
Larkana, 105, 106.
Loti, Pierre, 9, 48.
Lovecraft, 156.

M

Mamré, 251.
Mana, 70.
MardeAral, 117.
Mar Muerto, 243, 245, 247, 248, 269, 272, 273, 274, 277.
Martin, Simón, 185.
Masma, 140-142.
Mellen Blanco, F, 6, 75, 77.
Meseta Marcahuasi, 138, 139, 143-152.
Mesozoico, 158, 163, 171.
Metraux, Alfred, 87.
Mikave, 279, 282.
Millou, André, 198, 202.
M'Koo, 271.

Memorias del mar muerto

Moai, 7,11,14,16, 18, 19, 22-24.
Moai hoa-haka-mana-ia, 23.
Moai kava-kava, 19, 53, 56.
Moaituturi, 18,20.
Mohenjo-Daro, 103-1177
Móller, Harry, 158, 159, 161.
Monte Albán, 202.
Monte Sodom, 248.
Montes Kailas, 105.
Mucama, 146.
Mulloy, William, 11,18,66.
Multan (Vultán), 235.

N

Nahuas, 129.
Náhuatl, 133.
Nazca, 259.
Nieves del Hindú Kus, 105.
Niian, Elena, 220.
Nostradamus, 134, 140, 142, 147.

O

Odenwald, 239.
Omctochtü, 133.
Ordóñez y Aguilar, Fray Ramón de, 213.
Orellana Neira, Rubén, 41.
Otulum, 214.

P

Pachacamac, 265.
Pakal, 197, 211,212, 216.
Palacios, Félix, 92.
Palenque, 189, 196, 203, 204, 208-209, 210-216.
Pampa Colorada, 259.
papa-ebe, 28, 45, 47.
Papagayo, 198.
Patukaran, 120.
Pauwels, 153, 156.
Pelliot, Paul, 85.
Península del Yucatán, 186-187, 208,216.
Peshawar, 99.
Peso, Charles C. Di, 164.
Picco, Héctor Antonio, 220.
Poe, Alan, 142.
Poma de Ayala, Huamán, 263.
Pompa, Antonio, 163.
Poro-i ti, 43.
Poro-nui, 43.
Puerto Viejo, 265.
Puharich, Andrija, 168.
Pukao, 47, 49, 50.
Pukara, 265, 269, 270.

Memorias del mar muerto

Punjab, 100, 102, 105, 117.

Q

Quaid-e-azam's, 98, 112.

Quechua, 33, 37, 141.

Quetzal, 189, 205.

Quetzalcoatl, 205, 213.

Quiche, 214, 235.

Quiligua, 206.

R

Rapa Nui, 9, 33.

Rawalpindi, 99.

Reimiro, 53, 77.

Río Eufrates, 97, 105.

Río Indo, 97, 104, 110, 118-126.

Río Jordán, 247, 275.

Río Mainyu, 171.

Río Nũo, 105, 292.

Río Rimac, 142.

Río Tigris, 97, 105.

Rongo-rongo, 76-88, 97, 119, 121.

Russell, WilliamN, 157.

Ruz Lhuillier, Alberto, 193, 195, 216.

Ruzo, Daniel, 130, 134-152, 234.

S

San Pedro de Casta, 144.

Sancarlenses (Tepitotehenuenses), 7, 75.

Sanderson, Ivan T., 165, 170.

Santo Domingo de Palenque, 214.

Scholten de D'Fdmeth, María, 265.

Simihuinqui, 236, 237, 238.

Sind, 100, 104.

Sodoma, 197, 249, 251, 252, 256.

Steady, Neal, 174.

Stupa budista, 107, 108.

T

Tahonga, 53.

Tahua, 43, 44, 46.

Tahuantinsuyo, 36.

Tarade, Guy, 198, 202.

Tautanga, 51.

Tenochtitlán, 166.

Tepozteco, 131-133, 135-137.

Tepoztlán, 130, 132, 133-138.

Terraza de Ba'albeck, 202.

Terrera, Guillermo Alfredo, 234, 235-238, 239.

Tiahuanaco, 258, 260, 261, 263, 265, 267.

Tiesler Blos, Vera, 216.

Tikal, 183-185.

Tiro, 215.

Memorias del mar muerto

Tlahuicas, 129.
Toki, 41, 58.
Toltecas, 204.
Tompkins, Peter, 168, 174.
Toqui Lítico, 235, 237.
Toromiro, 53, 54, 81.
Trigueirinho, 240.
Tu u-Ko-Iho, 53-56.
Tumbes, 32.
Tupas, 35.

V

Vaka-ama, 60.
Valum Chivin, 214.
Vedas, 96.
Vega, Garcilaso de la, 263.
Viracocha, 259, 260, 263-265, 267, 268, 270-272.
Volcán Maunga-

tere-vaka, 5.

Volcán Punapau, Xochicalcatl
48, 50. , 133.

Volcán Rano Yam Hamelaj,
Raraku, 18, 27, 249.
58, 60, 61, 63,
65, 69.

Von Dániken, 37. Y

Votan, 214-215, Yauyo, 144.
235.

Young,
Arthur M., 169
Yunga, 144.

W

Waldeck, Juan
Federico

Maximiliano, Z
192.

Willis, Ronald J., Zenotes,
157, 158. 186.

Fernando Jiménez del Oso



Nacido en Madrid en junio de 1941, estudió Medicina en la Universidad Complutense y se especializó en Psiquiatría, que ejerció durante años. Durante 30 años ejerció como psiquiatra. En su labor mediática dirigió, presentó y fue guionista en más de 800 documentales para televisión. Además, escribió más de 600 programas de radio, 6 libros y centenares de artículos. A comienzos de 1976, se encargó del programa «Más allá» y en 1982 de «La puerta del misterio». En 1989 escribió, dirigió y presentó dos series documentales de televisión sobre las culturas mexicana y peruana.

Fue director de tres enciclopedias además de 5 colecciones de libros, creador y director de la revista «Más Allá» y «Enigmas del hombre y del universo». Dirigió para Ediciones Nowtilus la colección «*La Puerta del Misterio*», una colección de 17 títulos sobre los temas más inquietantes de la actualidad y los enigmas de la historia. Fue también director de la colección *Investigación Abierta*, hasta su fallecimiento el 27 de marzo de 2005.

COLECCIÓN LA PUERTA DEL MISTERIO

*Dirigida por **Fernando Jiménez del Oso***

Desde NOWTILUS FRONTERA ofrecemos una colección de temática única: **La Puerta del Misterio**. Realizada por un grupo de autores especializados en el periodismo de investigación de todo aquello que resulta desestabilizador, extraño o misterioso; que rezuma frescura, aventura y rigurosidad; que posee los ingredientes necesarios para que el lector sacie su curiosidad por aquellos temas que permanecen situados en los límites de la realidad, pero que no dejan de estar presentes en nuestra sociedad, y en la curiosidad de todos.

Ediciones Nowtilus presenta una colección diferente, cuyo objetivo es informar con veracidad, crear opinión y que los lectores sean los que saquen sus propias conclusiones.

De la mano del **Doctor Jiménez del Oso** recorreremos los enigmas del país de los faraones, las caras desconocidas de Jesús, el uso de las plantas mágicas, el secreto de los templarios en España, los lugares de poder, las claves ocultas del cristianismo, la certeza del fenómeno Ovní y los expedientes oficiales, las técnicas de captación de las sectas y cómo defendernos de ellas. En definitiva, la obra más completa jamás realizada, escrita por autores de reconocido prestigio y solvencia.